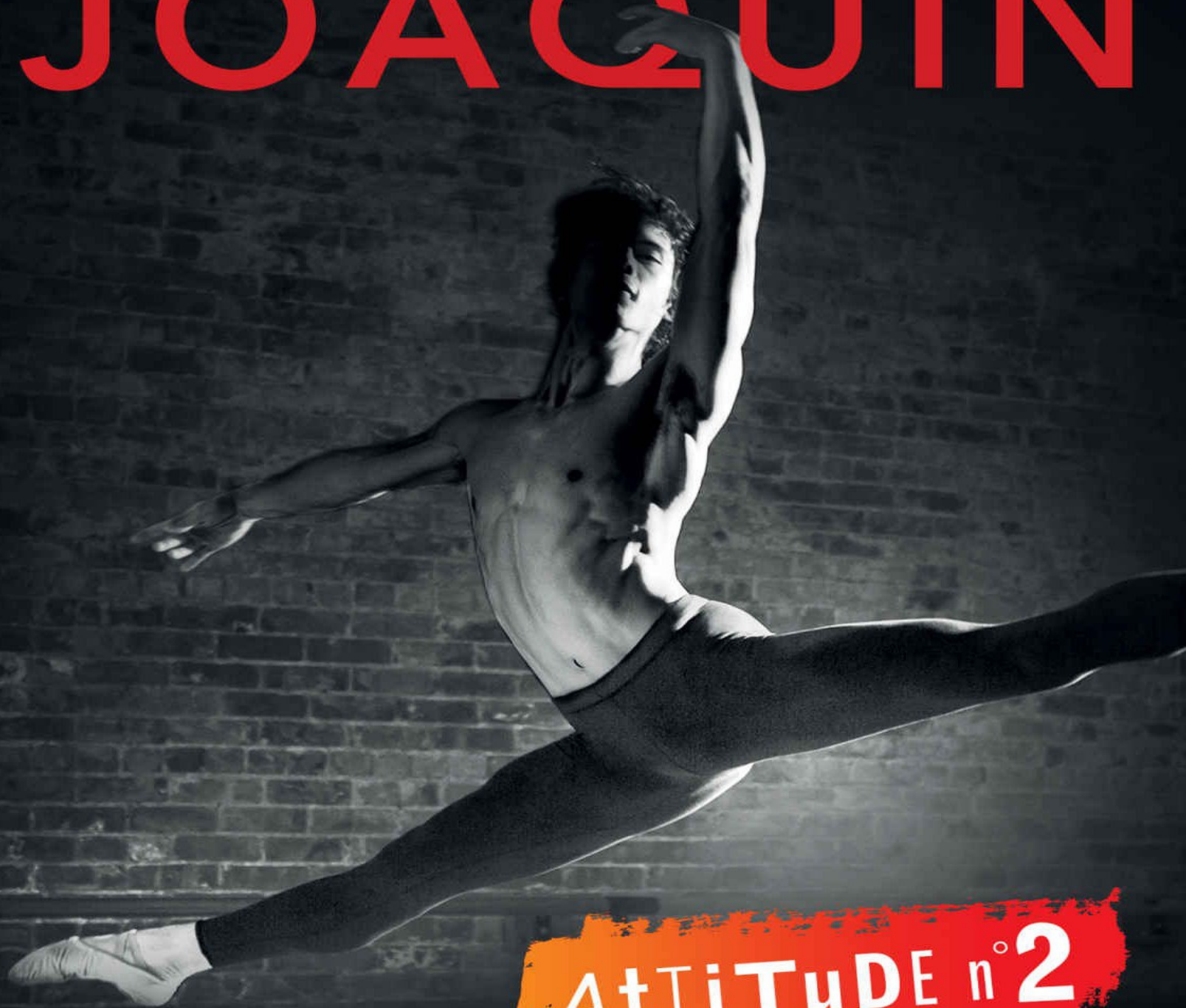


MARION OLHARAN

# JOAQUÍN



AtTiTuDE n°2

Traducción de  
Beatriz Villena Sánchez

**JOAQUÍN**



# JOAQUÍN

ATTITUDE: VOLUMEN II

MARION OLHARAN

*Traducción de  
Beatriz Villena Sánchez*

amazon crossing 

Título original: *Joaquin*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Luxemburgo, 2018

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Septiembre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Marion Olharan

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Beatriz Villena Sánchez

Diseño de cubierta por Cristina Giubaldo / studio pym, Milano

Imagen de cubierta © Nisian Hughes/Getty Images © Larysa Ray/Shutterstock

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919803170

[www.apub.com](http://www.apub.com)

## SOBRE LA AUTORA

Profesora de inglés (con acento francés) en Japón, aprendiz de peluquera en Auvernia o surfista aficionada, por no alcanzar el nivel de experta, en Hawái, Marion Olharan ha vivido varias vidas antes de hacer realidad su sueño de escribir. Desde entonces, sus novelas le permiten aplacar sus deseos de viajar. Es una apasionada de la danza, las olas y la observación más o menos discreta de sus semejantes.

# ÍNDICE

<a href="#"><u>PRÓLOGO JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3 AL</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5 AL</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7 AL</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9 AL</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11 AL</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25 JOAQUÍN</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26 ALICE</u></a>
<a href="#"><u>AGRADECIMIENTOS</u></a>

# PRÓLOGO

JOAQUÍN

—¡Alba, ten cuidado, que vas a atragantarte!

Engulle la última uva antes de dar un golpe en la mesa con la mano y gritar:

—¡*Feliz Año Nuevo!*

Me digo a mí mismo «feliz año» mientras fulmino con la mirada a Imanol. Es el cocinero de un restaurante vasco del West Village y, cuando no tengo representación, solemos celebrar el nuevo año allí. Cena, champán, nuestros recuerdos en común y decenas de habituales entre los que siempre se encuentra una joven amante de la danza clásica. Y bailarines. Un cóctel que se ha revelado bastante útil desde que, hace ya casi diez años, nos encontramos los dos en Nueva York.

Pero eso fue antes de la llegada de mi hermana pequeña, Alba, que ha transformado esta cena de viejos gruñones neoyorquinos en una fiesta española. Ha conseguido que sigamos la tradición de las doce uvas durante las campanadas. Imanol no solo estaba encantado de hacerlo, sino que además ha animado a Alba para que nos convenza a todos los reunidos a imitarla mientras yo los vigilaba a los dos, dispuesto a intervenir para realizar la maniobra de Heimlich si fuese necesario. Toda la sala se une a las felicitaciones de Alba y yo intento controlar mi expresión severa, sin mucho éxito, a juzgar por los grandes ojos malva de mi hermana, que me observa con incertidumbre y me hace sentir un ogro. Se recoloca un mechón de pelo detrás de la oreja y aprovecha para apartarse otro a la vez que se muerde el labio inferior.

Ahora me siento mal. Relajo los zigomáticos para esbozar una sonrisa que espero que la tranquilice. Al fin y al cabo, solo quería agradarme. Parece



leerme el pensamiento cuando se me acerca y me murmura entre el bullicio:

—Puedo irme a dormir a otro sitio si soy una molestia. Sé que me he presentado de improviso.

—No digas tonterías. Tú siempre eres bienvenida —le regaño.

Alba, con veinticuatro años, ya no es esa niña que dejé en Bilbao cuando me fui a Londres, pero sigo viendo en sus rasgos la nariz respingona y la sonrisa luminosa de aquella niña que siempre encontraba la forma de colarse en mi habitación cuando yo volvía a casa de mis padres para pedirme que le hablara de «la danza». Debería alegrarme porque ha sido la única de mis hermanas que ha venido a visitarme a Nueva York. Soy el hijo mayor de una familia numerosa dominada por las mujeres y no estoy muy seguro de ser capaz de resistir los asaltos combinados de todas ellas si decidieran unir sus esfuerzos. Tras ahogar mis recuerdos en un gran sorbo de champán, me hago con una botella de vino blanco para volver a llenar mi copa.

—¿Estás seguro? Porque está claro que quieres llevarte a alguien a casa esta noche y lo entiendo. Dicho esto, también puedo ponerme tapones en los oídos.

Me quedo inmóvil y exclamo mientras Imanol se muere de la risa:

—¡Alba!

—¿Qué? ¿Acaso crees que todavía tengo seis años? Me he dado cuenta de que la rubia de ahí te hace ojitos.

Echo un vistazo a la mujer en cuestión. Una sílfide con un vestido de espalda descubierta, nada más neoyorquino, con sonrisa de tiburón y piernas esculpidas por una sabia combinación de cardio y yoga practicado a las seis de la mañana. Suspiro:

—Esa no es la cuestión.

Nada como tener una hermanita pequeña curiosa para refrenar mis ardores y transformar al donjuán que reconozco ser normalmente en un moralista.

—Además, si quieres transmitir el apellido Jouanteguy algún día, más vale que te pongas a ello. El tiempo pasa.

—Tiene razón, Joaquín —interviene Imanol—. ¿Cuándo tienes previsto ponerte manos a la obra?

—Cuando dejes de tirarte a todas tus ayudantes, ¿te vale como respuesta?

Alba se queda boquiabierta antes de echarse a reír. Empiezo a despotricar. ¡Está claro que se han puesto de acuerdo hoy para volverme loco!

—En serio, Jo —continúa—, mamá y papá lo están deseando. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y cinco años? Tictac, tictac... La calidad de tu esperma no va a mejorar, créeme, que para algo soy enfermera.

Esta vez es Imanol quien se queda boquiabierto, con un discreto destello de admiración en la mirada. Cuando se cruza con la mía, arqueo las cejas, amenazante. Si cree que va a pasar la noche con mi hermana, va listo, se dará de bruces con mi puño, claro. En cuanto a Alba, me sorprende que haya usado mi nombre en diminutivo, «Jo», pronunciado a la francesa, reservado para un solo miembro de la familia. Lo sabe, así que baja la mirada y se centra en el estudio de su plato con la esperanza de que lo deje pasar.

—¿Marta y Uhaina no pueden ocuparse de eso? Marta está casada, ¿no? Y Uhaina tiene novio, el surfista. ¿James o Andrew?

Tras mi comentario, se hace un silencio mortal. ¿Pero qué he dicho? La mirada de Alba se hace más distante y suelta un largo suspiro. Antes de que pueda abrir la boca, Imanol interviene.

—Marta se divorció el verano pasado. ¿No es eso, Alba?

Asiente con la cabeza, evitando mi mirada. Mierda. ¿Quién es la oveja negra de la familia? Yo, por supuesto.

—Pero Uhaina sigue haciendo surf en Hawái, ¿no?

A juzgar por las miradas que intercambian, siento que me muevo por arenas movedizas. Mejor me estoy quieto y espero a que pase o terminaré hundiéndome por completo.

—Uhaina está en Australia —empieza Alba.

Imanol añade:

—En Sídney. Andrew se ha quedado en Hawái.

Me quedo perplejo. No sabía que Imanol supiera tanto de las vidas de mis hermanas. Marta es tan discreta que, a no ser que sea a través de mis padres, no veo cómo puede haberse enterado. En cuanto a Uhaina, siempre ha sido una salvaje con la que nunca he tenido mucho en común. No estoy seguro siquiera de que tenga teléfono y, aunque lo tuviera, yo sería la última persona a la que llamaría.

—¿Y cómo es que estás tan informado? —le suelto, sorprendido.

—Yo es que pregunto. Siempre pregunto —me responde, evitando mi mirada.

—¡No pasa nada, Joaquín! —interviene Alba.

Su sonrisa llena de esperanza y la forma en la que intenta ocultar el hecho de que mi desinterés manifiesto por los Jouanteguy le duele, me hace

apretar los dientes. Siento dolor en la mandíbula cuando añade:

—Al fin y al cabo, es como si Imanol fuera de la familia.

No se equivoca. Lo conozco desde el liceo francés de Bilbao, donde nuestro padre, vasco francés, había insistido en escolarizar a todos sus hijos. Me conoció cuando todavía era torpe y risueño.

Decidido a sustraerme de semejante conversación, que de repente se ha transformado en un examen de conciencia, me acerco a la rubia señalada por Alba cuya boca, hábilmente maquillada, se estira en una sonrisa calculada a mi llegada. Sé que Imanol se ocupará bien de mi hermana, pero con todo decido echar un vistazo a su mesa. Tienen la cabeza inclinada mientras cuchichean, seguramente sobre mí a juzgar por las miradas que me lanza Alba a intervalos regulares.

A pesar de su belleza refinada y trabajada, típica de esta ciudad, mi presa no consigue retener mi atención y, pasados unos minutos, ella también acaba por perder el interés y decide buscar a alguien que dedique más tiempo a escucharla que a espiar a su hermana pequeña. Alba destaca entre la multitud como un ramo de flores silvestres en un piso piloto de Central Park West. No hay nada de artificial en ella, ni su sonrisa infinita, ni los rizos de su pelo que recubren sus hombros y que suele apartar en un gesto tan inconsciente como encantador, el mismo que el de Ainhoa, mi melliza. Tampoco hay nada de comedido en la forma en la que se bebe copa tras copa de champán a pesar de los intentos de Imanol de contener su entusiasmo y su embriaguez.

Veo cómo me busca con la mirada, seguramente pensando que me he esfumado con la rubia indicada por Alba, aliviado al ver que no ha sido el caso. La conversación muda que mantenemos acaba con un encogimiento de hombros por mi parte. Que se divierta. Hacía más de diez años que no la veía. Es mayor de edad y está vacunada y, en caso necesario, aquí estoy yo para ocuparme de ella.

Cuando Imanol la suelta en mis brazos algunas horas después, intercambiamos una mirada de connivencia. Ese hombre, siempre tan silencioso, más cómodo entre fogones que en público, me suelta un torpe: «Me alegro de que paséis algo de tiempo juntos».

Prefiero no pararme a pensar en qué ha querido decir con eso y sujeto a Alba que, abrazada a mí, se está quedando dormida. Salgo del restaurante, paro un taxi y, tras unos minutos en silencio, llego por fin a mi apartamento, con mi hermana profundamente dormida en mis brazos. Alba es bastante menuda, pero la dosis de alcohol que se ha tragado parece haberla lastrado

con plomo y por poco la acabo estrellando contra las paredes del ascensor, una esquina o el marco de la puerta, pero sus brazos y sus piernas parecen haber adquirido vida propia. Por fin consigo depositarla con cuidado en la cama de la habitación de invitados y le quito los zapatos y el abrigo antes de taparla con el edredón. Hacía años que no nos veíamos y mis gestos son torpes, como si temiera hacerle daño en un descuido. El mismo tiempo que hace que no veo a Marta ni Uhaina y ni qué decir a Iñaki, el más pequeño de la familia, al que ni siquiera conozco. A excepción de Ainhoa, no he prestado demasiada atención a mi familia estos últimos años.

Tras asegurarme de que Alba está cómodamente instalada y dejarle una botella de agua en la mesilla, me voy a mi dormitorio. Una vez solo, siento un enorme peso en los hombros, el peso de una jornada llena de giros inesperados. Primero, la aparición de Alba en mi puerta, maleta en mano y sonrisa de oreja a oreja, como si nada. Y luego todas esas preguntas sobre mi vida. Por último, la constatación de que no soy nada o casi nada en la suya ni en las de mis hermanas y mi hermano. ¿Marta se ha divorciado? ¿Sigue siendo pastelera en el País Vasco francés o también ha cambiado de vida? ¿Y Uhaina está en Australia? En cuanto a Iñaki, el silencio de Alba e Imanol no me dice nada. Me pregunto si mis padres están solos o algo así en Bilbao.

Me quito los pantalones del traje y la camisa negra que me había puesto para la velada y me siento en la cama, solo con el bóxer. Con la cartera en la mano, saco una de las dos fotos de Ainhoa que llevo conmigo. Ya sea en el espejo de mi camerino o en la cartera, siempre me acompaña.

Alba se le parece muchísimo. Cuando la vi en mi puerta, casi me desmayo. ¿Ainhoa? ¿Aquí? Las dos tienen el mismo pelo castaño oscuro, como el mío, y los ojos verdes azulados, mientras los míos son azul claro. Y esa sonrisa. Una sonrisa que resiste a todo, tanto al tiempo como a la decepción de ver a Alba terminar la velada entre carcajadas y bromas inapropiadas a pesar de mis desaires.

Pero Alba no es Ainhoa. Es más pequeña, más entusiasta y, sobre todo, está aquí.

Miro la foto, una polaroid que prefiero mil veces a una versión digital más reciente. Con el pulgar, acaricio el rostro de Ainhoa, esas cejas rectas que tanto frunce en una mueca de desdén, como yo. En el silencio de esa primera noche de enero, renuevo la promesa de cada año, esa promesa que nos hicimos hace ya más de dieciocho.

«Feliz Año Nuevo, cariño. Nos vemos pronto».

# CAPÍTULO 1

## ALICE

—¡Venga ya, Al, sonríe, que tampoco es que sea una tortura!

—Ve a buscarme una copa de champán en vez de tocarme los ovarios y todo irá mejor.

Al decir eso, como por arte de magia, aparece un camarero con una bandeja en equilibrio sobre la punta de sus dedos con seis copas de champán que me llaman con sus burbujas. Mi mala boca no le hace ni pestañear.

—No vas a beberte todo eso, ¿verdad?

—¡Ethan! ¿No te das cuenta de que la estás molestando?

La intervención de Diane me arranca una sonrisa de agradecimiento. La gala anual del Ballet de Nueva York es un evento al que los socios de *Show me*, la aplicación que Ethan imaginó y yo desarrollé, acuden todos los años. En general, es Ethan quien se encarga porque es él el apasionado por la danza. En cuanto a mí, no soy ninguna entendida y, además, no me importa en absoluto. ¿Tíos con mallas blancas ajustadas dando saltos en un escenario? Ridículo y pasado de moda. Ethan no solo es un devoto declarado de la danza —antiguo crítico ahora reconvertido en fundador de nuestra *start-up*—, sino que además tiene un interés personal desde que, después de una serie de peripecias, vive del aire y del amor por Diane, la nueva bailarina principal de la compañía, importada directamente de París.

La observo, en su vestido esmeralda que termina con una cola abullonada de muselina de seda, y pienso que, efectivamente, debe nutrirse del amor y del aire. Tengo que contenerme para no gruñir de envidia en mi copa. Cuidadosamente maquillados, sus ojos color ámbar brillan y su pelo, de un rojo que hace destacar la piel clara de su nuca, recogido en un moño bajo, resplandece. Diane, delicada como no podía ser de otro modo, encarna a la

bailarina en todo su esplendor y su sola presencia basta para hacerme sentir agobiada dentro de mi vestido. Pues ahora multiplica eso por cuarenta bailarines y bailarinas. Ya estoy acostumbrada a relacionarme con personas ultradelgadas y tonificadas a base de *hot vinyasa*, clases de barra, Ironman y otros delirios deportivos con igual dosis de masoquismo que de adicción. Después de todo, vivo en Nueva York, una ciudad que profesa culto al cuerpo perfecto, fruto de un trabajo visible. Del que, por supuesto, nada sobresale. Y mucho menos cuando se trata de una mujer. Pero aquí estoy, rodeada de atletas que, además de tener un cuerpo de portada, se mueven como si cada uno de sus movimientos obedeciera a una coreografía cuyo secreto solo ellos conocen. Un secreto que nadie se ha dignado a compartir conmigo antes de esta fiesta. Estoy casi segura de que he visto flotar a una chica en dirección a la terraza. Me siento como un elefante en una cacharrería. Literalmente. Me da miedo romper algo en un descuido.

Me tiro discretamente de la falda, gesto inútil que me hace sentir todavía un poco más agobiada y que me hace volver a lanzar a Diane una mirada, producto a medias de la envidia y la desesperación.

Junto a Ethan, que lleva un esmoquin con la despreocupación típica de quien no se ha preguntado jamás qué lugar ocupa su cuerpo, forman una pareja impresionante. Y parecen tan enamorados que solo puedo alegrarme por ellos a pesar de mis quejas. Ethan no solo es mi socio, sino también mi mejor amigo y Diane me cae bien. Los quiero, pero las miradas de enamorados que intercambian me provocan náuseas. Al menos, eso impedirá que me abalance sobre los canapés.

—¿Crees que tendrán vodka? —pregunto tras una revelación repentina.

—Seguramente, en el bar, ¿por qué? ¿Tan insoportable te está resultando la velada? —me pregunta Ethan, sinceramente sorprendido.

Si él supiera. El vodka es bajo en calorías y estoy segura de que un par de tragos me ayudarán a relajarme. Un dos en uno estupendo si no quiero acabar gimoteando en una esquina de aquí a media hora.

*¡Venga, recuperemos la compostura!*

Me aparto de Ethan y Diane y aprovecho que están intercambiando la decimoquinta mirada ardiente de la noche para desaparecer. A pesar de la amistad que me une a Ethan, ir de sujetavelas no es mi ocupación favorita. Y menos en este momento. Ahora comprendo mejor por qué él, cuando era yo la que tenía pareja, rechazaba el noventa por ciento de mis invitaciones. Por eso y, tengo que reconocerlo, por Sven. A pesar de mis tentativas reiteradas para

que se conocieran mejor, a Ethan jamás le cayó bien. ¿Y Sven? Pues ya no estoy segura de nada.

Sven.

Mi ex.

Suelto un largo suspiro al llegar, por fin, al bar. Mi vestido, que parecía perfecto en la página web de ropa *vintage* en la que me lo había comprado, ahora parece pesado y voluminoso. Confeccionado en tafetán negro, tiene una solapa de satén blanco en el escote que revela mis hombros a la vez que oculta sutilmente la parte alta de los brazos. Se supone que resalta la cintura y disimula discretamente el resto. Todo el resto. Pero al lado de estas sílfides que practican la danza de los siete velos, me siento realmente fuera de lugar. ¿Qué hago yo aquí cuando lo que de verdad me apetece es enrollarme en una manta y volver a ver por enésima vez *La ventana indiscreta* mientras como bollería industrial hasta vomitar?

Ah, vale, que ahora este es mi trabajo...

Con *Show me* a punto de ampliarse a Europa, una expansión de la que yo me voy a encargar, debo ser más visible ante nuestros clientes potenciales, los teatros, las compañías de *ballet*, los cines cuyos programas criticamos para proponer lo mejor a los usuarios que quieren culturizarse a su ritmo. Es un mundo muy pequeño y las relaciones que tengo en Nueva York pueden ayudarme en el Viejo Continente. Mientras intento colarme entre dos bailarinas que se aferran a la barra como los mejillones a su roca, una voz grave me interpela:

—¿Qué quieres?

—Vodka —grito sin saber a quién estoy hablando, pero agradecida por la mano tendida.

Después de deshacerme de dos lianas, me topo de frente con una joven, seguramente bailarina a juzgar por ese cuello del que me pregunto cómo es capaz de soportar el peso de su cabeza y por sus dos clavículas que parecen más dos hojas de cuchillo que huesos. Me pasa un vaso de chupito lleno hasta los bordes y las dos nos bebemos de un trago el líquido que deja tras de sí una sensación de quemazón nada desagradable y que tiene el mérito de sacarme de la compasión en la que estaba a punto de hundirme.

—Olivia, encantada —me dice la joven que me ha dado el vaso.

—Al.

—¿Has venido con Diane?

—Sí, trabajo con Ethan. ¿Conoces a Diane?

—Quién no la conoce —responde con tono plano.

La miro, asombrada por la amargura que desprende su afirmación. Ladea la cabeza y me devuelve la mirada, con sus ojos verdes entrecerrados. Su belleza no es clásica como la de Diane que, con sus grandes ojos y sus pómulos, tiene un aire felino, pero su mandíbula fina y su boca carnosa — demasiado grande para su rostro— me intrigan. Al ver la forma en la que su sonrisa se transforma en una risa ahogada, comprendo que el vaso de vodka que acaricia con la yema de un dedo no es el primero de la noche. Al mismo tiempo, visto su tamaño, seguramente no aguante gran cosa.

—Me gusta mucho tu vestido —me dice Olivia.

—Ah, gracias, el tuyo también es muy bonito.

—Está muy bien ese *look* de los años cincuenta —continúa, mientras me escudriña con la mirada—, pero no te va nada.

Frunzo el ceño, preguntándome por un momento si su franqueza no es una fachada para ocultar una crueldad propia de patio de colegio. Ella lleva puesto un vestido blanco plisado de vestal que deja entrever unas piernas perfectas esculpidas por años de danza y, aunque está delgadísima, su delgadez sigue siendo grácil. Grácil y variable o, al menos, eso creo yo. ¿Por qué me he embutido en un tejido pesado, yo, con mi metro sesenta y mis kilos de más? Cuando estoy a punto de irme, nada dispuesta a soportar en estos momentos una lección sobre lo que me va o no de parte de un perchero viviente, me paraliza con un inesperado:

—Es una pena que no se te vea mejor el culo. Si yo tuviera un culo así, lo enseñaría. A todo el mundo —dice, con hipo, antes de continuar—. Bueno, sobre todo a alguien en concreto.

Balbuceo y me sonrojo. Está completamente borracha. Y está claro que no tiene ojos en la cara. Justo cuando voy a decirle que quizá sería buena idea que cambiara el vodka por agua, se acerca Audrey Selman. Aunque no sé nada de *ballet*, he hecho los deberes antes de venir. Audrey Selman es la directora del Ballet de Nueva York. Es joven para el puesto, cuarenta años como mucho, pero después de haber brillado como *étoile* en ese mismo escenario, le ofrecieron el puesto hace cinco años y su reinado está marcado por el éxito. Su último logro ha sido haber convencido a Alexei Rostov, un reputado coreógrafo, para que venga a crear una obra para su compañía. Pero eso es otra historia.

—Señorita Cusack, Ethan me ha dicho que vais a abrir *Show me* en el extranjero, empezando por Londres.



—Sí, exactamente —le respondo, encantada, mientras le estrecho la mano, contenta de escapar de la joven borracha, a la que veo con el rabillo del ojo, inmersa en la contemplación de la parte baja de mi espalda.

—¡Interesante! La compañía actuará en Londres dos semanas en febrero, ¿lo sabía? Quizá podríamos aprovechar para anunciar su aplicación.

—Ah, bueno, es un poco pronto para eso. Teniendo en cuenta el tiempo necesario para desarrollar la aplicación, no podremos lanzarla hasta la temporada siguiente. Como mucho, tenemos previsto hacerlo en junio y eso, siendo ambiciosos.

—Es una pena. Otra vez será. Lo más probable es que actuemos en otra ciudad europea el año que viene. Deberíamos mantenernos en contacto.

—Por supuesto. Creo que su asistente tiene mis datos y los de Ethan. Yo tengo los suyos.

Señalo con el dedo a un joven que va de un lado para otro de la sala comprobando que todo va como debiera. Va de grupo en grupo, concentrado. Audrey sonrío antes de preguntarme, intrigada:

—¿Y va a programarlo todo usted sola?

—No exactamente. Tenemos varios programadores, pero yo soy la directora de orquesta de esta expansión. En un primer momento, iré yo sola a Londres, o casi. Una programadora me acompañará, pero estaré sola. Sí. Sola. Sola, sola, sola.

Freno en seco para no añadir un quinto «sola». Cuatro es el límite. Cinco ya sería patológico. Audrey Selman no comenta mi torpe respuesta ni mi cara de perrito abandonado. Me sonrío educadamente antes de cambiarme por un mecenas al que ahora dedica esa sonrisa radiante de la que yo había sido la feliz destinataria hacía unos segundos, antes de que me pusiera a aullar a la luna por mi soledad.

Estoy impresionada por su energía. Ha conseguido sacarme la información que necesitaba en unos segundos y se ha ido antes de que me diera tiempo o pudiera sentirme ofendida. Lo ha hecho todo con gran maestría y ahora aquí estoy, sola, un poco aturdida por semejante seguridad.

—Yo también estoy sola —me suelta Olivia, lo que me saca de mis pensamientos.

Completamente borracha, está claro.

Me encojo de hombros sin saber qué responder.

—Y tengo ganas de vomitar —añade, alegre, mientras alza su vaso y, al pasar, casi me salpica.

¿Pero quién le habrá vuelto a llenar el vaso?!

Ha llegado el momento de intervenir.

—¿De verdad vas a vomitar? ¿Quieres que te acompañe al baño?

—Ah, no, llévame a ver a Diane. Voy a vomitarle encima.

—No creo que eso sea una buena idea. No, en serio, ¿no prefieres que te acompañe al baño?

Olivia me mira con desprecio antes de exclamar:

—¡Tú sí que eres una buena amiga! Si vomito encima de Diane, Audrey lo pagará conmigo otra vez. Al baño, ¡perfecto!

No me paro en su comentario alcoholizado y deslizo mi brazo por debajo del suyo. Es un poco más alta que yo, pero con los tacones de vértigo que llevo, consigo mantener cierto equilibrio. A pesar de todo, el camino se me hace interminable.

Los baños del museo en el que se celebra la fiesta se han acondicionado para la ocasión con una separación para crear una especie de antesala a modo de tocador donde te puedes sentar para retocarte el peinado y el maquillaje si fuese necesario. Cuando Olivia y yo entramos, hay otra persona en la estancia. Al ver a Olivia a punto de caerse, se apresura a ayudarme a sentarla en el banco que han colocado contra la pared.

—¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

—Creo que ha bebido demasiado.

Olivia abre un poco los párpados, dejando entrever sus iris verdes casi translúcidos y suelta un conciso:

—Me voy a dormir. Estoy demasiado cansada para vomitar.

La desconocida no da un paso atrás ante la mención del vómito, yo sí. Olivia se tumba en el banco como a cámara lenta y se pone a roncar con suavidad, mientras la joven que me ha ayudado me observa con la boca abierta antes de echarse a reír.

—¡Madre mía, vaya nohecita! ¡Y yo que esperaba codearme con la *crème de la crème*!

Sigue riéndose y trata de que Olivia esté lo más cómoda posible. A pesar de su silueta menuda, su comentario me deja claro que no pertenece a la horda de bailarinas que se ha reunido aquí hoy. También tiene un leve acento español, pero sé que la compañía está compuesta por varias nacionalidades, empezando por Diane, que es francesa, por ejemplo. Cuando la joven deja de reírse, percibo sus ojos verdes azulados, increíblemente luminosos. Lleva el pelo suelto, con enormes rizos castaños que caen sobre sus hombros. No lleva

mucho tiempo por aquí. Demasiado... natural.

—Imagino que acompaña a alguien, ¿no? —digo.

—¡Ah, sí, yo tengo poco de bailarina!

Arqueo las cejas, sorprendida por su tono antes de añadir un toque de ironía.

—Yo tampoco.

—No aguantan bien el alcohol. Es la tercera a la que veo desmayarse. Una de ellas estaba medio desnuda cuando he llegado. Tenía mucho calor...

—Bueno, es un poco difícil aguantar el alcohol cuando ya solo el vaso pesa la mitad que tú.

—Eso no ha sido muy bonito por tu parte —me reprocha, mientras esboza una sonrisa que contradice su tono sin llegar a la burla.

—¡Venga ya! Tengo la impresión de ser la cerdita Peggy en el país de las sílfides.

—¡Oh, sí, es duro! Pero tampoco hay que exagerar.

Con mano ligera, señalo mi cuerpo como si estuviera ofreciéndome como artículo. Mejor reír que echarse a llorar.

—Duro pero cierto. Digamos que yo no corro el riesgo de desmayarme si me bebo medio vaso de vodka. Tengo grasa que filtra.

—Mejor así, ¿no? Hacer deporte todo el día y tener los pies en carne viva no es lo que yo entiendo por vida —dice la joven.

—Obviamente, estoy de acuerdo contigo, pero cuesta mucho recordar esa lógica cuando estás rodeada de Barbies bailarinas.

—Entonces, ¿qué haces aquí si te parece tan horrible?

Arqueo las cejas. Tiene razón, no es propio de mí quejarme sin parar.

—Estoy aquí por trabajo. Preferiría estar frente a mi pantalla, pero no me queda otra.

—Quizá sea mejor salir de detrás de la pantalla, ¿no?

Estoy demasiado cansada y el vodka debe estar haciendo efecto porque no tengo fuerzas para levantar muros y poner en su sitio a la desconocida que me está analizando bajo las luces poco favorecedoras del baño. Suelto un largo suspiro antes de agitar los hombros para rebajar un poco esa tensión que me acompaña desde mi ruptura.

—Seguramente...

Me giro y señalo a Olivia, que todavía ronca.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Puedo quedarme un poco con ella e intentar despertarla.

—¿Estás segura?

—Sí, tengo un hermano que se pasó la mitad de su adolescencia borracho y la otra mitad con resaca. Sé qué hacer.

La joven coge varias toallas y, después de haberlas empapado con agua, empieza a mojar la frente de la bailarina, que gime, con los párpados temblorosos.

—¿Estás segura?

—Sí, no hay problema —me responde guiñándome el ojo.

Sonrío y salgo de la habitación, con la mente algo más despejada. A mi derecha, percibo las luces y el ruido de la fiesta y, a mi izquierda, un largo pasillo se adentra en el museo, sin luz. He hablado con Audrey Selman e, incluso, con una desconocida. No está mal por esta noche. Dudo un instante, pero me digo que, como mucho, estaré a unos minutos de distancia. Giro sobre mis tacones y entro en el pasillo. La temperatura es sensiblemente más baja. Con una mano apoyada en la pared, avanzo despacio. A derecha e izquierda, surgen diferentes salas llenas de esculturas. La débil iluminación proyecta sombras grotescas en el suelo.

Envalentonada, acelero el paso. Solo quiero ver qué hay al fondo del pasillo antes de volver a la fiesta. En mi mano, mi bolso vibra. Seguramente sea Ethan para preguntarme por dónde ando. El pasillo desemboca en una sala de proporciones majestuosas con un techo de cristal que deja pasar algo más la luz. Levanto la mirada para admirar la noche neoyorquina y no veo los tres peldaños que me separan de la sala. Mi pie derecho encuentra solo aire y mi tobillo izquierdo empieza a retorcerse. Suelto el bolso y agito los brazos a la vez que grito:

—Oooh, mier...

Las palabras se congelan en mi lengua al mismo tiempo que se detiene mi caída. Estoy en los brazos de un desconocido que ha aparecido de la nada para atraparme. Me cuesta reconocer su rostro en la penumbra, pero siento que mi escote está a unos centímetros de su cara, que mis manos se aferran a sus hombros y que sus brazos me sujetan con fuerza, con las manos justo por debajo de mi trasero.

—¿Alba?

# CAPÍTULO 2

## JOAQUÍN

La oigo avanzar por el pasillo, sus pasos, cada vez más rápidos, resuenan sobre el suelo de mármol. Es muy propio de Alba explorar las salas del museo prohibidas al público en vez de disfrutar de la fiesta con su vestido largo. Va a partirse la crisma con esos tacones, si es que no lo ha hecho ya. Sonríe solo y continúo hacia la entrada de la sala para amortiguar su caída en caso de que no haya visto los tres escalones de bajada. Tiene gracia hasta qué punto mi hermanita pequeña, enfermera concienzuda e irreprochable, puede ser tan despistada en su día a día. Llego justo a tiempo para atraparla antes de que se estampe. Me cae literalmente en los brazos y su pecho casi me aplasta la nariz. Aparto la cara de forma instintiva para no comprobar de primera mano que mi hermana ya es una mujer. Por mucho que me pase los días levantando a bailarinas y esté acostumbrado a manejar cuerpos femeninos, sigue siendo mi hermana pequeña. Pequeña es el calificativo importante aquí.

Mi hermana pequeña que, en mis brazos, de repente no tiene nada de pequeña. Ni de hermana...

Caigo entonces en la cuenta de que la joven que tengo entre mis brazos no es Alba. Es más o menos igual de alta, pero su silueta no tiene nada del físico algo adolescente de mi hermana. Mis manos y mis brazos están colocados bajo un trasero mucho más... espléndido. Y, cuando elevo la mirada, tras comprender por sus ojos apretados que le cuesta discernir mi rostro, descubro una boca en forma de corazón y un rostro de actriz retro de ojos oscuros ocultos tras unas gafas horribles. Con la boca entreabierta, mi bella desconocida suelta un grito de sorpresa y aprovecho la oscuridad y su reacción para hacerme el inocente:

—¿Alba?

No responde de inmediato; abre y cierra la boca a intervalos regulares como un pez que intenta respirar. Sus manos están sobre mis hombros y sus brazos contra mi cuerpo, de manera que su pecho casi me presiona la cara. Puedo ver con claridad que está molesta y, como tengo cosas mejores que hacer que molestar a una desconocida en una sala oscura, la deslizo lentamente sobre mí sin soltarla para evitar que se caiga. Y también, tengo que reconocerlo, porque no soy un santo. Parece no haberse repuesto de su caída. O del hecho de que la haya atrapado. Guarda silencio, pero no se aleja de mí. Sorprendido por su falta de reacción —creía que se apartaría de mí y se iría de inmediato en sentido contrario—, yo mismo me sorprendo al ver que mantengo mis brazos rodeándola, con las yemas de los dedos rozando la zona baja de su espalda. Hummm, una Venus de bolsillo. Cintura marcada, caderas inquietantes y, allí donde la luz del ventanal se posa en su hombro, una piel suave que desearía poder saborear. Al igual que sus gafas, su vestido no le hace justicia. El tejido, demasiado tieso y grueso, la hace parecer más vieja. Cuando por fin habla, su voz, un poco rota, me produce un leve escalofrío que se transforma en sonrisa interesada:

—Ah, no... —suspira.

Siento que se tensa contra mí y la acaricio suavemente con una mano para calmarla.

—¿Está bien? ¿No se ha hecho daño?

Finjo agacharme para mirarle los tobillos, pero empieza a agitar las manos y se aparta bruscamente. Estamos en la entrada de la sala y las escaleras, a sus espaldas, casi la vuelven a hacer caer. Esta vez, me limito a agarrarla de la muñeca y, cuando recupera el equilibrio, dejo que su mano de deslice por la mía, acariciando la piel suave del interior de su muñeca con el pulgar sin ni siquiera darme cuenta. Su gritito, ese «oh» tan encantador como excitante, me recuerda muchísimo a mí mismo. Dejo de acariciarla, pero me resisto a soltarla.

—¿Y entonces por qué me ha seguido hasta aquí?

Siento que su mano se tensa en la mía y me suelta, indignada:

—¡Yo no lo he seguido!

—Pues qué pena...

Mi respuesta la desestabiliza, lo percibo en la forma en que se contrae su mano y en sus ojos, que se abren de par en par detrás de sus gafas. En la penumbra, no sé si son negros o marrones. ¿Quizá azul muy oscuro? Me contengo para no acercarme más y me limito a permanecer en la oscuridad un

poco más de tiempo para poder observarla.

—Estoy aquí por trabajo —prosigue antes de retirar su mano de la mía con un gesto seco.

Qué le vamos a hacer. Me meto las manos en los bolsillos y la rodeo para bloquear el pasillo, el camino más simple de vuelta a la fiesta. No se mueve y me inclino hacia ella para susurrarle:

—Yo también.

Se lleva la mano a la nuca, como si acabara de darle un beso ahí mismo y por un instante me siento tentado a hacerlo solo para ver su reacción. Seguramente me daría un bofetón, pero valdría la pena. No sería la primera vez. Lleva recogido su pelo rubio en un moño italiano clásico. Aburrido.

—¿Forma parte de... de la compañía? —me pregunta sin mirarme cuando me coloco junto a ella.

—Sí, pero usted, no.

Sus hombros se tensan cuando lo digo y su boca se frunce imperceptiblemente. Se agacha de manera brusca para recuperar el bolso que se le había caído al entrar de cuya presencia yo no me había percatado hasta ahora. Me pregunto si lo que acabo de decir podría considerarse un insulto. También me pregunto quién será. ¿Una rica mecenas? Audrey suele presentármelas a todas y yo suelo ser su juguete favorito durante toda la velada. El hidalgo español que reparte los halagos y atrae las miradas de las damas y los caballeros, llegado el caso. No, ella ha hablado de trabajo. ¿Una periodista quizá? Pero su bolso es demasiado pequeño como para que quepa una cámara, aunque, con un buen *smartphone*, no tiene que ir cargando con una mochila, pero eso no encaja demasiado con el hecho de que todavía no haya intentado averiguar con quién está hablando... ¿O puede que esté fingiendo?

Vuelvo a rodearla antes de tenderle el brazo:

—¿Un pequeño paseo antes de volver al foso de los leones?

Reprime una breve risa y la tensión que mi última observación había creado se disipa un poco para dar paso a la sorpresa.

—Pero...

—Si no me ha seguido, es que se ha escapado, como yo. ¿Por qué no pasamos un rato juntos? La volveré a sujetar si se cae.

Duda antes de posar su mano en mi antebrazo y giro la cara para que no me vea sonreír. La sala está iluminada por el claro de luna y su luz casi azulada hace que mi acompañante parezca una estatua. Tras dar unos cuantos pasos por la inmensa sala, empiezo a hacerle preguntas:

—¿De qué huye?

—¡De nada! Bueno...

—Déjeme adivinar... ¿Un marido aburrido, un amante celoso o un jefe irascible?

—¿Esas son las únicas opciones posibles? —me responde antes de apartar la mirada.

—No, solo las primeras que me han venido a la cabeza.

—No tengo jefe.

Ah... ¿una *trophy wife*? Con el cuerpo que se oculta en ese vestido, no es imposible, pero no me encaja. Las *trophy wives* con las que suelo relacionarme por lo general han alcanzado su posición a cambio de favores sexuales y tienen poco de esa reserva algo asustadiza de la mujer que llevo del brazo. Más bien todo lo contrario. Son las primeras que vienen a agitar sus pechos operados bajo mi nariz.

—¿Y marido?

—Tampoco.

Suelta un suspiro y tengo la impresión de acercarme un poco a la verdad.

—¿Un amante?

Su risa cohibida suena un poco triste. Sin pensarlo, pongo mi mano sobre la suya durante un instante.

—No, es que... estaba harta de tanto bailarín.

—Ah, son insoportables, lo sé.

No es que tuviera previsto decirle que era bailarín principal de la compañía, pero ahora me alegro aún más si cabe de mi decisión de mantener el anonimato.

—No, bueno, no sé. Es solo que es otro mundo, del que no sé gran cosa.

—¿Y entonces a qué ha venido?

—Por trabajo. Y será mejor que me ponga a ello.

—Que me ponga a ello. Encantador.

—¡No, no es eso lo que quería decir! Pero es que no sé nada.

Suelta un suspiro de exasperación y tengo que contenerme para no reírme. Me paso la vida rodeado de balletómanos para los que asistir a esta velada sería un sueño. Su actitud, desde luego, resulta refrescante.

—¿Pero de verdad que no sabe nada?

—De verdad. Trabajo con un apasionado de la danza desde hace años y todavía no he conseguido retener el nombre de los bailarines ni de los coreógrafos de los que me habla.



—¿Balanchine?

—Bueno, sí, sé que está... eh... ¿muerto?

—¿Petipa?

—Pues...

—¿Barýshnikov?

—Sale en *Sexo en Nueva York*, ¿no?

Me quedo mudo un instante antes de echarme a reír. Siento que se tensa y me apresuro a corregir la impresión que mi reacción ha ocasionado:

—Lo siento, es solo que no estoy acostumbrado a...

—¿Tanta ignorancia?

Niega con la cabeza y, de perfil, veo que se muerde el labio inferior. Con el juego de sombras de su rostro no estoy seguro, pero juraría que se ha puesto roja.

—Tampoco es algo como para avergonzarse. No todo el mundo tiene que conocer el universo del *ballet* como la palma de su mano.

—¡No, pero sí que me sé algunos nombres! —rebela.

—Ah, ¿sí?

La forma algo exagerada con la que me expreso le hace levantar la mirada al cielo. Su rostro es un libro abierto.

—Alexei Rostov.

Sorprendido, dejo de andar y debo sujetarla con mano firme para que no continúe sin mí. Alexei es un coreógrafo contemporáneo conocido, pero, para alguien que no sabe si Balanchine está vivo o no, conocer a Rostov es como saber quién es Sophie Calle en arte contemporáneo, sin estar seguro de si Picasso es pintor o escritor. Correr antes de andar, incluso antes de gatear.

—También Diane Mychkine y Jillian Saint Clair... Y ya está. Acabo de conocer a una bailarina en la barra. Olivia. Pero no me sé su apellido y se ha quedado dormida antes de que pudiera preguntárselo.

—¿Dormida? ¿Dónde?

—En el baño de mujeres, pero una joven se ha quedado con ella. Olivia ha bebido demasiado.

Agito la cabeza mientras me pregunto si debería intervenir, cuando mi acompañante interrumpe mi reflexión.

—¿La conoce bien?

—Es una colega. Solo eso —respondo con un tono más seco del deseado, sin saber yo mismo si estoy enfadado o inquieto.

Se impone la inquietud. Colega o no, no me agrada la idea de saber que

se ha quedado dormida después de haberse excedido con el alcohol... y de no haber comido nada, seguro. Olivia es una buena bailarina, incluso una gran bailarina, pero sus celos mal llevados se transforman en acritud. ¿Consecuencia? No progresa cuanto desearía. La llegada de Diane a la compañía y su excepcional nombramiento a mitad de año como *étoile* han supuesto un duro golpe para Olivia. Está dejando que la amargura la envenene. Y, por lo que acabo de escuchar, también el alcohol.

—Podemos ir a buscarla si quiere.

La voz de mi Venus interrumpe mis pensamientos y dudo un instante antes de preguntar:

—¿Ha dicho que alguien se está ocupando de ella?

—Sí, una chica joven morena con acento español, pero no sé cómo se llama.

*¿Alba?*

—¿Y esa chica tiene los ojos azules? ¿Y un vestido color crema de seda plisada?

Venus me observa con una mirada algo desafiante antes de asentir con la cabeza:

—Con el pelo rizado y los ojos azul verdoso más que azules.

Esa rectificación me arranca una breve sonrisa. Morena, con el pelo rizado, los ojos azul verdoso y acento español, solo hay dos personas que pudieran estar aquí esta noche que encajen en esa descripción, y está claro que debe tratarse de mi hermana pequeña. Eso quiere decir que Olivia está en buenas manos. La niñita que recogía los animales abandonados cuando tenía seis años no puede resistirse a una causa perdida. Mi silencio ya se prolonga demasiado, así que me giro hacia mi desconocida, que espera con el ceño fruncido.

—Lo siento. Está en buenas manos. Alba es enfermera.

No sé por qué se lo he dicho, pero ella asiente con la cabeza en silencio y me ofrece una pequeña sonrisa que hace que mi mirada se centre en su boca en forma de corazón. El leve malestar que siento se disipa ante una oleada de deseo que me resulta mucho más familiar y tranquilizadora. Tengo ganas de quitarle esas gafas tan molestas y besarla hasta que se abandone en mis brazos. Eso sería mucho más productivo que pensar en bailarinas que no aguantan el alcohol, en la buena samaritana de mi hermana pequeña o en una bailarina con los ojos azul verdoso que no está allí.

Me inclino hacia ella, sin preocuparme ya de que vea mi rostro, ahora

que sé que no tiene la menor idea de quién soy. Abre los ojos un poco más y veo con el rabillo del ojo que levanta la mano. Al ver clara mi intención, se apresura a ponerla en mi pecho para alejarme. Cuando suelto su brazo para llevar mis manos a las patillas de sus gafas con la idea de quitárselas, da un paso atrás, de manera que me facilita la tarea.

—Ah, mucho mejor.

Parpadea antes de fruncir el ceño con aire amenazador. Adorable. Con una mano en la cadera, me tiende la otra:

—¡Devuélvame las gafas!

Su indignación hace que su voz suene más segura, pero, absorto al ver su rostro sin esa barrera de mal gusto, no reacciono de inmediato. Sus ojos oscuros son realmente bonitos. Sin las gafas, son más grandes y más perturbadores y aún más cuando me fulmina con la mirada. Escondo las gafas detrás de mi espalda para que no pueda alcanzarlas.

—¿Por qué?

—No veo nada sin ellas.

—¿Nada de nada?

Duda.

—Nada de lejos.

—Entonces basta con acercarse, ¿no?

Suelta un suspiro de desquicio antes de cruzarse de brazos, lo que realza aún más su pecho. Distráido, bajo la mirada y, creyendo que puede sortearme para recuperar sus gafas, aprovecha para avanzar.

No soy un buen chico y, en cuanto a mi actitud de caballero, todo depende de mi estado de ánimo. Jamás he visto el interés. Mucho menos cuando quiero algo. Y con ese vestido tan pesado, no puede moverse tan deprisa como yo. Doy un paso atrás y me alejo para impedir que alcance sus gafas y las paso por encima de su cabeza. Rodeo su cintura con mi brazo antes de inclinarme hacia atrás. Ella se agarra a mí, con una mano tensa sobre el brazo que la rodea y la otra en mi cintura.

—¡No es divertido! —exclama.

—Divertido, no, pero excitante... —respondo.

—¡Suélteme! ¡Me voy a caer! ¡Peso demasiado!

Hummm... No es esa la reacción que esperaba. Sí, pesa más que una bailarina, pero yo no diría que es pesada. Voluptuosa, sí. La aprieto un poco más contra mí y le sonrío mostrándole toda la dentadura.

—No para mí.

Parece todavía más molesta y decido cambiar de táctica. La levanto para que se pueda poner recta y le devuelvo las gafas. Con gesto desafiante, se acerca.

—¡Por fin!

—¿Ni siquiera un gracias?

—¿Me devuelve lo que me había robado y encima quiere que le dé las gracias?

—Un beso bastaría.

—¿Un beso?

Se ahoga, literalmente, demasiado sorprendida como para darse cuenta de que la mano que le tiende las gafas y sobre la que ha cerrado la suya todavía no las ha soltado. Me acerco a ella y le levanto el mentón con las yemas de los dedos.

—Solo un beso —repito.

Me dispongo a posar mis labios sobre los suyos cuando oigo a mis espaldas dos voces que exclaman al mismo tiempo:

—¿Joaquín?!

—¿Al?!

Me giro, escondiendo detrás de mí a mi Venus, que responde al muy decepcionante nombre de Al, un diminutivo que no le hace justicia. Se apresura a arrancarme las gafas, pero ya no estoy de humor para jugar. Veo a mi hermana acompañada de la extraordinaria Diane. Extiendo los brazos y exclamo, como si nada:

—¡Mi enfermera y mi bailarina preferidas!

Diane eleva la mirada al cielo, acostumbrada a mis juegucitos, mientras que Alba entorna los ojos. Me dispongo a presentarme cuando «Al» me rodea y se lanza sobre Diane. Todavía no me acabo de creer que ese sea su nombre. ¿Y por qué no Billy Joe? Oigo que Al le pregunta a Diane:

—¿Ethan todavía está aquí?

—Sí... Te está esperando —responde Diane, mientras su mirada va de mí a mi Venus, que parece mortificada, sobre todo cuando mi hermana se acerca a mí y empieza a hablar en español con un tono que no requiere traducción.

—¡No se te puede dejar solo un segundo!

—¡Se ha tirado literalmente a mis brazos, Alba!

—Sí, seguro...

Concentrado en mi hermana, no veo a mi Venus dándose a la fuga con

Diane. Para reunirse con Ethan. Por supuesto. Sonrío, con la mirada perdida en un pasillo cuya oscuridad me priva de ver a Diane y su amiga.

—¿Joaquín?

La voz de mi hermana me saca de mi contemplación.

—¿Sí?

—¿Qué estás tramando?

—¿Yo?

Pongo mi cara más inocente antes de responder al silencio acusador de Alba:

—Soy puro amor, hermanita, y lo sabes.

# CAPÍTULO 3

## AL

El despertador pía. Sí, pía, no suena. Cuando me mudé hace una semana, Ethan me regaló uno de esos despertadores que simulan un amanecer porque sabe que me encantan los dispositivos electrónicos y, sobre todo, porque sabe que me cuesta mucho despertarme sola. De niña, mi padre tenía que sacarme de la cama para que me levantara. De adolescente, Ethan tenía que gritarme desde la ventana de su habitación para despertarme. En la universidad, le encargué esta tarea ingrata a una compañera de piso. Cuando conseguí mi primer empleo, las cosas se complicaron, pero contaba con otro compañero de piso y con Ethan, que me llamaba desde la Costa Este para comprobar que me había levantado. Y, más tarde, Sven sabía que yo no era muy de mañanas: para él, que yo durmiera hasta mediodía y me acostara a las cinco de la madrugada solo era un rasgo de mi carácter. No importaba que, en ocasiones, durante semanas, solo nos cruzáramos.

Montar nuestra propia *start-up* con Ethan llegó en el momento oportuno también en este aspecto. Podíamos trabajar a nuestro ritmo y, aunque Ethan no es ave nocturna, no tenía ningún inconveniente en empezar su jornada laboral a la hora en la que otros estaban de sobremesa. Incluso resultaba más lógico, teniendo en cuenta que nuestro negocio estaba relacionado con el mundo del espectáculo en vivo, que más bien se desarrolla por la noche y en el que las *matinés* tienen lugar mayoritariamente por la tarde. Sin embargo, con el éxito de *Show me*, nuestra aplicación que propone recorridos culturales personalizados, nuestro equipo aumentó y tuve que acostumbrarme a una rutina más diurna. A mí, las reuniones a las ocho de la tarde no me molestan, pero no tardé en comprender que, de esta forma, no conseguiría retener a nuestros nuevos empleados, que no todos eran tan noctámbulos como yo.

Tanteo para apagar el alegre trino artificial del despertador cuya luz roja ilumina mi habitación. Lo he puesto demasiado fuerte y tengo la impresión de vérmelas con un simulador del fin del mundo en vez de con un amanecer. Por fin consigo parar el ruido y me vuelvo a acostar, con los brazos en cruz, antes de bostezar para desbloquear la mandíbula. Todavía tengo un minuto para remolonear y despejarme antes de empezar el día entre estos muros casi desconocidos. He cambiado el apartamento de dos habitaciones y algo destartalado en el que vivía con Sven y que pertenecía a la Universidad de Nueva York, NYU para hacerlo más corto, entre el West y el Greenwich Village, por un apartamento en Chelsea, al norte de Greenwich. Vivo en la Decimosexta avenida, entre la Séptima y la Octava. No es tan bonito, pero había prisa y no estoy demasiado lejos del West Village. La mudanza ha sido insignificante en términos de distancia, pero tengo la impresión de estar en tierra extraña.

*Alice Aurora Cusack, no tienes derecho a lamentarte por tu vida. ¡Las hay peores!*

Me sermoneo sin levantarme, cómodamente tumbada en el centro de mi colchón, sobre el que se amontonan cojines, edredón, manta, ordenador y *tablets*. Sí, en plural. Me levanto apoyándome en los codos y veo una montaña borrosa al pie de la cama. Me froto los ojos y parpadeo varias veces para poder distinguir mejor de qué se trata. Mejor. La montaña es, en realidad, el vestido que llevaba puesto ayer y que yace en el suelo junto a otras prendas que me había probado antes de salir. Cualquiera otro día, también me habría sermoneado por el desorden de mi habitación, que es fiel reflejo de mi vida, pero en esta ocasión, no.

Al reconocer mi vestido en tafetán negro, me vienen un montón de imágenes a la mente. Una en particular. Aquel hombre que me atrapó cuando estaba a punto de caerme al pasear por los pasillos del museo. La oscuridad me ocultó una parte de su rostro y, quizá, fue mejor así, porque con lo poco que sí pude ver casi me desmayo. Si no me hubiera molestado tanto que el desconocido me sujetara, creo que me habría echado a reír como una imbécil. Hay que decir que, en términos de belleza masculina, está en lo más alto. El esmoquin perfectamente ajustado, la mandíbula cuadrada acentuada por una barba de tres días oscura que resaltaba una sonrisa resplandeciente nada americana, con unos caninos algo puntiagudos. Que su belleza no fuera una belleza refinada y un poco asexuada de chico guapo rebosante de salud era incluso más perturbador. No, era un hombre con H mayúscula, de esos que te

estremecen en la pantalla grande.

Suspiro y ahogo un grito de frustración en la almohada. ¿Pero qué me pasa? Sé muy bien que ese tipo de tío no es para mí. Un *playboy* que sabe perfectamente qué efecto causa en las mujeres. Y, además, ¡había ido con su novia! Aunque las feromonas me hubieran vuelto estúpida, sí que me quedaban al menos dos neuronas para asociar el nombre que pronunció cuando me rodeó con sus brazos con tanta naturalidad y la joven que vino a buscarlo. Alba.

Alba y Joaquín.

Seguro y, además, suena mejor que Al y Joaquín.

No es que exista la posibilidad, aunque sea mínima, de un Al y Joaquín. Sería grotesco. Suena a pareja de amigos. No a pareja.

¿Pero qué me pasa? Dos minutos en los brazos de un donjuán y aquí estoy, fantaseando en la cama. Joaquín... El hijo natural de Satán y Nuréyev, sí. Que además está muerto, que lo he buscado en la Wikipedia. Y, bueno, seguro que se rio a gusto cuando enumeré los tres nombres que conocía de la danza. Bravo, Al. Fijo que piensa que soy idiota. Tanto en sentido figurado como en el literal.

Después de agitar pies y brazos para deshacerme de ese desagradable sentimiento, por fin me decido a vestirme. Tengo un lanzamiento europeo que preparar y mejores cosas que hacer que repasar en bucle lo que pasó ayer, puesto que semejante hidalgo tenía una novia adorable que lo esperaba pacientemente. Diane me ha contado en brazos de quién había caído y he recordado que había un bailarín al que Ethan no podía ni ver el año pasado... Tras su actitud de ayer, el hecho de que ni siquiera se mostrara desconcertado cuando apareció su amiga, me confirma lo que ya sospechaba: es un cabrón.

Me pongo mi uniforme de cuello vuelto y falda de los años cincuenta con enaguas que, al contrario de lo que podría parecer, me mantienen calentita en este mes de enero glacial. Después de alisarme el pelo en *carré* tipo Grace Kelly...

*Grasa Kelly, sí...*

Escucho una vocecita en mi cabeza. Siempre está ahí y, a diferencia de Diane, que me ha explicado que con sus pechos se le consideraba voluptuosa, la vocecita de mi cabeza sí tiene razón. Yo no soy voluptuosa. Estoy gorda.

Por suerte, también soy la socia principal de una *start-up* floreciente y mi aspecto no afecta en absoluto a mis capacidades intelectuales. Salvo en presencia de un bailarín demasiado sexi y seguro de sí mismo.

Llego a nuestro despacho de Wall Street pasadas las diez. La ciudad de



Nueva York ha ofrecido contratos de alquiler interesantes para atraer *start-ups* tecnológicas, la mayoría asociadas al mundo de las finanzas, pero no todas, como es nuestro caso. Ethan y yo compartimos despacho, una mesa redonda en la que trabajamos codo con codo. Saludo al equipo como una zombi.

—¡Hola, Al! —me lanza una chispeante Brie.

Hace poco que contratamos a Brie. Recién diplomada en el MIT, ha preferido venir a trabajar para nosotros en vez de para uno de los gigantes tecnológicos de la Costa Oeste. A sus veinticinco años, esta brillante pelirroja es una deportista a la que le gusta la cerveza y el *ballet* y un pequeño genio en todo lo que se refiere a la monetización. Cuando Ethan, después de haber conseguido los fondos necesarios para el lanzamiento de la aplicación en Europa, decidió no encargarse del proyecto para quedarse en Nueva York con Diane (una elección que yo siempre he apoyado), supe de inmediato que quería llevármela al Viejo Continente. Brie siempre es entusiasta y, en un año y medio, jamás la he visto rendirse ante nada. Es un poco tosca, pero es justo por eso por lo que quiero tomarla bajo mi tutela. A su lado, parezco una auténtica dama.

—Hola, Brie, ¿cómo estás?

—Genial. He llegado temprano esta mañana.

Arqueo una ceja. Para mí todavía es temprano, pero conociendo a Brie, seguro que apareció a las siete de la mañana, totalmente despierta, para organizar su despacho y, de paso, el de sus compañeros. Sonríe y eleva la mirada al cielo cuando me ve arquear la ceja.

—Bueno, vale, he llegado al amanecer, pero es que tenía una nueva idea para el lanzamiento de la aplicación en Londres. Van a sudar tinta china.

Asiento con la cabeza y la invito a seguirme a mi despacho después de verter el equivalente a un litro de café en la taza que Ethan me regaló por mi cumpleaños y en la que se puede leer un enorme «NO» que los empleados de la empresa han interpretado correctamente como un «No me hables hasta que me haya bebido mi primer litro de café». Nos vamos dos semanas a Londres a principios de febrero, el tiempo justo para buscar despacho. Por supuesto, Ethan y yo podríamos dejarlo en manos de una agencia, pero la experiencia nos ha enseñado que, en la palabra «*start-up*», todas las agencias inmobiliarias ven lo mismo: grandes espacios «originales», es decir, mal iluminados y mal aislados, necesitados de grandes reformas y, si queremos reclutar a las personas adecuadas para lanzar *Show me* en Europa, tenemos que encontrar un espacio en el que quieran trabajar y con el que se

identifiquen. *Show me* es una mezcla de empresa a medida, tecnológica y cultural, algo que es su principal punto fuerte pero que, a la vez, la convierte en todo un desafío. Desafío a la hora de fichar a las personas adecuadas, encontrar lugares adecuados y realizar su lanzamiento en las ciudades oportunas.

En paralelo a la instalación en Londres, también tenemos que modificar nuestra aplicación para añadir la ciudad con las mismas funciones que las otras ciudades de los Estados Unidos en los que ya funciona. A pesar de ocuparme ahora de problemas más amplios, soy yo la que programó la aplicación original y sigo encargándome de comprobar su funcionamiento con frecuencia para estar segura de que ofrecemos la mejor experiencia posible a nuestros usuarios. Y hago lo mismo con la plataforma «Londres», porque también debemos tener en cuenta a los usuarios extranjeros que quieran utilizar *Show me* cuando viajen. Para ellos, ofrecemos no solo nuestros diferentes recorridos, de los más clásicos como «Descubrir el *ballet*» o «Las tres comedias musicales que no te puedes perder esta temporada», a los más originales como «¿Ganas de llorar?», sino que además hemos añadido una función de geolocalización para poder planificar el desplazamiento entre el hotel o el alojamiento Airbnb y el lugar del espectáculo sin tener que salir de la aplicación.

Brie es la que se está encargando de eso en este momento, que ya es bastante. Paso una buena parte de la jornada laboral con ella, verificando los *bugs* y redefiniendo el *retroplanning*. Según nuestras previsiones, estaremos operativos para la temporada que empieza en septiembre de este año. Eso quiere decir que tenemos que lanzar la aplicación discretamente a finales de junio para tener, al menos, dos meses para pulirla. Podremos corregir los *bugs* que pudieran quedar antes del lanzamiento oficial. No hace falta decir que nuestras jornadas están más que cargadas, lo que me permite evitar pensar en un hipotético y misterioso Casanova con una sonrisa que te derrite.

Me cruzo con Ethan a toda velocidad, pero solo intercambiamos unas palabras. Hacia las seis de la tarde, cuando las oficinas ya están casi vacías, por fin nos quedamos los dos solos en nuestro despacho. Ethan está en una videoconferencia, pero me hace señas para indicarme que ya le queda poco, mientras yo compruebo que la montaña de correos electrónicos a los que tengo que responder sigue siendo la misma. Bueno, si son realmente urgentes, ya me volverán a escribir. Mi bandeja de entrada se parece a mi apartamento, un inmenso caos para un ojo no entrenado, pero un caos controlado para el mío.

Ethan cierra su portátil y se gira hacia mí. Es la viva imagen del amor. Después de dos años tirándose a todo lo que se movía y bebiéndose un litro del alcohol al día, ha cambiado de forma radical, se ha enamorado y, literalmente, resplandece. Las ojeras que antes oscurecían su mirada ahora han desaparecido y ha vuelto a ser el chico que yo conocía y al que tanto quería. Por eso, su inquietud me intriga. ¿Problemas en el paraíso? Apoya los codos en sus rodillas, junta las manos como lo haría un predicador y me suelta:

—Al, ¿cómo estás?

—¿Perdón?

—Ayer no tuve tiempo de hablar contigo después de la fiesta, pero Diane me ha dicho que te encontró con Joaquín Jouanteguy.

—Ah...

Pronuncia el nombre del bailarín como si hubiera dicho «Lucifer, señor de los infiernos» y yo agito la cabeza con una sonrisa.

—¿Te estaba molestando?

Eso me arranca una risa, sorprendida a la par que molesta, he de confesarlo.

—¿«Molestándome»? ¿Es el eufemismo más amable que has sido capaz de encontrar?

Ethan no abandona su expresión seria, pero veo que su boca se relaja. Los dos somos hijos únicos y, sin necesidad de haberlo estipulado alto y claro, ambos nos consideramos hermanos desde nuestra infancia. Y si hay algo de lo que no me apetece hablar con mi «hermano», es de hombres que... me «molestan». Con la intención de poner fin a esta conversación tan embarazosa, me limito a responder con un no.

—¿Estás segura? Porque si te ha molestado o te ha faltado al respeto, sé dónde trabaja. Puedo ir a hablar con él.

—¿Hablar con él o partirle la cara?

Parece dudar, pero tengo claro que Ethan solo está buscando un pretexto para enfrentarse al bailarín en cuestión.

—No me necesitas para resolver tus diferencias, ¿no?

Ethan parece avergonzado y yo continúo:

—Y, además, allí estaba su novia, ¿por qué crees que podría estar interesado en mí?

Aunque suene duro decirlo, es una buena forma de parar mi imaginación galopante que, con o sin trabajo, hoy no ha tenido problemas para encontrar la manera de transformar la velada de ayer en una película no recomendada para

menores de dieciocho años.

—¿Su novia?

Ethan parece sorprendido.

—¿Alba? ¿Morena con los ojos verde azulado? ¿Sonrisa contagiosa?

—No es su novia, sino su hermana. Joaquín no tiene novias, tiene conquistas, a millares...

Pero ya no escucho nada de lo que dice Ethan, que me está soltando una perorata sobre el donjuanismo del tal Joaquín. ¿Alba es su hermana? Las piezas del puzle empiezan a encajar y mi imaginación se dispara a la velocidad de la luz. Necesito toda mi fuerza de voluntad para calmarme.

*¿Tiene los ojos del mismo color que su hermana? ¿Se ha llevado a su hermana a la fiesta? ¡Oh, qué mono!*

*¡¡PARA!!*

—Desde luego es muy simpática.

—¿Qu... qué? —digo, sin comprender lo que acaba de decir Ethan.

—La hermana de Joaquín. Es realmente adorable. Diane y yo estuvimos hablando con ella un rato. Nada que ver con Joaquín. Aunque Diane insiste en que no es tan cabrón. Pero Diane es una santa. Su opinión no cuenta en lo que respecta a esa rata.

—Ah... ¿pero también vive en Nueva York?

—No, ha venido de vacaciones aquí para ver a su hermano. ¡Menudas vacaciones! —añade, con una expresión de terror que me arranca una sonrisa.

—No exageres, Ethan. Quizá no conozcas tan bien a Joaquín...

—¡Oh, créeme, sí que lo conozco! No hace falta profundizar para saber que es un seductor y un ca...

—¡Ethan! Es posible que tu opinión esté un poco influida por Diane, ¿no?

Sé que Joaquín flirteó con Diane cuando Ethan y la bailarina estaban empezando. Con la idea de devolver la conversación a territorios más firmes, le incito a hablarme de Alba.

—¿Y qué pasa con Alba? Si es tan adorable, ¿no cabe la posibilidad de que Joaquín también lo sea?

Ethan exclama:

—¡En absoluto! Es exactamente como Diane y su madre. Diane es un ángel caído del cielo, mientras que su madre es una bruja disfrazada de diva cuyo único objetivo en la vida es atormentar a su hija y desplumar a sus ricos amantes.

—Ah, no sabía que era por el dinero...

—¡Oh, Al, no! —exclama Ethan, molesto.

Contenta por haber conseguido distraerlo, guardo de prisa el portátil en el bolso, pero no ha terminado conmigo.

—Si, por casualidad, intenta volver a verte...

Ya estoy harta de esta discusión que, paradójicamente, alimenta mis fantasías estúpidas y decido pararla en seco:

—Ethan, un tío así no intentará volver a verme.

—¿Y por qué n...? —comienza.

—Mírame.

# CAPÍTULO 4

## JOAQUÍN

Llego al estudio para la clase de danza diaria de la compañía justo a tiempo para colocarme en la barra detrás de Diane. Ella asiente con la cabeza cuando paso y yo le guiño un ojo. Eleva la mirada al cielo, pero no cambia de posición, perfecta, por supuesto. Con la barbilla elevada y los hombros bajos, lleva un moño apretado del que no se escapa ni un solo mechón. Nuestro profesor entra en el aula junto con el pianista y, después de saludarnos, empieza la clase. Tras unos minutos encadenando posiciones y calentando despacio, por fin llegamos a una postura que nos obliga a inclinarnos hacia delante y que me permite acercarme a Diane:

—Dame su número.

Diane se tensa imperceptiblemente y me gruñe:

—¿De qué hablas?

—Diane, sabes muy bien de qué hablo. Al. Dime cómo se llama de verdad.

La busqué anoche en Internet y solo encontré un montón de decepcionantes «Al Cusack» sin foto para confirmar. Nada con lo que soñar. Diane me ignora cuando el profesor pasa entre nosotros y nos anima a ser rigurosos sin perder nuestro propio estilo. Hago esos movimientos desde hace más de veinte años y podría hacerlos hasta dormido sin perder ni un solo compás de piano. Pasamos a las diagonales y, esperando mi turno, mientras otros bailarines se lanzan a ellas, yo sigo acosando a Diane, que no osa moverse para no distraerlos.

—Sabes que me lo vas a decir, así que mejor hazlo ya. ¿Cuál es el nombre completo de mi exquisita desconocida?

—No pienso decírtelo, así que déjalo ya —me suelta, con problemas

para ocultar su sonrisa.

Y la clase continúa así: Diane intentando escapar y yo acosándola a preguntas. ¿Quién es Al? ¿A qué se dedica? ¿Cuál es su nombre completo? Cuando terminamos, sigo sin saber el nombre de la joven de gafas espantosas, pero con unos bonitos ojos oscuros, que no me quito de la cabeza desde ayer. Y no solo de la cabeza.

Diane se está colgando su bolsa del hombro cuando le bloqueo la salida.

—Al final, conseguiré averiguar su nombre, así que ayúdame, por favor.

Adopto mi expresión más desvalida, pero, a juzgar por su cara de desesperación, no me ha debido salir demasiado bien. Estoy a punto de darme por vencido por hoy cuando Jill surge detrás de Diane. Bailarina principal del Ballet de Nueva York, Jill es lo más parecido a una amiga que tengo aquí. La conozco desde que llegué a la compañía y ha sido y es mi *partenaire* en muchas obras.

—¿Vas a dejar ya de molestarla? —me dice con una sonrisa.

—Solo quiero el nombre completo de una chica que conocí ayer en la fiesta. Diane la llamó «Al», pero me niego a creer que una criatura tan exquisita tenga nombre de bebedor de cerveza barrigón. Aunque, si conoce a Ethan, nunca se sabe.

—¿Exquisita criatura? —exclaman Jill y Diane a coro, una con una cierta intriga y la otra con sorpresa y un punto de pavor.

Es Jill la que primero se decide a romper el silencio.

—¿Hablas de Alice?

La reacción de Diane, mohín con los labios y entrecejo fruncido, me indica que Jill ha acertado de pleno.

—¿Alice qué más?

—Alice Cusack, la socia de Ethan —continúa Jill.

—Alice Cusack —repito, saboreando cada palabra.

Alice... Mucho mejor que Al, desde luego, y, como su homónima, le gusta aventurarse en tierras prohibidas y poco iluminadas. Siento cómo mis labios empiezan a esbozar una sonrisa que la expresión furibunda de Diane no hace más que aumentar. ¡Es tan fácil torturarla!

—¡Ah, no, Joaquín, déjala tranquila!

—Pero si no le deseo ningún mal, Diane, más bien lo contrario —respondo.

Le muestro las palmas de mis manos para demostrarle que no oculto nada, pero no parece convencerle mi defensa y, la verdad, no la culpo. A

Ethan, su novio, no le caigo especialmente bien, pero el mundo de la danza es muy pequeño y, al menos, Alice no es ni su ex ni está con él.

Ya es algo.

Alice...

Diane agita un dedo bajo mi nariz, lo que me saca de mi ensoñación para iniciar un duelo verbal.

—No tiene tiempo para eso. Acaba de separarse...

—Ah, pues perf...

—Y no se va a quedar en Nueva York.

—¡Mucho mejor!

—¿Pero qué...?

—Diane, no estoy buscando el amor de mi vida —la interrumpo, posando mis manos en sus hombros para apoyar mi discurso.

Aguanta mi mirada un instante antes de agitar la cabeza. Le dedico una gran sonrisa que le vuelve a arrancar un suspiro de desesperación.

—No le hagas creer que...

—Diane, Alice ya es mayor, ¿no?

—Llámala Al, no Alice, que no le gusta su nombre —me dice antes de morderse el labio.

—Gracias por el consejo, pero, de verdad, no creo que pueda llamarla así. Es como si a ti te llamara Didi.

La veo recular, horrorizada. Vale, lo ha comprendido. Jill me rodea la cintura con una mano y me dice:

—Deja de torturarla y venga, vamos a ensayar.

Deslizo mi brazo bajo el suyo y salimos del aula no sin antes lanzar una última mirada llena de gratitud a Diane, que se limita a ponerme una cara tan amenazante como la de un gatito maullando.

Estamos ensayando *La bella durmiente*, el *ballet* que representaremos en Londres en unas semanas. El Royal Ballet ha invitado a la compañía y yo estoy entre los afortunados. Ahora tengo veinticinco años y llevo bailando toda mi vida. Ainhoa, desde muy pequeña, decidió que bailaríamos. Solía enviar cintas al Royal Ballet School para que nos aceptaran. Al final, entré en esa escuela con poco más de diecisiete años y me promocionaron a primer solista con apenas dieciocho y a bailarín principal con veinte, un ascenso fulgurante que, por aquella época, me dejó cierto sabor amargo. Llevo ya diez años encontrando siempre una excusa para no poner un pie en la escena londinense. Nueva York era mi sueño, un El Dorado que me permitía escapar de los



sueños demasiado exigentes de los demás, pero esta vez me he dejado convencer. Y Audrey Selman no me ha dejado otra opción.

Londres aparte, solo tengo unas semanas para lograr salir con Alice y divertirnos juntos. Teniendo en cuenta lo que me acaba de decir Diane, me sorprendería que esperara una gran historia. Es perfecta para mí. Parece ser que los dos necesitamos distraernos. Ella, para reponerse de su ruptura y yo, para relajarme un poco porque mi hermanita pequeña, por muy adorable que sea, tiene el don de volverme loco y de hacerme sentir culpable. ¿Culpable de qué? La lista es demasiado larga.

Para que me perdone, la llevo a conocer Nueva York y ejerzo de guía ejemplar. Después de una maravillosa tarde en el Met, donde encontré la forma de hacer de enfermera en vez de divertirse, tengo previsto llevarla a una comedia musical esta noche. Solo espero que le guste y que no intente ayudar al primero que pase.

En vez de encontrarnos directamente en Broadway, Alba ha quedado en venir a buscarme cuando acabe. Cuando salgo del edificio, allí está, envuelta en un abrigo demasiado grande y con unas botas de nieve que hacen que parezca que va a escalar el monte Everest en vez de ir a patearse las calles de Nueva York. Su nariz, enrojecida por el frío, apenas sobresale de su bufanda. Solo veo sus ojos y un rizo de pelo moreno que se escapa de su gorro y, por un instante, otro rostro se superpone al suyo. Aprieto la mandíbula y relajo lentamente la respiración. Solo es el pasado.

—¡Joaquín! —me grita, saliendo a mi encuentro, con los ojos brillantes.

Dejo que me abrace como si no nos hubiéramos visto esta misma mañana, cuando insistió en prepararme el desayuno. A pesar de que le expliqué que los bailarines comemos con regularidad, pero en pequeñas cantidades para no ganar peso a la vez que reponemos energía, me preparó un festín que me ha complicado especialmente los grandes saltos de esta mañana, pero si eso me permite no tener que soportar su mirada ansiosa, como si no supiera cómo comportarse conmigo, aceptaré encantado ese sacrificio unos días más.

—¿Lista?

—Sí, pero ¿qué vamos a ver?

Tiembla de impaciencia y, esta vez, mi sonrisa es del todo sincera. Con seis o con veinticuatro años, Alba siempre ha tenido la misma energía contagiosa. Paro un taxi. Solo son las seis y media de la tarde, pero, por la nieve y el tráfico, calculo que llegaremos justos de tiempo. Una vez delante

del teatro, Alba me mira de una forma que me cuesta interpretar.

—¿*Aladdín*?

Picado por su pregunta, que me hace pensar que mi hermana se siente más escéptica que ilusionada, respondo con tono seco:

—Es un éxito. Y Disney siempre funciona.

Soy un idiota. Creía recordar que *Aladdín* era uno de los dibujos animados favoritos de Alba cuando era pequeña, pero está claro que me he equivocado. Acaba por sonreír y me contempla, pasando de una expresión de incredulidad a una pensativa. Antes de que empiece a hablar, la meto en el teatro y nos sentamos en nuestras respectivas butacas. Observo a Alba con el rabillo del ojo toda la tarde, algo más tranquilo al comprobar que le gusta el espectáculo y, cuando salimos, su sonrisa es enorme.

Dejo que me coja del brazo sin decir nada. Empiezo a comprender que Alba necesita contacto. Me toca casi todo el tiempo: su brazo bajo el mío mientras andamos, la mano en el hombro cuando quiere enseñarme algo interesante en su teléfono, un beso en la mejilla por la mañana y otro por la noche. Lo había olvidado. Estamos buscando un pequeño restaurante para cenar antes de volver a casa, cuando exclama sobre el espectáculo:

—Muchas gracias, Joaquín. ¡Ha sido genial!

—No hay de qué. Me alegra que te haya gustado.

—El genio era alucinante. ¡Y los bailarines! ¡Y la música!

Ante su entusiasmo, me limito a sonreír.

—Eran mis dibujos animados favoritos cuando era pequeña. ¡Qué coincidencia!

Ah, pues no me había equivocado y, aunque no identifico qué indica su sorpresa, siento un calorcito a la altura del pecho. Simple satisfacción, por supuesto. Nada más. Y un punto de culpabilidad para aderezarla.

—Estoy segura de que le habría gustado mucho a Uhaina. La próxima vez, podrías llevarla a ella. Incluso a Iñaki...

Uhaina tiene dos años más que Alba e Iñaki uno menos y estoy seguro de que ninguno de los dos tiene ganas de verme. Ellos dos son los cabezones de la familia. Marta y Alba se han ganado la aureola de santas. El calor que había sentido hacía unos segundos se evapora de repente en cuanto nombra a mi hermano y mi hermana. Por suerte, hemos llegado al restaurante chino al que la quería llevar y tengo unos minutos de respiro mientras pedimos, pero, en cuanto se marcha el camarero, Alba vuelve a la carga.

—Sé que estás muy ocupado, pero a papá y a mamá les encantaría verte.

A Marta, también. A Uhaina e Iñaki también... creo.

—¿Uhaina e Iñaki? ¿De verdad?

Mi tono irónico contrasta con la sonrisa fija de Alba, que hoy parece decidida a no dejar el tema de las relaciones familiares. ¿Vacaciones en Nueva York? ¡Ni de broma! ¡Más bien misión «hijo pródigo»!

—Sí, si dieras el primer paso...

—Alba...

—No, a lo que me refiero es que estaría bien que pasáramos las Navidades todos juntos este año, por ejemplo.

—No puedo. Bailo *El Cascanueces*.

Es una tradición en Estados Unidos y el público neoyorquino espera que yo esté entre los bailarines principales. Alba hace una mueca que me indica que está preparando su contraataque.

—Pues este verano. Podrías venir a pasar una semana. ¡Solo una semana!

No me gusta verla suplicar. Eso hace que me sienta culpable y no soy culpable de nada. No todo el mundo está hecho para vivir en familia. Ha llegado el momento de poner los puntos sobre las íes.

—Hablo con regularidad con papá y mamá. Marta y yo, por mucho que seamos hermanos, no tenemos nada en común y Uhaina vive subida a su tabla, así que dudo mucho que vea a la familia mucho más que yo. En cuanto a Iñaki...

No acabo la frase, pero Alba lo hace por mí.

—No lo conoces, lo sé, pero aun así podrías hacer un esfuerzo por ver a la familia.

—A algunos sí os veo... Por ejemplo, tú estás aquí.

—¡Pero eso no cuenta! ¡Me he plantado en tu casa sin que me invitaras! ¡Si no fuera así, no verías a nadie! —grita, atrayendo las miradas de los comensales de las mesas cercanas.

Aprieto el puño sobre la servilleta y la dejo sobre mis rodillas para que Alba no se dé cuenta del gesto. La observo y sonrío antes de decirle al fin:

—Sabes que eso no es verdad. Hago excepciones y, si quieres seguir formando parte de ellas, será mejor que dejemos esta discusión.

Por fin llega la comida y empezamos a comer en silencio. Casi puedo ver humo saliendo de las orejas de Alba, que hace un esfuerzo sobrehumano para no decir lo que realmente piensa. Me apiado de ella, me inclino y le digo:

—Venga, Alba, di lo que tengas que decir. Te prometo que no me enfadaré.

—Cuando me miras, piensas en ella, ¿verdad?

Me quedo inmóvil, aturdido, y niego con la cabeza lentamente, pero Alba continúa:

—¿Es por eso por lo que no estás contento de que esté aquí?

—No, Alba. Aunque a veces tenga la impresión de tener a mamá pegada a mi espalda, estoy contento de tenerte aquí.

Sus ojos brillan y ya no sé dónde meterme. ¿Qué clase de cabrón hace llorar a su hermanita pequeña? Y, aun así, ¿con qué derecho se inmiscuye en mi vida de esa forma? Si solo se tratara de mí, pero es que...

—¿Sabes? A veces voy a verla. Sé que tú también vas. Y no comprendo por qué no quieres hacer el esfuerzo de venir a vernos ya que estás allí.

Hago señas al camarero para que nos traiga la cuenta. Esta conversación me ha quitado el apetito. Alba me lanza una mirada furiosa, pero prefiero eso a la riada de lágrimas que parecía anunciarse hace unos segundos. Siento que todavía tiene algo que decirme, pero ya he tenido bastantes discusiones familiares por hoy. Apoyo el brazo en el respaldo de mi silla, me inclino hacia atrás y la miro de arriba abajo. Tanto sentado como de pie, soy más alto que mi hermanita. Hay pocas cosas que la hagan callar y me tengo que contener para no pronunciar su nombre.

—Si quieres que todo vaya bien durante el resto de tus vacaciones, te pido que no vuelvas a mentar a Ainhoa.

# CAPÍTULO 5

## AL

Llego quince minutos tarde. ¡Lo siento! ¡Es culpa de Ethan! ☹

Aunque Diane acaba su mensaje con el emoticono de una carita de enfado, estoy segura de que ha sido cómplice voluntaria, por no decir activa, de su retraso. Y mejor así. Ethan y ella merecen ser felices y tener muchos hijos para los que yo seré la tita excéntrica que, a sus cincuenta años, seguirá fantaseando con los pocos minutos que pasó en los brazos de un conocido seductor que seguramente ya habrá olvidado su existencia. Hay que decir que, tras llevar varios meses sin relación sexual alguna, soy una presa fácil. Al menos, eso es lo que me digo para explicar las divagaciones que siempre me llevan a esa noche.

También es por eso por lo que, después de llevar toda la semana trabajando como una loca, he decidido regalarme una tarde de compras este fin de semana para enseñar mis tiendas de lencería favoritas a Diane, que busca un regalo de San Valentín para Ethan. Fiesta comercial de mierda.

Siento ganas de vomitar. Vomitar de envidia.

Gruño un poco, pero solo por principios, porque en realidad estoy encantada de pasar la siguiente hora en este antro de feminidad exagerada tan seductora. Solo quince minutos en este templo de la seda no son ni de lejos una tortura sino todo lo contrario y más contando con las dependientas: todas ellas me conocen bien y saben cómo tentarme.

—Señorita Cusack, ¿cómo le va?

—Bien, gracias. ¿Habéis recibido...

—¿La nueva colección de Agent Provocateur? Sí, claro. También

tenemos algunos corsés Cadolle que seguro le gustarán.

Tiemblo de emoción. Mi amor por la lencería fina tiene algo de inexplicable. Y más teniendo en cuenta que rara vez me pongo ninguna prenda de las que compro aquí. Aunque la tienda rebosa de maravillas delicadas y de braguitas que podrían pasar por el ojo de una aguja por la finura de su seda, ninguno de estos tesoros se adapta a mi silueta. Es una lencería que enseña y yo más bien necesito tapar, por no decir contener, para no desbordarme por todas partes como un pastel con demasiada levadura. Aunque las dependientas no paran de repetirme que soy una Venus voluptuosa, no me hago ilusiones. Al fin y al cabo, regalarme el oído forma parte de su trabajo y la verdad es mucho menos sexi. Soy Al la del culo gordo. Y si quiero entrar en algunos de mis vestidos de los años cincuenta, debo aceptar pasar por la prueba de la faja y otros derivados más modernos pero igual de favorecedores.

Yo sería una de esas mujeres que se compran ropa una talla más pequeña para animarse a adelgazar si no fuera porque no tengo la más mínima motivación para perder peso. Desde adolescente, he hecho todas las dietas del mundo y, la verdad, vivir de claras de huevo, pues no, gracias. Tengo demasiadas cosas que hacer como para obsesionarme con lo que hay en mi plato. Estoy acomplejada, pero lo asumo. Bueno, más bien asumo que jamás volveré a hacer dieta.

Si al menos tuviera un pecho proporcionado a mis caderas, pero no, tengo un par de tetas que, en mi opinión, no están mal, pero que estarían mejor en una mujer con dos tallas menos. He intentado ponerme los exquisitos sujetadores y bustiers que la dependienta selecciona para mí, pero el contraste con mis bragas color carne con costuras reforzadas resultaba ridículo, así que me digo que los colecciono —ese es mi pecado venial— y la cómoda en la que guardo esas prendas es el cofre del tesoro que abro cuando me deprimó. Sven se reía de mí y de las adquisiciones que terminaban sin estrenar en un cajón, pero la única vez que reuní el valor suficiente como para lucir un conjunto para que se callara, con la secreta esperanza de que animara su fogosidad, puso cara rara. Oh, nada excesivo, pero, al parecer, tampoco nada favorecedor porque me preguntó si era normal que desbordara.

Desbordar. Nada más que decir.

No sé si achacar eso a su franqueza escandinava o al hecho de que es un hombre, pero el caso es que me hizo daño. ¿Normal? No lo sé, pero desde luego no demasiado estético.

Por fin, escondida en el probador que me reservó la dependienta en

cuanto llegué, me observo bajo aquella luz tamizada y favorecedora, con unas cortinas de terciopelo rojo de fondo. En invierno, me visto como una cebolla y, al quitarme las capas, me quedo roja y despeinada, con las gafas torcidas. Mi sujetador color carne está un poco entreabierto y las bragas me aprietan en la cintura, marcando un michelín en los costados que amenaza con minarme la moral. Cualquiera diría que me ha hecho un niño de cinco años con bolas de plastilina que ha apilado una sobre las otras. Pufffff...

¡Joder, he montado una *start-up*! Soy una programadora de primera y una mujer independiente, pero basta con verme en bragas para tener ganas de llorar. Me siento culpable por sentirme mal por algo tan superficial y es un ciclo sin fin que se repite una y otra vez.

Por suerte, justo cuando me estoy planteando comprarme un par de ligas, oigo la voz de Diane. Me pongo el vestido, las medias y los zapatos a toda prisa y, dejando allí las enaguas, salgo del probador. Advierto de inmediato que la dependienta observa a Diane con ojos de deseo. Con su silueta marcada por un par de vaqueros ajustados dentro de un par de botas, puede permitírsele todo. Al verme, Diane viene al instante a mi encuentro y, después de presentar sus excusas por el retraso, la dejo en manos de la dependienta, que ya tiene los brazos llenos de diferentes prendas. Diane me lanza una mirada de loca por encima del hombro, que yo le devuelvo seguida de un guiño. Necesitará, por lo menos, media hora para probarse todo eso, lo que me deja algo de tiempo para echar un vistazo a las estanterías antes de reunir el valor necesario para probarme todo lo que la dependienta ha elegido para mí. Para preservar la intimidad de las clientas, nuestros dos probadores se encuentran en la zona opuesta de la tienda, otro pequeño detalle que hace que esta *boutique* sea uno de mis lugares favoritos de Nueva York.

Unos minutos más tarde, deleitándome con el tacto de unas braguitas de seda, ni siquiera el discreto timbre de la puerta de entrada puede sacarme de mi trance. Me da igual no poder ponérmelas, a mí me encantan. Cierro los ojos y suspiro, con los hombros por fin relajados.

—Buenas tardes, Alice —me susurra una voz grave al oído.

Abro los ojos de inmediato, con los hombros tensos, sorprendida entre dos reacciones. Entre la lógica, evitar a la persona que acaba de interrumpir mi sesión de «lenceroterapia», y la instintiva, dejarme llevar y disfrutar aún más de la forma en la que ha pronunciado mi nombre.

¿Quién? Joaquín, por supuesto.

Me giro e intento mirarlo con desprecio, pero hoy no llevo tacones, así

que tengo que inclinar la cabeza para que mi nariz no quede justo a la altura de sus pectorales. Lleva un simple jersey de cuello alto bajo un abrigo de paño de lana y todavía esa barba de tres días que le hace parecer un chico malo. Corrección: ¡es un chico malo y lo sé! Evidentemente, lo he buscado en Google para conocerlo mejor: «La potencia y la gracia», «la agresividad y la delicadeza» e, incluso, un simple «Viva España» —y me guardo las mejores —, ese chico es una auténtica estrella en su campo, pero nada comparable con la realidad.

De cerca, lo primero en lo que me fijo es en sus ojos, de un azul todavía más penetrante bajo sus espesas cejas, con una arruga marcada entre los dos, como si entrecerrara la mirada todo el tiempo para detectar mejor a su presa en la lejanía. O, en este caso, a unos centímetros. Sus facciones, mandíbula y pómulos nada delicados, son muy marcadas. Es una belleza puramente masculina, casi tosca, solo dulcificada por una gran boca, cuyos labios tiene un poco agrietados por el frío de este mes de enero. Me dan ganas de ponerle un poco de crema hidratante con la yema de los dedos antes de...

Y es justo esa misma boca, que se abre para hablarme, la que me devuelve a la realidad. Si sigue así, Diane lo oirá y no sé cómo podría explicarle su presencia aquí. De hecho, tampoco sé cómo podrá explicarla él mismo.

En un arrebato de inspiración, poso mi dedo sobre su boca y le tiro del brazo para meterlo en un probador. Una vez cerradas las cortinas, me giro hacia él con los puños sobre las caderas.

—¡¡¿Pero qué haces aquí?!!

Se acabaron las buenas formas; ha llegado el momento de rendir cuentas. Joaquín me dedica una media sonrisa que casi me derrite hasta que me recuerdo a mí misma que no es más que un donjuán, un encantador de serpientes, un animal s...

Al ver que su sonrisa se agranda aún más, soy consciente de que mis divagaciones no le han pasado desapercibidas y, aunque desconoce el contexto exacto, sí que adivina la causa. Se quita el abrigo como si le hubiera invitado a mi casa, lo coloca con cuidado sobre el respaldo de la silla y se gira hacia mí, con las manos metidas en los bolsillos de unos pantalones vaqueros que marcan sus muslos musculados. ¿Cómo he podido burlarme de las mallas blancas de los bailarines?

—Tengo mis fuentes, Alice.

No dejo de parpadear intentando parar esa sensación de lazo de seda que



acaricia mi espalda, de la cintura a la nuca, donde se me eriza el vello. Ese es el efecto que me provoca escucharle pronunciar mi nombre, como si una simple palabra contuviera un gran poder. Un encantamiento.

Nadie me llama Alice. Al está bien. Un nombre simple, sin complicaciones. Alice es un nombre de chica fácil, inconsciente y despreocupada. Yo no soy así. Respiro lentamente antes de subirme las gafas con un dedo.

—Tienes que irte. Y me llamo Al.

—¿Después de todo el tiempo que llevo buscándote?

Hace una pausa antes de agitar la cabeza de derecha a izquierda, sin reaccionar a mi reprimenda por el uso de mi nombre. Debería sentirme halagada, pero desconfío demasiado como para creer lo que acaba de decirme. Y, además, sería un poco alucinante, ¿no? Solo quiere una cosa y yo no lo conozco tanto como para eso. ¿Torturarme por puro placer? Es posible.

—¡Deja de decir tonterías! —grito para luego bajar el tono al instante.

Levanta los brazos en señal de rendición, pero no doy un solo paso atrás. Baja la cabeza y su pelo se desliza sobre su frente. Esos mechones castaños, casi negros, merecen una acaricia.

¡Aaaaaah, debo resistir!

Quizá Ethan no se equivocaba cuando lo llamaba Lucifer, príncipe de los infiernos. Joaquín, como si me leyera el pensamiento, me clava la mirada, con una expresión de culpabilidad terriblemente sexi que provoca la consecuencia inesperada de subirme la temperatura corporal varios grados.

—Vale, he visto a Diane de lejos y sabía que había quedado contigo para ir a comprar ropa.

—¿Lo sabías?

—La escuché hablar del tema ayer.

—¿La has estado espiando?

—¿Estás enfadada conmigo?

—Yo... Mira, tienes que irte ahora mismo. No sé qué quieres, pero eso no va a pasar. ¡Vale!

Aun habiendo hablado en voz baja para que no me oyeran en la otra punta de la tienda, me siento orgullosa de mi tono decidido, pero Joaquín no parece convencido y se cruza de brazos antes de arquear una ceja inquisitiva, lo que atrae mi atención a sus bíceps bien marcados bajo el jersey de cachemira. Hummm, no está mal...

Tendría que haberme interesado antes por la danza clásica. ¡Pero no por

él, eso no!

—¿Por qué?

Su pregunta tarda un rato en atravesar la nube de feromonas que me rodea. ¿Por qué? ¿De verdad me lo pregunta? Lo miro para asegurarme y no dudar, con sus ojos azul glaciador taladrándome. ¿Quiere razones? ¡Pues le voy a dar yo razones!

—Para empezar, mi mejor amigo te odia y para mí es importante no hacerle daño. En segundo lugar, eres un *playboy* y lo más probable es que me pegues la sífilis o algo peor. En tercer lugar, me voy de Nueva York en dos semanas para preparar un gran proyecto que me va a obligar a vivir en el extranjero durante un periodo indefinido a partir de este verano...

Estoy a punto de enumerar mi cuarto motivo cuando veo que Joaquín se me acerca. Tanto él como Diane tienen en común esa capacidad para moverse como si cada uno de sus gestos estuviera estudiado, sin dejar nada al azar, pero mientras en Diane parece una gracia despreocupada que me hace sentir como Godzilla cuando ando a su lado por las calles de Nueva York, Joaquín es más una pantera a punto de devorarte que un gatito que se puede amansar con una caricia bajo el mentón.

—¿Pero qué...?

Joaquín me acaricia la nuca con una mano y así me deja sin palabras. Con la otra, me quita las gafas antes de besarme.

Besarme.

El término quizá no sea el más adecuado. Si ya es capaz de derretirme con una simple mirada, estoy bastante segura de que el beso que me está dando me dejará embarazada. Mientras me aferro a sus hombros para no caerme, él se toma su tiempo para seducirme, con su boca juguetona y su lengua, que se mezcla con la mía, a la que claramente le importa un bledo las razones que acabo de exponer. Siento que la mano que no sujeta mi mandíbula me acaricia la espalda, el costado e incluso me roza el pecho y temo saltarle encima. Me mordisquea el labio inferior antes de pasarle la punta de la lengua como para calmarlo y siento que su barba me abrasa ligeramente, provocando una quemadura más erótica de lo que me esperaba. Cuando nuestros labios se separan, empieza a responder metódicamente a mi lista de hace unos minutos. ¿O quizá eran unas horas? Para ser sincera, no lo sé. Creo que acabo de tener un orgasmo y estoy más ocupada en recuperar la respiración que en hacer cuentas.

—Para empezar, si no tiene conocimiento de ello, a Ethan no puede

hacerle ningún daño. En segundo lugar, *playboy* o no, me preocupo mucho por mi salud y por la de mis parejas. En tercer lugar, pueden pasar muchas cosas en dos semanas...

Excitada y colgada de su boca, me cuesta tragar antes de dejar escapar la verdad, esa verdad que es la principal razón que motiva mi rechazo inicial:

—No puedo acostarme contigo porque no podría asumir...

—¿Asumir qué? No me importaría ocuparme de ti, si es eso lo que te preocupa. Si prefieres no hacer nada, déjate hacer.

Vale. Acabo de implosionar. No deberían dejar suelto a un tipo así. Es peligroso para la población. Tengo la impresión de que cada una de sus acciones, de sus palabras, es un nuevo ataque nuclear y que no tengo capacidad para resistirme.

—No podría asumir... desnudarme. Delante de ti.

Las palabras salen de mi boca, como entrecortadas. Joaquín me está mordisqueando el lóbulo de la oreja y tengo que morderme el labio inferior hasta que brote la sangre para no gemir y ofrecerle mi cuerpo en bandeja. Parece creer que estoy de broma y me susurra:

—Alice, te aseguro que si me dejas ocuparme de ti, no pensarás en nada de eso y, además, podríamos dejarnos la ropa puesta.

*Lucifer, príncipe de los infiernos; Lucifer, príncipe de los infiernos; Lucifer, príncipe de los infiernos*, recito con la esperanza de que eso me calme, pero no sirve de nada.

Me acerco aún más a él, como si quisiera fundirme con su cuerpo y lo vuelvo a besar; está claro que mi cerebro ya ha decidido deponer las armas. Navego en mis sensaciones y estoy a punto de ahogarme en ellas cuando su mano se posa en mi trasero y lo aprieta sin moderación.

Mi culo.

¡No!

Salto como un gato al que acaban de sumergir en agua, pero Joaquín es un auténtico pulpo y lo único que consigo es acercarme todavía más a él. Mi movimiento, aunque mínimo, ha desplazado su mano y ahora se encuentra bajo el muslo, para levantarlo y rodear con él su cintura, a dos dedos de despegarme del suelo.

Joaquín me vuelve a besar, pero giro la cabeza en un último intento de escapar de mi traicionero cuerpo. Poso mis manos en sus pectorales, error que me cuesta volver a caer por un segundo en mi estado de aturdimiento antes de sacudir la cabeza y soltar un penoso:

—¡Pero si ni siquiera nos caemos bien!

—Razón de más, así no corremos el riesgo de que se nos vaya de las manos.

# CAPÍTULO 6

## JOAQUÍN

¡Ya he llegado! ¡Que pases un buen fin de semana!

Sonrío al ver el mensaje que me acaba de enviar mi hermana desde Boston, su destino durante los dos próximos días. En este momento, bailo casi todos los sábados por la noche y no puedo acompañarla, pero sé que está en buenas manos, sobre todo porque son manos castas. Un antiguo compañero de *ballet* que ahora imparte clases en Boston me ha prometido acogerla y hacerle de guía por mi cara bonita, más que por la de mi hermana. Aunque sé que tiene veinticuatro años, me he dado cuenta de que, muy a mi pesar, tengo un instinto protector que, si lo escuchara, me llevaría a encerrar a la enfermera hasta los treinta. No me reconozco y esa sensación de ser otro, un extraño, me resulta bastante molesta.

Si he animado a Alba a visitar un poco la costa es para poder respirar y, sobre todo, porque Alice por fin me va a visitar esta noche para la primera de nuestras... lecciones, a falta de un mejor término para definir nuestra cita. Ella ha insistido en poner nombre a lo que estaba pasando y no me cabe la menor duda de que habrá preparado un *retroplanning* con todos los temas que desea tratar antes del examen final. Mucho mejor, todo sea dicho, porque así no se me pegará cuando esto haya terminado.

Alice...

Saboreo su nombre con la punta de la lengua en espera de que sea ella la que ocupe su lugar. Todavía me acuerdo de aquella tienda de lencería fina, una *boutique* que se corresponde mucho más con la imagen que me he hecho de ella que esa ropa retro con tendencia «abuelizante». Con las gafas caídas y el

pelo ensortijado, estaba para comérsela. Dulce pero tensa, como si de repente estuviera al borde del precipicio cuando oyó mi voz.

Me pregunto cuál será el mejor medio para hacer desaparecer esa tensión que es un corsé más apretado que cualquier faja: ¿atacarla con suavidad o doblegar su voluntad? El método suave es más pertinente a largo plazo, como los músculos que relajo y estiro al principio y al final de cada jornada. Hay que saber tomarse su tiempo para no correr el riesgo de sufrir un desgarro. De hecho, eso es justo lo que estoy haciendo tras soltar el teléfono. Me abro en *grand écart* y basculo la pelvis para estirar los aductores y los músculos de los muslos que, junto con los abdominales y las lumbares, son los que mayor tensión han tenido que soportar esta tarde durante mi ensayo con Diane.

—¿Joaquín? ¿Cuántas veces piensas repetir tu serie de estiramientos?

Parpadeo después de que la voz de Diane, que está sentada cerca de mí, haya interrumpido mis pensamientos. Ya se ha vestido con un pantalón elástico negro y un forro polar que recubre su ropa de ensayo. Se está quitando las puntas y masajeándose los tobillos con un gesto mecánico allí donde los lazos y las gomas le han dejado más marca. Pues sí, no me había dado cuenta, pero estoy repitiendo la misma serie de estiramientos por tercera o cuarta vez mientras mi mente divagaba por las curvas de la deliciosa Alice y por el mejor medio para ponerla nerviosa. Me levanto con gesto mesurado y voy a buscar mi bolsa para vestirme yo también y evitar que se me enfríen los músculos demasiado rápido y se tensen. Dedico una sonrisa distraída a Diane, que arquea las cejas visiblemente.

—Pareces distraído. ¿Estás bien?

—Sí, sí, ya sabes, las mujeres...

—¡¿«Las» mujeres?!

Su tono, algo inquieto, me saca de mi letargo y entrecierro los ojos. Ah, se me olvidaba que Alice es la socia del novio de Diane. El ex de Jill. Jill, que es mi amiga y algo más en nuestro tiempo libre. Este mundillo es muy pequeño y, como cualquier entorno profesional intenso, se vuelve rápidamente incestuoso y, a juzgar por la reacción de Alice hace una semana, será mejor mantener nuestro futuro acercamiento en secreto, una precaución que, la verdad, me cuadra perfectamente. Lanzo una mirada cargada de sobreentendidos a Diane que, a su vez, abre la boca, probablemente para recordarme que en ningún caso le dirija la palabra a Alice, así que decido cortar en seco e improvisar:

—Mi hermana. Es mi hermana la que me preocupa. Se ha atrevido a ponerme cojines en el sofá.

Pongo especial énfasis en la palabra «atrever», acompañando mis palabras con un gesto de mártir y elevando la mirada al cielo para invocar a Dios por el calvario que estoy viviendo.

—¿Y dónde está el problema? —comienza Diane, visiblemente aliviada por el giro que ha dado la conversación.

Le lanzo una mirada de desdén, la misma mirada que lanza el personaje de Albrecht en *Giselle*, antes de responder.

—Son de colores.

—¿Colores? ¿Y eso es grave? Me imaginaba tu apartamento más bien...

—¿Más bien qué? ¿Con muchos colores? ¿Porque soy medio español?

—N... no —dice antes de ruborizarse.

—¿Y qué te imaginabas? ¿Carteles de corridas de toros y tapetes de encaje sobre muebles de caoba? ¿Un crucifijo en la pared de mi dormitorio?

—¡Madre mía! No, un crucifijo, no, a no ser que esté invertido. Me imaginaba más bien cortinas rojas y doradas —responde con tono disgustado.

Hago una pausa de unos segundos, el tiempo necesario para que se forme la imagen en mi cabeza y, con una sonrisa ambiciosa para rematar, saco la conclusión siguiente:

—Así que tú crees que vivo en un burdel.

Al instante, Diane se sonroja, baja la cabeza y se afana en anudarse los cordones de las zapatillas de deporte que se acaba de calzar. Me agacho junto a ella y me inclino para verle la cara antes de decirle, en voz baja:

—Pues no tienes más que venir para salir de dudas.

Agita la cabeza y esboza una sonrisita traviesa:

—¡Para ya! Deja de hacerte el duro, que ahora que sé que dejas que tu hermana te decore el apartamento, te veo con otros ojos.

—¿Con otros ojos?

—Digamos que imaginarte con una familia te hace menos... peligroso.

*¿Menos peligroso?*

Me tengo que contener para no cogerla del puño y recordarle que no soy un niño. Me limito a levantarme y tenderle la mano para que ella haga lo mismo. No es el momento de flirtear con ella. A Alice no le haría ninguna gracia. Y, desde el punto de vista estratégico, prefiero que me tome por un cabrón al final de nuestra aventura que al principio. Es lo mejor para romper limpiamente.

Diane acepta mi mano y, una vez de pie, me observa unos segundos antes de inclinar la cabeza y entrecerrar los ojos como si intentara resolver un enigma.

—Tienes una hermana...

—¿Y qué tiene eso de sorprendente? De hecho, tengo cuatro.

—¡Cuatro! —exclama.

—Y un hermano —enfático.

—¿Mayor?

—Menor.

—Un Joaquín en ciernes —apostilla.

Su tono tiene poco de adulator, más bien un punto de pavor, lo que me arranca una sonrisa de satisfacción.

—Iñaki y yo no tenemos mucho en común.

—¿Quieres decir que es un hombre hogareño felizmente casado?

—Quiero decir que, si la descripción de mi hermana es correcta, es un inútil sin disciplina.

—¿La descripción de tu hermana? ¿Quieres decir que...?

Dudo, consciente de que, con mi observación, he revelado más información de la que deseaba. Siento cómo se me contrae la mandíbula en contra de mi voluntad y me paso una mano por el pelo empapado en sudor. Diane parece comprender que se trata de un tema delicado y se limita a repetir:

—¡Cuatro hermanas! ¡Cualquiera lo diría!

—¿Crees que no puedo con varias mujeres a la vez? —respondo con una insinuación de clara carga sexual que manejo mejor que la introspección familiar en la que hemos estado a punto de entrar.

Liv, que pasa por delante del aula con ropa de ensayo, se para en seco y me mira de reojo antes de soltar, corrosiva:

—¿Todavía estás hablando de tu harem?

Su tono seco pone punto final definitivamente a ese repentino momento de confesión y le digo:

—Liv, relájate, eres bienvenida en mi círculo de amigas cuando quieras.

—¿Para que me pegues una ETS? ¡No, gracias!

Liv nunca ha sido una persona fácil. A su lado, hasta Alice parece relajada. Aun así, hoy su actitud es especialmente agresiva. A juzgar por el sudor que recubre la raíz de su pelo y su espalda, ha debido exigirse demasiado y seguro que anda buscando un aula libre para continuar. No me



apetece ser el felpudo de su cansancio ni de su mal humor. Me cuelgo la bolsa de deporte del hombro, elevo el mentón y, con tono desolado, le suelto:

—Mi generosidad acabará por perderme. Una pena que el talento no sea contagioso.

Veo cómo se muerde las mejillas al encajar ese golpe bajo mientras Diane, detrás de mí, ahoga un «oh» de conmoción. Con sus ojos verdes entrecerrados y su rostro anguloso, parece una víbora de la que brota el veneno cuando así lo desea. Hay que reconocer que, desde que nombraron *étoile* a Diane, Liv todavía es más difícil que antes. Siempre ha estado al filo de la navaja, quemada por su ambición en el dolor y el esfuerzo, pero su amargura ensucia todo lo que toca y ya empieza a tocarme los cojones. Y mucho.

Liv se da la vuelta y, en el momento en el que gira, la veo reprimir una mueca que no tiene nada que ver con su cara de amargada de estas últimas semanas. No, se trata de una mueca de dolor y no soy el único que se ha dado cuenta porque Diane, que se ha adelantado, olvidando que es la Némesis autodesignada de Liv, le tiende la mano y le dice:

—¿Te has hecho daño?

—¡No! Métete en tus asuntos —suelta la bailarina, con una tez lívida que desmiente su afirmación.

—Venga, Liv, si te has lesionado, deberías ir a ver al médico. Podría ser peli...

—¡Oh, ya te gustaría pavonearte tú solo con Jill sobre el escenario de la Royal Opera House! ¡Pues bien, de eso nada!

Tras esta bofetada verbal, se aleja a paso rápido, pero advierto algo extraño en su forma de andar y frunzo el ceño. ¿Un tobillo? Los bailarines somos bastante resistentes al dolor y las bailarinas todavía más, con sus pies maltratados por las puntas. Si a Liv se le nota es porque ya ha llegado a un punto que contadísimas personas podrían soportar con estoicismo.

—Está claro que no me soporta —afirma Diane con tono cansado.

Me giro hacia ella y le sonrío, sorprendido por su reacción. No está acostumbrada a encontrar tanta reticencia en sus colegas y es comprensible, porque incluso yo tengo que reconocer que Diane es una persona amable. En el sentido estricto de la palabra. Pobrecilla.

—Te odia, sí, pero creo que el dolor no ayuda. Mi hermana parecía una bruja cuando le dolía algo. En ese aspecto, tenía el mismo mal carácter de Liv.

—¿Alba? Pero si parece muy agradable.

No la saco de su error y continúo:

—Tampoco quería reconocer el dolor hasta que ya era del todo insoportable.

—Hummm...

Diane parece realmente molesta, incluso quizá dolida, y busco la forma más rápida de distraerla. Posando mi mano sobre su hombro, me inclino hacia ella y le pregunto:

—¿Estás segura de que no quieres comprobar que mi apartamento no parece un burdel?

Suspira, pero su suspiro se transforma en una sonrisa indulgente antes de alejarse.

—¿Eso es un no? ¡Diane, me partes el corazón!

Me alegra estar de vuelta en mi apartamento que, al contrario de lo que pueda imaginar Diane, no tiene nada de extravagante ni de llamativo. Nada de cortinas de terciopelo rojo con pasamanería dorada, sino negro, mucho negro. Superficies brillantes y vistas a Wall Street y la Freedom Tower que explican el alquiler prohibitivo que me cobra mi casero. En resumen, un piso de soltero, más centrado en la imagen que en la comodidad. Hasta que mi hermana decidió añadir cojines al sofá negro que preside el centro del salón, frente a las vistas. Me desnudo en cuanto llego. Tras el pequeño altercado con Liv, tuve una conversación imprevista con Audrey, nuestra directora artística, lo que me ha retrasado un poco y me ha obligado a ducharme a toda velocidad en casa en vez de hacerlo en los vestuarios de la compañía. Tengo una botella de champán enfriándose desde esta mañana. Todo está preparado.

Al cerrar el grifo del agua caliente, suena el timbre. Mierda, Alice ha llegado antes de lo previsto. Dudo un instante antes de ponerme unos vaqueros, seguro de que, si abro envuelto en una toalla, es capaz de salir corriendo.

Con la toalla sobre los hombros, el pelo todavía mojado y el torso secado a toda prisa, abro la puerta.

Alice está ahí, de pie, frente a mí, con una breve sonrisa en los labios hasta que su mirada se aparta de mi rostro para centrarse en mi torso desnudo. La veo abrir los ojos como platos y abrir la boca sin ni siquiera darse cuenta. Después de todo, parece que sí que podría haber abierto con una toalla a la cintura. Aprovecho su estado de conmoción para estudiarla también yo a ella de pies a cabeza. Sigue llevando gafas, pero empiezo a acostumbrarme. Su

fealdad me dará la excusa perfecta para quitárselas. Su pelo, recogido con un pequeño lazo negro, acaricia su mentón en un *carré* suave que destaca el óvalo de su rostro. Lleva un abrigo rojo ajustado a la cintura y un vestido con suficientes enaguas como para fabricar un globo aerostático si sintiera la necesidad de escapar por la ventana.

—Buenas noches —masculla a regañadientes.

—Buenas noches, Alice.

Le tomo la mano con delicadeza, consciente de que se trata de un momento crucial. Todavía puede dar media vuelta y su actitud me dice que está a punto de hacerlo. Quiere hacerlo, pero responde a la presión que ejerzo y da un paso llena de dudas antes de entrar finalmente en mi guarida.

A juzgar por su mirada nerviosa, ese es el término. Debe creer que voy a comérmela cruda. Pues sí, no se equivoca, porque los placeres de la boca están en el menú del día.

—¿Me das tu abrigo y te sirvo una copa de champán?

—¿N... no piensas ponerte una camiseta o algo? —balbucea, evitando a toda costa mirarme.

—¿Ah, te molesta?

Sus dedos se tensan mientras se desabrocha el abrigo y tengo que contenerme para no reírme ante su desconcierto. Espero a que termine para ir a guardar su abrigo como el caballero que soy cuando siento que es necesario serlo. Cuando me giro, está en mitad del salón, con las manos entrelazadas delante y, esta vez, no puedo evitar echarme a reír.

—No sabía que era una fiesta de disfraces.

—¿Q... Qué?

Por su expresión de desamparo, me doy cuenta de que, cuando escogió su ropa, no era consciente de la imagen que proyecta. Me acerco a ella, descalzo, sin hacer ningún ruido sobre la alfombra que decora el parqué, la única nota de color de la estancia hasta la llegada de esos malditos cojines. Traga saliva visiblemente y veo que se esfuerza para no bajar la mirada cuando estoy lo suficientemente cerca de ella como para apoyar mis manos en sus hombros.

—Me gusta la ropa *vintage* —empieza a decir con tono defensivo antes de parar al verme negar con la cabeza.

—¿Un vestido azul con pechera blanca? Solo te falta un delantal y a mí, ¿un reloj, quizá? «Llego tarde, llego tarde» —continúo, parodiando al conejo blanco.

Baja bruscamente la mirada hacia su vestido antes de ahogar un gemido y

de ocultar su rostro tras sus manos.

—Nooooo —la escucho gritar.

La agarro por las muñecas con suavidad antes de besarla a la altura de las mismas y luego mirar por encima.

—No pasa nada. No vas a llevarlo puesto demasiado tiempo.

La sugerencia le corta la respiración y aprovecho su silencio momentáneo para llevarla al sofá, donde se instala sin pronunciar ni una sola palabra. Voy a la cocina y vuelvo con una botella de champán y dos copas que dejo en la mesa baja antes de escabullirme al dormitorio el tiempo suficiente como para ponerme una camisa. Cuando vuelvo, Alice sigue inmóvil, mirando sin ver. Sirvo una copa de champán.

—¡A los dos!

—...

Ante su silencio, poso mi mano sobre la suya hasta que gira el rostro hacia mí: tiene las pupilas dilatadas. Me gustaría que fuera por la excitación, pero es el miedo lo que la domina.

—¿No bebes champán?

—En raras ocasiones —acaba respondiendo, visiblemente más tranquila por el tema anodino de la conversación y por mi camisa.

—Me ha regalado la botella un amigo bastante entendido. Es un *blanc de blanc*, muy seco, con burbujas muy finas.

Levanto la copa delante de ella y la hago girar bajo la luz para que pueda ver las burbujas. Concentrada, arruga los labios en una mueca que me despierta deseos de besarla de inmediato. Cuando prueba el brebaje, una sonrisita se apodera de su rostro y siento que se relaja. Un poco.

—¿Quieres comer algo?

—Oh, eh, es decir, creía...

—¿Creías que me iba a lanzar sobre ti sin ni siquiera ofrecerte un vaso de agua?

Se ríe como si lo que acabara de decir fuera ridículo, antes de replicar con una seguridad que revela un discurso bien entrenado:

—¡Oh, no, yo no provoco ese tipo de reacciones!

—¿Y qué tipo de reacciones provocas? —pregunto.

Alice me observa y su tono irónico oculta mal su malestar.

—Nadie ha querido jamás arrancarme la ropa.

—¿Vives rodeada de eunucos?

—¿Qu... qué?

—Es cierto que Ethan no es el *summum* de la virilidad, pero creía que era heterosexual...

—¡Para! Ethan es como un hermano para mí.

Humm, se trata de una información importante y su mueca de asco confirma lo que dice.

—Entonces, ¿tu ex?

—¡Por supuesto que no! Teníamos una conexión más... intelectual — termina respondiendo, con su copa en la mesa y las manos entrelazadas sobre las rodillas.

Su tonito *snob* me provoca deseos de zarandearla.

—¿Y desde cuándo una conexión intelectual te impide echar un polvo?

Parpadea a toda velocidad y encoge los hombros. Sin pensar, le doy la vuelta para que quede de espaldas a mí y, sorprendida, me deja hacer. Apoyo mis manos en sus hombros y empiezo a palpar sus trapecios en busca de puntos de tensión. Tiene la espalda como una piedra. Ahoga un gruñido a medio camino entre sorpresa y placer, pero no se mueve. Sigo masajeándola unos minutos, haciendo rodar su piel a través del tejido y rozándole la nuca. Cuando siento que se relaja, su cuello se inclina un poco, me inclino y le susurro al oído:

—Pues yo sí tengo muchas ganas de ver lo que se esconde bajo este vestido.

# CAPÍTULO 7

## AL

Por lo general, un comentario de ese tipo me habría paralizado al instante. Imposible tomárselo en serio. ¿Verme sin ropa? ¿Quiere hacer un *remake*? ¿*La bella y la bestia*, donde en vez de pelaje hay michelines? ¡No, gracias! Y, al mismo tiempo, si he venido hasta aquí, no es precisamente para quedarme vestida. Cuando Joaquín me ha abierto con la toalla en el cuello y con gotas de agua perlado su torso, por un segundo he creído que me iba a dar un síncope o morirme de la risa. Una cosa es saber que es bailarín y otra ver su cuerpo. Sven era un gran canijo rubio casi imberbe, pero Joaquín... es un hombre escultural con músculos que se deslizan bajo su piel mate como un mecanismo de alta precisión. Y justo eso es lo que es. Una bella máquina. Un atleta. Yo, que creía que era inmune a la vellosidad masculina, a excepción de una leve barba de tres días bien cuidada, en cuanto se abrió la puerta, me empecé a preguntar si cambiaría de opinión al ver la línea oscura que se perdía bajo su cintura. Ya no tenía ganas de reírme. De hecho, me he tenido que contener para no babear porque mantener la boca cerrada era misión imposible. Ha debido de pensar que jamás había visto un tío desnudo.

¿Un tío como él? No.

El leve estrés que me provocaba la idea de lanzarme a una historia sin futuro ha aumentado sensiblemente en cuanto he comparado nuestros cuerpos. Joaquín es un diez sobre diez, incluso un once, mientras que yo soy más bien un seis en mis mejores días, pero esta comparación la he hecho en una parte tan profunda de mi mente que no me ha impedido entrar en su casa. Entre el *shock* inicial y el masaje que me está dando, creo que podría confesarme que tiene ocho mujeres muertas en el despacho del fondo y necesitar yo varios segundos para procesarlo. ¿Entonces hablar de desnudarse? Mi cerebro acaba

de explotar.

Joaquín continúa masajeándome, deshaciendo los nudos de los músculos de mis hombros antes de emplearse en el espacio que hay entre mis omóplatos y en mi cuello mediante presiones regulares que me mecen tanto que tengo que ahogar un bostezo. Lo oigo reírse suavemente detrás de mí y yo me limito a apoyarme en el reposabrazos del sofá para apoyar finalmente la cabeza, abandonando así la poca dignidad que me quedaba. Bajo la mejilla, siento el cuero frío, tan frío como la decoración de su apartamento. Se confirma la pista del asesino en serie. Todo este orden resulta sospechoso. No sé por qué, pero esperaba un lugar más acogedor, sofisticado y decorado con obras de arte. Cuando abrió la puerta, por un instante me pregunté si me había dado la dirección de un hotel. Con todas esas superficies negras y brillantes y la ausencia absoluta de adornos, es justo lo opuesto del alegre caos que reina en mi casa. Si no fuera por los cojines dispuestos al azar sobre el sofá y el sillón que hay frente a la ventana, habría creído estar en un piso piloto. Estoy a punto de preguntarle si acaba de mudarse, pero me lo pienso dos veces. No es asunto mío. Cuanto menos lo conozca, mejor. He venido a divertirme y a demostrarme a mí misma que está en mi mano el control de mi propia vida sexual. Aunque tanto usar la mano empieza a ser monótono. Pero ya ves, en vez de coquetear, he revelado detalles de mi vida sexual —mi ausencia de vida sexual, mejor dicho— con Sven y él se ha puesto a darme un masaje para relajarme. Ni siquiera ha intentado todavía tocarme los pechos.

¿Habrá cambiado de opinión? Con mi disfraz de *Alicia en el país de las maravillas*, no me sorprendería. Asumo mi *look* retro, pero a veces incluso yo misma tengo que reconocer que me paso un poco.

Una oleada de placer interrumpe esta divagación cuando Joaquín desliza sus manos hasta la base de mi cráneo y comienza a masajearme el cuero cabelludo con la yema de los dedos, haciendo que me derrita. Dejo escapar un gruñido de puro placer que se parece más al chillido de un cochinito que al gemido de una mujer seductora.

Es la gota que colma el vaso y salgo del delicioso sopor en el que me ha sumergido el bailarín. Me incorporo antes de girarme hacia Joaquín, que está sentado con una pierna doblada sobre el sofá y un brazo apoyado de forma descuidada sobre el respaldo. Su pelo sigue mojado por la ducha. Una onda morena casi negra sobre su frente hace que sus ojos claros destaquen todavía más. ¡Qué injusticia!

—Yo... yo no he venido para que me den un masaje —empiezo a decir

antes de atenuar mi salida con un agradecimiento educado.

Me dedica una media sonrisa que casi acaba con las pocas neuronas que he conseguido reactivar.

—¿Y para qué has venido?

—Para... Bueno, lo sabes bien.

—Yo sé lo que quiero, ¿y tú?

—¡Por supuesto! —grito antes de incorporarme por completo, lo que me deja los ojos a la altura de su mentón si no levanto la cabeza.

Giro mis hombros y me pongo recta. Me observa sin decir nada y yo sigo hablando.

—He venido para acostarme contigo.

—Pues sí, ese es el objetivo final.

—Vale... ¿Y cuándo... empezamos?

Duda un instante y sus ojos entrecerrados me indican que no está muy seguro de comprender adónde quiero llegar hasta que sus labios dibujan una sonrisa. Labios perfectos, como el resto de su persona. ¿Tendrá algún defecto? Bajo la mirada a sus pies descalzos. También perfectos.

—Yo creía que ya habíamos empezado.

Lo observo con estupor y mi reacción transforma su sonrisa en una risa abierta. Se está burlando de mí. No hay duda. Siento una oleada de calor tiñéndome de rojo. ¡Qué idiota! Me levanto y, sacudiéndome la falda en un acto reflejo, empiezo a balbucear:

—Mira, no merecía la pena hacerme venir hasta aquí para burlar...

Mientras hablo, Joaquín estira el brazo hacia la botella de champán y rellena la copa vacía. Se levanta y me la pasa:

—Bebe.

—¿Qué?

—Termínate la copa y luego hablamos.

No sé si por su voz tranquila o por su mirada a mi parecer aún interesada, acabo aceptando la copa y me la bebo entera y luego otra... hasta que el alcohol atenúa un poco la tensión y el cansancio de la semana. Joaquín me quita la copa de la mano y, tras dejarla en la mesa, se gira para rodear mi rostro con sus manos. Me toca con delicadeza, como si fuera frágil.

—¿Siempre vas directa al grano?

—Eh... Sí —balbuceo.

—¿En el trabajo?

—Sí.



—¿Acaso estamos trabajando?

—No.

—No —confirma, asintiendo con la cabeza.

—Y...

—Y el interés no está solo en la meta, en el gran salto del final, sino también en el proceso.

—Los preliminares.

Asiente con la cabeza con la actitud de un profesor que ha recibido la respuesta esperada.

—No voy a saltarte encima.

—Ah.

Intento ocultar mi decepción, pero está claro que soy una mala actriz porque su boca se arquea dibujando una breve sonrisa que tiene todo de «Pero qué mona es» y nada de «Es irresistible». Al menos eso es lo que creo cuando me inclina el rostro y me besa en el punto en el que se unen oreja y mandíbula. Siento un escalofrío y entrecierro los ojos. Él hace lo mismo al otro lado y, esta vez, los cierro del todo.

—Ni siquiera sé si voy a desnudarte esta noche —murmura.

—¿Ah?

—Quizá solo deslice mi mano bajo tu falda...

Acompaña sus palabras con el gesto y desliza su mano por mi muslo.

—Me he puesto medias —susurro algo avergonzada, pero era eso o correr el riesgo de terminar con el culo congelado.

—¿Hummm? —responde, visiblemente distraído.

Me levanta la falda y las enaguas con las dos manos y, con una naturalidad sospechosa, desliza sus pulgares en mis medias para bajármelas hasta terminar de rodillas frente a mí.

Apoyada sobre sus hombros para mantener el equilibrio, levanto un pie y luego otro para que termine de quitármelas. Vacilo un poco sobre mi pierna izquierda y, con una mano, me agarra por la cintura. Con las piernas desnudas y de pie frente a él, no sé muy bien qué hacer, así que apoyo las manos en mi cintura. Después de deshacerse de las medias, eleva su mirada hacia mí. No estoy acostumbrada a ser el objeto de una atención tan intensa e insistente y eso debe de notarse porque Joaquín me sonrío antes de deslizar las manos por mis pantorrillas como para calmarme.

—Siéntate en el borde del sofá.

Obedezco, pero me coge por las caderas para tirar de mí hacia él hasta

que mi trasero queda en equilibrio inestable sobre el borde del cojín. Pierdo el equilibrio, basculo hacia atrás apoyada sobre mis codos. Él aprovecha para deslizarse entre mis piernas, todavía de rodillas.

—Relájate, cierra los ojos si eso te ayuda —me susurra antes de cogerme un tobillo.

En contra de mi voluntad, cierro los ojos y me concentro en las sensaciones.

Desliza su mano por mi pantorrilla y la aprieta antes de entretenerse en acariciarme la corva y provocarme un escalofrío. La otra mano sigue el mismo recorrido con la otra pierna unos segundos después.

Y luego su boca se posa en la parte interior de mi muslo, un poco por encima de la rodilla, ahí donde la piel está más tensa y es tan fina que tengo la impresión de que sus labios están tocando algo secreto, oculto en mí. Me muerdo el labio inferior para no gemir. Me muevo entre el placer y la vergüenza, sin saber aún qué sensación se impondrá. Joaquín sube un poco más las manos y elevo la pelvis para que pueda quitarme las bragas como ha hecho con las medias, pero se detiene un instante en el borde para acariciar el lazo de satén justo donde la parte del dobladillo se une... Vamos, se une a mi barriga, para ser sinceros.

Entreabro los ojos, pero solo veo sus hombros tensando el tejido de su camisa y sus brazos me separan aún más los muslos. Y, entonces, por fin, posa su boca y su nariz sobre mí y le oigo respirar profundamente.

Oh, no.

Intento cerrar los muslos, pero Joaquín no parece darse cuenta y sus brazos los mantienen abiertos sin el más mínimo esfuerzo o al menos eso parece.

Sigue respirando sobre mí y yo estoy a punto de morir de combustión espontánea. En el momento en el que consigo reunir el coraje suficiente para decirle que pare de olisquearme como si fuera una almohada o un plato delicioso, abre la boca y me lame a través del tejido.

¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!

Casi doy un salto y, esta vez, Joaquín sí que se da cuenta porque oigo una risa ahogada bajo mi falda. No está dispuesto a dejarme escapar y se afana todavía más en volverme loca hasta que una gota de sudor recorre mi columna vertebral y siento que voy a desmayarme. Es entonces cuando agarra enaguas y bragas y me las quita con un solo movimiento. Me quito las gafas y me tapo los ojos con un brazo, aceptando al fin mi derrota. Me separa un poco más los

muslos y, lentamente, me vuelve a provocar, atento al más pequeño de mis ruidos. Gimo y aprieta un poco más; sollozo y va más lento; murmuro una letanía de «síes» e insiste hasta que empiezo a temblar, agarrada a su pelo con mi mano libre y, sin hacerme ya más preguntas, presiono su rostro contra mí.

En tan solo unos segundos, tengo la impresión de estallar en mil pedazos, como un globo al que presionan una y otra vez hasta que explota liberando una lluvia de lentejuelas, porque, sí, en ese momento, mi clítoris me provoca el mismo efecto que una bola de discoteca. Tengo la impresión de estar en pleno viaje narcotizado, con estrellas bajo los párpados, la respiración entrecortada y mi cuerpo, de repente, tan ligero que no sé si algún día bajaré a la Tierra. Seguramente no. Estoy demasiado bien donde estoy.

Mi mano sigue aferrada al pelo de Joaquín y lo acaricio lentamente con la sensación de que sus mechones, pesados y sedosos, parecen todavía más afilados. Apoya el rostro contra el interior de mi muslo y siento su respiración sobre mí, lo que prolonga aún más el placer ahora que mi carne se estremece sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

Guardamos silencio. Levanto el brazo y observo el techo, parpadeando muy despacio, y siento que Joaquín se incorpora. Lo escucho servirse champán y beber unos sorbos que acompaña con un murmullo de apreciación. Me incorporo con dificultad y me aliso la falda. Busco con la mirada mi ropa interior, pero solo veo mis enaguas, una masa blanca abullonada a los pies del sofá. Cuando por fin me atrevo a mirar a Joaquín, está de pie, con una copa en la mano y tal aire de satisfacción que al instante me dan ganas de estrangularlo con las bragas que tiene en la otra mano, colgadas de su dedo índice.

—¿Pero qué es esto? —me pregunta, con voz más grave que la que tenía cuando llegué.

—Eh... Puede que no estés acostumbrado a verlas, pero... —empiezo a decir antes de que me interrumpa después de sentarse junto a mí y, tras dejar la copa en la mesa, desplegar por completo el objeto en cuestión.

—Sé perfectamente qué aspecto tienen unas bragas, pero esto... esto no tiene nada que ver con las prendas que había en la tienda, ¿me equivoco?

—Hummm, no...

Arquea las cejas y bromea:

—Yo que me había puesto mis mejores galas por ti.

Lo detengo al instante:

—No, nada que ver, pero yo no me pongo ese tipo de lencería. La compro, pero no me la pongo.

Joaquín me observa en silencio, sin comprender la razón que explica semejante comportamiento:

—¿No te gusta al salir de la tienda? ¿Y aun así sigues yendo?

—No puedo permitírmela. No me queda bien.

Guarda silencio mientras pondera mi respuesta.

—¿Porque no te compras la talla correcta?

—Sí me compro la talla correcta, pero no es... estético.

Deja las bragas entre los dos. Tampoco es que sea una faja de abuela —yo sabía que acabaría viéndolas—, pero no tiene nada que ver con las pequeñas maravillas de encaje que hay en mi tienda favorita.

—¿Te importaría ponértelas la próxima vez?

Su pregunta me pilla por sorpresa y dudo un instante antes de sonrojarme muchísimo. Joaquín se inclina hacia mí y me vuelve a besar justo entre la mandíbula y la oreja. Me estremezco mientras murmura:

—Hazlo por mí. Solo unos minutos. ¿O acaso no eres capaz, una chica grande como tú?

Estas últimas palabras me abofetean y me hacen erguirme al instante.

—Deja de reírte de mí.

—No me estoy riendo, pero me parece una pena que no disfrutes de las preciosidades que has atesorado. Es que me lo imagino. Seguro que tienes un cajón lleno de seda, encaje y tul de todos los colores posibles e imaginables.

Aparto la mirada cuando describe con tanta precisión, sin conocerla, mi colección. Y no es un cajón, sino una cómoda entera. Años de una colección que se agrandaba cada vez que estaba estresada, triste, ansiosa o muy feliz.

Sí, lo sé, estoy enferma, pero he decidido curarme. Erguida, lo miro a los ojos y le suelto, con tono seco:

—Me la pondré la próxima vez.

—¿Es una amenaza?

Elevo la mirada al cielo, pero me cuesta mantener la seriedad cuando me desliza sobre él como si no pesara nada y empieza a besarme allí donde no tengo ropa, excepto en la boca, mientras me cuenta todo lo que piensa hacerme. Todo lo que va a hacerle a Alice.

Cuando vuelvo a sentir que la combustión espontánea se apodera de mí, lo detengo:

—¿Por qué me llamas Alice?

—Te llamas así, ¿no? —murmura mientras me besa el hombro tras haberme desabrochado el vestido.

Suspiro, a punto de perder el hilo de la conversación antes de tener un instante de consciencia.

—No, yo... Oh... Todo el mundo me llama Al.

—Yo no soy todo el mundo —responde con tal seguridad que, por un instante, me quedo impasible.

—Pero yo no soy Alice...

—¿Alice? ¿Por qué? Es el nombre de una mujer guapa, curiosa, coqueta, que tiene miedo, pero más ganas que miedo, ¿no?

Suelto un pequeño suspiro de derrota y anhelo. Anhelo de ser la persona que describe. Curiosa y con miedo, sí. ¿Pero bonita y coqueta? Hummm... Y aun así... ¡qué ganas! Dejo que me bese y, cuando, por fin, la velada se termina, necesito veintiséis plantas en el ascensor para recomponerme un poco. Siento mi cuerpo raro. Si esto solo son los preliminares, no tengo claro que pueda sobrevivir al acto siguiente.

Al salir al cierzo invernal, me pongo el teléfono entre la oreja y el hombro y paro un taxi amarillo. Cuando Diane descuelga, no le dejo que hable y, antes de colgar tras su grito de sorpresa, le anuncio:

—Tengo que hacer deporte. Me apunto a esas clases de yoga de las que me has hablado.

# CAPÍTULO 8

## JOAQUÍN

—Joaquín, ¿a qué debo el honor de tu visita?

Imanol siempre me recibe de la misma forma en cuanto cruzo el umbral de su restaurante y no está en la cocina torturando a sus ayudantes. No se me escapa la ironía de su afirmación. Me paso casi todas las tardes allí, después de las representaciones, y, aunque cuando llegué a Nueva York lo hacía por el placer de ver a mi único amigo vasco en la ciudad, después de diez años ya es una costumbre y casi un ritual, pero hoy, a juzgar por su expresión de satisfacción, es una mala costumbre.

La presencia de Alba este mes ha liberado algo en su interior y siento que necesita hablar conmigo. ¿Pero sobre qué? ¿Para decirme que soy un mal hijo y un peor hermano? Nada nuevo. Cuando me dispongo a dedicarle una bonita peineta, Jill se adelanta:

—¡Imanol, deja de torturar a Joaquín! Ahora mismo no tiene energías para ponerte en tu sitio después del esfuerzo que acaba de hacer.

Jill no se equivoca. No sé si es por mi encuentro de ayer con Alice, pero hoy tenía ganas de superarme. Mis saltos han sido aún más altos que de costumbre y mis pies, más ligeros, hasta el punto de que tenía la impresión de que la energía circulaba sin interrupción por mi cuerpo. Un bucle infinito. ¿La energía de la frustración? Quizá. Me contuve anoche porque sentía que Alice necesitaba más tiempo. Podría haberme acostado con ella, pero no tengo claro si luego habría vuelto. O quizá es que quería enseñarle algo: la meta no es lo más importante. Es todo lo que te lleva a ella lo que marca la diferencia entre un buen polvo y un polvo inolvidable.

¿Yo? Yo soy inolvidable.

Jill me tira de la mano y me saca de mis pensamientos y de mi regodeo.

Se quita el abrigo y la bufanda y la joven de la entrada los recoge junto con los míos antes de desaparecer en el guardarropa. El restaurante de Imanol no es muy grande y siempre está lleno, pero casi a las diez y media de la noche, los clientes empiezan a irse y el restaurante no acepta a más clientes que a nosotros. Los reservados, situados a ambos lados de la sala, pueden acoger a unos veinte comensales, más o menos la misma cantidad que la sala central, y al fondo hay una barra en la que se pueden sentar ocho personas. La decoración es una versión neoyorquina del País Vasco. *Euskadi* al estilo de la globalización con una vajilla blanca, roja y verde, vasos pequeños, muros blancos de cal (falsa) y una iluminación difusa que se centra más en los platos que en los comensales. En cuanto a la cocina, Imanol trabaja una versión moderna de las recetas de la familia: un axoa renovado que se parece a un milhojas, un pastel vasco deconstruido con un glaseado de cereza negra realzado con un chorrito de licor cuya receta jamás nos revelaría ni bajo amenaza de muerte. Y más. Le ha salido bien la apuesta de crear un lugar a la vez acogedor y sin compromiso en lo que respecta a la gastronomía.

A su imagen y semejanza, me digo por enésima vez mientras me siento en la barra junto a Jill. Siempre en el mismo sitio, en la esquina izquierda, frente al cuadro de la casa de la abuela de Imanol de Arcangues y que da la casualidad de que está justo al lado de la casa en la que creció mi padre. Costumbre o ritual, me gusta saber que puedo aparecer por aquí, y más los sábados, cuando, al día siguiente, es día de descanso tanto para él como para mí. Me da de comer; yo, a cambio, le doy entradas para las representaciones que él, a su vez, regala a otras personas. Entiendo sus razones. No hablamos, nuestra amistad se nutre más de ese silencio que de cualquier posible conversación.

Estos dos últimos años, me he acostumbrado a aparecer con Jill. Tenía la vaga esperanza de que ellos dos se gustaran, pero no ha pasado. Hay que decir que Jill tiene un grave defecto que constituiría causa de fin de contrato para Imanol. Yo soy más permisivo. Además, conocí a Imanol antes de Nueva York y, aunque se ha reformado bastante durante estos diez últimos años, tampoco puede dar lecciones a nadie. Estamos hablando de alguien que cumplió los dieciocho años en la cárcel.

—¿Qué os pongo? —pregunta mi amigo mientras se coloca detrás de la barra y se seca las manos en el delantal.

Jill y yo nos miramos antes de encogernos de hombros al unísono.

—Lo que tengas.

Siempre la misma conversación y la misma sonrisa de Imanol, que desaparece unos minutos en la cocina antes de volver a sentarse frente a nosotros.

—¿Qué tal ha ido la representación?

—Bien —responde Jill.

—Yo he estado genial —añado.

Imanol arquea las cejas antes de mirar a Jill, que asiente con la cabeza.

—Es cierto. Hoy ha estado especialmente brillante.

—¿Pero acaso es necesario decírselo?

—Si así ha sido el caso, ¿para qué hacer alarde de falsa modestia? No hay nada más irritante que una persona que se niega a reconocer su propio éxito para que se lo recuerden y que pueda decir: «Oh, no, por favor. ¡Tampoco ha sido para tanto!» —añado con voz de falsete.

—¿Me estás imitando? —me suelta Jill.

—Jamás se me ocurriría.

Le cojo la mano, la subo a la altura de mis labios y la beso. Cuando elevo los ojos, veo cómo se encogen sus pupilas. Intercambiamos miradas que tienen poco de seductoras, pese a retener su mano más de lo necesario. Cuando por fin la suelto, Imanol, acostumbrado a nuestros intercambios entre amistad y seducción, se limita a arquear las cejas. Últimamente se trata de simple amistad y creo que eso tiene algo perpleja a Jill. ¿Pero acaso eso la desestabiliza hasta ese punto? Muy a su pesar, ya hace tiempo que he dejado de querer ayudarla, porque, a pesar del ego que me gasto, tampoco me engaño. Jamás ha estado enamorada de mí.

Imanol vuelve a irse para preparar nuestros platos y Jill y yo recuperamos nuestro cómodo silencio. Aprovecho para observarla con discreción. La bailarina tiene las manos apoyadas en la barra y la mirada perdida. Jill, con su perfil aristócrata, su pelo moreno recogido en la nuca y esos pómulos que atrapan la luz, es una *étoile*, sin lugar a dudas, pero empiezo a ver las primeras señales de fatiga. En sus ojos, en la comisura de sus labios. No es una cuestión de edad, sino más bien síntomas de decaimiento interior. La danza es una amante cruel incluso para aquellos que la llevan en la sangre. Exige un trabajo arduo, constante, regular y no perdona las desviaciones, las aproximaciones ni los «quizá mañana». No sé cuántos bailarines y bailarinas he visto perder la concentración por no ser capaces de volver a su nivel anterior. ¿Y qué pasa con aquellos que se han convertido en bailarines principales o *étoiles* siendo muy jóvenes, como es mi caso y el de Jill? Niños



prodigio que se queman las alas demasiado pronto y que, de no ser así, ven cómo su cuerpo ya no les responde como antes cuando por fin descubren quiénes son como artistas.

No, la danza es una pasión en el sentido etimológico de la palabra. Un vía crucis que te permite, durante unos minutos, superarte y acceder a un nivel superior, inexplicable, propio del arte y el deporte. De la actuación y la trascendencia.

Comprendo que algunos quieran buscar otras formas de recuperar esas sensaciones cuando el cuerpo se convierte en un instrumento que ya no responde tan bien ni tan deprisa. Cuando sentimos que puede traicionarnos en cualquier momento. Pero Jill no debería estar ahí. Todavía no.

Imanol vuelve con tres platos que coloca frente a nosotros. La ventaja de tener un amigo que lleva soportándote treinta años es que te conoce. Imanol siempre prepara una cena ligera que te permite recuperar las fuerzas después del espectáculo sin terminar en la cama como una ballena.

—Axa con ensalada verde.

Plato simple en apariencia pero delicioso. Imanol es un compositor de las artes culinarias que asocia texturas y sabores para conquistarme.

Imanol y yo atacamos el plato con entusiasmo mientras Jill se ausenta para hacer una llamada. Unos minutos después, suelto los cubiertos al mismo tiempo que mi amigo, cuya mirada va y viene entre la puerta del baño y yo.

—Yo me ocupo —digo mientras me levanto.

Pongo rumbo al baño y abro la puerta que da a una entrada entre dos puertas. El baño de los hombres no está ocupado. El baño de mujeres, sí. Me aseguro de que la puerta está bien cerrada a mis espaldas, me giro y golpeo tres veces el batiente de la puerta. Oigo ruidos amortiguados en el interior.

—Si no me abres ahora mismo, voy a buscar la llave maestra y te vas a arrepentir —suelto con tono anodino.

Escucho el clic del cerrojo y se abre la puerta, revelando un inodoro inutilizado, un lavabo y un gran espejo en el que nos vemos reflejados Jill, de espaldas, y yo. La observo. Permanece inmóvil, con sus ojos claros escrutándome con sorpresa, como si no esperara mi presencia. Con cualquier otra persona, mi presencia en el baño de mujeres habría sido toda una sorpresa. Nunca me ha gustado hacer contorsionismo contra las baldosas.

*¡Qué gran actriz!*

Centro mi mirada en sus manos. Casi no se mueven, apenas un poco la mano izquierda, que tiembla. Elevo los ojos a su rostro y, tras unos segundos,

se pasa el dorso de la mano por la nariz, bajando la mirada para no tener que ver mi reacción. Entro en la habitación y cierro la puerta a mis espaldas antes de agarrarla por los hombros.

—¡Deja de tocarme las narices!

No la sacudo, aunque sí la sujeto con fuerza. Jill sigue con la mirada gacha, pero no dice nada.

—Ni se te ocurra meter esta mierda en casa de mi mejor amigo, ¿queda claro? ¡Si quieres joderte la vida, tú misma, pero ni se te ocurra poner en peligro la vida de los demás! Es su lugar de trabajo. ¿No lo entiendes o es que tienes el cerebro ya demasiado frito?

No puedo hablar demasiado fuerte y susurro las palabras mientras Jill asiente con la cabeza.

—Mírame. ¿Cuánto te has metido ya?

Levanta la mirada hacia mí con reticencia y veo cómo la culpabilidad y la cólera le hacen brillar los ojos. Sé que ahora mismo se siente culpable, pero es que siempre se siente culpable. Y eso no le impide volver a hacerlo.

—¡Joder, Jill! ¿Cómo alguien con tanto talento puede ser tan idiota?

—Joaquín, sabes que eso no tiene nada que ver... —comienza con tono cansado.

—¿Estás echando a perder tus mejores años como bailarina y me dices que no tiene nada que ver? ¡Si estás harta de bailar, déjalo! ¡Si quieres distraerte, quédate embarazada! ¡Quizá eso te saque de tu egocentrismo!

Parpadea varias veces antes de zafarse de mí. Dejo que lo haga y bajo los brazos para agarrarla de los puños. Me gustaría tener un saco de boxeo cerca para liberar mi frustración. Lleva meses jugando con fuego. Ya fastidió así el estreno de *Romeo y Julieta* este otoño. Diane pudo sustituirla en el último momento, pero una bailarina en la que no se puede confiar es una bailarina sentenciada. Audrey Selman, nuestra directora artística, todavía no ha descubierto lo que pasa, pero es solo cuestión de tiempo. El tiempo que tarde Jill en hacerse daño esnifando toda la mierda del mundo.

—No estoy harta de bailar —susurra.

—Perdón, no te he oído bien.

Respira profundamente y me pregunto si lo hace para asegurarse de que ha aspirado bien los últimos miligramos que pudiera tener pegados en la nariz. Ahora cualquier gesto me hace sospechar.

—Voy a dejarlo. Es solo que estaba un poco cansada, un poco deprimida.

—¿Me estás diciendo que ahora esnifas antidepressivos?

Veo cómo la comisura de su boca esboza una mínima sonrisa en contra de su voluntad. Me mira y no sé si el brillo de sus ojos es artificial o no.

—Venga, tienes que comer algo.

La agarro de los hombros y, tras empujar ambas puertas, me la llevo a la barra. Cuando llegamos, Imanol se está terminando el plato sin despegar la nariz del mismo y se limita a un simple:

—¿Todo bien?

Jill asiente con la cabeza y coge sus cubiertos.

—Sí, yo, lo siento mucho...

—No hace falta que te disculpes —interrumpe Imanol con un tono más suave del que me esperaba.

En un intento de cambiar el tema de conversación, me estiro y, exagerando un bostezo, anuncio:

—¡Mañana no tengo a Alba en casa! ¡Qué maravilla!

Imanol me lanza una mirada de desprecio antes de que Jill intervenga:

—¿Alba se ha ido?

—Solo este fin de semana. Está en Boston.

—¿Sola?

—Sí y no. Se queda en casa de Nicholas y él le hará de guía. Y, a juzgar por la gran cantidad de fotos que han colgado en Instagram, se lo están pasando en grande.

Nicholas y Jill se conocen, pero Imanol no sabe quién es. Arquea una ceja inquisitoria antes de que Jill corrija la impresión que mi frase haya podido provocar.

—Nicholas vive con su chico desde hace cinco años.

—Ah, ya me parecía a mí... —comenta mi amigo.

—¿Joaquín protege a su hermana?

—Joaquín no deja que nadie se acerque a sus hermanas o, al menos, así era hace veinte años... —empieza a decir antes de verme fruncir el ceño, pero ya es demasiado tarde.

Jill nos observa a los dos, con la mirada brillante, lo que confirma que no se ha perdido ni el más mínimo detalle del intercambio de miradas que acabamos de tener Imanol y yo y que, por supuesto, no piensa dejarlo pasar:

—¿Conoces bien a la familia de Joaquín? ¡Nunca habla de ellos!

—Aaaah... —comienza Imanol antes de pasarse la mano por la nuca.

—Imanol y yo nos conocemos de toda la vida y sí, conoce a todo el mundo.

—Sobre todo a Ainhoa y Alba —me interrumpe.

—¿Ah? ¿Quién es Ainhoa? —pregunta Jill antes de poder cortarle el cuello a mi amigo.

—Mi hermana —me limito a responder.

—¿Y? ¿Tu hermana mayor, tu hermana pequeña?

—Ni una cosa ni la otra.

Ladeo la cabeza antes de abrir la boca cuando por fin lo entiende.

—¿Tienes una hermana melliza?!

—¿Y qué tiene eso de sorprendente? —mascullo.

—¿Aparte del hecho de que, por una vez en tu vida, hayas aceptado compartir el centro del escenario?

Imanol ahoga una risa y yo me quedo con la boca abierta antes de volver en mí.

—¡Te recuerdo que acabo de compartir el centro del escenario contigo y que, además, te he hecho brillar decenas de veces!

—Sí, así debes de ver tú las cosas... —murmura.

Su comentario relaja el ambiente y, cuando vuelve a su interrogatorio, estoy un poco más tranquilo.

—¿Y también baila?

Pregunta incorrecta.

—Ya no.

Mi respuesta consigue atravesar la neblina de la excitación en la que se encuentra Jill y, después de haber picoteado un poco en su plato, apoya las manos en la barra y suspira profundamente mientras Imanol se apresura a recoger los platos y largarse.

¡Traidor!

—¿De qué quieres que hablemos? —me pregunta Jill, con aire contrito y sobreexcitado a la vez.

Imanol vuelve con las manos vacías y, tras echar un vistazo para asegurarse de que no estoy a punto de explotar, se sienta con nosotros.

—¿Qué pasa?

—Jill me pregunta que de qué quiero hablar —empiezo a decir antes de que esta me interrumpa.

—Ah, por cierto, ¿has vuelto a ver a Alice? —cotorrea esta última.

Imanol y Jill se me quedan mirando, uno con sorpresa y la otra con entusiasmo, pero los dos con interés y una pizca de maldad en la mirada. Me paso la mano por la barbilla, frotándola con dejadez con el pulgar, pero no

consigo ocultar la sonrisita que me viene a los labios.

—¿Quién es Alice? —pregunta Imanol—. ¿Una bailarina?

—No, solo una chica que conocí...

—¿Y que has vuelto a ver? —completa Jill.

—Y que he vuelto a ver.

Imanol no parece sorprendido por la noticia. Hay que reconocer que está acostumbrado a que haya gente de paso en mi vida y, de hecho, hace años que renunció a memorizar los nombres de las encantadoras personas que me conceden el honor de compartir sus noches conmigo y, a veces, aunque en raras ocasiones, también sus días, pero la reacción de Jill, con los ojos bien abiertos y una sonrisa exagerada, lo anima a preguntarme.

—¿Y piensas volver a ver a Alice?

El eufemismo me arranca un suspiro y agito la cabeza antes de responderle:

—¿«Volver a verla»? No me sorprende que mis hermanas te consideren un hermano. ¡A veces hablas como mi abuela!

Imanol se limita a hacerme una peineta discreta que solo Jill y yo podemos ver, pero Jill no está dispuesta a dejar el tema.

—¿Ya no está con Sven?

—Ah, cierto, por aquella época estaba con él.

Imanol nos observa por turnos, claramente perdido. Jill, apiadándose de él, se apresura a resumir la situación.

—Alice es la socia de Ethan —empieza.

—Ethan... ¿Ese no es el tío que te partió la cara en diciembre?

—¡Genial, ahora te acuerdas de esas cosas! —me sorprendo, ya que el recuerdo no es precisamente agradable.

—No todos los días te peleas por una chica. ¿Cómo se llamaba?

—Diane —responde Jill —, la novia de Ethan, pero es que a Joaquín le apetecía mucho pelearse con Ethan.

—Espera, ¿me estás diciendo que estás intentando ligarte a la socia del tío cuya novia te intentaste ligar?

Imanol parece perplejo y algo inquieto. Elevo las manos al cielo y me encojo de hombros.

—Ha sido una coincidencia.

—Anda que no te gusta liarla.

Jill se limita a sonreír ante nuestra conversación, mientras Imanol me mira como si fuera un cretino de primera, y dice:

—Son cosas que pasan y, además, no le vendrá mal a Alice. Sven seguramente tenía el motor sexual de una babosa. Él la adoraba, pero es que era un alma cándida y bueno... quizá esté siendo un poco injusta con las babosas...

Le arranco una sonrisa que Imanol acompaña fingiendo que le dan ganas de vomitar.

—¿Insinúas que yo no soy un alma cándida, Jill?

—No lo estoy insinuando, todo el mundo lo sabe.

—Obseso sexual —dice Imanol, suficientemente bajo como para que solo Jill y yo lo oigamos.

—Celosos. Celosos y frustrados estáis los dos. Entonces decías que Sven no es que estuviera muy versado en el tema, ¿no, Jill?

—No puedo probarlo, pero eso es lo que parecía. Al y yo...

—Alice, no Al —le corrijo sin pensar.

—Debes de ser el único que la llama así. Es raro.

Siento la mirada de Imanol fija en mí.

—¿Que eres el único que la llama Alice?

—¿Y? ¿Por qué debería usar Al cuando tiene un nombre que le va muy bien? Mi Alice.

Mis palabras son acogidas con gran silencio. Suspiro, preparado para encajar la pulla que Imanol tiene en la punta de la lengua, pero, cuando lo miro, tiene los ojos como platos y respira como si fuera la noticia del siglo:

—Todavía no te has acostado con ella... Mierda.

# CAPÍTULO 9

## AL

Una de mis decisiones postrutura era hacer deporte. La ventaja de separarse en diciembre es que puedes hacerla pasar por un propósito de Año Nuevo y que tus amigos no se inquieten demasiado. De hecho, Ethan se pregunta todavía si sé correr. Los expertos son unánimes al respecto: sé y puedo. Aunque eso no significa que tenga que hacerlo, pero con el tiempo que paso delante de una pantalla, hacer algo de actividad física empieza a ser vital y, tras la noche con Joaquín, todavía más. Nuestros estados de forma son tan diferentes que la comparación resulta ridícula. Salí de su casa con la respiración entrecortada, totalmente alterada, mientras que él, fiel a sí mismo, no tenía ni una gota de sudor en su frente perfecta: solo el pelo levemente despeinado indicaba que había hecho una actividad un poco más física que leer un libro. De seguir así, la próxima vez me desmayo después de los preliminares. Compartí mi resolución con Diane a principios de año y, desde entonces, no ha parado de proponerme que me una a alguna de las clases a las que asiste fuera de la compañía. Sí, Diane baila todo el día y, para relajarse, hace deporte. Eso es como si, después de mi trabajo, encendiera mi ordenador o mi *tablet* y me pasara toda la tarde...

Bueno, vale, eso es justo lo que hago.

En cualquier caso, la noche que pasé con Joaquín ha sido el factor determinante que ha hecho que supere mis miedos y me tire de cabeza a la piscina. Aparte del deporte obligatorio de la escuela, en California, jamás he usado realmente mi cuerpo. Hay que reconocer que mis padres se ajustaban a la categoría de espíritus puros y que jamás se les ocurrió que sacarme de mi habitación fuera una buena idea. Mi padre pintaba (y todavía pinta) durante todo el día en un estudio con vistas al océano, mientras que mi madre se

deprimía en la terraza, intentando recrear el jardín inglés de su adolescencia, sin para ello mover un dedo. Había abandonado su país tras un flechazo por un artista norteamericano al que conoció cuando tenía veinte años durante un concierto en Londres. Yo fui el producto regordete de dos tallos elegantes que oscilaban levemente al ritmo de sus estados de ánimo, para quienes la idea de hacer deporte resultaba tan ridícula como tener un trabajo. Ellos creían, vivían y se comunicaban con la naturaleza, mientras yo programaba en mi ordenador y comía Twinkies. A veces, todo el paquete.

Yo ya he traicionado su visión de la vida al montar una empresa, pero ese desprecio por el esfuerzo físico que me han inculcado sin que ni siquiera me diera cuenta (y que le iba bien a la joven acomplejada que era) es otro vínculo que cortaré con gusto. Me he reconciliado con la idea de que mis padres son artistas y yo no. Lo hicieron lo mejor que supieron y tuvieron el mérito de no ponerme límites ni de presionarme.

A pesar de todo, me siento tan fuera de lugar en estos vestuarios llenos de neoyorquinas delgadas que en el estudio de mi padre. Es un festival de culos prietos, abdominales marcados y brazos antigraedad. Nueva York es una ciudad exigente que hace que sus habitantes rindan al máximo y una ciudad todavía más dura para las mujeres solteras. Tienes que ser la mejor en el trabajo, tener un cuerpo perfecto y encontrar un hombre en un mar de mujeres sublimes y disponibles. ¿Los juegos olímpicos del *dating* y yo? Me he calificado por error.

Estoy sumergida en mis pensamientos cuando me increpan:

—¿Estáis aquí?

Sorprendida, me giro y me encuentro de frente a Guillaume. Mejor amigo de Diane, su antiguo compañero de piso antes de que Ethan la encerrara en su casa y colega de mi ex en la Universidad de Nueva York. Guillaume es un francés de *look* estudiado, gafas de cuerno de búfalo y ropa de una elegancia siempre perfecta que favorece su silueta alargada y sus ojos almendrados casi negros que, como he podido comprobar en varias ocasiones, hacen temblar a sus alumnas. Sin gafas y con ropa de yoga —unos simples pantalones cortos y una camiseta de tirantes—, me hacen falta unos segundos para reconocerlo. Y unos cuantos segundos más para procesar la nueva información que aporta su atuendo. Para empezar, que Guillaume oculta largos músculos bajo su eterno uniforme compuesto de corbata, camisa y chaqueta de punto y, sobre todo, que multitud de cicatrices, que no se sabe de dónde vienen ni adónde van, cruzan su rodilla izquierda. Me doy cuenta de que lo estoy observando más de lo



debido cuando Guillaume tose educadamente para atraer mi atención.

—¡Oh! Perdón, no quería...

—No te preocupes, Al. Causa ese efecto en mucha gente. Hay que reconocer que, diez años después, sigue siendo impresionante —me dice, como si no acabara de ser horriblemente maleducada.

—¿Sueles venir a yoga? ¿Con Diane, quiero decir?

—Eso intento, sí. Tengo que estirar la rodilla constantemente si no quiero que se me tensen los músculos demasiado. Vamos los sábados que ella puede. Y, la verdad, esto es más divertido que el fisio.

Me suelta esta información como si fuera anodina, sin el menor rastro de malestar. Teniendo en cuenta que el accidente se produjo hace diez años, imagino que ha tenido tiempo de digerirlo, pero, en mi caso, que acabo de descubrir el alcance de los daños, admiro su indiferencia y su elegancia.

—Pero... ¿todavía te duele? —pregunto, llevada por una curiosidad agudizada por su actitud afable.

Su mano izquierda tiembla como si se estuviera conteniendo para no frotarse la rodilla y, con una media sonrisa en los labios, me responde:

—Unos días son más difíciles que otros, pero no puedo quejarme.

Mis michelines y yo podemos irnos oficialmente a cambiarnos. Por suerte, Diane llega en ese momento, embutida en unos *leggings* con piezas de tul elástico y un sujetador deportivo.

—¡Al! ¡Bienvenida a nuestro pequeño club!

—Es cierto que jamás te había visto por aquí. ¿Propósito de Año Nuevo?

—Sí, se podría decir así. Se me bloquea la espalda y me crujen las rodillas —empiezo a decir antes de morderme el labio al mencionar mis microproblemas.

La sonrisa de Guillaume se amplía y sus ojos se entrecierran.

—No te preocupes, Alice, mi rodilla no es un tema tabú. De hecho, hablar de ella me sirve para entrarle a las chicas.

Diane agita la cabeza y finge que ese comentario la saca de quicio, mientras que Guillaume apoya su mano sobre mi hombro y, con la otra, me hace señales como para indicarme que mire una pantalla de cine. Con su voz de profesor, pausada y grave, declama:

—Imagina: profesor de literatura de día, sufre en silencio por la noche a la espera de la mujer que sepa consolar su pena y comprender su acento francés, pero la incauta, una vez establecida la comunicación, ¿será capaz de

sobreponerse a la proposición indecente que acaba de hacerle cuando ella creía que él evocaba sus preferencias culinarias, es decir, las almejas?

Diane rompe a reír y grita un «¡Guillaume!» escandalizado, mientras yo me quedo un poco aturdida y necesito unos segundos para reponerme del efecto Guillaume. Sabe cómo captar la atención de su público. Hasta ese momento jamás había utilizado su voz de profesor conmigo y el contraste entre su broma y su voz grave es, cuando menos, desconcertante. Al percibir mi reacción, Diane arquea una ceja, pero no le da tiempo a decirme nada porque la clase comienza.

Jamás he hecho yoga, pero nadie puede haber pasado por una escuela californiana y evitarlo por completo, así que tengo un conocimiento abstracto de las *ásanas* o posturas que cada alumno debe adoptar. La clase a la que me ha traído Diane es una mezcla de yoga y cultura neoyorquina. Sala oscura, velas y música *hip-hop*. Profesor de voz suave y brazos cubiertos de tatuajes.

Me coloco entre Diane y Guillaume, decidida a darlo todo y superar mis prejuicios sobre el deporte en general y el yoga en particular. Las velas me preocupan un poco, pero las olvido enseguida. Después de la primera serie de posturas, tengo que concentrarme para poder seguir el ritmo. Me retuerzo en todas las direcciones o, al menos, esa es mi impresión. Diane y Guillaume encadenan las posiciones como si nada, mientras yo jadeo como un fumador después de una carrera y las gotas de sudor recorren mi frente, haciendo que me ardan los ojos. Con el calor, los contornos de la sala resultan un poco borrosos y la oscuridad, desde luego, no ayuda. Llevo unos *leggings* largos y una camiseta gris y me arrepiento al instante de mi elección. Se fija la temperatura de la sala a treinta grados para ayudarnos a eliminar toxinas, imagino, pero yo acumulo a mis espaldas treinta y dos años de bollería industrial y vida solo medianamente sana que eliminar. No estoy segura de que quede algo de mí cuando salga de la clase. Si es que salgo.

Me concentro para fijar la nueva postura, en cuclillas, con las piernas abiertas y las rodillas a la altura de la pelvis, sí, eso se supone que tengo que hacer, pero en realidad tengo las rodillas algo más bajas que mi pelvis y me tiemblan los muslos, como mínimo, a un ocho en la escala de Richter. Una sacudida más fuerte que las demás casi me tira sobre uno de mis camaradas yoguis, así que el profesor me invita a levantarme un rato para relajar las piernas antes de volver a la pose. Llena de gratitud, obedezco y, al levantarme, percibo un rostro conocido cerca de la puerta.

No cabe la menor duda: es la bailarina que conocí en la gala del Ballet

de Nueva York hace casi un mes. Con esos minúsculos pantalones cortos y su camiseta de tirantes, parece todavía más delgada, con sus músculos y algunos tendones bien marcados. Al sentir mi mirada, me observa y, tras unos segundos, me dedica una sonrisa cuando parece reconocermelo. Y todo eso sin moverse un milímetro de su posición.

Una vez que los músculos de mis muslos han dejado de querer escaparse de mi cuerpo, vuelvo a la clase y, aunque sufro, intento no darme por vencida y encadeno las posturas sin maestría pero con motivación. Cuando el profesor nos pide que adoptemos la postura del niño o *balásana*, muslos separados, rodillas dobladas, glúteos sobre los pies y espalda y brazos estirados delante, tengo la impresión de haber crecido varios centímetros y siento zonas de mi cuerpo que, hasta entonces, habían sido *terra incognita*. Empiezo a pensar que el yoga no está tan mal cuando el profesor nos invita a colocarnos en la última postura, *savásana*, que consiste básicamente en tumbarse boca arriba. Y en dormirse.

La mano de Diane, que me sacude el hombro con suavidad, me despierta con un sobresalto y, después de volver en mí, me río antes de prepararme para salir. Salgo de la sala y me dirijo de inmediato a los vestuarios para cambiarme. Tras una ducha rápida, me encuentro frente a mi taquilla, junto a la bailarina de la gala que se está vistiendo. ¿Liz? ¿Lil? Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta de manga larga que cubre sus gráciles muñecas. Agita la cabeza en mi dirección:

—¿Primer día?

—¿Tanto se nota?

Me sonrío y asiente con la cabeza:

—Sí, pero ¿cuál es el problema? Lo importante es empezar y, luego, aguantar.

Me suena a frase hecha y asiento con la cabeza. Tiene razón. Lo importante es empezar y, luego, aguantar. Como Joaquín y yo. Voy a verlo esta noche.

—¿Estás bien? —me pregunta la bailarina, ya sentada junto a mí.

—¿Qu... qué? Oh, sí, estoy bien. Es solo que estaba pensando que lo que acabas de decir se puede aplicar a todas las situaciones. De hecho, me llamo Al... ice —digo mientras le tiendo la mano.

—Liv —me responde mientras la aprieta.

Justo en ese momento, Diane entra en los vestuarios con la cabeza inclinada sobre el teléfono que lleva en la mano y anuncia:

—Para que no decaiga nuestro impulso sano y deportivo, Guillaume propone que nos vayamos a beber un batido verde.

—¡Buena idea! Liv, ¿te vienes? —le propongo de forma espontánea.

Veó cómo los ojos de Diane se abren como platos y los de Liv se estrechan. No dice que no, pero todo en su postura indica que le invitación la ha pillado por sorpresa.

—Por favor, vente. Vosotras os conocéis, ¿no? —añado.

Liv asiente despacio con la cabeza justo cuando Diane interviene:

—No te sientas obligada.

Su comentario parece irritar a Liv, que responde con tono educado pero cortante:

—No, pero iré porque Alice me lo ha pedido.

—¿Alice? —pronuncia Diane antes de observarme.

Es cierto que siempre me presento como Al, pero la forma en la que Joaquín pronuncia mi nombre —su boca parece saborear cada sílaba, con la curva de la e deslizándose por su lengua antes de expirar la ce en una sonrisa— ha debido de perturbarme.

Liv arquea una ceja, pero no dice nada. Cuando Diane se marcha, me apresuro a vestirme. Liv la sigue de cerca y, cuando salgo de los vestuarios, Diane y Guillaume están juntos y Liv se mantiene un poco apartada. ¿Habré metido la pata? Ahora me viene vagamente a la cabeza el comentario de Liv sobre Diane, pero ya es demasiado tarde para «desinvitarla» y, además, a mí me cae bien.

Guillaume, que nos arrastra tras de sí, ya ha pedido un taxi y, después de unos minutos de trayecto silencioso, llegamos a uno de esos cafés que florecen en Greenwich Village con una amplia selección de cafés exóticos, todos de «comercio justo», zumos sanos y repostería que solo tiene de pastel el nombre.

—Podríamos haber venido andando —masculla Liv.

—Hace demasiado frío y eso es malo para los músculos —replica Guillaume antes de dulcificar su respuesta con un comentario humorístico—. ¡Pensad en un pobre cojo entre vosotras, un par de jóvenes y excelentes bailarinas!

Diane le da una palmada juguetona en el bíceps y él finge acusar el golpe. Liv baja la mirada y la veo morderse el interior de las mejillas, lo que acentúa aún más sus pómulos.

Una vez instalados con nuestros zumos, y para Guillaume, para Diane y para mí también un trozo de tarta sin gluten (herejía), la conversación se

anima. Principalmente entre Guillaume y Diane:

—¿Cuándo te vas a Londres? —le pregunta.

—El jueves que viene. La primera representación es el sábado.

—Genial. ¿Tú también vas, Liv?

—Sí —responde, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Las dos interpretáis a la princesa Aurora?

Veo a Diane agitar la cabeza y lanzarle una mirada de desaprobación. Está claro que ese tema es delicado. Yo, que a duras penas hace una semana que me intereso por el *ballet* y solo por el interés que siento por Joaquín, me pregunto cuál es el problema.

Liv sonríe, pero su sonrisa no alegra su mirada, sus ojos, de un verde casi transparente, continúan fríos.

—No, solo las bailarinas principales interpretan ese papel durante la gira. Yo soy el Hada de las Lilas.

—Mejor para ti —replica Guillaume—. Su variación del prólogo es mucho más divertida que los aspavientos de la cursi de la princesa.

El brillo de sus ojos me hace comprender que está provocando a Diane, que refunfuña. Liv se limita a observarla en silencio y el verde de sus ojos cambia, haciéndose todavía más presente. Termina por bajar la mirada, encogerse de hombros y beber un sorbo de su zumo. Diane y Guillaume siguen hablando de Londres y, luego, de las diferentes variaciones de *La bella durmiente*, la obra que Diane y Liv van a bailar. Yo estoy contenta de estar en mi burbuja después de que las endorfinas de la clase de yoga me hayan dejado relajadita en el sofá del café. Con el rabillo del ojo, veo a Liv inclinarse y frotarse la pantorrilla derecha con gesto de dolor. Cuando sorprende mi mirada, para de inmediato y se levanta.

—¿Ya te vas?

—Sí, he quedado.

A nadie se le escapa el hecho de que solo ha pasado unos minutos con nosotros y que, si hubiera quedado, no habría aceptado nuestra invitación. Mientras se cierra los botones del abrigo, Guillaume le suelta:

—¿Entonces no te veo en clase la semana que viene?

Liv se queda con la boca abierta antes de que el rojo se apodere de sus mejillas. Niega con la cabeza sin pronunciar una sola palabra y sale del café a paso rápido.

En cuanto se va, Diane se gira hacia Guillaume:

—¿«Entonces no te veo en clase la semana que viene»?

—Todos los semestres acepto oyentes en clase y Liv asiste a mi curso sobre la representación de la mujer en la obra de Balzac desde principios de enero.

Diane arquea tanto las cejas que casi desaparecen detrás de su pelo.

—Ooooooh.

—¿Ahora le vas a reprochar que quiera culturizarse?

—No, pero me sorprende que no me hubieras dicho que la conocías.

—Reconozco que no la había relacionado hasta ahora...

—Pero te habías cruzado con ella antes, ¿no?

—Sí, pero de eso hace ya un mes y medio.

—Ah, ¿pero sí te acuerdas de que hace ya un mes y medio?

Guillaume y Diane se miran mutuamente en un diálogo mudo. Me bebo lo que me queda de zumo con gran estruendo antes de intervenir.

—¿Es buena?

—¿Perdón? —responden al unísono.

—En clase. ¿Que si es buena?

Tras un largo silencio, Guillaume termina diciendo, a regañadientes:

—No lo sé todavía. No habla. Se limita a observarm... a mirar.

Diane frunce el ceño, pero no dice nada. Está claro que la idea de que Liv asista al curso de Guillaume la ha dejado sin habla. Veo cómo su expresión cambia gradualmente hasta que sus ojos empiezan a brillar. Guillaume está ocupado observando los alrededores, pero, al sentir el fuego de su mirada, se gira despacio antes de echarse a reír.

—Vale. Ya estás pensando en hacerte su amiga, ¿no?

—No, bueno... —empieza ella mientras se sonroja.

—Diane, no pasa nada si no te quiere todo el mundo. Déjale el placer de odiarte en silencio. Ya sabes cómo va esto.

—O no tan en silencio. Y, bueno, si asiste a tu curso, quizá haya una esperanza.

—¡Venga ya! Santa Diane, patrona de la amistad entre bailarinas, ya está aquí —declama, antes de callarse, con una sonrisa irónica en los labios.

—¡Guillaume! Tengo pocas amigas y menos todavía amigas que bailen. No puedo pasarme toda la vida con Al. Os acabaré hartando a la fuerza. ¿Verdad, Al?

Pero yo ya no escucho, absorta en el mensaje que acabo de recibir:

¿Preparada para esta noche? Esta vez, quiero verte con la

lencería que coleccionas puesta...

Por poco me ahogo y tengo que beber un poco de agua, que casi se me sale por la nariz, cuando recibo un segundo mensaje que viene a completar el primero:

Aunque solo sea durante unos segundos.

# CAPÍTULO 10

## JOAQUÍN

Voy zigzagueando por las calles de Little Italy, un barrio que ya prácticamente es un anexo de Chinatown, para, paradójicamente, comprar aperitivos italianos para Alice, que la última vez se fue antes incluso de que pudiera ofrecerle el salmón que nos había preparado Imanol. Tengo la intención de pasar toda la noche con ella y, para eso, necesita calorías que quemar. Esta semana, el tiempo ha mejorado un poco y hemos pasado de la era glaciarse, ventisca incluida, a un invierno duro, pero que permite salir. Unos niños se lanzan bolas de nieve y yo los evito haciendo un *dégagé* que reciben con un «Guau, señor, esto es Broadway». Yo me limito a arquear una ceja, a un pelo de ser desdeñoso. No tengo nada en contra de los bailarines de musicales —algunos son excelentes—, pero todavía me queman los ojos por la microversión de *El lago de los cines* que Alba me obligó a ver cuando fuimos juntos a *Anastasia*. A Audrey Selman, nuestra directora artística, le habría dado un síncope. Me limité a gesticular internamente mientras el público aplaudía con gran estruendo. Está claro que la audiencia no era capaz de distinguir las joyas de la bisutería. Con eso lo digo todo.

Tras hacer mis compras, vuelvo a casa a paso rápido. Es un placer poder salir por fin. Y solo. Con los ensayos de *La bella durmiente*, la relación tirante que mantienen Jill y Audrey y la tensión que se respira entre Liv y Diane, el estudio resulta agobiante en estos momentos. Audrey no es tonta y se ha dado cuenta de que Jill está en el filo de la navaja y eso es algo que no puede permitirse, pero en el filo de la navaja o no, Jill sigue siendo una bailarina fabulosa, así que sigue bailando, aunque quizá no sea ese el tratamiento que más le convenga. Yo me limito a ensayar con ella un príncipe Désiré más frío que de costumbre, lo que me granjea la sorpresa del maestro



repetidor y la ira, mal disimulada, de Jill. Pues que deje de hacer tonterías. Interpretaré mi papel al doscientos por cien sobre el escenario en una semana, pero en los ensayos, solo tiene derecho a los servicios mínimos. En cuanto a Diane, tiene el defecto de querer la paz entre los pueblos, incluso cuando el pueblo en cuestión la espera con horquillas y picas. Los miembros de la compañía cada vez la aprecian más, justo lo contrario que a Liv, que cada vez está más aislada en su mezquina irritabilidad.

Con el frío punzando mis mejillas, sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos. Tengo que desconectar del trabajo para concentrarme en la velada. Tras unos veinte minutos de marcha, me adentro en el metro para poder disponer de tiempo en el apartamento antes de que llegue Alice.

Como le he pedido, Alba se ha ido. Hace casi un mes que está aquí y, aunque es adorable y nos cruzamos poco debido a mis horarios, su presencia empieza a resultarme algo cargante. He hecho cuentas y hace más de veinte años que no vivo con mi familia y dieciséis que vivo solo. No, no estoy hecho para vivir con alguien.

Mientras le doy vueltas a estos pensamientos, dejo la charcutería fina y los *antipasti* en el frigorífico. Me giro a mi vinoteca portátil, regalo de Imanol, que estaba harto de ver las botellas alineadas sobre la encimera de la cocina, y escojo una botella de *prosecco* que también pongo a enfriar. Ya está todo. El objetivo no es que la dama se ponga a roncar al cabo de una hora. Su reacción al champán de la última vez me confirmó que no está acostumbrada a beber. Miro el reloj. Casi las seis. Me meto en el cuarto de baño, me desnudo, y lanzo la ropa a la cesta que llevo a la tintorería todas las semanas y entro en la ducha. Aquí también se nota la presencia de Alba, por indicios discretos pero que yo no puedo pasar por alto. Una esponja exfoliante con forma de flor, un champú y una mascarilla que prometen «volumen extra», aunque no entiendo muy bien para qué, porque Alba luce una melena rizada y ligera que tiene vida propia. Eso es algo que comparte conmigo y con Ainhoa.

Cierro los ojos. Respiro.

Cuchilla de afeitar y gel de ducha con olor a flores. No hay duda. Hay una chica en la casa. Procedo a mis abluciones metódicamente, como siempre, pero con un entusiasmo renovado por la velada que se anuncia ante mí. Me lavo el pelo mientras pienso que tengo que cortármelo antes de viajar a Londres. Siempre sigo el mismo orden. Cara, cuerpo. Dejo que actúe el exfoliante en la cara. Por todo el maquillaje que debo ponerme en las actuaciones y el sudor de los ensayos, la limpieza es indispensable y eso es

algo que aprendí a las malas en el tramo final de una adolescencia en... relieve, por no decir plagada de granos. Una vez que me retiro la mascarilla, me enjuago y salgo de la ducha para secarme frente al espejo de cuerpo entero que pedí que me instalaran en la puerta. La mayoría de mis conquistas piensan que es para recrearme. Incluso Imanol lo creyó la primera vez que lo vio, pero, una vez más, el espejo es una herramienta para verificar que mi cuerpo está bien equilibrado, que mis cuádriceps no están demasiado desarrollados y que la relación entre hombros y cintura sigue siendo lo más estética posible. Me observo como observaría un coche si fuera piloto de carreras. Activo los músculos, me estiro y me pongo de perfil. Estoy seguro de que no todos los bailarines proceden a este tipo de examen con tanta frecuencia o de forma tan metódica fuera del estudio, donde los espejos nos dan ya toda la información necesaria, pero yo necesito poner fin a mi jornada laboral así. Compruebo que todo funciona correctamente y veo si es necesario trabajar o reparar algo antes de una posible lesión. Pongo los pies en punta, los flexiono y los vuelvo a poner en punta. Siento un leve dolor que se irradia a la pantorrilla. Nada grave, pero anoto mentalmente que debo prestar más atención a la recepción de mis saltos durante los próximos días para poder dar lo mejor de mí mismo en Londres. Iré al fisio cuando vuelva.

Una vez terminado el ejercicio, procedo rápidamente, aunque siempre en el mismo orden, a lavarme los dientes, ponerme crema en la cara y peinarme un poco para que mi pelo se porte bien esta noche. Nada de afeitarme, cuento con dejar algunas marcas en la piel suave de Alice. Solo con pensarlo, mi polla me saluda y cojo un bóxer de mi colección: desde que Alba está aquí, como ya no es posible pasearme desnudo por el apartamento, he tenido que meterlos todos en el cuarto de baño.

Me visto silbando: vaqueros y camisa abotonada para no encontrarme otra vez con una Alice muda por la vergüenza o la excitación. Sé el efecto que puedo causar, pero Alice todavía está en una fase en la que la incomodidad supera a la excitación. ¿Pero por cuánto tiempo? El timbre suena justo en el momento que termino de abrocharme la camisa. Me tomo mi tiempo para ir a abrir la puerta y allí está ella. Tiembla de frío con el mismo abrigo rojo que la última vez, más elegante que abrigado, y con esas mejillas rosadas que me dan ganas de devorarla allí mismo.

—Entra rápido.

Deja el bolso en el suelo antes de quitarse los guantes y desabrocharse el abrigo. Se lo retiro antes de que tenga tiempo de hacerlo y le doy un beso en el

cuello. Me incorporo de inmediato.

—¡Dios mío, estás helada!

Asiente con la cabeza, agitada por un nuevo escalofrío. Observo que lleva una falda recta que le marca las caderas y un jersey de cuello vuelto demasiado fino para el invierno. Pensar que se ha querido vestir así para mí me arranca una sonrisa que me apresuro a ocultar. Alice se gira para poder mirarme a la cara y solo me da tiempo a verla cerrar los puños antes de que se me tire encima.

Había planeado toda la noche. Primero la desconcertaría con la mirada y luego la acariciaría hasta que me suplicara que la besara, pero su entusiasmo ha dado al traste con todos mis planes. Rodeo su cintura con mis brazos y la beso sin hacerme preguntas. Tiene la boca fría, pero se calienta en la mía. Sus gafas frotan mi nariz y me aprieta el cuello con demasiada fuerza, pero no lo cambiaría por nada. La presiono contra mí hasta que nuestros cuerpos quedan alineados de muslos a busto. Gime en mi boca, mordisqueo su labio y entonces percibo que lleva menos maquillaje que la última vez. Tras unos segundos, me aparto para poder observarla. Tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta y siento ganas de morder muy despacio su pequeño mentón puntiagudo. El rosa de sus mejillas se ha vuelto magenta, pero, al igual que los escalofríos que siguen recorriendo su cuerpo, ya no es el frío el que los provoca. Deslizo su pelo detrás de su oreja y sigo besándola. Mi mano derecha se cuela bajo su falda. Es demasiado larga y estrecha como para subirla desde abajo, pero, si me lo propongo, seguro que puedo quitársela. Tras localizar la cremallera en su espalda, mis dos manos se afanan en bajarla lentamente sin distraer a Alice, que acaricia mi lengua con la suya con tal virtuosismo que casi me hace perder la concentración. Una vez que consigo bajar la cremallera, deslizo una mano por sus riñones con la esperanza de encontrarme una piel suave y una lencería parecida a la que había en la tienda en la que me la encontré. El jersey le llega hasta la cintura y, cuando mis dedos bajan aún más, se encuentran con un tejido que tiene poco que ver con la piel de Alice, ni con el satén ni el encaje que se supone debería llevar esta noche.

Pongo fin a nuestro beso y, cuando tras unos segundos abre los ojos, tengo que contenerme para no volver a besarla. Veo cómo la bruma del deseo desaparece a medida que su mirada se agudiza.

—¿Qué pasa? —me pregunta con una voz ronca que contrasta con su tono voluntariamente neutro.

—Creía que tendría derecho a un desfile en ropa interior, pero...

—No puedo...

Parece nerviosa y se aleja de mí. No se lo impido.

—No puedo ponérmela debajo de la ropa —aclara—. No sujetan nada y eso sería... Bueno... No es posible.

Sin darse cuenta, al pronunciar estas palabras, recula. Doy un paso despreocupado adelante y me encojo de hombros.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Tendremos que prescindir del desfile —digo mientras le tiendo una mano.

Niega con la cabeza y responde con vehemencia.

—¡No, puedo hacerlo! Me la he traído. Es un buen... ejercicio —concluye, apartando la mirada.

Guardo silencio. Lecciones, ejercicios... Siempre que continúen, puede ponerle el nombre que quiera a nuestras citas. Echo un vistazo a su bolso. No es demasiado grande. Lo que quiera que se haya traído, no cubrirá gran cosa. Mejor.

—¿Quieres cambiarte en el dormitorio? Última puerta a la derecha al fondo del pasillo.

—Sí, gracias —responde aliviada.

Bajo la cabeza para que no vea la sonrisa que me provoca su reacción, pero, cuando la vuelvo a observar, la mirada irritada que me clava me indica que no he sido tan discreto como creía. Se marcha con el bolso en una mano, contra su pecho, como para protegerse, y con la otra intenta abrocharse la falda por detrás para que no vea la faja que lleva puesta. ¡Madre mía! ¿Pero quién usa faja hoy en día? Y, sobre todo, ¿para sujetar qué?

Dos minutos más tarde, al no oír nada, me acerco al dormitorio.

—¿Todo va bien?

—Sí, sí —me responde con un fino hilo de voz.

Decido adoptar otra táctica:

—¿Te gusta la comida italiana?

Tras un silencio, me responde con tono irónico:

—¿Hay alguien a quien no le guste?

—Pues tienes razón. *Antipasti y prosciutto*, ¿te gustan?

—Hummm... Sí, ¿por qué?

—Para esta noche.

Oigo pasos por el dormitorio y se acerca a la puerta. Suspira.

—No... No sabía que querías cenar. Ya he cenado.

—Ah.

En ese instante, no me doy cuenta de hasta qué punto mi respuesta deja entrever que estoy molesto. Es la segunda vez. Está claro que piensa que soy un tipo sin educación alguna, pero, aun así, mi reacción habla por sí sola. ¿Por qué me molesta tanto?

Un ruido sordo acoge mis palabras.

—¿Todo bien?

Me acerco, con la mano a punto de girar el pomo. Me responde un gruñido, seguido de una sonrisa compungida.

—Bueno, es que... Lo... lo siento mucho. No lo entendí bien.

—No pasa nada, pero para que te perdone...

—¿Sí?

—La próxima vez, quedamos en tu casa.

—Ah... Eh, estaré de viaje las próximas semanas...

—Yo también, así que perfecto, pero cuando vuelva...

El silencio se estira una vez más y siento que la estoy molestando. ¿Qué estará ocultando? O quizá simplemente no quiere que vaya a su casa. Nada grave, pero siento un pellizco en mi orgullo, a medio camino entre mi cerebro y mi corazón.

—Mira —empiezo a decir mientras me alejo de la puerta justo en el momento en el que se abre y me interrumpe.

Alice se ha quitado las gafas. Sus ojos color avellana me observan con ansiedad y me pregunto por qué. Está preciosa. Y eso que todavía no he visto la lencería. Lleva un kimono de seda que le llega justo por debajo del trasero y que deja al descubierto todas sus piernas. La seda se ajusta a sus formas, dibujando la curva de su pecho, el contorno dramático de su cintura y sus caderas que, desde donde me encuentro, parecen perfectamente redondas. Mi Venus de bolsillo, en carne y hueso. El kimono tiene un estampado rosa, púrpura y azul noche en degradado con destellos dorados que, en el rincón de mi cerebro que todavía funciona, interpreto como una puesta de sol o un amanecer. Descalza, tiene un pie apoyado sobre el otro como si no supiera qué hacer: quedarse o salir corriendo.

—Estás preciosa.

—Todavía estoy vestida —se apresura a decir a modo de defensa erigida entre nosotros.

Una ola rosa invade su escote y sube lentamente por su cuello. Me acerco y poso mis manos despacio en sus hombros.

—Vas a tener que aprender a aceptar mis cumplidos.

Da un paso fuera del dormitorio y la dejo pasar delante de mí camino del salón. La percibo nerviosa y su cuerpo se agita con una vibración de la que ella misma no es consciente. Una vez contra el respaldo del sofá, se gira. Yo no me he movido de la entrada del pasillo, demasiado ocupado en observarla. Me uno a ella rápidamente y deslizo mis manos sobre el nudo del cinturón que retiene su kimono. Aguanta la respiración, mientras lo desato y deslizo el tejido por sus hombros, saboreando el contacto de la seda y de su piel.

La seda revela el encaje de tela de araña de un bustier rosa palo, también con reflejos dorados, unido con pequeños lazos a unas bragas del mismo tejido. Siento que la temperatura sube sensiblemente. Me acerco y, pasando las manos por su espalda, me aferro a su trasero para acercarla a mí. Acojo de buen grado el gemido que cruza sus labios y aprovecho para acariciarla con más fuerza, contento de verla dejarse ir por fin. La siento sobre el borde del respaldo del sofá y le separo los muslos deslizándome entre ellos. Necesitaré un tiempo para desatar todos esos lazos, pero me gustan los desafíos. Me limito a deshacer dos nudos delante, lo suficiente como para deslizar mi mano bajo sus bragas. La respiración de Alice se acelera en el momento en que deslizo un dedo entre sus labios, despacio, asegurándome de que está igual de excitada que yo. Deslizo un segundo dedo y entonces empiezo a acariciarla con el pulgar. Emito un gruñido que le arranca una risa frágil cuando, al fin, introduzco dos dedos. Seguramente no sea el momento más adecuado para invocar el nombre de la Virgen, pero es que hay algo de milagroso en todo esto.

Ejerzo un vaivén constante con los dedos mientras me pregunto si quizá podría admitir un tercero y empiezo a sentir las primeras oleadas de un orgasmo cuando alguien llama a la puerta y, justo después, oigo el ruido de unas llaves. Alice percibe mi sorpresa por mi inmovilidad súbita y echa un vistazo por encima de mi hombro: sus ojos se abren desmesuradamente. Retiro la mano para poder darme la vuelta mejor y protegerla, pero, al hacerlo, pierde el equilibrio. Se cae sobre el sofá y la escucho encadenar una letanía de palabrotas que ni un marinero.

Antes de que me dé tiempo a girarme para prestarle ayuda, con el rabillo del ojo, la veo meterse en mi dormitorio con su kimono por encima.

*Esta mujer es un auténtico ninja.*

Alba entra justo en el momento en el que se cierra la puerta de mi habitación. Se queda helada en cuanto percibe mi expresión de rabia. Voy a matarla.

—Oh, perdón, Joaquín. Te he estado llamando, pero no me respondías...

—Porque estaba ocupado. Te había dicho que esta tarde y esta noche necesitaba mi apartamento. Se supone que te quedabas en casa de Imanol. ¿Qué haces aquí?

Alba hace una mueca al advertir mi tono de voz, pero la culpabilidad que siento no hace más que alimentar mi cólera. ¡Una noche! ¡Una sola noche! ¿Acaso es mucho pedir?

—Sí, pero es que ha habido un conato de incendio...

La inquietud se abre paso entre la cólera, pero esta, irracional, sigue ahí. Doy un paso hacia mi hermana y, a juzgar por su reacción, mi rostro todavía debe de ser el de un asesino que ha escogido a su próxima víctima.

—¿Dónde?

—En el edificio de Imanol. Nada grave, pero hasta que se vaya el humo, han cerrado la entrada del edificio y mis cosas ya estaban dentro. Solo quería coger el pijama que me he dejado en el cuarto de baño...

Me paso una mano cansada por la cara.

—Vale, ¿entonces estás bien? ¿Y él también?

—Sí y sí —empieza a decir Alba mientras pone rumbo al cuarto de baño. Justo enfrente de mi dormitorio.

Y la puerta de mi dormitorio se abre justo en ese momento para dar paso a una Alice mucho más vestida. Desastre. Pero no parece traumatizada por la escena. Con las manos delante, teniendo en cuenta la forma en la que cae su atuendo, con el cuello vuelto destacando la ligera redondez de su pecho y la falda un poco apretada en las caderas, deduzco que todavía lleva puesta la ropa interior que lucía hace unos minutos.

Me pregunto qué habré hecho para que me castiguen de esta manera. Me encuentro con una erección de adolescente, descontrolada, delante de mi hermana con mi... mi invitada, al parecer decidida a irse con la ropa puesta.

Alba sonrío a Alice al instante:

—¡Ah, pero si eres tú! ¡La chica de la fiesta!

—Eh... Sí —responde Alice, con la mirada en mí antes de fijarla en el suelo.

—Alice, te presento a Alba, mi hermana pequeña y mi castigo —empiezo a decir.

—Encantada —responde Alice, dedicando una sonrisa a mi hermana, a la que se le van a salir los ojos de las órbitas.

*Oh, no.*

—¿Te vas? ¿Se va? —acaba preguntándome mientras se gira hacia mí.

Sin dejarle a Alice el tiempo suficiente para poder responder, se gira hacia ella y dice:

—¡No te vayas, por favor! ¡Tomémonos algo, anda, y después me voy, lo prometo!

Alice parece dudar, con una sonrisa tímida en los labios y, entonces, me lanzo:

—Sí, Alice, por favor, quédate. ¡Alba puede ser muy insistente!

—Es mi prerrogativa de hermana pequeña —declara, mientras desliza su brazo bajo el de Alice—. ¿Tienes hermanos o hermanas?

Muy a mi pesar, pego la oreja mientras voy a buscar la botella de *prosecco* que había puesto a enfriar.

—N... no —responde Alice, probablemente desbordada por el entusiasmo agotador de Alba.

—Oh, ¿y no te aburrías cuando eras pequeña?

Desde la cocina, exclamo:

—¡No a todo el mundo le gusta vivir en un zoológico!

Alba me ignora a la espera de la respuesta de Alice.

—No, mi mejor amigo era mi vecino y hemos crecido juntos.

—¡Genial, entonces es como tu hermano!

—Sí, bueno, se podría decir así.

—¿Y jamás habéis...? —empieza a decir.

Dejo las copas cerca del fregadero por miedo a romperlas. ¡¿Pero qué clase de pregunta es esa?!

—No —responde Alice antes de echarse a reír.

Una risa incómoda.

Vuelvo, con la botella en una mano y las tres copas en la otra.

—Oh, Joaquín no está contento —lanza Alba.

—Ah, ¿no?

—No, siempre tiene ese aspecto tenebroso, pero mira esas cejas algo fruncidas y esos ojos de los que salen rayos. Quiere matarme. Por eso te tienes que quedar. Para que pueda huir antes.

Alice se ríe y, durante un instante, dejo de fusilar a Alba con la mirada, seducido por esa risa por sorpresa y natural. Entonces deja de reírse. Sirvo el *prosecco* y bebemos en silencio. Es Alice quien lo rompe:

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Nueva York?

—No mucho tiempo más si sigue interrumpiendo mis citas —suelto antes



de sonreír en mi copa bajo la mirada de indignación de mi hermana.

Alice se sonroja y Alba lo percibe al instante. Se inclina hacia ella:

—¿Me darías tu número de teléfono? Me voy a quedar algo más de tiempo y no conozco a nadie, ya sabes.

Alba abre sus ojos verde azulado con esa expresión reconocible de «¡¡¡Por favor, por favor, sé mi amiga!!!». Y ella es tan adorable que le funciona. Los ojos de Alice van de mi hermana a mí. Yo me limito a arquear las cejas. Una parte de mí desea que conozca a Alba y giro la cara para no revelarlo.

*¿Pero qué me pasa?*

Probablemente aturdida por este ataque en toda regla, Alice acepta y Alba se apresura a memorizar el número en su teléfono y enviarle un mensaje para comprobar que no le ha mentado. Tengo que contenerme para no echarme a reír ante su juegucito.

No me sorprende cuando Alice se levanta para irse. Si me encontrara en una situación parecida, yo habría hecho lo mismo. La acompaño a la puerta y la abro cuando la voz de mi hermana resuena una vez más.

—¡Ha sido genial conocer a la novia de mi hermano!

# CAPÍTULO 11

## AL

«¡Ha sido genial conocer a la novia de mi hermano!»

Por un instante he pensado que Joaquín se iba a morir cuando ese torbellino que tiene por hermana lo ha soltado. Se ha quedado blanco como la nieve y el tic de su mandíbula no presagiaba nada bueno para Alba, cuyo rostro se veía por encima del respaldo del sofá, observándonos con una gran sonrisa inocente y el entusiasmo de un niño que acaba de ver a Papá Noel.

Lo ridículo de la situación me hace perder la seriedad y la tensión de estos últimos minutos se disuelve en una risa descontrolada. Podía sentir cómo las lágrimas caían por mis mejillas y solo he sido capaz de taparme la boca con la mano en un torpe intento de contenerme. De hecho, este gesto ha producido una especie de sonido palatalizado, medio gruñido, medio hipo.

Paralizada, todavía estaba reponiéndome de las últimas sacudidas de mi ataque de risa cuando Joaquín me rodeó con sus brazos. Me quedé mirándolo y comprobé que ya no estaba blanco. De sus ojos salían rayos y, cuando quise abrir la boca para disculparme, me lo impidió con un beso que me hizo olvidar hasta mi propio nombre.

Solo su recuerdo me da calor tres días después y, con la mirada perdida en las paredes de mi habitación de hotel, cruzo y descruzo las piernas de forma nerviosa en mi cama. En Londres.

Ethan y yo decidimos que me alojaría con Brie en el hotel St. Pancras Renaissance, un magnífico edificio de finales del siglo XIX. He reservado una *suite* para mí y una habitación para Brie. La *suite* nos permite trabajar juntas y, sobre todo, recibir a posibles empleados o colaboradores, entre ellos algunos críticos a los que hay que entrevistar la semana próxima, cuando Ethan esté en Londres para asistir a varias representaciones de *La bella durmiente* en las

que baila Diane.

Todavía adormilada, me estiro antes de que la realidad se apodere de mí. No tengo maleta. Quise facturarla y ahora está en algún lugar de Nueva York... Tengo lo justo para cambiarme hoy, mis artículos de aseo, mi maquillaje y mi ordenador. En resumen, el contenido de mi bolso de mano. Tras un desayuno rápido, Brie me encuentra en la recepción del hotel a punto de darme de golpes contra la madera del mostrador ante el asombro del recepcionista. Bueno, lo que yo interpreto como una expresión de asombro, en un súbdito de Su Majestad se traduce como un leve fruncimiento de labios.

—¿Sigues sin maleta?

—Síiiiiii —mujo antes de incorporarme—. ¡Qué mala suerte!

—Bueno, de todas formas, hoy no tenemos ninguna reunión.

—¿No?

—No, Ethan ha anulado la reunión que tenía con nosotras a las tres.

Brie me observa, con su cola de caballo pelirroja balanceándose a sus espaldas como agitada por el impulso constante de la energía que desprende. Veo que sus ojos se iluminan y que su boca esboza una media sonrisa. Tiene una idea en mente. Se frota las manos y me suelta:

—¡Nos vamos de compras!

Su tono alegre suena levemente diabólico a mis oídos. ¿Pero por qué no? Todavía es pronto y, anulada la única reunión de hoy, tenemos un día tranquilo. De todas formas, Brie ya me ha comentado que el *jet lag* la estaba matando. De hecho, yo misma me siento un poco adormilada y, la verdad, tampoco le veo cara de muerta precisamente. O es que está en modo danza macabra cuando la veo dar saltitos como una loca... Leyendo mis pensamientos, continúa:

—Todavía están durmiendo en Nueva York y, además, ¿cuándo fue la última vez que hiciste una pausa? Trabajas incluso los fines de semana. Te veo «activa» en el servidor de la empresa.

—Solo porque tú ya estás ahí. Le dijo la sartén al cazo.

—Venga, si eras tú la que decía que el *jet lag* nos iba a dejar destrozadas. Y yo te dije que mi cerebro necesita veinticuatro horas para reiniciarse de verdad. ¡¡¡Venga!!!

La observo. Lleva unos vaqueros y unas zapatillas de deporte, como siempre, pero parece emocionada con la idea de ir de compras. Bueno, al fin y al cabo, solo se vive una vez.

Solo he ido a Londres dos veces en mi vida. Una para el entierro de mi

abuelo cuando tenía seis años y la otra para el entierro de mi abuela diez años después. Mi madre y yo solo hicimos una pequeña escala camino de Dorset, donde nació mi madre, cerca de Bournemouth. Me acuerdo de los acantilados, del color verde del Canal de la Mancha y de las largas noches en la casa algo húmeda de mis abuelos, así que no se puede decir que conozca Inglaterra y, más allá de mi pasaporte, me siento más o menos igual de inglesa que Brie. Tras tomar conciencia de la envergadura de mi propia ignorancia, Ethan y yo decidimos contratar profesionales para que nos encontraran un lugar en el que instalar nuestras oficinas. Otro más que creía que con el cincuenta por ciento del ADN que me ha transmitido mi madre venía una tarjeta del metro, un plano detallado de la ciudad y la guía de la perfecta londinense. Pues no.

Por fin, tras hablarlo un rato con Brie, decidimos patearnos Oxford Street como buenas turistas, que es lo que somos. Entre Selfridges y Debenhams, debía encontrar algo que ponerme en las próximas reuniones mientras mi maleta llega a su destino. Si bien Brie me deja sola cuando se trata de comprar lencería, desea estar en primera fila cuando parto a la búsqueda de un vestido y accesorios y, desde luego, tiene una opinión rotunda al respecto.

—No.

—Pero es cómodo...

—Demasiado largo.

—Clásico...

—Te hace más vieja.

Ninguno de los vestidos que he elegido le parece adecuado, pero esos son los únicos que se acercan un poco al *look* con el que me siento cómoda. O más bien tranquila. No obstante, tengo que reconocer que tiene razón y, cuando me miro en el espejo, no estoy satisfecha con la imagen que doy. Demasiado rígida, algo apretada. Parezco disfrazada. Al ver mi frustración, Brie desaparece un momento y vuelve con los brazos llenos de ropa.

—¿Qué es todo eso? —pregunto con desconfianza.

—Ropa.

—¿Pero de qué tipo?

Con la cortina pegada a mí para ocultar mi ropa interior, echo un vistazo a su botín desde el probador. Todo parece tan ligero, como sin tela. Nada que ver con mis enaguas almidonadas. Brie no se anda por las ramas y me suelta un espontáneo:

—Me he dicho que quizá ya estabas harta de vestir como tu abuela.

Abro la boca y al instante la cierro, sin saber qué responder, pero ella continúa:

—El *vintage* está muy bien, ¿pero solo *vintage*? Tengo la impresión de estar viendo una peli de Hitchcock cuando te miro. Y no tengo nada contra él, pero bueno, está bien cambiar de vez en cuando.

Con los dientes apretados, exclamo:

—¡No pienso ponerme unos vaqueros! Y, además, mira quién habla, la señorita vaqueros con zapatillas.

Brie se muerde los labios y siento que está a punto de echarse a reír. Inspira profundamente antes de responder:

—Vale, ya veo que ha sido demasiado por hoy. Solo he traído algunas faldas y vestidos. Y una sorpresa. Me lo había guardado la dependienta por si acaso.

Aprieto la cortina con más fuerza contra mí y estiro el cuello para ver mejor. Los colores no parecen estar mal. Veo una tela color burdeos que me hace ojitos, un gris paloma... Aunque Brie no tiene para nada los mismos gustos que yo, sobre todo en términos de color, ha dado en el clavo. A regañadientes, le hago señales con el brazo libre para que me pase la ropa. Me lanza una gran sonrisa a la que respondo asintiendo con la cabeza:

—Solo voy a probármelo y ni se te ocurra fingir entusiasmo cuando salga del probador.

Asiente con la cabeza, todavía con una sonrisa en los labios. Mientras me visto, me dice:

—¿Sabes? No siempre llevo vaqueros y zapatillas. Los fines de semana me pongo otro tipo de ropa, pero sí que tengo que reconocer que es mi uniforme de trabajo.

La idea de Brie con otra imagen que no sea su ropa de estudiante eterna me deja pensativa. ¿Cómo se vestirá los fines de semana? ¿Cambia las zapatillas por bailarinas? Me ato el cinturón con esta idea en mente. Inspiro profundamente para motivarme un poco. ¡Venga, ha llegado el momento de salir!

Salgo por primera vez con un vestido cruzado con un estampado gris y negro y un toque de burdeos en el ribete y la cintura. Brie se limita a asentir energicamente con la cabeza en señal de aceptación. Me miro en el espejo, algo desconcertada ante esta nueva Alice. Con un poco de imaginación y las botas adecuadas, podría pasar por Emma Peel en *Los vengadores*. Una Emma Peel que se ha pasado con los *scones* en su té de las cinco, pero bueno, ya es

algo. Hay que reconocer que es diferente. Para empezar, ¡qué tela tan ligera! Y aun así abrigada. Tengo la impresión de haber aterrizado en el siglo XXI. Pues nunca es tarde...

Tras dar el primer paso, me enfrento al vestido en cuestión, un mono de pantalón largo color caqui y un conjunto de falda y jersey color crema y blanco que Brie ha decidido concederme de mala gana al comprender que ya había ido demasiado lejos. Tras pasar por una zapatería en la que he encontrado un par de botas de montar y unos zapatos negros con poco tacón, ya estoy cubierta hasta la llegada de mi maleta.

De vuelta en el hotel, lucho por mantenerme despierta desde principios de la tarde para poder llamar a los agentes inmobiliarios y verificar una vez más el *planning* de los próximos días. Las mañanas son para las visitas y, luego, Brie y yo tenemos previsto trabajar desde el hotel para poder contactar con el despacho de Nueva York si fuese necesario.

Al día siguiente, las primeras visitas son decepcionantes. Ethan y yo hemos detallado a los agentes lo que estamos buscando, aunque estamos dispuestos a dejarles cierto margen de maniobra, porque, al fin y al cabo, ellos son los especialistas del sector. Como todo el mundo, he visto esos programas donde los agentes inmobiliarios empiezan enseñándote un horror para que, por efecto del contraste, el que te quieren vender realmente parezca todavía más apetecible.

Estamos lejos de eso todavía.

Harry y Julie son británicos de los pies a la cabeza, acento y manejo de lo implícito y de lo sobreentendido incluidos. Él tiene una densa melena de cabello rubio perfectamente peinada, un mentón delicado que oculta bajo una barba cuidadosamente recortada y una de esas bocas de hombre que parecen siempre humedecidas. Julie es una morena mordaz con grandes ojos azules de asombro que lleva una ropa quizá demasiado ajustada y a la que no le asustan los colores pastel, como les pasa a muchas inglesas. Los dos tienen un entusiasmo desbordante, lo que se traduce en educados pero reiterados «encantador, es encantador» y diferentes variantes de «exquisito» y «divino».

Tras la tercera visita, tengo que hacer una pausa y, mientras intento localizar el barrio en el que se encuentra el siguiente local, Brie y yo nos desviamos un poco para ir a un Prêt à Manger a beber un té demasiado amargo y un café igual de malo, eso es lo que hay en este tipo de franquicias en Nueva York. Sentada frente a la ventana, pliego y despliego los dedos de los pies en mis nuevas botas, sublimes sin lugar a duda, pero no tan cómodas después de

haber deambulado por toda la capital. Brie suspira.

—No es nada fácil.

—Si siguen enseñándonos espacios abiertos en almacenes sin ventanas y con aire acondicionado defectuoso, desde luego que no.

Me masajeo la frente con la mano plana y me pregunto por qué no dan con el local que andamos buscando.

—Cuando visitamos el primer sitio, pensé que querían mostrarnos un contraejemplo para que comprendiéramos que habían entendido lo que queríais Ethan y tú.

—Yo también —mascullo.

—Pero ahora... De hecho, creo que buscan el lugar que más se parezca a una fábrica y que más desanime a programadores y críticos a ir a trabajar.

Asiento con la cabeza, todavía bajo el *shock* del último local que nos han enseñado. Hemos ido en taxi hasta lo que parece ser los confines del norte de Londres. Una vez llegados a lo que parecía una zona industrial, Harry y Julie intercambiaron miradas de excitación porque nos iban a enseñar el equivalente inmobiliario a las Joyas de la Corona británica. Cuando el taxi se para frente un edificio de chapa corrugada, me pregunto si están de broma. De hecho, Brie se puso a reír nerviosa, lo que los agentes interpretaron como algo positivo. Tras abrir un portal oxidado, entramos en un espacio vacío, con suelo de hormigón repleto de agujeros donde, incluso con abrigo, tenía tanto frío como en la calle. Después de extasiarnos con el espacio —desde luego sí que es grande—, las posibilidades —infinitas si tu presupuesto también lo es y siempre que quieras reformarlo todo— y la parte moderna del lugar —si por moderno entendemos al límite del horror—, nos miraron con estrellitas en los ojos. Tuve la impresión de ser esa madre que, al final del espectáculo de danza de su hija, le suelta un simple: «La misma gracia que un hipopótamo».

No podía hacer otra cosa. He inspirado profundamente y les he dicho que era justo lo contrario de lo que les habíamos descrito y luego les he pedido que nos dejaran al menos una hora para irnos a tomar un café para no morirnos de frío el segundo día de nuestra visita.

Y aquí estamos, degustando nuestras bebidas calientes —su única virtud — con la mirada perdida. En ese momento veo que los ojos de Brie se entrecierran. Su mirada se posa justo detrás de mí, por encima de mi hombro, hacia un punto exterior del café. Ladea la cabeza y, señalando con el dedo al objeto de su atención, me pregunta:

—¿No es esa Diane? Su compañero tiene unas piernas increíbles.

Me doy la vuelta y me quedo inmóvil un instante. Un cartel anuncia la gira del Ballet de Nueva York en Londres, pero no es la bailarina lo que atrae mi atención.

Es Joaquín.

Que tiene unas «piernas increíbles», como acaba de decir Brie, que continúa su inspección.

—La peluca es un poco ridícula, pero se ve que el tío no está nada mal. Nada mal. Desde que trabajo en *Show me*, he descubierto que me gustan las mallas de *ballet*... —continúa con un tono soñador que me arranca una sonrisa.

Joaquín lleva unas mallas blancas y una chaqueta azul claro, más *kitsch* imposible. La peluca supuestamente ridícula acentúa su mandíbula y su nariz perfecta. Está de perfil, con el mentón elevado, llevando a la bailarina del... ¿eso es un muslo? Su pierna derecha está estirada y la izquierda, flexionada para sostener a la bailarina, que da la impresión de estar suspendida de la nada, en contra de las leyes de la física. Si lo miras de cerca, te das cuenta de que Joaquín sostiene a la bailarina gracias a su muslo izquierdo y su cadera porque ella está, de hecho, enrollada en torno a él. Por supuesto, ella lleva un tutú voluminoso y su cuerpo dibuja una *ce* invertida, con las dos piernas elevadas por detrás de la cabeza de Joaquín, una doblada delicadamente. Ella también está de perfil y, a pesar de la peluca blanca, reconozco los pómulos delicados y esa sonrisa de la primera de la clase.

Es esa bruja de Jill.

—¿Es que no te gusta? —me pregunta Brie.

Giro la cara hacia ella, sorprendida por su pregunta.

—N... no, sí que me gusta. ¿Por qué lo dices?

—Porque te acabo de ver hacer un gesto raro.

—Ah... eh... No, solo me preguntaba qué estarían haciendo.

—Es un *porté poisson* —afirma como si hablara en otro idioma.

Arqueo una ceja, lo que ella interpreta como una invitación a seguir.

—La bailarina está en posición *retiré* y el bailarín la sujeta cerca del suelo o algo así.

—¿Brie?

—Ya te he dicho que hago los deberes. En cualquier caso, yo a ese sí que le dejaba que se sujetara de donde quisiera. ¿Has visto qué muslos?

Siento que las mejillas me arden, lo que no arregla mi falta repentina de elocuencia. Brie frunce el ceño y, antes de que abra la boca, me recompongo.



—Lo siento, pero es que tengo la cabeza en otra cosa. Estoy pensando todavía en las oficinas.

Ella suspira y yo me tranquilizo. No es el momento de ponerme a hablar de mis acercamientos al Ballet de Nueva York. O al menos a uno de sus miembros. De hecho, es el momento de volver a la carga, literalmente.

Bajo la mirada al teléfono, dispuesta a llamar a los agentes. Deslizo la pantalla de inicio y descubro varios mensajes.

Algunos proceden de Joaquín.

Estoy en Londres y un pajarito me ha dicho que tú también estás aquí...

Mi corazón empieza a palpar.

Alba no está aquí. Te lo juro.

Me muerdo el interior de las mejillas para no reírme.

Diane es ese pajarito. Por supuesto, he sido sutil.

Mi corazón late todavía más deprisa, pero no por las mismas razones, cuando Joaquín asesta el golpe final.

Pero seguramente lo sea menos si no encontramos una forma de vernos.

Los diabólicos emoticonos que añade a su mensaje contrarrestan algo que está lejos de ser una amenaza. No obstante, decido no correr riesgos.

Al menos esa es la excusa que me doy cuando le respondo, unos segundos después.

# CAPÍTULO 12

## JOAQUÍN

Hoy es nuestra primera representación de *La bella durmiente*. He interpretado varias versiones de esta obra y, cada una de ellas, varias veces, pero sigue suponiendo un desafío, aunque solo sea por no querer apoyarme solamente en la experiencia y así ofrecer a los espectadores una representación que siempre sea una primera vez. Cuando Audrey nos anunció el año pasado que esa sería la obra elegida para nuestra gira inglesa, aunque comprendiera su elección, rechiné los dientes. La partitura de Tchaikovski gusta mucho al público y, en el caso de los menos versados, la reconocen como la banda sonora original del dibujo animado de Disney. La serie de danzas de carácter del último acto permite que destaquen varias parejas de bailarines, lo que siempre es un extra para la compañía. La obra también tiene el mérito de ser accesible para los niños. Al fin y al cabo, rechiné los dientes porque la considero más una elección comercial que artística. Estoy en un punto de mi carrera en el que, después de haber interpretado docenas de veces determinados papeles, me apetece más crear nuevos personajes, como el otoño pasado con la coreografía de Alexei Rostov.

Pero también soy un poco gruñón, como el papel que interpreto: el príncipe Désiré. Hay que decir que aparezco bastante tarde en la obra, en el segundo acto, cuando el Hada de las Lilas me presenta una visión de la princesa Aurora para que vaya a despertarla. Además, no me gusta ponerme esa peluca tan *kitsch* del siglo XVIII, en el último acto. Me pica.

Me gustaría poder decir que lo que hago no es importante, que solo estoy ahí para que la bailarina destaque, pero sería mentir...

Será mejor que intente animarme un poco para estar bien esta noche, porque Alice va a estar entre el público. Espero. Después de haber oído a

Diane comentar que ya se encontraba en Londres y que quedarían cuando Ethan pase también aquí unos días, me he puesto en contacto con ella y la idea de que esté ahí me ha hecho sentir mucho mejor. Solo para continuar con nuestras lecciones, por supuesto. Cuando pienso que tenemos que vernos en un país extranjero para que nadie nos interrumpa en plena acción... ¡Cualquiera diría que el mundo conspira para impedir que cumpla mis objetivos! Razón de más para redoblar esfuerzos.

Acabo de terminar el último ensayo en el escenario para coordinarnos con la orquesta, que no está acostumbrada a trabajar con la compañía de Nueva York, cuando escucho un lento aplauso procedente de las bambalinas.

—¡Bravo, Joaquín!

—Paul, ¿aún no te has retirado?

Salgo del escenario y la luz a mis espaldas me impide discernir a primera vista al hombre que acaba de aplaudirme, pero al que he reconocido por la voz y su tono irónico. Paul Barber es el director artístico del Royal Ballet. Encaja mi comentario con una leve sonrisa.

—Antes dejas tú de bailar que yo de dirigir.

—Y no te equivocas —le digo antes de coger la botella de agua que me entrega.

—¿Puedo acompañarte a tu camerino?

—¿Quieres un espectáculo privado?

—No has cambiado nada.

—Me gustaría poder decirte lo mismo, pero...

—Ah, el tiempo pasa para todos. Ya lo verás.

Pasa una mano por su cabeza completamente calva. Cuando conocí a Paul, hace ya diecisiete años, quizá más, tenía una melena rubia que ya anunciaba su futura desaparición. Dice que es su homenaje al duque de Cambridge. Nunca se lo he dicho, porque ya lo sabe, pero está mucho mejor con la cabeza completamente rapada que con aquellos mechones dispersos que le hacían parecer un pollo desplumado. Con casi sesenta años, todavía conserva su silueta de bailarín, salvo por una mínima barriguita. La cultura del *pub* empieza a imponerse a la cultura de la danza, imagino, pero lo cierto es que no está nada mal haberse mantenido hasta ahora. A pesar de las pullas que intercambiamos, Paul y yo siempre nos hemos llevado bien. Quizá sea porque los dos venimos de familias modestas y que nuestra llegada al mundo de la danza clásica había tenido algo de imprevisto. Paul se siente igual de cómodo

en el *pub* de la esquina que en un ensayo y es precisamente eso lo que lo convierte en una de las pocas personas con las que me molesto en mantener el contacto a pesar de las indirectas que le lanzo. Fue él quien me nombró bailarín principal prácticamente recién salido de la escuela. Y ha tenido el mérito de explotarme sin agotarme ni hacer que acabara odiando la danza: a veces prefería dejarme sin bailar, incluso en contra de mi propia voluntad, en vez de dejar que me quemara. Cuando me fui de Londres hace ya veinticinco años, atraído por las sirenas de América, no hubo ningún drama. Me había entregado en cuerpo y alma al Royal Ballet durante ocho años. Había hecho todas las tonterías imaginables para llamar la atención sobre su trabajo: posar en revistas de moda, aceptar ser la imagen de una célebre marca inglesa de impermeables... Por supuesto, eso también suponía un beneficio para mí, tanto económico como profesional. Posar era algo que me irritaba hasta más no poder porque, para mí, todo el tiempo que pasaba alejado del estudio era una distracción inútil. Sin embargo, aprendí a hacerlo como si fuera un personaje más que interpretar, un medio adicional de llevar mi carrera en las mejores condiciones y de controlarla todo lo posible.

En cuanto llegamos al camerino que el Royal Ballet me ha prestado para estas representaciones, me pongo de inmediato un jersey y un pantalón cómodo y abrigado. He regulado la temperatura para no coger frío al volver del escenario, pero dos precauciones valen más que una. Paul aparta de su garganta durante un instante su cuello vuelto.

—Ya veo que te sigue gustando pasar calor. ¿Tanto echas de menos España?

—Para empezar, soy vasco y, además, tengo que cuidarme. Empiezo a sentir el cansancio, ya sabes.

Me encojo de hombros al ser consciente de que mi comentario alberga más verdad de lo que mi tono ligero deja entrever. Paul lo sabe tan bien como yo. Con treinta y muchos, sé que si sigo tratando mi cuerpo como un instrumento de alta precisión, quizá solo me queden unos diez años de carrera. Y esos diez años serán cada vez más difíciles desde el punto de vista físico, porque cada vez necesitaré más tiempo para recuperarme. Cada obra será más extenuante. Cada nueva creación, un esfuerzo físico adicional hasta que lo artístico ya no pueda compensar la técnica. Puede que el público siga acudiendo a verme, pero yo sabré que estoy en claro declive.

Paul asiente despacio con la cabeza. Con los brazos cruzados, me observa detenidamente. No hay ninguna carga sexual en su mirada, sino más

bien el interés de un antiguo bailarín, de un coreógrafo y de un director artístico que evalúa al bailarín que tiene enfrente. Tras un minuto, se inclina hacia mí, con los codos sobre las rodillas.

—¿Piensas seguir bailando mucho tiempo más en Nueva York? Ya llevas diez años.

Frunzo el ceño al no comprender adónde quiere llegar.

—Hasta que no pueda bailar más. Ya sabes que no tengo vocación de coreógrafo ni de director artístico.

—De coreógrafo, seguramente no, pero de director artístico, quizá te equivoques, pero bueno, no hablemos del después. ¿Qué piensas hacer los próximos años?

—Bailar.

—¿Y qué tal hacerlo en Londres?

Me mantengo incrédulo antes de responder.

—¿Volver?

—La compañía ha cambiado. Se ha renovado durante estos últimos cinco años, pero no te niego que le falta algo. Una estrella.

La propuesta es halagadora, pero me sorprende:

—Paul, dentro de poco no seré el mejor, técnicamente...

—A ver, Joaquín...

—No busco tus halagos, sabes que es cierto, cuestión de edad. No voy a mejorar. Ya he alcanzado mi apogeo. Ahora solo me mantengo.

No es algo agradable de decir, pero esa es la verdad. Paul asiente con la cabeza, pero no responde de inmediato.

—Te he visto en *Romeo y Julieta* este último otoño. No eres consciente del nivel que has alcanzado. Nueva York te ha sentado bien, la compañía te ha hecho mejor, pero, si te vienes, participarás en el reparto de papeles.

—¿Quieres contratarme como bailarín o como tu ayudante?

—Una cosa puede llevar a la otra. Ya lo sabes.

De hecho, ese es el camino que él mismo ha recorrido.

—¿Quieres vengarte de la deserción de Rostov?

—No —responde, agitando la mano—. Alexei es un gran coreógrafo, pero os lo regalo. Se hubiera ido o no, igualmente me habría puesto en contacto contigo. Y, además, dentro de poco anunciaremos quién va a ser nuestro nuevo coreógrafo residente y ella está decidida a trabajar contigo.

Bebo un sorbo de agua y reflexiono.

Londres... Estaría más cerca de mi familia. Quizá ha llegado el momento

de cambiar ese aspecto en mi vida. El rostro de Alice me viene a la mente, pero aparto su imagen de inmediato. Alice continuará su vida neoyorquina en cuanto lo deje con ella. ¿Diez años en Nueva York y qué tengo? Un apartamento que no me pertenece, decenas de obras... Alejarme de Jill tampoco me vendrá mal. Solo echaré de menos a Imanol. Y luego está la idea de una coreógrafa que trabaje conmigo en la creación de nuevas obras. Si Paul no está exagerando su propuesta, algo impropio de él, quizá sea este el respiro que estaba esperando. Me gusta Rostov, nuestro nuevo coreógrafo residente, pero está claro que no soy su primera opción cuando se trata de crear una nueva obra. Soy consciente de que Audrey le ha hecho comprender que tenía que contar conmigo en su primera creación en Nueva York para atraer a más espectadores.

—Ah, veo que estás considerando seriamente mi propuesta —me interrumpe Paul.

Elevo la mirada al cielo, pero no se equivoca. Me gusta más Londres que Nueva York y el tiempo ha hecho que los recuerdos que tenía de esta ciudad hayan quedado cubiertos por una leve bruma que me ha hecho olvidar los más dolorosos. Como si Paul intuyera que estaba haciendo una lista mental de buenas razones para volver a Londres, añade:

—Podríamos negociarlo con Audrey para que sigas siendo bailarín invitado en Nueva York. Irías allí a bailar las obras más importantes del repertorio o las nuevas creaciones. No te niego que aquí también tendrías que bailar los grandes clásicos, pero te repito que la nueva coreógrafa está muy interesada en echarte el guante. Por muy pretencioso que pueda sonar, todavía podrías sobrepasar los límites de tu arte y así podrías verme beber cerveza en el *pub* mientras que tú te bebes a sorbitos tu penoso vaso de vino.

Sabe hablarle a mi corazón de artista y a mi ego. Le sonrío.

—¿No piensas decirme quién es esa misteriosa coreógrafa?

—Ya sabes que es mujer y que jamás ha trabajado contigo. Eso reduce bastante las opciones...

Paul tiene razón: en la danza hay muchas bailarinas, pero pocas coreógrafas. Hay algunos grandes nombres, pero no suficientes. Todavía me quedan unos años y la idea de trabajar con un nuevo artista me seduce y que sea mujer, también.

—Tengo un agente. Puedes reunirte con él y luego lo hablamos.

—Hecho.

Paul se levanta al mismo tiempo que yo y nos damos un apretón de

manos. Todavía no hay nada decidido, pero siento un vuelco en la planificación perfecta de mi vida que me permitirá cambiar de rumbo si así lo deseo.

—Vete a la ducha y descansa. Sería una pena que te lesionaras ahora — concluye Paul antes de salir del camerino.

Por la noche, la representación sale muy bien. Revigorizado por la perspectiva de bailar en el escenario de la Royal Opera House, doy lo mejor de mí mismo. El público está compuesto por balletómanos que, seguramente, me vieron bailar sobre esas mismas tablas hace ya diez años. No he vuelto desde entonces y tengo la impresión de que el ambiente es especialmente intenso, como si el público percibiera mi vínculo con ellos. Con Diane a mi lado, una Aurora perfecta, inocente, saltarina, ligera, yo interpreto a un perfecto príncipe Désiré para todo el público. Enardecida por nuestro entusiasmo, la compañía también se entrega y las danzas de carácter tienen más chispa, como si nos lanzásemos desafíos sucesivos. ¿Quién hará reír a la sala? ¿Quién la hará suspirar? ¿Y aplaudir más fuerte? Incluso Liv como el Hada de las Lilas está más relajada y cosecha un éxito sincero.

La noche empieza bien y se anuncia todavía mejor, ya que Alice me ha prometido que se reunirá conmigo después de la representación, cuando Diane y la mayor parte de los miembros de la compañía ya se hayan ido. Tras ducharme y vestirme, hablo un rato con mi agente sobre la oferta que me ha hecho Paul. Contraté a Steve para que me llevara todo lo relacionado con el mundo de la moda, pero no tardó en ampliar sus servicios a mi carrera como bailarín, lo que también me ha permitido no tener que preocuparme de repasar mis contratos. Al principio, se muestra algo reticente hasta que le dejo claro que la propuesta me interesa. Lo que me importa ahora mismo es que sea tan prometedora como me la ha pintado Paul. Y eso ya es responsabilidad de Steve.

Oigo que llaman a la puerta y respondo con un «Adelante» sin ni siquiera mirar quién es, absorto en la conversación con mi agente, que me confirma que Paul ya se ha puesto en contacto con él. Le recuerdo que Paul es una persona importante en mi vida y que debe tratarlo con corrección, sea cual sea la oferta de salida. También tendré que hablar con Audrey lo antes posible. A este ritmo, acabará enterándose por otra persona de que estoy considerando la posibilidad de irme del Ballet de Nueva York y, si quiero seguir bailando con ellos, no es así como debería negociar la situación.

Oigo que se abre la puerta y hago un gesto para indicar a la persona que

se siente en el pequeño sofá que hay pegado a la esquina derecha de mi tocador.

—Vale, hablamos dentro de diez días, cuando vuelva a Nueva York. Y ni una palabra hasta entonces. No hay prisa. Eso es. Que espere, ¿no es ese tu trabajo?

Cuelgo y, cuando todavía no he dejado de mirar la pantalla, escucho:

—Perdón, yo...

Por fin elevo la mirada. Alice está de pie frente a mí, con un vestido... impresionante. Un vestido que no lleva diez capas de enaguas y que no le tapa las rodillas. Un vestido que me hace creer que está desnuda por lo acostumbrado que estoy a verla forrada. Dejo que mi mirada se pasee por su silueta, recreándome un poco en las botas negras relucientes que, desde luego, no le pienso quitar. Ya ha dejado el abrigo en el respaldo del sofá.

Cuando vuelvo a fijar mi mirada en ella, Alice se ha sonrojado y pliega y despliega el borde de su cinturón con manos febriles.

—He llegado un poco pronto. No creía que...

—Te he echado de menos —la interrumpo.

No mido mis palabras y, contento de verla, me levanto. Ella no para de parpadear hasta recuperar la voz:

—Yo... Yo a ti también.

La veo tragar saliva, con la garganta tensa y las manos temblorosas, y algo se relaja en mi interior. Sin más preámbulos, rodeo su rostro con mis manos e inclino su boca hacia la mía. El suspiro de alivio que suelta cuando mis labios se posan sobre los suyos me alegra y, durante un minuto, me limito a familiarizarme con la suavidad de su piel, el sabor de su lengua y la seda de su pelo entre mis dedos. Luego, no tanto por estar saciado sino por un instante de reflexión, retrocedo un poco. Las manos de Alice me atrapan por las muñecas, como si quisiera impedirme que me alejara y tengo que ocultar la sonrisa de satisfacción que moldea mis labios.

—¿Nuevo estilo?

Entreabre los ojos y murmura:

—Me han perdido la maleta.

—Me gusta mucho. Incluso has cambiado de peinado.

Sus ojos se abren un poco más y balbucea:

—¿T... te has dado cuenta?

—Alice, en lo que se refiere a ti, me doy cuenta de todo.

Me suelta las manos y, con el dorso de la mía, acaricio su cuello, sus



clavículas y su escote, donde el vestido no cubre su piel.

—Has... has estado muy bien esta noche —empieza.

—Ah, ¿pero me has visto?

—¡Por supuesto! —responde, indignada—. ¡Me habías invitado y, además, también es mi trabajo!

Deslizo mis manos por sus brazos y agarro los suyos antes de besarla en la nariz. La guío hacia el sofá, se sienta y yo me coloco a su lado, con un brazo rodeándole los hombros.

—Relájate, Alice, solo bromeaba. Sé que no te gusta demasiado el *ballet*.

—Quizá acabe cambiando de opinión —susurra.

—Iniciarte en la Royal Opera House influirá en tus gustos. Es un teatro muy bonito. La Ópera Garnier de París también es muy bonita, pero no tiene tanto nivel.

—¿Conoces bien este escenario?

Arqueo una ceja antes de recordar que Alice es una auténtica neófita y, sobre todo, al caer en la cuenta de que no está tan interesada en mí como para ponerse a investigar. Y eso me resulta... refrescante. O más bien hiriente. Aparto esa idea de mi mente para poder responderle mejor.

—Es la primera compañía en la que bailé. Es como volver a la casa de tu infancia en la que ahora viven unos desconocidos. Reconoces las paredes y tienes recuerdos por todas partes, pero te encuentras con sus nuevos ocupantes y descubres que, a su vez, han creado nuevos recuerdos.

—Pero... ¿eso no es triste?

—No. Además, he bailado aquí muchas veces desde que me fui a Nueva York. Me llevo muy bien con el director artístico.

—Ah, yo creía que no venías nunca a Europa.

—Sí... Al menos una vez al año —suelto sin pensar.

—Oh, ¿a ver a tu familia?

Dudo. Tengo muchas ganas de acostarme con Alice, pero no en el camerino. Y empieza a hacerse tarde. El desfase horario juega a nuestro favor, pero veo en sus ojos brillantes que está más cansada de lo que quiere aparentar. Hablarle de mis viajes a Europa es la mejor forma de estropear el ambiente. A pesar de todo, veo que Alice sigue siendo tímida. Y curiosa también, algo que me reconforta extrañamente.

—Mi hermana.

—Oh. ¿Alba?

—No, tengo... una hermana melliza. Ainhoa.

Mi cuerpo se tensa sin querer y Alice me mira sorprendida al sentir que mi brazo se contrae a sus espaldas. Le sonrío y, agarrando su mentón con una mano, la beso en los labios. Suspira suavemente y la vuelvo a besar solo por el placer de ver temblar sus pestañas sobre sus mejillas sonrosadas por el deseo.

—¿Se parece a ti? —me susurra cuando me dispongo a besarla de nuevo. Aprieto los dientes.

—Sí.

—¿También baila?

—Ya no.

—Oh, no ha conseguido llegar a...

—No, no tiene nada que ver con el talento. Ella era mejor que yo. También más trabajadora. Pero a veces eso no basta.

Alice no percibe la tensión en mi voz y se limita a pasar la mano por el cuello de mi camisa para acariciarme el torso. Empieza a desabrocharme metódicamente los botones y poso mi mano en la suya para detenerla. He follado mucho en mi camerino. En camerinos de todo el mundo. Es práctico. También es emocionante, pero, por algún motivo que no alcanzo a comprender, la idea de hacerlo con Alice aquí me resulta repugnante. He alquilado un apartamento en Covent Garden, a dos pasos del teatro. Prefiero tener tiempo para conocernos mejor a terminar haciendo contorsionismo sobre un sofá demasiado pequeño o sobre un tocador demasiado bajo.

—Alice. ¡Alice! —repito con mayor vivacidad mientras ella sigue centrada en mis botones.

—¿Qué? —termina respondiendo con tono frustrado.

Aprisiono sus manos en las mías para evitar que sigan su camino. Una intenta desesperadamente desabrocharme un botón, mientras que la otra juega en el interior de mi camisa acariciándome los costados con las yemas de los dedos, un gesto que pone en riesgo mis buenas intenciones.

—Tengo un apartamento justo aquí al lado. Será más cómodo —digo.

—Oh.

La libero y desliza las manos bajo sus muslos, como si así le resultara más fácil no tocarme. Emito un gruñido y me levanto para no sucumbir. Empiezo a abrocharme la camisa.

—De verdad, está a dos minutos.

—Vale, lo entiendo.

Le doy el abrigo y me dirijo al armario situado frente al sofá para coger el mío junto con mi bufanda.

—Te lo aseguro, estaremos mucho mejor allí —empiezo a decir mientras me giro.

Y, por segunda vez ese día, Alice me deja sin palabras.

# CAPÍTULO 13

## JOAQUÍN

Allí, plantada en medio del camerino, con el vestido a sus pies, solo con las botas, unas medias negras opacas y un conjunto de encaje negro que me deja la boca seca.

—No quiero seguir esperando.

Niego con la cabeza, todavía sin palabras.

*¿Qu...qué? ¿Qué ha dicho? ¿Esperar? ¿Pero para qué? ¿Qué imbécil ha propuesto eso de esperar?*

Se quita las gafas y las deja sobre el tocador con un gesto que tiene poco de estudiado, pero que me provoca un nudo en el estómago. Se acerca a mí, coge mi abrigo y mi bufanda y los tira detrás de mí. Alice me tiende la mano sin decir nada. Esta vez, soy yo el que se deja llevar. Me sienta en el sofá y ella, a su vez, se sienta a horcajadas sobre mí. Vuelve a desabrocharme la camisa y yo no la detengo cuando la desliza por mis brazos. Me quita el cinturón y tengo que morderme los labios para no transformar este momento tan erótico en un momento embarazoso para mí. Me siento como un adolescente.

Frunce el ceño y luego se levanta para desatarme los zapatos. La dejo hacer, fascinado con las vistas. Está de rodillas, arqueada, y, desde donde yo estoy, veo la redondez de sus caderas y de su trasero. Unas braguitas muy pequeñas con lazos de satén anudados a los lados decoran su trasero y me hacen esbozar una sonrisa. Mi preciosa tímida le ha cogido el gusto a ponerse la lencería que hace unas cuantas semanas se limitaba a desear. En cuanto me ha quitado de forma metódica los zapatos y los calcetines para luego tirarlos al suelo, Alice desliza sus dedos por las presillas de mi pantalón y me los baja por las piernas. Sigue de rodillas, con la mirada fija en mi polla, y me

apresuro a cogerla por los brazos para colocarla sobre mí, cuando se levanta y me da la espalda para ir a cerrar con llave la puerta del camerino.

Bien, al menos a uno de los dos todavía le llega la sangre al cerebro. Observo cómo se mueven sus caderas, ese contoneo que los tacones de sus botas acentúan aún más.

Vuelve, se arrodilla entre mis muslos y me observa con esos ojos color avellana inseguros.

—Quiero verte desnudo.

Una lenta sonrisa se esboza en mis labios. ¿Acaso hay algo más afrodisíaco que una mujer que sabe lo que quiere? Quizá sí, una mujer que me quiere a mí y si es Alice...

Obedezco y me quito el bóxer con gesto seguro. No tengo ningún complejo en cuanto a mi desnudez. Con la ropa que tengo que ponerme para bailar, eso sería absurdo. Me acomodo en el sofá, con las piernas levemente separadas y veo que Alice se sonroja por minutos y masculla algo. Me inclino hacia ella:

—¿Qué has dicho?

Veo que se mueve su garganta y, por fin, me responde:

—No estaba segura de que esto fuera a pasar.

Su hilo de voz me provoca un ataque de risa y, tras unos segundos, ella también se ríe. Agarrándola por la cintura, la levanto y la vuelvo a colocar sobre mí. O al menos esa era la idea, pero Alice, sorprendida por mi movimiento, empieza a resistirse y su rodilla, que casi me da en semejante parte, acaba golpeando contra el interior de mi muslo. Ahogo una palabrota mientras ella se levanta bruscamente y retrocede dos pasos. Necesito unos segundos, con las manos en posición defensiva, para reponerme del susto, así como del dolor imprevisto, pero, cuando la veo alejarse un paso más y buscar su vestido con la mirada, reacciono de inmediato.

—¡Oh, ni se te ocurra! —grito, agarrándola por un brazo y tirando de ella hacia mí.

Sorprendida, grita y se deja hacer. La tumbo sobre el sofá y me coloco sobre ella, pero ella no me mira.

—Alice, ¿qué pasa?

—Estoy maldita...

—¿De qué hablas?

—Primero nos interrumpes tu hermana y luego estoy a punto de castrarte.

Me echo a reír, aparto un mechón de pelo que le cubre los ojos y la beso

en los labios antes de mirarla.

—Será mejor que acordemos una cosa ahora mismo.

—¿Qué?

—Prohibido hablar de nuestra familia cuanto estemos medio desnudos, ¿vale?

Una ligera sonrisa flota en sus labios y asiente con la cabeza.

—Ni de ninguna maldición. La única maldición aquí es que no nos hayamos conocido antes.

Su mirada vacila, pero no me recreo en ella. En esta postura, contra el encaje negro de su braguita, el recuerdo de su rodillazo me parece a años luz y me concentro en encontrar la forma más rápida de desnudarla.

Le deslizo los tirantes del sujetador por los hombros y, cuando por fin revela las puntas de sus pechos, me inclino sobre ellas mientras ahogo un gruñido de placer. ¡Por fin!

Con una mano, me sujeto para no aplastarla y, con la otra, me abro camino hasta sus bragas y luego hasta debajo de la goma de las mismas antes de acariciarla. Alice gime y se aferra a mis hombros y el leve arañazo de sus uñas me estremece, pero no se detiene ahí y sus manos se deslizan por mi torso hasta las ingles para finalmente posarse en mi sexo. Ahogo una palabrota, esta vez de placer, algo que ella interpreta, con toda razón, como una incitación. Alice me sorprende y yo me sorprendo a mí mismo al dejarla asumir el control porque, por una vez, no tengo la impresión de estar en un campo de batalla, ocupado en repartir orgasmos como otros en lanzar misiles. Su mano, firme, combinada con su mirada empañada, casi hace que pierda los nervios y solo debo mi supervivencia a su propio placer, que se impone a su coordinación.

Siento cómo se funde bajo mis dedos, pero no quiero que esta noche sea así. Antes de que el placer la supere, me pongo de rodillas entre sus muslos y, alargando el brazo hasta mis pantalones, cojo mi cartera y saco el preservativo de emergencia que siempre llevo conmigo. Alice me observa con sus ojos febriles bien abiertos mientras desenrollo el látex sobre mi polla y la veo tragar saliva cuando percibe que algunos centímetros aún quedan al descubierto.

¡Qué puedo decir! Los dioses han sido generosos conmigo. La observo, con sus pechos desnudos, palpitantes, y le pregunto:

—¿Le tienes mucho aprecio a tus braguitas?

Ella me devuelve la mirada con aire desconcertado antes de negar con la cabeza en un movimiento ralentizado, como si estuviera bajo el agua. Agarro

la cintura de sus braguitas con una mano, aparto la cinta de encaje que pasa entre sus muslos y tiro con un golpe seco. Alice emite un «¡Oh!» casi de indignación, pero sus mejillas sonrosadas me indican que mi gesto no la ha dejado indiferente. Deslizo dos dedos en su interior para comprobar por última vez que está lista y, deslizando su muslo en torno a mi cadera, la penetro lentamente. La observo, fascinado por las expresiones que cruzan su rostro. La sorpresa, el placer, la excitación y, por último, un abandono increíblemente sexi, con los ojos entrecerrados y la boca abierta para dejar pasar el aire, como un corredor de maratón que por fin llega a la meta, pero... esto solo acaba de empezar. Después de algunos vaivenes para ajustarnos el uno al otro, la agarro por las caderas y la inclino para imprimir más fuerza. Gime y ese simple sonido me anima a acelerar el ritmo hasta que el decorado que nos rodea se vuelve borroso y solo nosotros permanecemos definidos, en nuestra propia burbuja. A lo lejos, resuenan los últimos ruidos del teatro: una puerta que se cierra, gente que pasa por el pasillo, pero los únicos ruidos que escucho están dentro de este camerino. Mi piel que golpea contra la suya, sus jadeos, mis gruñidos y el silencio de un lugar, donde, por fin, nadie vendrá a interrumpirnos. Alice se contorsiona contra mí con la intención de alcanzar el paroxismo, esa liberación que siente próxima, pero, a la vez, inaccesible. Juego un poco con eso, añadiendo a ese suplicio de Tántalo primero un cambio de ritmo y luego un cambio de inclinación hasta que eso se vuelve contra mí. Deslizando mi mano entre nuestros cuerpos, la acaricio y solo hacen falta unos segundos para que yo llegue al orgasmo. Cierro los ojos en un intento inútil de contenerme, pero su orgasmo provoca el mío de forma irresistible y blasfemo en español hasta que la risa de Alice me devuelve a la realidad. Tiene el pelo pegado a la frente por el sudor y las pupilas dilatadas, pero, sin lugar a dudas, se está burlando de mí. Entrecierro los ojos y, con la mano que ha dejado su sexo para agarrarse a su cintura, le busco las cosquillas, provocando un gritito de indignación. Juego con mis cejas de manera exagerada y Alice vuelve a echarse a reír.

Esa risa...

Es como un rayo de sol.

Agito la cabeza y la agarro por la cintura para poder invertir nuestras posiciones. Me separo de ella y la giro sin previo aviso. Se aferra a mí mientras emite un grito ahogado y deja de reír. Coloco su rostro a la altura de mi cuello y ella se acomoda contra mí. Mi respiración todavía está agitada y necesito unos segundos para calmarme. Me quito el preservativo y lo anudo

antes de tirarlo a la basura.

—¡Qué dominio! —me lanza Alice, sinceramente impresionada.

—La fuerza de la costumbre.

La respuesta me surge sin más y gesticulo al comprobar que el silencio se prolonga. Me dispongo a corregir la impresión que le haya podido causar y que tan solo es una impresión, cuando Alice dice:

—Me has sorprendido.

—¿Hummm?

En realidad, no me quedan energías para hablar, pero tengo curiosidad por saber qué quiere decir con esas palabras. ¿Sorprendido por la potencia del orgasmo? ¿Por el tamaño extraordinario de mi apéndice sexu...?

—Creía que sería más... brutal.

Espero a que mi mente procese la frase antes de apresurarme a responder. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Debería sentirme ofendido? Tras reflexionar, le doy un pequeño palmetazo en el trasero que hace que se contraiga contra mí. Hummmm. Vale, el sexo salvaje tiene sus ventajas, ¡pero no iba a colgarla al techo la primera vez! ¿Qué le habrá contado Diane?

—Alice, ¿quieres que te azote? ¿No te ha gustado... así?

—¡Oh, no! Quiero decir... ¡Sí! ¡No!

La espontaneidad de su respuesta me arranca una sonrisa bobalicona que escondo en su pelo. Acaricio su espalda con mano lánguida.

—De verdad, me ha sorprendido, pero...

—¿Pero?

—No me imaginaba que sería tan...

Dejo que se me acerque mientras lucho por no quedarme dormido allí mismo. Cuando Alice murmura el final de su frase, no estoy seguro de haberlo oído bien.

¿No me imaginaba que sería tan... tierno?



# CAPÍTULO 14

## ALICE

Desde el sábado, he penetrado en una dimensión paralela. ¿O acaso ha sido Joaquín quien me ha sumergido en ella al penetrarme? Cuando por fin conseguí lo que quería en el camerino, tanto en sentido literal como en el figurado, Joaquín y yo nos fuimos a su apartamento, a unos minutos de la Royal Opera House y se empeñó en demostrarme que podía ser sorprendente.

Muy sorprendente.

Como cuando me demostró que no, que yo no era pesada, y para ello me cogió en brazos los largos minutos que estuvimos en la ducha.

¿Largos? Bueno, demasiado cortos, me digo intentando no suspirar de manera exagerada.

También está la vez que me ató los brazos a la espalda con el cinturón del vestido y se limitó a devorarme con la mirada hasta dejarme al borde de la implosión.

No hacía falta ningún látigo para hacer que aquello resultara excitante. Solo un hombre impresionante que te mira como si fueses la octava maravilla del mundo.

Fácil.

Ya hemos pasado cinco noches juntos y tenemos una extraña rutina que me sumerge en el abismo de la perplejidad y el placer. ¿A qué jugamos? Nos vemos después de sus representaciones o de sus ensayos y después de mi jornada laboral y las visitas. Ceno con Brie y luego me voy con él a hurtadillas. Aunque por el momento he decidido no vestirme más como una *pin-up* de los años cincuenta, cuando salgo a su encuentro, envuelta en mi abrigo, con mis botas martilleando el adoquinado londinense, me siento la protagonista de una película. Hay algo de infinitamente sexi en estas escapadas

secretas que tanto me revitalizan. No hay nada mejor para los complejos que un hombre que te levanta como si estuvieras hecha de aire y que pierde toda su elocuencia cuando te ve desnuda, pero tampoco hay nada más aterrador, porque tengo miedo de volverme dependiente de esa mirada, que te libera tanto como te aprisiona. ¿Acaso lo que leo en su mirada bastará como para hacer de lo bueno todavía mejor? ¿Acaso es solo un sustituto y el día que Joaquín se vaya a bailar con sílfides que estén a su altura, volveré a mi estado anterior o incluso peor porque habré saboreado un estado que ya no volverá a estar a mi alcance?

Pero por ahora estoy en las nubes. No lo arregla todo, pero tengo la impresión de haberme tomado un respiro inesperado y, en cierto sentido, imprevisto.

Y si solo fuera eso... El lunes encontré en mis botas un papel doblado en el que Joaquín había escrito algo para mí. Me reí como una colegiala. Una colegiala en éxtasis. Solo había escrito «Hasta esta noche...», pero por esos puntos suspensivos mi imaginación se desbocó como nunca. El martes por la mañana, encontré otro en mi abrigo; el miércoles fue en... mi sujetador. Debí de dejarlo allí cuando nos dábamos el beso de despedida, pero yo, la verdad, no me di ni cuenta. Hace que la cabeza me dé vueltas. Literalmente.

Hoy, jueves, todavía no he encontrado la nota. ¿Habrá dejado de escribírmelas? Al fin y al cabo, le he sermoneado al respecto. Es adorable, sí, pero, si alguien las encontrara, me costaría explicarlas. Aunque los mensajes que me escribe son cortos, se están volviendo cada vez más explícitos y provocan esa mezcla de vergüenza y excitación que se ha convertido en una costumbre cuando estoy con él, porque no hay nada que moleste a Joaquín ni nada que le guste más que verme en ese estado, justo antes de que la excitación prevalezca sobre la vergüenza.

En ese momento, esboza una sonrisa de satisfacción tan excitante que no debería ser legal. Además, Joaquín debería venir con un prospecto en el que se expliquen todos los efectos secundarios. ¿El primero de la lista? La adicción.

Vuelvo a suspirar. Se ocupa de mí como si fuera preciosa. Después de haberme vuelto del revés en todos los sentidos. Y el contraste es mortal. Este hombre es un arma de destrucción masiva con la precisión de un francotirador.

Por suerte, estoy tan ocupada que no me puedo permitir estar en las nubes mientras repito su nombre como un mantra. Milagrosamente, Harry y Julie por fin han encontrado un local adecuado para nuestras oficinas. Un local

que no está ni perdido, ni se encuentra en una zona industrial, ni es un almacén. Hay que decir que, enardecida por una serie de orgasmos y de noches casi en blanco, les puse los puntos sobre las íes durante una reunión que se ha convertido en objeto de burla en nuestro despacho después de que Brie montara un *gif* en el que yo ponía la mano en la parte de atrás de la chaqueta de Harry, parpadeando con una especie de tic nervioso, la boca torcida y una sonrisa malvada. Harry y Julie por fin comprendieron el mensaje.

Ethan llegó ayer, bien entrada la noche, para pasar unos días con Diane y hemos vuelto a visitar el local antes de firmar. Al final, hemos terminado, de forma bastante lógica, en Shoreditch, en el East End, donde cada vez hay más *start-ups* sin intención alguna de alquilar edificios enteros. *Show me* tampoco necesita ocupar el equivalente al Empire State Building, ya que a la mayoría de nuestros empleados o corresponsales les gusta la flexibilidad que supone poder trabajar desde casa. A excepción de unas cuantas reuniones obligatorias y para la celebración de algún evento de la empresa, no nos matamos por obligar a todo el mundo a venir a apiñarse en un espacio abierto que anime al suicidio al primer introvertido que aparezca. Y como han sido dos introvertidos los que han fundado la empresa, predicamos con nuestras acciones y viceversa... Así que, por el momento, hemos alquilado toda una planta con posibilidad de alquilar otras dos en función del éxito del lanzamiento de *Show me* en unos meses. En esa planta ya hay varias salas de reuniones disponibles, ventanales que dejan entrar la luz y algunos despachos. Solo nos queda amueblarlo todo y convertirlo en un espacio acogedor sin perder la pátina británica del edificio.

Esta tarde cenamos juntos, con Brie y tres críticos con los que Ethan no pudo reunirse en su última visita a Londres y a los que quiere convencer para que se unan a nuestro equipo. En este caso, nada de reunirse en el hotel, sino una comida menos oficial sin que eso signifique que es menos importante. La cena será cerca de la Ópera, donde Ethan se reunirá con Diane después de su representación. He reservado una mesa en un restaurante francés del Soho que abrió una sucursal en Londres hace unos años. A todo el mundo parece gustarle la carta y fluyen las conversaciones sobre la aplicación, pero también sobre nuestra estancia en Londres. De los tres críticos, una, Emma, está especializada en danza y está inmersa en una apasionada conversación con Ethan sobre los méritos del Ballet de Nueva York frente a los del Royal Ballet de Londres. Se conocen desde hace años y su dinámica ya está bastante rodada.

—Sí, vale, Nueva York rebosa energía y vivacidad, pero ¿qué pasa con la sutilidad?

—Solo dos palabras: Diane Mychkine —suelta Ethan como si se tratara de una fórmula mágica.

—¡Ah! —exclama Emma—. ¡Escuela francesa!

Ethan frunce el ceño.

—¿Ya se te había olvidado que Diane procede de la Ópera de París, Ethan? —pregunto.

—No, pero encaja tan bien en Nueva York que lo había olvidado por un instante.

—Que encaja muy bien en tu cama de Nueva York, querrás decir —murmuro de forma que solo él pueda oírlo.

Me mira como desquiciado por el rabillo del ojo, pero la sonrisa que tira de su boca contradice su mirada. Brie, desplegando un encanto profesional que yo desconocía, ha acaparado a los otros dos críticos. Emma continúa su ofensiva, visiblemente apasionada con el tema.

—Las excepciones del Ballet de Nueva York son todos bailarines que se han formado fuera.

—¿Sí? ¿Podrías explicarte?

—Joaquín Jouanteguy.

Ethan no oculta la mueca que le inspira el nombre del bailarín. Emma se da cuenta al instante.

—Ah, ¿entonces no estás de acuerdo? Le concedieron una beca para el Royal Ballet tras su éxito en Lausana. Es un bailarín europeo de la cabeza a sus pies perfectos.

—Vale, de acuerdo, ya veo por dónde vas —comienza Ethan.

Pero Emma no está dispuesta a soltar el hueso y yo escucho con avidez para saber más sobre Joaquín.

—Ese bailarín es como un buen vino, mejora con los años. Es sorprendente.

—Vale, que sí, que ya lo hemos entendido. Joaquín Jouanteguy es un bailarín excelente.

—Hummm, ¿celoso? —tantea Emma, sin ser consciente de que ha tocado un tema sensible.

Ethan niega con la cabeza antes de dejar escapar una risita de frustración.

—Es un bailarín excepcional, pero es un caso típico de artista que ha

dado todo por su arte y que cree que se puede comportar como un c... Bueno, ya me conoces, no me gustan nada las divas.

Emma entrecierra los ojos y esboza una media sonrisa. Por mi parte, una gotita de sudor rueda por mi espalda al percibir su tono de desprecio. No es que necesite su aprobación, pero Ethan es mi mejor amigo y escucharlo denigrar de esa forma al tío con el que me acuesto, aunque solo sea por el sexo, me incomoda bastante. Y, además, su opinión no tiene nada que ver con la imagen que tengo de Joaquín ahora, de ese Joaquín privado que estoy descubriendo. Y eso resulta todavía más perturbador.

*¿Estaré totalmente equivocada? Además, qué más da, si ya sabía que no estaba con un angelito precisamente...*

—¿Y tú, Al, qué piensas de todo esto? —me pregunta Emma.

—Oh, no soy para nada entendida en *ballet*. Yo me limito a programar la aplicación.

—Tampoco exageres, últimamente te has esforzado mucho —dice Ethan.

Frunzo el ceño, perpleja. Hummm, imagino que no se estará refiriendo a Joaquín. Ante mi expresión, Ethan se inclina sobre mi bolso.

—¿Puedo?

Asiento con la cabeza sin comprender adónde quiere ir y entonces mete la mano en mi bolso y saca el libreto de *La bella durmiente*, donde se lee el sábado como fecha de la representación.

—Al ha ido por iniciativa propia al *ballet* el sábado, cuando nosotros ya habíamos previsto ir el martes que viene. ¡Ha visto más danza clásica en estos últimos diez días que en los cinco años anteriores!

Ethan agita el libreto delante de mí y sonrío levemente. Y todavía sonrío más cuando un papel, oculto en su interior, sale volando y cae sobre la mesa. Se me salen los ojos de las órbitas y sé que parezco culpable.

—¿Qué pasa, Al? ¿Algo no va bien?

Intento no mirar al papel que acaba de caer entre nosotros sobre el mantel, pero mis ojos se desvían sin poder evitarlo. Ethan sigue mi mirada y, antes de que alargue la mano, me tiro sobre la nota y la deslizo en el bolsillo de mi mono. Emma nos observa y sonrío.

—¿Pero qué es...? —comienza Ethan.

—¿Ethan, es que nunca has visto un mensaje de amor? —suelta Emma como si fuera la cosa más normal del mundo—. Al, puedes denunciarlo por acoso, ya sabes: se trata de tu vida privada.

Ethan está desconcertado, pero se repone en unos minutos.

—Ya decía yo que estabas diferente.

Me sonrojo y rezo por que el momento pase lo más rápido posible. Ethan me sonrío, sinceramente feliz por mí, y yo solo quiero que me trague la tierra. Él confunde mi sentimiento de culpabilidad con vergüenza y cambia de conversación con Emma, a la que se unen los otros dos críticos, mientras yo me bebo un gran vaso de agua para intentar ahogar mi malestar. Causa perdida. Desde el otro lado de la mesa, Brie me sonrío de forma extraña y me guiña un ojo. Yo la observo, asombrada. Ella mira mi bolso y veo cómo se ilumina la pantalla de mi teléfono. Lo cojo y veo que aparece un mensaje.

¿Ethan sabe lo de tu hidalgo español?

Me contengo para no hacerme un ovillo y escribo discretamente:

¡No!

En cuanto le doy a «Enviar», me doy cuenta de que he caído en la trampa. Veo a Brie leer mi mensaje y me responde al instante:

Ah, sospecha confirmada ☺ . No estaba segura, pero a fuerza de verte babear delante de los carteles... Te prometo que no diré nada.

Le lanzo una mirada desquiciada y, al mismo tiempo, de alivio. El secreto cada vez me pesa más y agradezco poder compartirlo con alguien. Las aventuras misteriosas no son lo mío. Aunque me vista como una Grace Kelly que se ha pasado con los dulces, le dejo a ella las intrigas y los grandes sentimientos. Yo solo me quedo con Joaquín.

La cena llega a su fin y Ethan mira su reloj para asegurarse de llegar a tiempo para recoger a Diane en cuanto salga de bambalinas. Después de confirmar con Emma que escribiría para nosotros y que los dos otros críticos quieren tomarse algo de tiempo para pensárselo, Ethan y yo ponemos rumbo a la Royal Opera House, mientras Brie se marcha para reunirse con unos amigos de la universidad en un bar londinense.

El invierno aquí es decididamente más clemente que en Nueva York y esperar fuera unos minutos no supone un problema. Ethan y yo hablamos de

trabajo, de la posible ampliación de *Show me* a París y Milán en un plazo de tiempo bastante corto. ¿Berlín quizá? Pero siento que Ethan está distraído y que no para de mirar a la puerta de salida de artistas. Está enamorado hasta las trancas.

Cuando veo que su sonrisa se alarga hasta el punto de que acabo preguntándome si un día podrá recuperar su forma original, sé que Diane acaba de salir. Lleva el pelo suelto y, con la iluminación de la calle, los reflejos color caoba se acentúan. Ella también esboza una sonrisa bobalicona que ilumina su mirada.

Tengo una lengua viperina.

¿Acaso estoy celosa?

Por supuesto que no.

Estoy sumergida en mis pensamientos cuando reconozco la silueta que sale tras Diane. Sabía que Joaquín bailaba esta noche. Me lo había dicho. Sabía que no era una buena idea esperar aquí, pero no he podido resistirme. Sigo las líneas de su rostro, sus cejas fruncidas de forma natural, su boca generosa que dibuja una sonrisa amigable cuando unos cuantos balletómanos se le tiran encima a la salida. Lo observo sin que me vea y una oleada de calor me sube del vientre a las mejillas.

*No es una diva. No es posible ser una diva y ser adorable con los fans.*

Diane también firma algunos programas antes de reunirse con Ethan, que la besa como si hiciera siglos que no se vieran. Unos minutos después, Diane se aparta de él para darme un *hug*, al menos su versión francesa, con espalda rígida y sonrisa de circunstancias, pero sé que la intención está ahí. Justo en el momento que la abrazo, prolongando el instante solo por el placer de hacerla sentir incómoda, veo los ojos de Joaquín clavados en mí.

¿Qué hago? Presa del pánico, cierro los ojos antes de dejar de abrazar a Diane, que se gira hacia Ethan, que a su vez no aparta la mirada de Joaquín.

—¿Por qué nos miras? ¿No tienes alguna pobre incauta por ahí sobre la que abalanzarte?

Las palabras de Ethan resuenan doblemente. Por un lado, confirman la opinión que tiene de Joaquín, pero también la idea que yo misma me he hecho a pesar de los momentos que he pasado en su compañía.

¿Eso en qué me convierte? ¿En una pobre incauta sobre la que él ha decidido abalanzarse porque le gustan los casos desesperados? ¿Por la gratitud que pueden sentir por él?

En un primer momento, Joaquín se limita a arquear las cejas, pero luego

abre la boca, decidido a responder a Ethan. Niego con la cabeza de manera imperceptible, intentando evitar el altercado. ¿El altercado o la revelación? No lo sé. Joaquín mueve la cabeza en dirección a Diane, ignorando a Ethan y a mí de camino:

—Buenas noches, Diane, que descanses.

Me lanza una última mirada antes de irse y yo aparto la mía por miedo a reconocer lo que hay en sus ojos. ¿Decepción? ¿O desprecio?

Deslizo mi mano en el bolsillo de mi combinación, bajo mi abrigo, y encuentro la nota que me había dejado ayer dentro del programa. Cierro los puños y la arrugo.

*¡Mierda!*



# CAPÍTULO 15

## ALICE

Imbécil.

Cobarde.

Idiota.

No faltan calificativos ni insultos para designar lo que pasó el jueves. Ya ha pasado toda una semana y todavía no he sido capaz de digerir mi propia reacción. Y qué decir de la de Joaquín. Por supuesto, lo que pase entre nosotros queda entre nosotros, pero, aunque Ethan no pueda verlo ni en pintura, la forma en la que lo ignoré estuvo totalmente fuera de lugar. Mis padres no fueron demasiado estrictos, pero sí que me inculcaron algunos valores básicos. Por ejemplo, no hacer a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Y, sin embargo, el sábado, eso es justo lo que hice. Esta pequeña danza ridícula del «oh, te veo, no, no, no nos conocemos, bajo la mirada y, sobre todo, no intervengo cuando mi mejor amigo te trata como si fueras un perverso que nos acosara por la calle».

¿El golpe de gracia? Cuando la persona que acabas de humillar demuestra elegancia saludando a su *partenaire* e ignorándote. Como yo le había pedido con mi actitud cobarde. He intentado disculparme. Primero le envié mis disculpas por mensaje. Un lamentable:

Perdón por lo del jueves por la noche.

A lo que respondió con un generoso pero claro:

Que tengas un buen día, Alice.

¿Un día? Sí, porque he necesitado tres días y un fin de semana para reunir el valor necesario para enviarle un mensaje penoso. ¿Perdón por qué? ¿Por el comportamiento de Ethan? ¿Por no haberle dicho que estaría en la salida de artistas? ¿Por no haber gritado delante de mis amigos: «¡Me acuesto con Joaquín Jouanteguy y por ello doy gracias al cielo, las estrellas y a mi suelo pélvico todos los días!»? No lo sé. Quizá por las tres cosas. Sobre todo, por la última. Y hoy es San Valentín y no creo que le mande un mensaje, más que nada por si malinterpreta mis intenciones. Solo quiero aclarar las cosas. Y, si es posible, que nos reconciliemos. ¿Sobre la almohada? Empiezo a divagar.

Sentada en la cama de mi habitación de hotel, vuelvo a leer la nota que había metido en mi bolso.

Siento tu c... en mis dedos, en mi boca, en mi p...

A Joaquín le encantan los mensajes con varias interpretaciones o con palabras de las que solo pone la inicial para obligarme a adivinar lo que realmente quiere decir. Es una especie de juego preliminar antes de iniciar una de nuestras noches. Bueno, era. Y yo, cuando abro el papel por enésima vez y veo aparecer esas palabras, me pregunto si no es el corazón lo que siente en sus dedos y si tengo el corazón en la garganta cuando me pregunto si estos últimos días no han sido más que una llama pasajera que he apagado con mi actitud de la semana pasada. Probablemente. Y eso no debería afectarme tanto porque, al fin y al cabo, es justo lo que le había pedido, vernos a escondidas, disfrutar durante un tiempo sin darle importancia. No con mi corazón en juego.

Me aliso el vestido mientras mis enaguas crujen bajo el tejido grueso. Por fin he recuperado mi maleta y, después de la penosa noche del jueves, necesito sentir algo familiar. He pensado que con faja, ballenas y botones dejaría de sentirme desbordada, no solo a nivel corporal sino también mental. Me he tapado de pies a cabeza, con cuello vuelto y unas mangas largas que solo revelan mis manos con las uñas pintadas de rojo. Vuelvo a ser Al, directora técnica de *Show me* y doble involuntaria y barata de Grace Kelly después de un desengaño amoroso, reaparecida después de haberse atiborrado de pasteles con demasiado azúcar, pero si bien Sven me daba ganas de ahogarme en azúcar, Joaquín me quita el apetito.

Intento recuperar el control. Trabajo mucho. Avanzamos a pesar de que Ethan se asombre por mi distracción. Le he dicho que no me encuentro bien. Y

es cierto. No me siento nada bien. Me siento un poco culpable y un poco avergonzada. Cuando Ethan me preguntó esta mañana si todavía quería ir a ver *La bella durmiente*, dudé un instante antes de decir que sí.

Voy a ir a ver la obra. Voy a ir a la salida de artistas. Y voy a hablar con Joaquín. Para volver a disculparme. Si no debemos vernos más, que sea así, pero Alice, esa mujer que no se esconde detrás de sus enaguas y de su pantalla de ordenador, su *tablet* o su teléfono, hará las cosas como es debido. Esa mujer tiene agallas.

Alice o no, Al también sale esta noche. En la entrada del hotel, espero a Brie, que arquea una ceja cuando me ve.

—Ah... ¿Te has vestido así?

—Sí, recuperaré mi maleta el viernes pasado.

—Creía que esta noche... quizá... —empieza a decir antes de que me encoja de hombros.

Su expresión de decepción me arranca una risa sincera que hace más por mi estado de ánimo que todas las buenas resoluciones que haya podido tomar hasta entonces.

Brie va de punta en blanco esta noche. Cuando me dijo que su atuendo habitual de vaqueros-zapatillas no era más que su uniforme de trabajo, pensé que no hablaba en serio. Me equivocaba. Lleva un vestido color granate que hace destacar sus pecas y su melena resplandeciente. Incluso ha cambiado su cola de caballo por una melena suelta.

—¡Estás preciosa! Creo que es la primera vez que te veo con un vestido —le digo.

—Suelo arreglarme para este tipo de eventos. Así todo es más mágico — responde, dando una vuelta antes de adoptar una pose con la mano en la cadera y la pelvis hacia delante.

Incluso lleva un leve *smoky eye* que acentúa el verde de sus ojos color avellana. Siento un extraño orgullo, como si fuera mi hermanita pequeña. Nos ponemos nuestros abrigos, mientras me guiña un ojo pícaro que me hace sospechar.

—Mira, es que todos esos tíos en mallas me han dado ideas.

Suspiro.

—Oh...

—Me he dicho que nunca se sabe, que quizá podría caerme un bailarín del cielo. Ni siquiera pido que sea una estrella, como el tuyo. A mí me gusta la gente sencilla, tu c...

—Chsss... —digo al ver llegar a Ethan y Diane.

Han decidido venir a buscarnos para ir todos juntos a la Royal Opera House. Diane no baila esta noche, pero, como me confesó este fin de semana, jamás pierde la ocasión de ver bailar a sus *partenaires* y colegas para aprender y mejorar su arte. Esta noche es Jill, la malvada Jill, la bailarina que interpreta el papel principal junto a Joaquín. Brie no lo vuelve a nombrar hasta que llegamos al teatro y se limita a lanzarme una mirada de sospecha por mi relativa falta de entusiasmo tras mencionar mis locuras con el bailarín. Mis locuras pasadas. Debería superarlo, eso era justo lo que yo quería. Necesitaba cambiar mis costumbres, mis creencias, mis complejos... y él me ha ayudado como un tornado. Es duro volver a la realidad después de haberlo vivido, pero es lo mejor. Sí.

Inspiro profundamente y miro a mi alrededor. Los cuatro tenemos buenas butacas: sentados, vemos todo el escenario y están lo suficientemente cerca como para distinguir las expresiones de los bailarines, pero lo suficientemente lejos como para poder ver todo en conjunto. Tengo el corazón desbocado. Brie, a mi lado, parece emocionada.

—¡Es la primera vez que vengo a un teatro así! —me susurra.

—¿Nunca has ido a ver a la compañía en Nueva York? Creía que habías hecho los deberes.

—Sí, pero la sala no tiene nada que ver. Y, además, solo he ido un par de veces, para mí tú eres mi modelo. Me burlo de los bailarines mientras programo a su costa. Y me informo en secreto sobre ellos en Wikipedia.

Me limito a chasquear la lengua. Me ha sorprendido intentando saber más sobre la danza clásica. Hay que empezar por algún sitio, ¿no?

—Pues no me tomes como modelo. Soy una... perezosa intelectual. Y estoy llena de prejuicios.... —termino de forma lastimera.

Brie se dispone a decir algo, pero se apagan las luces y empieza la representación.

¿Será que una parte de mí piensa que quizá esta sea la última vez que vea a Joaquín bailar sintiendo que todavía es un poco mío? ¿O es que la compañía es especialmente buena esta noche? ¿O es que soy una idiota víctima de las sirenas comerciales que me bombardean con eso de que San Valentín es la fiesta de los enamorados? Porque, castigo divino o simplemente coincidencia de dos series causales, hoy es 14 de febrero.

Sea lo que sea, siento que mi corazón se estremece cuando se abre el telón y me sumerjo en el argumento y en la danza.

En el prólogo, veo a las hadas bailar por el nacimiento de la princesa y reconozco a Olivia bajo el disfraz de Hada de las Lilas. En contra de mi voluntad, he visto varias representaciones del Ballet de Nueva York, pero hoy hay algo diferente, menos atlético y más sutil. Diane, que me ve fruncir el ceño, se inclina hacia mí al final del prólogo para indicarme que se ha adaptado la obra para aproximarse más al original, creado por un tal Marius Petipa, un francés, para el Ballet de San Petersburgo, en el teatro Mariinski, a finales del siglo XIX. De ahí que los brazos estén más presentes y se utilicen medias puntas donde lo habitual son las puntas y una danza más atlética, pero la adaptación no es una simple excavación arqueológica y el coreógrafo que ha recuperado esta versión también ha querido evitar el cliché de unos gestos «demasiado *ballet*» y ha dotado de voluntad a todos los bailarines presentes en el escenario.

No estoy segura de haber entendido todo, pero lo que veo y lo que siento es que la obra, tal como se representa aquí, tiene algo de cine antiguo en el mejor sentido de la palabra. Como si los tapices de un castillo hubieran cobrado vida. Es un homenaje no demasiado rígido. Los trajes son muy lujosos y veo detalles de los que no me había percatado la primera vez, tan deseosa de reunirme con Joaquín en su camerino que fui incapaz entonces de prestar la atención exigida por la obra, aunque dijera otra cosa. A mi lado, Brie está con la boca abierta, atenta al más mínimo detalle de lo que pasa.

En el acto primero aparece la princesa Aurora el día de su decimosexto cumpleaños. La interpreta Jill a pesar de tener por lo menos el doble de años. No me gusta como persona, pero hay que reconocer que tiene algo. Es eléctrica. Quizá incluso demasiado, pero no soy una entendida y desconozco si el personaje así lo exige. El acto termina con la escena de la rueda y la llegada del Hada de las Lilas. Desde donde me encuentro, veo muy bien el rostro de Liv y, mientras gira sobre sí misma, su mandíbula se tensa tanto que tengo la impresión de que palidece bajo la capa de maquillaje que lleva. Diane, a mi lado, se tensa en ese instante y me pregunto qué pasa.

La representación continúa con el segundo acto, el que llevo esperando desde el principio porque es en el que el príncipe Désiré, el bien llamado, sale a cazar. Joaquín va al natural, es decir, sin peluca blanca, no como en el acto siguiente, y entusiasmo al patio de butacas. Todo lo que se puede entusiasmar el patio de butacas de la Royal Opera House. Brie me suelta un codazo nada discreto, pero estoy demasiado ocupada observándolo como para devolvérselo o siquiera reaccionar. Joaquín juega con el público y con la

orquesta, que parece responder a cada uno de sus movimientos. Cuando el Hada de las Lilas vuelve a aparecer para llevarle una visión de la princesa Aurora, se me encoge el corazón. Hay que reconocer que son muy guapos. Al final de ese acto, el hada anima al príncipe a ir en busca de la princesa Aurora al castillo donde la maldición la mantiene dormida. Una buena caza, desde luego. Una princesa en lugar de un ciervo.

Cuando Liv pide al príncipe que la siga, algo pasa. ¿No se supone que debería inclinarse ahora? El momento parece ralentizarse, como si el tiempo se dilatara.

Pero, de repente, Joaquín aparece junto a ella y la sujeta por la cintura antes de elevarla por encima de él con una potencia que provoca un «Oh» general del público, improvisando un *porté* donde estoy segura que no lo había en la primera versión. Liv está completamente extendida. Con una pierna levemente doblada detrás de la otra, todo su cuerpo está arqueado hacia atrás, mientras su rostro mira al público cuando Joaquín se la lleva a los batidores.

Justo antes de que desaparezca, la veo cerrar los ojos y su cara se relaja bruscamente.

La sala se levanta y aplaude con fuerza, como si el *porté* de Joaquín fuese un regalo que les hubiera hecho. Escucho a Ethan ahogar un «¡Engreído!» antes de que Diane coloque su mano sobre la suya y niegue con la cabeza. Entonces, adopta una expresión lastimera, pero es evidente que solo intenta fingir ante su amada, pero ella no se deja engañar. Diane fija la mirada en el escenario con una media sonrisa de exasperación en los labios.

Se encadena la escena siguiente con el príncipe yendo a despertar a la princesa y, cuando las luces se encienden para el entreacto que precede al último acto de la boda, se hace el silencio en la sala.

—¿Qué pasa? —me pregunta Brie.

—No tengo ni idea. Diane quizá lo sepa.

Me giro hacia la bailarina, en ese momento en plena discusión con Ethan y que le da golpecitos en el hombro.

—¿Crees que Liv se habrá hecho daño?

Diane se encoge de hombros.

—No lo sé. Joaquín improvisa de vez en cuando, pero tengo la impresión de que esta vez es Liv quien lo ha obligado a hacerlo.

—Ella vuelve ahora, ¿no?

—En principio, sí, quizá Joaquín haya evitado que se lesione. El *porté* ha sido impresionante, pero tampoco me sorprende en él.

Ethan asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Aprieto los labios. Quizá no sea el momento de decir que estoy de acuerdo con Diane. Y, aún menos, de explicar por qué.

En el último acto se representa la boda y el banquete del príncipe y la princesa, bendecidos por el Hada de las Lilas. O, al menos, eso creo. Todavía no domino demasiado el lenguaje del *ballet*. ¿Acaso un hada puede bendecir un matrimonio? Esta vez Liv se parece a sí misma y avanza con gracia hacia los dos enamorados.

Toma impulso con el pie derecho y, de repente, tengo la impresión de que los ojos de la sala se clavan en sus piernas y los míos los siguen.

El primer pie se retuerce en la zapatilla.

Luego, el tobillo tiembla y se sale de su eje.

Toda la pierna casi se desploma bajo el cuerpo de la bailarina.

Sus graciosas manos se tensan como si pudieran evitar la caída.

Y ese «¡Oh!».

Ese «¡Oh!» que va acompañado de unos ojos como platos, como si no lo pudiera creer, como si, en ese impulso, ese paso tan simple, tan habitual, el sufrimiento fuera de una injusticia incomprensible. Seguramente me estoy imaginando cosas, pero en los ojos de Liv hay una duda, como si no fuera capaz de asumir lo que está pasando, como si no pudiera admitirlo por ridículo.

Al girarme, veo a Diane, con la mano en la boca para ahogar un «¡Oh!» que el público parece retomar de inmediato. Un «¡Oh!» de sorpresa, pero también de dolor, como si cada espectador estuviera conectado a la bailarina por un segundo.

Jill y Joaquín reaccionan al instante y se inclinan delante de Liv como si no hubiera pasado nada. Jill la coge de la mano y Joaquín la sujeta por el brazo para alejarla de la boca del escenario. Resuena un breve murmullo sobre el escenario, pero los bailarines, profesionales hasta el tuétano, encadenan las diferentes danzas de carácter tan características de esta obra, según me ha contado Diane. El gato y su gata con botas, el pájaro azul y una princesa que no reconozco e incluso Caperucita Roja y el lobo. Tengo que reconocer que esta sucesión me deja perpleja, aunque sea la segunda vez que asisto a este desfile, pero aun así... Tengo la cabeza en otra parte y no dejo de preguntarme qué le habrá pasado a Liv, con su expresión de niña sorprendida grabada en mi retina.

Cuando Joaquín y Jill entran en escena, están brillantes, pero después de

haber visto a Diane bailar hace diez días, creo que Jill baila con demasiada energía, si es que eso es posible. Más en modo sol asfixiante que en modo aurora delicada. Parece no poder estarse quieta. Su cuerpo vibra, incluso en reposo, y, por la forma en la que Joaquín interactúa con ella, tengo la impresión de que sujeta las riendas de un caballo de tiro en vez de bailar con ella. También es raro. Jamás llega tarde respecto a ella, al menos que yo vea, pero da la impresión de que está intentando ralentizar el paso de su *partenaire*, de calmarla.

A pesar de todos estos problemas, la compañía recibe una gran ovación al final del espectáculo y, cuando vuelven para saludar, todos parecen tranquilos, excepto por un pequeño tic nervioso en la mandíbula de Jill.

¿Y yo?

Yo parezco una olla a presión.

Cuanto más se acerca el momento de ir a enfrentarme a Joaquín, más nerviosa estoy. Diane y Ethan han reservado mesa en un restaurante y les he dicho a ella y a Brie que me uniría a ellos después porque tengo que pasar imperativamente por el hotel. Ni Ethan ni Diane me dicen nada, pero Brie me hace una uve de victoria acompañada de un pequeño movimiento de cejas que me arranca una sonrisa. Respiro un rato, me pongo el abrigo y rodeo el edificio para apostarme junto a la salida de artistas. Hay una ambulancia en la calle, con las luces encendidas, lo que aporta un toque dramático a la escena. Debe de ser por Liv. Joaquín, todavía maquillado y sin abrigo, sale con Liv en brazos. Los veo intercambiar unas palabras, pero no oigo nada. La bailarina frunce el ceño y se cruza de brazos antes de que Joaquín se la entregue a los médicos. Está pálida y sus rasgos, tensos, y respira precipitadamente, pero conserva su testarudez. Unos hombres con una camilla aparecen detrás de Joaquín, que se aparta para dejarlos pasar. Algunos espectadores, que esperaban para que les firmaran el programa, mantienen una distancia respetuosa para no obstaculizar a los servicios de emergencia. Donde yo estoy, soy invisible.

No sé si es el momento adecuado para dejarme ver. Si Joaquín se va con Liv en la ambulancia, no es un buen lugar. Veo que se cierran las puertas y el vehículo se va sin Joaquín, que vuelve a entrar en el teatro, y decido esperar, seguramente el tiempo que tarde en ducharse. Sin embargo, vuelve a salir unos minutos después, ya con el abrigo, pero también con Jill. Los dos van muy pegados y él le frota la espalda, como para reconfortarla. ¿Por qué? ¿Por estar con el tío más guapo de la ciudad?



¡Cabrona!

Me sorprende por la vehemencia de mis pensamientos, pero volver a ver a Joaquín en carne y hueso, no en el escenario sino a unos metros de mí, me hace darme cuenta de que no solo quiero al Joaquín juguetón y sexi, ni a la estrella que seduce a las masas, sino también al Joaquín cansado que sale del escenario, el Joaquín que me espera en su apartamento con un champán demasiado bueno para un paladar no cultivado como el mío y con platos que no me como porque apenas tengo tiempo como para perderlo comiendo otra cosa cuando puedo saborearlo a él y hablar de todo y de nada hasta bien entrada la noche.

Firma algunos programas, Jill también, pero ella no parece encontrarse bien. Él la besa en la frente y ella cierra los ojos. Agradecida, no me cabe la menor duda, pero no es a Jill a quien yo miro. Es a Joaquín. La dulzura con la que ha dado ese beso en su frente. La atención que presta a su compañera e incluso la inquietud que creo percibir en su mirada.

Es ese Joaquín el que me da miedo. Demasiado amable, demasiado humano. Y entonces el momento de suspense se rompe cuando Jill rodea su cuello con los brazos y lo besa. Incluso maquillados, incluso sudorosos tras una representación, forman una pareja perfecta. Los dos morenos, los dos atletas y los dos artistas. La fuerza y la gracia. No la grasa.

Me doy la vuelta. Dejo que mi boca tiemble unos segundos y cierro los ojos. Inspiro. Espero a que la quemazón de mis párpados se detenga. Y me voy.

# CAPÍTULO 16

## JOAQUÍN

—¿Trabaja con Olivia? Usted es el bailarín, el señor Jouanteguy, ¿verdad?

Me giro y me encuentro con una señora de unos cincuenta años. Chaqueta sastre Chanel bajo un abrigo grueso de lana y cachemira, pañuelo de seda sobre un collar de perlas y brillantes zapatos de piel con un tacón de una altura razonable: sí, es del Upper East Side. Me paso una mano por el cuello para relajar la tensión, demasiado cansado como para preocuparme por los convencionalismos.

—¿Señora Beaufort?

—Pues sí, la hermana de Olivia no debería tardar demasiado en llegar. Y eso que le he dicho que no era necesario —me suelta con ese tono de quien está acostumbrado a que lo obedezcan y al que le sorprende e, incluso, le parece de mal gusto la reacción inversa.

La madre de Olivia me dedica una mirada inapelable y me pregunto si espera que vaya a buscarle un café. Estoy a punto de ofrecérselo cuando abre la boca, con ese casco de pelo rubio tan luminoso como artificial concentrando toda la luz del hospital.

—Nos gustó mucho su Romeo este otoño.

—Gracias —me limito a responder.

—Bailaba con esa nueva *étoile*, Diane Mychkine. Una gran bailarina — continúa.

Comprendo que mi presencia no es necesaria en esta conversación y me limito a asentir con la cabeza. Estoy a punto de buscar una excusa para salir de la habitación cuando un ciclón moreno hace acto de presencia.

—Madre, ¿Olivia está bien? ¿Podremos verla antes de la operación?

—Victoria, no te alteres tanto, no es conveniente en tu estado.

La mujer morena eleva la mirada al cielo y, al percibir mi presencia, se gira hacia mí y me tiende la mano.

—Usted es Joaquín Jouanteguy. Encantada de conocerlo, aunque es una pena que sea en estas circunstancias. ¿Ha visto a Olivia?

Suelta palabras a la velocidad de una metralleta, pero de una metralleta de platino comprada en Tiffany, por supuesto. Le doy la mano, seducido por la naturalidad de la joven que tanto contrasta con la actitud de su madre, que no ha preguntado ni una sola vez por Olivia desde que ha llegado.

—No, solo la vi ayer por la noche cuando el cirujano vino a explicarle cómo sería la operación —le digo.

Victoria asiente con la cabeza, visiblemente interesada e inquieta, pero su madre me interrumpe:

—Victoria, ¿de verdad necesitas entrar en los detalles del esguince de tu hermana? Los cirujanos se ocuparán de ella y eso es todo lo que hay que saber.

—¿Un esguince? —se sorprende la hermana de Olivia.

Frunzo el ceño, ¿acaso le han dado un mal diagnóstico a la madre de Olivia?

—Olivia no tiene un esguince, señora Beaufort. ¿El médico no se lo ha explicado? Se ha roto el tendón de Aquiles.

Principalmente por el placer malsano de dejar en evidencia a la madre de Olivia, empiezo a explicarle las consecuencias que tiene esa rotura para una bailarina. La señora Beaufort aprieta los labios y reconozco un poco a Olivia en esos ojos verdes que me fulminan. Victoria tiene lágrimas en los ojos y me sorprende esa emoción sin filtro suya que contrasta con la máscara de su madre, consecuencia en parte del bótox, aunque solo en parte. Me pregunto si esa mujer habrá sonreído alguna vez en su vida. Probablemente ante la desgracia de otros. Victoria entrelaza las manos delante de ella, a la altura del esternón, y entonces percibo la protuberancia de su abrigo. Su madre se gira hacia ella.

—Venga, Victoria, sécate las lágrimas, hay cosas más importantes.

—¿Que la vida de Olivia? —se atraganta.

—Bueno, Victoria, solo es su carrera y este incidente quizá le haga abrir los ojos...

—Madre, Olivia es solista del Ballet de Nueva York. ¡Es una gran bailarina! Es algo más que una carrera, se trata de una pasión.

Un punto para la hermanita pequeña. También tiene grandes ojos verdes,

como Olivia, pero mientras que los de su madre son fríos y parecen de vidrio, los suyos brillan y están agitados por la emoción. Se recoloca un mechón moreno tras la oreja y se acerca a mí.

—¿Cómo está? La he llamado por teléfono, pero Olivia no tenía muchas ganas de hablar y yo no quería cansarla.

Me encojo de hombros. ¿Cómo voy a explicarle que ha sido la propia Olivia la que se ha puesto en esta situación por empeñarse en seguir bailando a pesar del dolor? ¿Que sabe que quizá haya puesto freno a su carrera? ¿Incluso puede que de forma definitiva? Destrozarse el talón de Aquiles es una cosa, pero el estado de su cuerpo no es excelente precisamente, así que la recuperación promete ser larga y la rehabilitación, dolorosa. En Londres todavía se negaba a que los enfermeros la sacaran en camilla diciendo que aquello era ridículo, que estaba perfectamente y que solo era un pequeño esguince que se pasaría con unos cuantos días de reposo. Tuve que sacarla en brazos de los bastidores y lo único que le impedía resistirse era el dolor de la pierna. El hecho de que no pudiera estirar o colocar el pie en punta también. El hospital londinense ha tratado lo más urgente, pero Liv ha insistido en operarse en Nueva York, en el HSS u Hospital for Special Surgery, a la orilla del East River, el mejor centro ortopédico de la ciudad. Lo entiendo. Audrey, nuestra directora artística, se ha encargado de reservar una ambulancia para que la recoja a la salida del avión y una habitación en el hospital, donde ya conocen a los bailarines de nuestra compañía. Liv, atontada por los analgésicos, no ha soltado mi mano durante todo el viaje y, cuando hemos llegado, la he acompañado con absoluta naturalidad. La conozco desde que empezó de aprendiz en la compañía con dieciséis años y, a pesar de su comportamiento de estos últimos meses, sé que se ha sacrificado por conseguir su sueño. Bueno, en este momento, por rozarlo. Si al anunciar el diagnóstico necesitaba a alguien que conociera los sacrificios que ha hecho, yo era la persona adecuada. No sería la primera vez.

Pero verme en este universo esterilizado sigue siendo un *shock*. Para un atleta, las lesiones son inevitables a lo largo de su carrera, pero también son uno de sus mayores miedos, y se debate constantemente entre demostrar su valía, escuchar su cuerpo, no escucharlo demasiado y querer aguantar. Cuántos directores, coreógrafos e incluso profesores se obligan a seguir bailando a pesar del dolor, distorsionando así los referentes de muchos bailarines.

¿En qué momento debemos preguntarnos: «¿Es excesivo este dolor?» y parar, quizá justo en el momento en el que nos han escogido para un papel que

podría catapultarnos a la categoría con la que soñamos? Yo tuve la doble oportunidad de aprender esa lección en la adolescencia y de convertirme en bailarín principal muy joven, razón por la que me he podido permitir el lujo de cuidarme cuando ha sido necesario. Comprendí de forma violenta que había que escuchar tu cuerpo desde la adolescencia, pero Liv no. Y, cuando miro a su madre, tengo claro por qué no se escucha. No creo que ella la haya escuchado jamás.

Para tranquilizarla, he venido pronto esta mañana para demostrarle a Liv que no estaba sola antes de su operación. Los bailarines de la compañía le han enviado un enorme ramo de flores para cuando se despierte de la anestesia. Nada como una lesión para estrechar lazos, porque todos tenemos la impresión de que podría habernos tocado a nosotros.

Al final decido responder a Victoria en cuanto al estado de su hermana:

—Resignada, supongo. Con la dosis de analgésicos que le han administrado, ni siquiera es consciente de ello.

—¿Y cuántos meses de rehabilitación necesitará? ¿Podrá seguir bailando?

Niego con la cabeza:

—No lo sé. Tendrás que hablar con el médico.

Justo en ese momento, aparece una enfermera.

—La señorita Beaufort ya está preparada para entrar en quirófano. Pueden ir a verla.

Me aparto y dejo que la madre y la hermana de Olivia salgan de la sala de espera cuando esta última se gira y me dice:

—Venga con nosotras.

Dudo un instante, pero tras comprobar que su madre no puede escucharla, insiste:

—Venga. Usted la trata más que nosotras y ayudará a frenar a mi madre.

La sigo y, tras coger un ascensor y recorrer un pasillo, vemos a Olivia, tumbada en una camilla y con un gorro en la cabeza. Parece todavía más frágil que de costumbre, con las mejillas hundidas y las ojeras más marcadas bajo sus ojos. Me dedica una leve sonrisa por encima del hombro de su madre, que permanece de pie frente a ella.

Su hermana mira a la enfermera:

—¿Puedo tocarla?

—Sí, por supuesto, pero solo un minuto, el quirófano está preparado.

Victoria coge la mano de su hermana y veo que Liv le sonríe,

probablemente más relajada, paradójicamente, de lo que la había visto nunca en la compañía.

—No llores, Victoria, solo es un tobillo.

—Pero... —balbucea con lágrimas en los ojos.

Me cae bien la hermana de Liv.

—Mientras que no me lo corten...

—¡Liv!

—Siempre podré dedicarme al *hip-hop* —termina diciendo, esbozando una sonrisa que no ilumina su mirada.

No obstante, consigue hacer reír a su hermana, que refunfuña por las formas.

—¡Liv! ¡Compórtate o la próxima vez me traigo a Theo!

—¡Ah, no, el bebé llorón no!

—Lo adoras y prepárate para el segundo.

Liv baja la mirada hacia su barriga y, esta vez sí, sus ojos brillan.

—Espero que esta vez sea niña.

—Yo también lo espero y quizá nos salga bailarina, quién sabe.

—Genial y así podré decirle lo que no tiene que hacer —continúa Liv antes de que se le cierren los párpados.

—Victoria, la enfermera tiene que llevarse a Olivia a quirófano. Aparta.

Observo a la madre de Liv y tengo que contenerme para no hacerle un comentario cuando veo sus manos juntas, con las falanges blanqueadas por la presión. Bajo las perlas y las buenas formas, hay una mujer que se preocupa, a su manera.

Hago un saludo militar a Liv, que me tiende la mano. Se la aprieto justo antes de que la enfermera se la lleve.

—Gracias y perdón por haber sido tan... insoportable —acaba diciendo.

—¿Ya te han drogado?

Se limita a suspirar antes de resoplar:

—Es posible. No reveles mi secreto y yo no revelaré el tuyo, ¿vale?

—¿El mío?

—Que tienes corazón, Joaquín —dice, mientras el ruido de las ruedas silencia sus palabras al alejarse.

Me dispongo a salir cuando escucho a la madre de Olivia reprender a su otra hija.

—Espero que lo digas en broma. ¿Tu hija bailarina?

—Bueno, madre, no, no lo digo en broma. ¡Si eso es lo que ella quiere

hacer!

Suspira secamente y aprovecho ese altercado familiar para salir del hospital a toda prisa.

Una vez fuera, inspiro profundamente. Por poco no vomito hace unos segundos. Porquería de hospitales. Pido un taxi para volver a casa. Con el desfase horario en este sentido, no me ha costado estar en el hospital a las ocho de la mañana, pero una pequeña pausa no me sentará mal. La puerta de la habitación de Alba sigue cerrada todavía. Duerme mucho, no necesariamente hasta muy tarde por la mañana, pero sí durante el día, y la puerta cerrada indica que está entregada a una de sus actividades favoritas durante su visita. No puedo culparla. Después de todo, mi hermana está de vacaciones.

Hago un par de estiramientos suaves para calentar el cuerpo y echo un vistazo al teléfono. Un mensaje. ¡Menudo día! Después de asegurarme de que Liv no estaba sola, tengo que arreglar otro problema. Jill.

Lo suyo es de traca. En nuestra última representación en Londres, encontró la forma de esnifarse una raya antes de entrar en escena. Debería estar contento de que solo fuese una, pero, entre eso y el accidente de Liv, que hizo rechinar los dientes de todos los bailarines, sufrió una minicrisis de nervios. En su momento, me dije que no serviría de nada ir por las malas, pero bajo la luz gris de esta mañana de febrero, empiezo a dudar.

Voy a ocuparme de ella. Tengo que arreglarlo.

Me doy una ducha caliente, la segunda del día, para despertar mi cuerpo y, con el abrigo ya puesto, salgo a la calle y me dirijo al apartamento de Jill, decidido a poner punto final a esta historia. No hay nada peor que el sentimiento de impotencia que me provoca su comportamiento. Estoy rodeado de cabezotas, pero, después de haber visto a Liv en el hospital, ver a Jill matándose cuando tiene toda una vida por delante me resulta insoportable.

—¡Oh! ¡No pareces nada contento! —me dice al abrir la puerta.

—He estado con Liv en el hospital.

—Ay, pobre. Espero que se recupere pronto.

Jill me deja que cierre yo la puerta. Viste una bata y calza unas pantuflas, ya lleva el pelo recogido en un moño bajo, así que solo le queda vestirse para irse al estudio y empezar con las clases de la mañana. Como si no pasara nada. La bailarina perfecta.

—Jill.

Enciende la cafetera y, sin girarse, me responde:

—¿Sí?

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí.

—¿Porque soy la segunda parada en tu gira de las mujeres de tu vida a las que esperas salvar?

Los clichés sobre los españoles y su sangre caliente no son... solo clichés, pero no hay que confundir español con vasco. Al menos en apariencia, los vascos tienen fama de ser pacientes y callados, pero, cuando los provocas más de una vez...

En el caso de Jill, debe de ser la tercera vez ya desde otoño: la crisis que sufrió antes de la representación de *Romeo y Julieta*, la escena que montó en el restaurante de Imanol y el desfase londinense. Y eso sin contar todas las veces que lo he sospechado sin estar seguro. Jill está a punto de descubrir lo que pasa cuando me toman por imbécil. Y más después de haberse permitido ese tipo de comentarios. Me quito el abrigo, la bufanda y los guantes y lo doblo todo metódicamente sobre el reposabrazos del sofá. A continuación, me meto en la cocina y empiezo a abrir los armarios.

—¿Pero qué haces?! —exclama, horrorizada.

—En vista de que tú no eres capaz, hago limpieza.

Paso la mano por detrás de los platos y de los vasos. Saco los cereales, las especias y el resto de alimentos para comprobar que no hay nada oculto. Jill se planta delante de mí, con las manos en jarras.

—¡Estás loco! ¡Para!

No la escucho y pongo rumbo al cuarto de baño, mientras ella sigue gritándome que pare, pero sin moverse. Abro el armario con espejo que hay encima del lavabo y la observo por el rabillo del ojo. No deja de vociferar, pero no se mueve. Me giro hacia la taza del váter y la veo tensarse.

Bingo.

—¡Joaquín, no!

Le cierro la puerta en las narices, abro la tapa de la cisterna y ahí está lo que buscaba, envuelto en plástico.

Jill aporrea la puerta.

—¡Para ahora mismo! ¡No tienes ningún derecho!

En la primera bolsa encuentro un paquetito y vacío el polvo que contiene en la taza antes de tirar de la cadena. Lavo la bolsa para asegurarme. Oigo a Jill soltar un grito de frustración.

Cuando abro la puerta, me la encuentro de frente, con los puños apretados y la boca torcida. Apoyo el hombro en el marco y me cruzo de brazos en una actitud indolente que la enerva todavía más.



—La taza de váter no es un buen lugar para esconderlo. Solo me he permitido rectificar un error.

—¡No eres mi padre! No tienes ningún derecho —repite, lívida.

—No y sí. Soy tu *partenaire*. Cuando te drogas antes de una representación, me pones en riesgo a mí y a toda la compañía. Con la legislación vigente, esta mierda no es legal. Y tú te la has llevado al trabajo.

—¡Eso es problema mío!

—Puedes joderte la vida si quieres, Jill, a mí me da igual, pero no puedes joder a la compañía y a los demás bailarines, aunque sea indirectamente. Me has mentido.

—Yo... eso no te concierne a ti —balbucea.

—Me has mentido, Jill.

—¿Y qué? ¿Qué más te da?

—Cada vez es peor. Eres una adicta y no quieres reconocerlo. O vas y te limpias o hablo con Audrey. Tú decides.

—No serías capaz —me suelta.

La observo, con el rostro deformado más por la rabia que por el miedo. Sus ojos azules, entrecerrados, con las pupilas dilatadas y los labios apretados.

—No soy estúpido. Imagino que podrás comprar más, pero si lo haces, te denuncio.

—¡No puedes obligarme a ser mejor! —grita.

Suelto una risotada de amargura.

—¿Y cuál es tu problema, Jill? ¿Demasiado guapa? ¿Demasiado éxito? ¡Joder, mírate! Cualquiera diría que eres una niña malcriada. ¿No ves que bailas peor? ¿Que estás destrozando lo que era tu sueño? Cuando pienso que...

—¿Qué? —me espeta.

—¡Que eres tú la que debería estar en el lugar de Liv! ¡Ella al menos es honesta con las personas a las que quiere! Quizá nunca pueda bailar a tu nivel y vas tú y decides voluntariamente cortarte las alas. ¡Joder, me supera tanto egoísmo!

—¡Habló quien pudo!

—¿A qué te refieres?

—El señor buen samaritano que se tira a las pobres chicas que lo necesitan, pero que nunca comparte nada importante, nada íntimo. ¡No sé qué te ha pasado, pero tú no eres quién para hablar de egoísmo! Tienes la

profundidad emocional de un adolescente. ¡Tú, tu placer, tu danza y ya está!

Aunque sé que es la cólera la que habla, no puedo evitar que sus palabras me afecten.

—¿Qué quieres, Jill? ¿Que volvamos a follar?

—¡No, quiero algo más!

—¿Connmigo?

Empieza a andar de un lado para otro por el salón y me acerco a ella. Jill se para y se coloca frente a mí. Apoya sus manos en mi torso con cuidado, como si fuera a recular.

—Quizá.

La observo detenidamente. Conozco bien a Jill. O al menos eso creía, porque la mujer que intenta desconcentrarme ofreciéndose no tiene nada que ver con la bailarina exigente y recta que conocía y apreciaba. Jill no quiere estar conmigo más de lo que yo quiero estar con ella. Solo quiere que mire hacia otro lado. Que deje que se sumerja en su nueva pasión. Quizá yo tenga la profundidad emocional de un adolescente, pero mi cerebro ha seguido creciendo y niego con la cabeza con toda la dulzura que soy capaz de expresar.

—No, Jill. Lo que quieres es que te deje en paz. Y justo eso es lo que voy a hacer.

—¿A qué te refieres?

—Te doy una semana antes de ir a hablar con Audrey. Si es que no lo sabe ya.

Jill no dice nada y se rodea la cintura con los brazos, como para protegerse. Me pongo el abrigo y me dispongo a salir de su casa cuando me suelta:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Si... Si yo hago algo, ¿tú también harías un esfuerzo?

Me giro hacia ella y arqueo una ceja, sorprendido.

—Yo no hago daño a nadie. No hago nada.

—Si tú lo dices.

Me paso el resto del día dándole vueltas a lo que me acaba de decir. Apenas cruzamos palabra en el estudio. Tras las clases de la mañana, voy al fisioterapeuta encargado de los bailarines para comprobar que todo funciona bien. No le oculto nada y adaptamos mi entrenamiento de los próximos días para ajustarnos a mis dolores, desde los más pequeños a los medianos, y

tratarlos. No bailo la semana siguiente y el fisio me sugiere que aproveche para descansar, para ir a que me den algún que otro masaje e ir a nadar para trabajar mis músculos con cuidado.

Estoy en piloto automático. Y pienso en Alice. En perderme en sus brazos, en recrearme en el perfume de su cuello, una mezcla de ella y el frescor de los árboles. Pero Alice tiene otros problemas que arreglar y, si quiere hablar conmigo, que venga a verme. Ya he sido buen samaritano con demasiada gente esta semana. Ando bajo de batería.

Y es con este estado de ánimo con el que me veo un sábado por la noche cenando con Imanol y Alba en el restaurante de mi amigo. A pesar de mis buenas intenciones, miro mi teléfono a intervalos regulares con la esperanza de que, a pesar de todo, Alice dé señales de vida, cosa que no sucede. La operación de Liv ha ido bien, pero me ha pedido que la deje tranquila. Lo entiendo. Necesita tiempo para lamerse las heridas.

¿Pero cuánto tiempo necesitará Alice? ¡Maldita sea!

—Jo, ¿te vas a pasar mucho tiempo mirando el teléfono así?

—Es cierto. Llevas pegado a él desde que volviste —añade mi hermana.

Observo detenidamente a mi mejor amigo y a mi hermana, que a su vez me miran burlándose de mí. Ya estoy acostumbrado. Cuando era adolescente, me enfadaba de tal forma que se me desfiguraba el rostro y se me retorcía el estómago, pero la danza y la edad me han calmado. No sé si es el cóctel de desfase horario, frustración, cólera e impotencia, pero suelto un mordaz:

—Alba, ¿cuánto tiempo más tienes pensado quedarte en mi casa? ¿Todavía no se han acabado tus vacaciones?

—No está de vacaciones —responde Imanol.

—¿Y cómo es que tú sabes eso?

—Porque yo pregunto. No como tú.

—Oh, tenéis una relación especial, ¿verdad?

La alusión es clara e Imanol no se mueve, con una expresión fija, como si fuera de piedra. Alba intenta intervenir:

—Bueno, Joaquín, tú estás cans...

—Cansado de que me jodáis, sí.

Abre los ojos como platos. Espero a que Imanol la defienda, pero ella se adelanta antes de que pueda hacer un solo gesto:

—¡Hace seis semanas que estoy intentando hablar contigo! ¡No hay quien te localice a no ser que me plante en tu puerta! ¡Solo bailas y ya está! ¡Te has pasado más tiempo con tus compañeros de trabajo que con tu familia en los

últimos diez años! ¡Ya estoy harta de ir de puntillas contigo como si estuvieras enfermo o algo así! ¡Para nosotros también es difícil!

Antes de que vaya más lejos, me levanto.

—Coge tus cosas. No quiero verte cuando vuelva a casa mañana por la mañana.

# CAPÍTULO 17

## ALICE

¿Quieres salir esta noche?

Respondo al mensaje de Diane con un misterioso:

Ya tengo plan para esta noche ☺

Ooooooh...

Si ella supiera. Sí, tengo plan para esta noche. Conmigo misma, mi pijama, una buena película y un programa de belleza digno de una Miss Universo. Da igual lo que digan, pero vivir sola también es descubrir el placer de no tener que fingir, que es como me sentía cuando estaba con Sven. La sensación de no poder dejarme ir realmente. Por supuesto, la vida en pareja tenía sus ventajas. Como obligarlo a ir a buscar comida para llevar al vietnamita de abajo. Pero bueno, Nueva York es una ciudad para solteros y el repartidor también lo hace bien.

Estas reflexiones me hacen llegar a la conclusión de que la ruptura ha sido algo positivo. Si un repartidor te satisface lo mismo que tu chico, hay un problema.

Me he dado una larga ducha que casi me deja como una pasa. Me he exfoliado, masajeadado, embadurnado en crema y aquí estoy, con una mascarilla en el pelo, que me he recogido con un turbante de rizo. También me he puesto una mascarilla de lino en la cara, lo que hace que me parezca a Hannibal Lecter, la versión con Anthony Hopkins. ¿El toque final? Con los dedos de los

pies en abanico, me he pintado las uñas de rojo oscuro mientras veía *Vértigo* de Hitchcock. No estoy en el paraíso, pero casi. Ya son las diez y media de la noche y los restos de mi festín yacen en la mesa baja. He pedido demasiado, como de costumbre, pero la perspectiva de comer vietnamita los dos próximos días no me supone ningún problema. Más bien justo lo contrario. Un auténtico fin de semana de relax por delante con una monodieta de *banh cuon*, *bo bun* y *banh mi*.

Tras dos semanas muy ajetreadas en Londres, necesito una pausa para recuperarme. Una pausa para hacer análisis de mí misma. Ya hace dos meses que Sven y yo rompimos y que tomé la decisión de abrir nuestra oficina de Londres, he tenido una aventura con un hidalgo español tenebroso, he cambiado un poco mi *look* e ¡incluso hago deporte! No me sorprende necesitar algo de tiempo para mí. Me he cuestionado a mí misma más en dos meses que en los últimos diez años. Y aunque todavía queda mucho trabajo por hacer, las señales son claras. Estoy cambiando. Me estoy despertando.

Brie y yo hemos vuelto a la vez que Ethan y Diane, el día después de la última representación de *La bella durmiente*. Diane me ha confirmado que Liv se había lesionado y que volvía en otro vuelo para operarse en Manhattan, donde tendrá que someterse a rehabilitación. Me cuesta imaginarme cómo debe sentirse. Después de todo, es como si de repente yo no pudiera programar. No es que eso me defina por completo, pero me sentiría tremendamente disminuida. ¿Sería capaz de replantearme mi vida hasta el punto de reaprenderlo todo o de cambiar de rumbo? Quizá. En cualquier caso, Diana me explicaba que esto de la rehabilitación iba así, al menos así fue en el caso de Guillaume. Volver a aprender cómo funcionan los músculos, lentamente, como un niño que aprende a andar, correr y, quizá, bailar, pero a mí la comparación con Guillaume no me decía nada. ¿Acaso Liv ya no podría bailar nunca más? Cabe esa posibilidad. Solo tiene que querer.

Le estoy dando vueltas a estos pensamientos deprimentes cuando Madeleine, en la película, se tira del campanario ante un James Stewart paralizado por su acrofobia. Ups, es ahí justo donde empieza mi parte preferida de la película. Echo un vistazo a mi teléfono y veo aparecer una notificación.

Arqueo las cejas. En la pantalla de inicio, aparece el nombre de Alba. Me ha enviado dos WhatsApps con unos segundos de intervalo.

22:17 Hola, Alice. ¿Todavía te apetece que nos tomemos un

café tardío?

22:18 Ya es tarde. ¡Pero qué tonta soy! No es el momento.

Tengo el corazón desbocado y hay que reconocer que es porque Alba es la persona más próxima a Joaquín en estos momentos. Aunque solo haya sido un amor pasajero, si hablar con su hermana me produce un síncope, me hará falta más tiempo del que pensaba para recuperarme. Curiosa, le respondo.

¿Todo bien?

La veo escribir, parar y volver a empezar para, por fin, enviar un mensaje.

Tengo un pequeño problema de alojamiento esta noche.

Frunzo el ceño y la llamo:

—¿Alice?

Oigo el ruido de la ciudad detrás de ella.

—Alba, ¿estás en la calle?

—Sí.

Tiene que hacer como un grado ahí fuera. ¿Qué ha pasado? Inquieta, continúo:

—¿Joaquín está bien? ¿Le ha pasado algo?

—No, bueno... Joaquín está bien, pero no puedo ir a dormir a su casa esta noche. Es complicado.

No lo dudo un instante cuando escucho su hilo de voz al otro lado del teléfono.

—Vente a mi casa. Montaremos una fiesta de pijamas. Tengo una cama supletoria muy cómoda en mi despacho.

Su silencio se hace palpable al teléfono.

—¿Estás segura? El hecho es que puedo buscarme un hotel, pero me ha entrado el pánico y, como tenía tu número, no sé...

—Venga, te envío mi dirección y te espero, ¿vale?

Ella acepta y yo me quito la máscara a toda prisa y me enjuago el pelo. Media hora después, cuando abro la puerta, sigo en pijama, pero ya no

parezco un asesino en serie y, al ver la expresión desencajada de Alba, me digo que he hecho bien. Lleva una parka con capucha con el borde de piel sintética y el pelo recogido en una cola de caballo que la hace parecer todavía más joven.

Tiene los ojos brillantes y el labio inferior tembloroso y siento que nace una pulsión de hermana mayor en mi interior, la misma que siempre he sentido con Ethan y esa parte despistada suya que me obligaba a ir en su rescate cuando éramos niños, adolescentes e, incluso, en los últimos años.

—Entra y suelta el bolso.

Se mete en mi apartamento muy despacio, como si tuviera miedo de molestar. Cojo su bolso antes de que pueda abrir la boca y lo llevo al despacho, una pequeña habitación que hay junto a mi dormitorio en la que, como su propio nombre indica, hay una mesa de despacho con dos grandes pantallas, una estantería y una cama individual supletoria que utilizo cuando quiero dormir la siesta entre dos sesiones de trabajo y ya no me quedan fuerzas para arrastrarme hasta el dormitorio, a dos metros de distancia. Alba me presenta sus excusas durante más de un minuto y me cuesta pronunciar palabra hasta que, por fin, tiene que parar para respirar.

—Si no quisiera, no te lo había propuesto. Tengo sitio. ¿Qué te parecería darte una ducha caliente, ponerte el pijama para no dejarme sola de esta guisa y reunirnos en el salón? Solo tengo infusiones, ¿te vale?

—Sí, gracias, perfecto —responde con gratitud, con la boca ya menos temblorosa.

Un cuarto de hora después, se reúne conmigo en el salón.

—¡Pero cuánta elegancia! —exclamo.

Se ha puesto un pijama de seda de hombre color verde botella con ribete blanco. Alba baja la mirada, se sonroja y se sienta junto a mí.

—Gracias, me lo ha regalado Joaquín. No le gustaban mis pijamas de algodón.

—¿Qué? ¡Pero quién se cree que es! —exclamo.

Alba levanta las manos para poner fin a mi indignación.

—Solo quería hacerme un regalo, pero es que le cuesta...

—¿Ser educado?

—No, expresar sus sentimientos, así que busca pretextos.

—Ah...

Me paso la mano por el pelo aún un poco mojado. Sin la sesión de peinado a la que suelo someterlo, tiene un movimiento natural que he decidido



aceptar: así, a un ritmo de tres peinados de veinte minutos a la semana, ahorraré algo más de tres meses de vida durante los próximos cincuenta años. Es a la vez ridículo y... no. Lo importante es que estoy cambiando. No merece la pena agobiarse por el pasado.

Alba aprovecha mi silencio para echar un vistazo a la habitación y beberse su infusión a sorbitos.

—Es animado.

—Está todo hecho un desastre, puedes decirlo.

Se ríe en su infusión antes de asentir con la cabeza. Tengo un bonito apartamento, característico de Nueva York, con muros en ladrillo y una salida de incendios que podría servir de terraza estival, pero es como si mi maleta hubiera explotado en mitad del salón. Voy sembrando a mi paso tratos, maquillaje, ropa y cartas. Un desorden controlado del que conozco hasta los más mínimos recovecos. Estoy a punto de explicarle a Alba mi teoría según la cual sí que está ordenado, solo que a mi manera, cuando su vientre emite un gruñido que me hace mirar por la ventana, pensando que se aproxima tormenta. Se queda inmóvil y sus mejillas se sonrojan.

—¿Todavía no has cenado?

—N... no. Bueno, debería..., pero no pasa nada. Me voy a dormir y mañana desayunaré fuerte.

Arqueo una ceja que no admite contradicción y me levanto.

—¿Te gusta la comida vietnamita?

—Creo que sí, solo he comido una vez.

¿Una vez? Sí, Joaquín procede de una ciudad pequeña, pero Alba lleva aquí desde principios de enero. ¿Acaso le ha prohibido salir del apartamento? Bueno, da igual, ha llegado el momento de reparar esta injusticia. Escojo el *banh mi*, el plato más susceptible de complacer a los paladares menos entrenados y lo recaliento. ¿A quién no le gusta el pan, la carne y las verduras con un toque de salsa dulce? Tras unos minutos, vuelvo con un plato para Alba, todavía ruborizada.

—No te sientas mal. Hace nada que he vuelto de Londres y había pedido comida como para alimentar a un regimiento.

Sonríe y tiende la mano hacia el sándwich antes de darle un mordisco.

3, 2, 1...

—¡Ohmadremíaquébuenoestá!

Me río al ver su expresión de éxtasis.

—¿Qué?

Traga y me sonrío:

—Decía «¡Oh, madre mía, pero qué bueno que está!».

—¡Ya lo creo! Simple, sabroso y reconfortante.

—¿Por qué has estado en Londres? —me pregunta antes de volver a dar un nuevo bocado y de ahogar otro gemido.

—Por trabajo. Tenía que buscar un local para nuestra nueva sede.

—¿Sí? ¿A qué te dedicas?

Le explico rápidamente *Show me*, lo que hacemos Ethan y yo y la ampliación de la aplicación a Europa, que comenzará por Londres si todo va bien. Alba asiente con la cabeza y me hace preguntas sorprendentes que demuestran que sabe más de lo que aparenta.

—Dime, ¿de verdad te interesa todo esto? —concluyo.

—Ah, sí, aprendí lo básico de dos o tres lenguajes de programación durante mis estudios. Después de todo, es como aprender un idioma extranjero.

—Cierto, pero no todo el mundo lo ve así.

—¿Ah? Puede, pero a mí me gustan las historias y los códigos porque permiten contar historias, ¿no?

Sonrío, seducida por esa explicación suya que tanto se parece a como yo lo veo.

—Estoy totalmente de acuerdo. Es una forma de contar historias. De hecho, si quieres contarme la tuya, puedes hacerlo. Aunque no estás obligada, claro. Puedes escoger el idioma que prefieras, pero, eso sí, el inglés sería la mejor opción.

Alba esboza una breve sonrisa y tengo que contenerme para no abrazarla. Es adorable, como una niña pequeña a la que te gustaría darle un pellizco en la mejilla, aunque no creo que apreciara este tipo de gestos. Debe de ver algo en mi mirada, porque emite un suspiro.

—¿Te he hecho reír?

—No, sonreír.

—Si eso funcionara con Joaquín...

—¿Qué ha pasado?

—Hummm... Joaquín necesita estar solo, creo.

—¿Y te ha echado? ¡¿Sin más?!

—Es algo más complicado que eso. Podría haberme quedado a dormir en casa de Imanol, pero creo que eso habría enfadado aún más a Joaquín y no quiero que su amistad se vea afectada por mi presencia.

—Ima...

—Imanol. Su mejor amigo. Se conocen desde que eran niños. Es chef en Nueva York.

—Ah, ¿y por qué supondría un problema que te quedaras a dormir en casa de Imanol?

—Joaquín ha insinuado que había algo entre nosotros. La verdad es que no hay nada, pero la posibilidad lo altera. Bueno, es que está muy estresado estos días.

—¿A qué te refieres? Sea lo que sea, ¡eso no excusa su comportamiento! ¡Echar a su hermana pequeña de casa en pleno febrero! ¡¿Pero es que está loco o qué?!

—Sí, pero... Oh, no me estoy explicando bien. Podría haberme quedado esta noche, pero no quería que se estresara más. Estuvo ayer en el hospital con una amiga bailarina y es difícil.

—¿Liv?

—Sí, eso creo. Bueno, sí lo sé. No debería saberlo, pero miré su teléfono.

—¿Su teléfono?

Alba hace un gesto de culpabilidad antes de taparse el rostro con las manos.

—¡Sé que no está bien! Pero es que parecía tan preocupado y, como no cuenta apenas nada, pues...

—¿Su teléfono no tiene clave de bloqueo?

—Sí, pero siempre usa la misma: la fecha de nacimiento de Ainhoa. Cree que nadie lo sabe, pero es muy fácil de adivinar.

—Pero es también su fecha de nacimiento, ¿no? Es su melliza.

—Joaquín nació justo antes de las doce de la noche y ella justo después, así que...

Suelto un suspiro para indicar que me resulta divertido todo aquello. Mellizos que no nacieron el mismo día. Es muy propio de Joaquín eso de no dejarse robar el protagonismo desde el principio.

—¿Y?

—Los hospitales son lugares especialmente difíciles para él. Y ya hace seis semanas que me apalanqué en su casa...

En un intento de aligerar el ambiente, lanzo un...

—Ah, sí, vacaciones a la europea...

Alba niega con la cabeza mientras se muerde el labio.

—En realidad, he dejado mi trabajo.

En ese momento, me doy cuenta de que no le había preguntado a qué se dedica. Más allá de saber que es la hermana de Joaquín, que ella lo adora y que es muy adorable, no sé nada de ella.

—¿En qué trabajas?

—Soy enfermera.

Anda, ahora lo entiendo todo.

—¿No te gustaba el hospital en el que trabajabas?

Suspira, con una mirada distante.

—No trabajaba realmente en un hospital. Estaba en Médicos Sin Fronteras. Me uní a ellos justo cuando acabé mis estudios en Francia.

—¿En Francia?

—Sí, soy francesa. Joaquín también. Y español. Es que nuestro padre es francés y nuestra madre, española.

Nunca te acostarás sin saber algo nuevo. Alba no me da muchos detalles sobre su experiencia, pero parece claro que está traumatizada —al menos, yo lo estaría— y que ha dejado la organización para tomarse un tiempo, ver a su hermano e intentar restablecer los lazos con una familia que parece bastante complicada de gestionar. Aunque me queje de mis padres idealistas, tienen el mérito de comunicarse conmigo y de estar siempre ahí. En su burbuja jipi, sí, pero siempre están presentes para su hija.

—Lo que pasa es que he hecho una tontería. He querido pasar demasiado tiempo con él, demasiado deprisa, sin avisar y sin permitirle que se hiciera a la idea.

—¿Es tu hermano! Podía hacerte algo de sitio entre zorrón y zorrón...

Me callo antes de continuar:

—Perdón, es tu hermano, me... me he dejado llevar.

Alba abre los ojos como platos y una sonrisa viene a iluminar su expresión triste.

—No lo he visto con ningún zorrón desde que estoy aquí. Bueno, solo contigo.... ¡No, no quiero decir que tú seas un zorrón! ¿Ves? No se me da bien comunicarme. Debe de ser cosa de familia.

Me quedo muda, sin saber cómo interpretar esa información. ¿Joaquín? Satán fornicador según Ethan. Según Ethan. A veces soy tan inocente... El pequeño diablo que llevo en el hombro me obliga a seguir.

—Bueno, tampoco se las iba a llevar a casa estando tú allí.

Alba niega con la cabeza.

—Pero es que tampoco duerme fuera de casa. Aparte de los diez días que acaba de pasar en Londres, siempre vuelve después de la representación o justo después de cenar con Imanol. Ya sabes, Joaquín es una persona complicada. Es un solitario. Por eso le cuesta tanto tenerme tan cerca de él. Y, además, me parezco mucho a Ainhoa...

—Es normal, ¿no? Sois familia.

—Sí, pero es que yo soy su vivo retrato en versión miniatura... Marta e Iñaki son morenos con los ojos negros, como nuestra madre, y Uhaina... Uhaina se parece a Joaquín. Y no solo físicamente, que los dos tienen mucho carácter.

—¿Quieres decir que los dos tienen mal carácter?

—Ah, sí, pero ella se atreve a reprochárselo, aunque reaccione exactamente como él...

Me río al pensar en esa relación tan propia de hermanos y me burlo del mal carácter de Joaquín. Alba se muerde el labio inferior y retuerce las manos, dos gestos típicos de quien ha hablado demasiado. También veo que le brillan los ojos de cansancio y yo misma me muero de sueño.

—Bueno, creo que ya es hora de irnos a dormir. Mañana he quedado para un *brunch* con unos amigos. ¿Te apetece venir?

—¿Estás segura?

—Sí, así tu hermano tendrá algo más de tiempo para calmarse.

Alba asiente con la cabeza. Las dos nos vamos del salón, pero, justo antes de cerrar la puerta, me surge una duda y le pregunto:

—¿Y dónde está el problema en que te parezcas a Ainhoa? Creía que... Bueno, que Joaquín la quiere mucho.

—¿Te ha hablado de ella?

La sorpresa en su voz sería casi hiriente si no fuera por su espontaneidad.

—Solo me dijo que era muy buena bailarina, de hecho, mejor que él.

Alba me sonríe y, antes de cerrar la puerta del despacho, se limita a decirme:

—Si no fuera por Ainhoa, Joaquín ahora no sería bailarín.

# CAPÍTULO 18

## ALICE

Solo son las ocho de la mañana cuando Alba aparece en el salón, vestida de pies a cabeza.

—¿Ya estás en pie? —digo, asombrada.

Sentada en el sofá con las piernas cruzadas y el ordenador en equilibrio sobre los muslos, hace ya una hora que estoy trabajando, pero el desfase horario es responsable, si bien solo en parte, de esta extraordinaria productividad. Suelo ser más de las que se quedan tapadas hasta las orejas, con la nariz clavada en la almohada y la boca abierta. «Retrato de joven urbanita con falta de sueño».

Alba se balancea sobre las plantas de los pies, con una sonrisita de incomodidad en los labios.

—Sí, me cuesta dormir por la mañana, pero suelo quedarme dormida después de comer.

—¡Ah, la siesta!

—Sí, pero mis siestas son de cuatro horas, lo que vendría a ser la mitad de una noche.

—¿Quieres tomar algo?

Hago como que voy a dejar el ordenador en la mesa baja, pero Alba me detiene señalando mi taza de té a medio beber.

—No, no te muevas. Yo me encargo. ¿Quieres más té? Hervidor en la encimera y bolsitas de té...

—También en la encimera.

Pone rumbo a la cocina cuando, de repente, me viene la inspiración y le digo:

—¿Tienes hambre?

—¿Ahora mismo? Eh... Sí, un poco. Quieres que te haga...

Su voz se pierde, seguramente se ha callado al ver que tengo la cocina vacía. Resulta algo minimalista si la comparamos con el resto del apartamento. Dudo que Alba se haya repuesto de la comparación entre la visión post-Chernóbil del salón y la cocina. Diane, educada como es ella, dice que se nota que mi apartamento «está habitado». Ethan le preguntó si con eso quería decir que había organismos vivos dentro, aparte de mí. Ninguno, excepto yo, la maestra del caos.

Pongo fin al calvario de Alba lanzando:

—Puedes dejar de buscar. Voy a ver si puedo transformar el *brunch* en desayuno.

Tomo mi teléfono e intercambio unos cuantos mensajes con Diane y Ethan. Ellos también son víctimas del desfase horario y, como me esperaba, ya están despiertos. Cambiamos de planes y decidimos ir a una cafetería francesa del West Village, *Tartine*, que a Diane le gusta mucho y donde no hay que reservar, abre a las nueve de la mañana y ve normal que sus clientes se queden en la mesa más de una hora. Alba recibe la noticia con un entusiasmo que deja entrever algo más que hambre. ¿Tanto asusta mi cocina? Le cuento rápidamente quién va a venir antes de dudar.

Bueno...

En este caso, mejor vale curarse en salud.

—Yo...

—¿Sí?

—¿Podrías evitar hablar de tu hermano? Ethan y él no se llevan demasiado bien...

—Oh. ¿Asunto de faldas?

Me cuesta no hacer una mueca. A pesar de lo que Alba me ha contado sobre la castidad relativa y reciente de su hermano, eso es lo primero que le viene a la mente. Agacho la cabeza preguntándome qué podría responderle sin revelar demasiado:

—Se podría decir que sí. Digamos que no ha tenido la ocasión de relacionarse con tu hermano en un contexto «hormonalmente bajo».

Arquea las cejas y se echa a reír:

—Si Joaquín está bajo tu mismo techo, podemos olvidarnos de un contexto «hormonalmente bajo». Uhaina lo llamaba «supertestosterona» cuando era adolescente, para chincharle.

—¿Cuántos años tenía ella?

—¿Seis o siete años? El hecho es que se limitaba a repetir lo que decía nuestro padre. Solo que papá lo decía con orgullo y Uhaina por molestarlo.

Ahora empiezo a entender por qué Joaquín se ha alejado tanto de su familia. Si sus hermanas ya eran así de pequeñas, no me quiero ni imaginar cómo serán ahora de adultas. ¿Y un padre que lo llama «supertestosterona»? Esas cosas te afectan cuando eres adolescente.

A las nueve en punto estamos frente a la cafetería y su escaparate verde botella, que contrasta con los edificios de ladrillo que la rodean. Su terracita no se puede utilizar en invierno, lo que reduce el número de mesas, pero, oh milagro, no hay nadie haciendo cola. Ethan y Diane llegan dos minutos después y nos acomodamos deprisa en el interior. Las paredes están paneladas y hay cuadros de barcos pintados en un estilo próximo al arte naïf colgados de rieles. Una vez que nos hemos deshecho de abrigos, sombreros, guantes y bufandas, hago las presentaciones.

—Diane, Ethan, os presento a Alba... una amiga.

Ethan le da la mano sin dar señales de que se acuerde de ella. Después de todo, solo se ha cruzado con Alba una vez y a toda prisa y, además, eso fue a principios de enero. En cuanto a Diane, no cabe la menor duda de que ella sí la ha reconocido. Incluso diría que se está conteniendo para no sacudirme y preguntarme qué hago con la hermana pequeña de Joaquín. Al menos es así como interpreto su expresión, con los ojos bien abiertos y las fosas nasales temblorosas. Ethan se gira hacia ella para retirarle la silla y, de repente, le cambia la cara: sonrisa de enamorada y ojos cálidos. Ahora me toca a mí abrir los ojos como platos. A veces se me olvida que la bailarina también es un poco actriz por su profesión.

Le paso la carta a Diane para que la estudie y deje de mirarme como si fuera una aparición. Yo hago lo mismo para que no me entre la risa nerviosa, mientras que Ethan y Alba también la examinan sin haber advertido el intercambio mudo que se ha producido. Privilegio de ser los primeros, nos sirven muy deprisa. *Croque-monsieur* generoso en queso, tostada francesa que se funde en la boca, huevos a la benedictina y cruasanes, un auténtico festín se extiende ante nosotros. Ethan y Alba hacen el honor, Diane come despacio sin dejar de mirarme, perpleja, y yo juego con la comida hasta que Diane me para con la mano cuando me dispongo a cortar mi cruasán:

—¡No, Al! ¡El cruasán, no!

—¿Qué te pasa? Pareces preocupada —interviene Ethan después de limpiarse la boca.



—Nada, de verdad. Debe de ser por Londres —me apresuro a responder.

—Ah, Londres, será toda una aventura —continúa.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar allí? —pregunta Alba.

—Para siempre, bueno, quiero decir que me mudo allí. Me quedaré el apartamento porque este año voy a ir y venir todo el tiempo, y Ethan y Diane todavía no han invertido en un ático en el que me pueda quedar, pero el objetivo es dejarlo a finales de año.

Alba parece sorprendida.

—Pero... ¿Y tu vida? ¿No quieres quedarte en Nueva York? ¿No vas a echar de menos a nadie? ¿Te vas dentro de poco?

Diane casi se ahoga con su cóctel Mimosa. Ethan se ríe y yo permanezco inmóvil. La bailarina me observa sorprendida, pero también con un punto de... ¿desafío? En un intento de cambiar de tema, respondo haciéndome la ingenua tirando a imbécil:

—Me voy a finales de marzo y, como lo he dejado con mi novio, no hay nadie que me retenga aquí, aparte de mis encantadores amigos aquí presentes.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué lo habéis dejado? —me pregunta Alba con un interés que no tiene nada de neutro.

Mierda. No sabe nada de Sven y cree que estoy hablando de Joaquín. ¿De verdad sigue creyendo que soy su novia? Suponía que él le habría aclarado el asunto.

Y si no lo ha hecho... ¿Qué significa eso?

*¡Alice, concéntrate!*

—Al está pasando página. Nueva ciudad, nuevo trabajo y nuevo corte de pelo —suelta Ethan, orgulloso de haberse dado cuenta de un cambio en mi aspecto.

Diane posa su mano sobre su muñeca.

—Cariño, Al no ha cambiado de corte de pelo.

—Ah, ¿no? ¡Pero si tiene el pelo distinto! —responde, haciendo un gesto vago en dirección a mi cabeza.

Oculto la sonrisa en mi copa, mientras Diane niega con la cabeza.

—Solo se lo ha dejado como es al natural. Por una vez, no se ha hecho nada en el pelo.

Veo las primeras señales de muerte cerebral en Ethan. Mi amigo, de repente, tiene la mirada vacía. Me apiado de él y decido salir en su rescate.

—¿No te acuerdas de que, de pequeña, tenía el pelo rizado?

—Eh... puede.

Diane y Alba sonríen ante su desconcierto: para Ethan, capaz de analizar un *ballet* hasta el más mínimo detalle, los entresijos de un peinado femenino parecen indescifrables. No se lo tengo en cuenta. Pero Ethan, encantador como de costumbre, se recompone de inmediato y continúa:

—En cualquier caso, te queda muy bien y está bien cambiar —concluye.

—Gracias.

Continuamos dando buena cuenta del *brunch*, pero percibo que Alba tiene mil preguntas en la cabeza sobre mi partida inminente a Londres. Está claro que no para de pensar en Joaquín y en mí... Sin duda alguna, el tema la atormenta porque intenta retomararlo, intentando ser discreta.

—¿Pero estás segura de que no echarás de menos a nadie?

—No.

Veo a Diane con el rabillo del ojo intentando distraer a Ethan, pero este parece querer alardear de sus conocimientos sobre mi vida porque va y suelta, orgulloso:

—¡Creo que Al ha conocido a alguien en Londres!

Está claro que Ethan es todo un maestro de la observación, pero... no sabe unir los puntos, lo que le hace errar el tiro. ¡Qué suerte la mía!

—¿En Londres?

Diane y Alba preguntan casi al unísono. Siento que me sonrojo de la cabeza a los pies y que el corazón se me va a salir del pecho. Por suerte, el cuello vuelto oculta todavía mi reacción. Trago y arqueo una ceja, como si lo que acababa de decir mi mejor amigo fuera ridículo.

—Ethan, ¿pero de qué hablas?

—No soy tan tonto como parezco. Cuando te vi en Londres, habías cambiado de ropa...

—¡Me habían perdido la maleta!

—Tenías una gran sonrisa.

—¡Porque por fin había encontrado nuestra futura oficina!

Ethan frunce el ceño y yo bajo la mirada. Reconozco que afirmar que mi éxito inmobiliario era la causa de mi felicidad está un poco cogido por los pelos... Así que vuelve a la carga.

—Y vi la nota que se cayó del programa del *ballet*. Y Brie te envió un mensaje y, si hubiera podido, habría hecho el signo de la victoria desde el otro lado de la mesa.

Esta última estocada provoca un gran silencio. ¡Mierda, sí que es bueno!

Resoplo y elevo la mirada al cielo y, cuando la bajo, me doy cuenta de que soy la diana de tres miradas diferentes.

Ethan, contento por su perspicacia. Si supiera...

Diane, que no acaba de creérselo, pero que empieza a hacerse una idea.

Y Alba.

Alba ya está planificando mi boda con su hermano. El color que se me sube a la cara después de intercambiar miradas con ella no hace más que confirmar sus sospechas. No puedo evitarlo, yo, que le había pedido que no mencionara a su hermano, no iba a ser tan imbécil como para hacerlo en su lugar, pero ella ya ha preparado la lista de invitados.

No deja de mirarme cuando su teléfono vibra. Al ver quién la llama, se disculpa y se va a responder fuera. Me tengo que morder el labio para no preguntarle si es su hermano.

—¿Piensas contarnos algo, Al? —pregunta Diane.

—No. Ha sido solo una aventura. Ya no estamos juntos.

—¡Oh!

La decepción de Diane, también la de Ethan, es tan exagerada que me tengo que echar a reír. Diane continúa:

—¿Estás segura? Quizá todo ha sido un malentendido...

—Más o menos al cien por cien. No se puede encontrar el amor en cada intento.

—Al menos lo has intentado —comenta Ethan sin prestar atención a la mirada de desprecio que le lanza Diane ni a la expresión de asco que le pongo yo.

—¿Podemos dejar de hablar de mi vida un momento y terminar de comer? —les pido.

Ethan asiente y engulle un trozo de tostada francesa y la saborea con los ojos cerrados mientras Diane me mira agitando la cabeza levemente. Me encojo de hombros. No hay nada que ver. ¡Circulen!

Alba vuelve en ese momento, con las mejillas sonrosadas por el frío y gesticulando.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Yo? Sí, por supuesto. Solo tengo los dedos congelados.

Se frota las manos y, unos segundos después, volvemos a charlar. Ethan nos cuenta anécdotas de *ballet*, Alba lo escucha con entusiasmo y Diane eleva la mirada al cielo cuando es ella la que las protagoniza en un día demasiado bonito para ser verdad. Según Ethan, ha sido ella la que ha salvado al Ballet

de Nueva York del aburrimiento y de la quiebra. Alba se lo cree todo, con estrellas en los ojos. Pobre ingenua.

Nos estamos planteando pedir un último trozo de tarta para compartir cuando, de repente, veo que Alba se queda helada a mi lado. Se abre la puerta de la cafetería y no necesito elevar la mirada para adivinar quién acaba de entrar.

Joaquín.

Siento que se me encoge el estómago. Eufemismo. Siento que mis partes íntimas se despiertan. Todo mi cuerpo se paraliza y tengo que controlarme para no sonreírle como una boba.

El bailarín se mantiene a unos pasos de la mesa, detrás de Ethan y Diane, y acaba de vernos. Hay que reconocer que el local es minúsculo, tampoco le ha costado mucho. Lleva el pelo despeinado y una barba de dos días que le da un toque peligroso y, desde luego, delicioso. En Londres iba bien afeitado por las representaciones, me gusta incluso más esta última versión de Joaquín, menos perfecto pero más él. Tiene fruncido el ceño y de sus ojos salen rayos. Advierto que tiene los ojos rojos y por sus rasgos sé que no ha dormido en toda la noche. Va vestido de negro, bufanda y guantes, vaqueros, jersey y abrigo, todo negro. Parece un sicario. Esta vez, la oleada de calor que me invade no tiene nada que ver con la vergüenza, como la última vez que nos cruzamos, y me retuerzo torpemente en mi silla para contenerme y evitar levantarme y echarme entre sus brazos, esa es la reacción instintiva que me ha dictado mi cuerpo en cuanto Joaquín ha entrado.

Avanza, con la mirada fija en Alba.

—¿Estás bien?

Necesita unos segundos para responder. Seguramente está sorprendida por el tono de voz de su hermano. Jamás le había notado tan inquieto y... ¿culpable?

—Sí, sí... —acaba respondiendo.

Joaquín rodea la mesa y acerca una silla de la mesa alada sin ni siquiera preguntar si estaba libre para plantarse frente a Alba, justo al lado de Ethan, que pasa por diferentes expresiones, ninguna de ellas pacífica. Veo cómo se tensa su mano sobre el cuchillo de la mantequilla y ya me imagino un baño de sangre. Con esa arma, no irá demasiado lejos. Como si me hubiera leído el pensamiento, Ethan cierra la otra mano sobre su tenedor. Diane, que ha seguido mi mirada, posa la mano sobre su puño y, cuando él la mira, niega con la cabeza antes de decirle:

—¿Pero es que estás loco o qué?!

Joaquín está totalmente obnubilado por Alba y no parece vernos.

—¿Estás segura?

—Le dije a Imanol que te llamaría —responde.

—¡Ah, ese! Él también está muy preocupado. ¿Por qué no nos has dicho dónde estabas? ¿Por qué no te has quedado a dormir en su casa?

—No quería que te enfadaras después de lo que habías dicho de nosotros...

—¿Sabes que solo eran tonterías! Estaba cansado, cabreado... Yo, yo no pensaba...

—Sí, pero...

—De todas formas, Imanol jamás ha tenido ojos para nadie que no fuera Ainhoa. ¡Para lo que le ha servido! —suelta con un tono de repente amargo.

Diane y yo misma somos todo oídos, ávidas por saber más del bailarín. Por su parte, Ethan ha tenido tiempo para analizar la situación y me observa estupefacto. Todavía alberga la esperanza de que conozca a la hermana de Joaquín por una coincidencia milagrosa que no implique a Joaquín. Lo veo en la forma que tiene de fruncir el ceño, repasando mentalmente todas las situaciones posibles que pudieran haber llevado a la joven a este local esta mañana.

Presiono los labios y arqueo una ceja hacia él. Ethan eleva la mirada al cielo y aprieta la mandíbula.

Alba interrumpe nuestro intercambio.

—¡Yo no sabía nada! ¡No te conozco, Joaquín! ¡No sé cuándo estás enfadado de verdad o no!

—¡Pues vuelve conmigo y pasemos tiempo juntos! ¡Solo tenías que pedírmelo! —responde con tono insolente, como si dijera una obviedad.

Alba se queda con la boca abierta y, con la voz temblorosa por la ira, le suelta:

—¿«Solo tenías que pedírmelo»? ¡¡Hace más de un mes que estoy aquí!! ¿Acaso creías que había venido a ver la ciudad? ¡Me importa un comino Nueva York!

El ruido que hacemos aumenta de intensidad y veo que la camarera se acerca. Estiro el brazo delante de Alba y deslizo la mano sobre el antebrazo de Joaquín, que está apoyado en la mesa.

—Cálmate, Joaquín. Alba se queda en mi casa por el momento. Podemos...

Me fustiga con la mirada, como si fuera una vulgar desconocida que se inmiscuye en una discusión privada. Me acomodo en la silla para no recular. Su mirada es penetrante y tengo la impresión de haberme dado una ducha fría. Desagradable, sí, pero aclara las ideas.

—Sí, Joaquín, he dormido en casa de Alice, no pasa nada, pero volveré contigo —empieza a decir su hermana, conciliadora al ver que Ethan está al borde de la apoplejía frente a ella.

Ethan escoge ese momento para troncharse de risa. De hecho, es todo un milagro que se haya contenido hasta ahora. Joaquín me dedica una sonrisa malvada, con la mirada oscura y los labios apretados. No debería parecerme excitante, pero... sí.

—¿Estamos jugando a los buenos samaritanos, Alice? —me pregunta Joaquín.

—Eh... —empiezo a decir al comprender que he metido el pie en aguas demasiado profundas para mí.

—Yo le pedí el número de teléfono la última vez que estuvo en tu casa y... —avanza Alba.

Ethan no aguanta más y explota:

—¿En su casa? ¿Fuiste a su casa?

Joaquín no le presta atención y sigue mirándome con insistencia.

—Presentarle a tus amigos a mi hermana, a la que conoces de cinco minutos, no te supone un problema, pero saludarme a la salida del teatro sí que exige mucho coraje, ¿no?

Sorprendida por el repentino cambio de tema, solo soy capaz de balbucear un penoso:

—Bueno... No, bueno...

—¡Joaquín! —exclama su hermana con un nuevo aplomo—. ¡Estás siendo desagradable!

Deja de mirarme y me relajo un poco, aliviada.

—¿Quieres volver a casa conmigo? —pregunta con tono suave.

Alba duda un segundo y asiente con la cabeza.

—Sí —confirma antes de mirarme.

—Iré a buscar tus cosas —suelta Joaquín antes de que tenga la oportunidad de abrir la boca.

—¡Ni hablar! —exclama Ethan.

Joaquín se gira y lo observa detenidamente. Una sonrisita se esboza en sus labios.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas impedírmelo?

# CAPÍTULO 19

## JOAQUÍN

Observo a Ethan. Ni siquiera lo había visto al entrar porque solo me importaba mi hermana. Anoche me comporté como un cretino y me he sentido todavía peor cuando, al llegar a la cafetería, la he visto con el rostro tenso, como si fuera ella la que tuviera algo que reprocharse.

No hay nada peor que la culpabilidad para echar leña al fuego. Sí, he conseguido contenerme con Alba para no asustarla, pero mi reacción con Alice ha sido completamente diferente.

Alice, con sus grandes ojos color avellana tras esas gafas tan feas de siempre.

Alice, con un cuello vuelto normal en vez de un vestido almidonado y sin ir maquillada como una actriz recién salida de una película de los años cincuenta.

Alice, que parece despeinada como si estuviera en mi cama.

Pero no lo está.

No, es Alba la que me ha sustituido en la cama de Alice y, aunque haya sido con las mejores intenciones, siento un nudo en el estómago que me oprime cada vez más. Estoy celoso de mi hermana. Celoso porque ha podido ver el apartamento de Alice, incluso quizá su cama. Estoy celoso y no quiero estarlo.

Se lleva a mi hermana, a la que apenas conoce, a un *brunch* con Ethan y Diane como si nada, ¿y saludarme desde la otra acera es demasiado para ella?

Respiro. No es el momento de montar un escándalo. Tengo que arreglar la situación con mi hermana. Tengo que recuperar el contacto con mi familia.

Observo a Ethan y no puedo evitar soltarle un comentario elocuente cuando se inmiscuye en la conversación.

Nadie es perfecto y, desde luego, tampoco pretendo serlo. Si cree que



tiene alguna influencia en mis idas y venidas, se va a llevar una sorpresa. ¿Que me prohíbe ir a casa de Alice? Pues ahí se lleva un «¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas impedírmelo?».

Sí, demasiado tarde para enseñar la patita. Ethan está a dos dedos de explotar y me observa con la boca abierta como si fuera la encarnación de Lucifer. Mi sonrisa se agranda y no puedo evitar soltarle:

—Cierra la boca, que te van a entrar moscas.

Diane también me observa y no parece nada impresionada. Me encojo de hombros. Ha sido fácil y no le afectará en absoluto.

Ethan agita la cabeza y me escupe:

—¡Te vas a tragar los dientes!

¡Ya estamos otra vez, Joaquín el vil seductor que deja a su paso un rastro de mujeres desesperadas gimiendo su nombre!

—¡Ethan! —interrumpe Diane—. ¡Delante de su hermana, no! ¡Ni delante de nadie!

—Perdón, Alba —tiene el detalle de decir.

Pero mi hermanita pequeña no parece para nada traumatizada por la escena.

Más bien justo lo contrario.

—¡No, no, no te preocupes por mí, Ethan! —canturrea Alba, con sus grandes ojos azules revoloteando entre nosotros.

Veo que está sorprendido por la reacción de mi hermana, pero se repone al instante.

—¿Jill, Diane, Olivia Beaufort y ahora Al? —prosigue Ethan.

—¿Liv? —le interrogo, dejando ver mi sorpresa al mencionar a la bailarina.

Diane reacciona y se lleva a Ethan a un lado:

—Solo te he dicho que ha ido a verla al hospital. ¿De qué estás hablando?

—¿Acaso crees que iría así, sin más? ¿Por su gran corazón? Seguro que ha ido a preparar el terreno para la siguiente, sí.

Ethan emite un suspiro de incredulidad y yo tengo que contenerme para no tirarlo de la silla. Mi paciencia tiene un límite y le suelto:

—¡Como si entendieras algo de lo que dices, *golden boy*! ¡No tienes ni idea de lo que supone ver cómo se desvanecen tus sueños sin poder hacer nada, repito, nada por evitarlo!

—¿Pero de qué hablas?! —exclama Ethan, dispuesto a levantarse.

Veo por el rabillo del ojo a Alba fruncir el ceño. Alice parece paralizada.

—Tengo que pedirles que se vayan. Están asustando a los clientes.

Ethan y yo nos giramos al mismo tiempo hacia la camarera que se encuentra a nuestras espaldas. No creo que estemos asustando a los clientes, pero sí que están distraídos con la escena que se está desarrollando. Veo a una pareja que nos observa con la boca abierta, con el tenedor a medio camino entre sus platos y sus bocas. Asiento con la cabeza y me giro hacia mi hermana.

—Alba, nos vamos.

Diane arquea una ceja, probablemente sorprendida por el hecho de que sea yo el que ponga fin a la discusión, yo, que en otras ocasiones me alegraría de soltarle cuatro cosas bien dichas a su novio, pero los acontecimientos de la noche anterior me han hecho reflexionar. Tengo una hermana pequeña que llevar a casa. Una hermana pequeña que prefiere asistir a una escena que no se anuncia nada agradable solo para aprender algo nuevo sobre mí. Tenemos que hablar.

Salimos todos de la cafetería y me tengo que contener para no reírme al ver la expresión de vergüenza de Ethan y la cara furiosa de Diane. Cuando quiero, soy un santo.

Me giro hacia Alice.

—¿Podrías darme tu dirección, por favor? Iré a recoger las cosas de Alba hoy mismo.

Ethan comienza a agitarse, pero Alice le suelta un sorprendente:

—¡Esto no va contigo! ¡Por tu culpa nos han echado de la cafetería favorita de Diane!

La observo, subyugado un instante por la firmeza de su tono y la forma en la que se mueve su pelo cuando gira la cabeza brevemente para ordenar a su amigo que se ocupe de sus asuntos.

—¿Nos vamos?

La voz de Alba me saca de mi trance al instante. Dudo si marcharme ya, pero Alice se apodera de su teléfono:

—Te envío un mensaje... Adiós.

La miro una última vez mientras se recoloca las gafas en el puente nasal.

Una pena.

Alba me tira de la manga del abrigo y la sigo sin decir nada en dirección opuesta a la de Ethan, Diane y Alice. Tras meternos en un taxi, exhalo

liberando el aire que no era consciente de estar reteniendo.

Ayer por la noche, entre la sensación de opresión horrible que sentí en el hospital, la frustración por no haber vuelto a ver a Alice y, sobre todo, por sentir que eso me perturbaba tanto, se me cruzaron los cables como no me ocurría desde la adolescencia. Desde que me aparté de mi familia. De toda mi familia. Después de decirle a Alba que no quería verla en mi casa cuando volviera al día siguiente, me fui del restaurante de Imanol y comprobé que allí ya no era bienvenido. Necesité una hora para que el sentimiento de culpabilidad se materializara y me diera cuenta de hasta qué punto me había comportado como un idiota.

Llamé a Alba, pero no me respondió. Entonces decidí llamar a Imanol para disculparme. Imanol, que no es de los que ignoran a sus amigos sea cual sea su comportamiento, descolgó de inmediato para decirme que Alba no estaba con él y que tampoco respondía a sus llamadas.

Mientras Imanol iba a su apartamento para comprobar que Alba no le estaba esperando en la puerta, yo volví a casa para descubrir que se había llevado una parte de sus cosas.

No dejaba de repetirme que Alba es adulta. Que se habría ido a un hotel. Que todo iría bien. No obstante, fui a todos los hoteles de la zona, donde, por supuesto, se negaron a responder a mis preguntas. Como a las cinco de la madrugada, al no haber encontrado el menor rastro de mi hermana, Imanol se reunió conmigo. Me he estado autoflagelando hasta que mi amigo ha propuesto que durmiéramos un poco y hemos podido descansar unas horas, yo en mi sillón y él en mi sofá para recibir a Alba en caso de que decidiera volver por la mañana. Tenía miedo de no despertarme si me iba a dormir a la cama. Imanol volvió a su casa y, como a las diez, consiguió hablar con mi hermana. Alba, por tener el móvil sin batería, falta de sueño y distracciones externas, no había visto que la estábamos llamando, o algo así me ha dicho.

Estaba demasiado aliviado como para volver a enfadarme y, en cuanto Imanol me dijo dónde estaba, fui corriendo.

Ni siquiera pensé que la encontraría con las últimas personas que querría ver y con la persona a la que no debería querer ver más. Cuando pienso en que se plantó en casa de Alice...

Con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento trasero del taxi, me echo a reír.

—¿Estás bien?

—Entonces, ¿te has apalancado en casa de Alice?

—¿Ah, eso te molesta? Yo creía que vosotros... Bueno...

Me froto los ojos con una mano. Ahora que la tensión está bajando, siento que el cansancio empieza a pesar. Giro la cabeza hacia ella y le sonrío:

—No, no me molesta, pero me ha sorprendido. No te falta descaro, aunque eso es algo que debería saber.

—Después de lo que dijiste, no quería ir a casa de Imanol...

—Lo sé. Soy un imbécil. Me gustaría poder achacarlo todo al desfase horario o a una repentina posesión demoníaca, pero... no. A menos que la estupidez sea un nuevo demonio.

—¿Tu santo patrón?

—¡Eh!

Levanto la cabeza y coloco mi mano en la nuca de Alba para sacudirla levemente. Se echa a reír como una niña pequeña y sonrío.

—De todas formas, es raro que Imanol no te lo haya contado.

—¿Qué?

—Donde estaba. Le envié un mensaje ayer por la noche para avisarle. Quería llamarte por la mañana por la advertencia que me hiciste. Creía que estarías ocupado esta noche.

Lívido, la observo.

—¿Imanol lo sabía?

—Sí.

—Yo lo mato. Ha fingido que no lo sabía e, incluso, te ha buscado con...

Me detengo. Se ha quedado conmigo y me ha dado una lección que seguramente merecía.

El taxi nos deja delante de mi casa y, una vez en el apartamento, vuelvo a preguntar a Alba si está bien. Se ríe cuando finjo cerciorarme de que tiene todos sus miembros y luego le examino los ojos.

—¿Qué haces?

—Compruebo que todo funciona. La exposición prolongada a Ethan no vuelve a la gente precisamente inteligente.

—¡Para ya! Hasta que tú has llegado, ha sido muy simpático.

—Prueba de que tiene un gran complejo de inferioridad. Bueno, no lo culpo.

—¡Joaquín!

No le presto atención y me meto en la cocina para prepararle un té. Cuando vuelvo, Alba se ha instalado en el sofá. Primero observa la taza y

luego a mí.

—Sabes que acabo de desayunar y que he pasado la noche en un apartamento con todos los lujos modernos, ¿verdad?

—¡Ja, ja y ja! ¡No te burles de mí!

—No me estoy burlando. Es solo que es agradable que te ocupes de mí. Activamente, quiero decir. No a hurtadillas, como has hecho durante las últimas seis semanas.

—No sé de qué me hablas... —digo, mientras me acomodo a su lado.

—Venga ya, Joaquín. Has llenado el frigorífico con todo lo que me gusta. Repones todos mis productos en el cuarto de baño sin decírmelo... Incluso has dejado una bufanda y un pijama en mi armario en vez de regalármelos y, cuando te he preguntado, en vez de reconocer que simplemente querías tener un detalle conmigo, vas y me dices que ha sido porque el resto de mi vestuario te ofendía.

Dudo. Es cierto, no soy muy fan de las grandes declaraciones ni de las grandes charlas, prefiero actuar en la sombra.

—¿Te molesta?

—No, pero prefiero que me hables. Es justo para eso para lo que he venido, ¿sabes? Para que me hables. ¿Sabes que tienes hermanas y un hermano?

—Sí —mascullo—, ¿de qué quieres que hablemos?

—De ti.

—Hummm, pero si ya hablo de mí todo el tiempo... ¿No estás harta?

—Tú no hablas de ti. Tú hablas de Joaquín Jouanteguy, el bailarín, el seductor... Yo quiero que me digas quién es mi hermano. En quién se ha convertido.

—Ah, pues entonces tendrás que ayudarme.

Alba me observa, baja los párpados y luego los eleva antes de mirarme fijamente con aire decidido.

—Quiero hablar de Ainhoa.

Siento que mi cuerpo se tensa de inmediato. Descruzo las piernas e inspiro. Mantengo la calma. Alba se acerca y pone su mano sobre la mía. Sonrío al ver sus dedos, que a duras penas si recubren la segunda falange de los míos y que me traen viejos recuerdos. Cuando Alba tenía tres años, me gustaba decir que era la copia en miniatura de Ainhoa y, algo más de veinte años después, sigue siendo así. Una versión mini de mi melliza. Pero no menos importante. Solo... concentrada.

Alba, que asume que mi silencio es resultado de mi malestar, y en parte es cierto, me propone un acuerdo.

—O me dejas que te acompañe cuando vayas a verla este año.

Dudo.

Solo voy a verla una vez al año. Primero porque mi agenda no me permite ir con mayor frecuencia, pero también porque esas visitas siempre me dejan frustrado. No sirven para nada. ¿Acaso será diferente si Alba está presente?

Suspiro y observo a mi hermanita, tan parecida a Ainhoa, con sus rizos morenos, sus ojos azulados y su energía solar.

—Bueno, vale, pues hablamos. Un poco.

Alba me salta a los brazos y, al ver su entusiasmo, me alegro de haber accedido.

Sí, ha llegado el momento de cambiar.

Después de hablar con ella hasta la saciedad sobre mi persona, principalmente de mi trabajo de bailarín, le propongo una tregua para ir a buscar su bolsa. Alba esboza un bostezo y me pregunto cuánto habrá dormido esa noche. Como me prometió, Alice me ha enviado su dirección en un primer mensaje y, luego, en un segundo, me ha confirmado que ya estaba en casa.

Propongo a mi hermana que se eche una siesta mientras yo voy y vengo. No se hace de rogar y se marcha a su habitación desperezándose exageradamente antes de decirme que es más que probable que duerma unas cuantas horas. Muchas. En el umbral de la puerta, me pregunto si debería ponerla en su lugar, pero ¿qué cree que puede pasar?

No sé si ella duerme ya el sueño de los justos, pero lo que es yo, en el taxi, estoy a punto de echarme en los brazos de Morfeo y, cuando llamo a la puerta de Alice, no estoy lejos de sucumbir. Me abre cuando acabo de bostezar para desbloquear la mandíbula, con dos lágrimas en los ojos.

—¡Pues sí que estás tú hecho polvo! —exclama.

Se ha recogido el pelo con una pinza, pero lo tiene demasiado corto como para que todos se sujeten y rizos enormes se escapen del pasador. Sin pensar, estiro la mano y me enrolló uno en el dedo índice.

—Te queda bien —murmuro con voz ronca debido al cansancio y a la charla maratoniana que acabo de tener con Alba.

Alice se sonroja al instante y tiene que aclararse la garganta para poder decirme.

—La bolsa de Alba está en el despacho. Entra, voy a buscarla.

Sigo a Alice, pero me quedo en el salón.

No por timidez ni por educación, sino porque tengo miedo de pisar algo frágil si doy un solo paso más. Intento no mostrar sorpresa, pero, cuando vuelve con la bolsa de Alba, se echa a reír al ver mi expresión.

—Ah, sí, es menos... estéril que tu casa. ¡Alba también se sorprendió ayer!

—¿Menos «estéril»? Tú lo que me quieres decir es que ha explotado una bomba aquí, ¿no?

El salón de Alice es una mezcla entre una tienda de ropa y una tienda de alta tecnología. Las *tablets* se apilan sobre enaguas que ocultan... ¿muebles? Imagino.

—¿Pero cuántas *tablets* tienes?

—Ah, eh... ¿En el salón?

Me quedo con la boca abierta. Alice se sonroja, pero se yergue frente a mí.

—He probado diferentes modelos y tamaños de pantalla para *Show me*.

—Ah...

—Sí, las *tablets* ocupan más espacio que las zapatillas de media punta.

La comparación me hace sonreír. Esta conversación simple e inesperada con Alice me relaja. Estoy a punto de despedirme de ella cuando me lanza:

—Perdón por lo del teatro. Por no haberte saludado, me refiero.

Agito la cabeza.

—Oh, no pasa nada, Alice. Estaba... enfadado esta mañana. Y un poco molesto por haber invitado tú a mi hermana a desayunar cuando yo jamás he tenido ese honor —bromeo.

Se sonroja y tengo que contenerme para no arrancarle el jersey e intentar descubrir de dónde procede ese rubor, para comprobar si parte del mismo lugar que tanto recuerdo.

—No, de verdad, no fue nada elegante —continúa.

—Después de ver la reacción de Ethan, lo entiendo. El chico se acelera muy deprisa —empiezo a decir mientras finjo acariciarme la barba.

—Eres imposible —me suelta Alice.

—Pero eso es justo lo que te gusta de mí, ¿no?

Me observa, silenciosa durante un instante, antes de acercarse y posar su mano en mi mejilla.

—Sí.

Ahora me toca a mí observarla y me acerco antes de que pueda poner la

otra mano sobre mi torso e impedir que avance. Baja la cabeza.

—No, por favor.

Suelta una larga exhalación antes de volver a mirarme.

—Gracias por haberme ayudado a despertar. Por haberme sacudido.

Arqueo una ceja.

—¿«Sacudido»? No tengo claro que me apropie de semejante término para definir en el futuro mis... servicios.

Alice me sonrío, con una expresión dulcemente exasperada.

—Joaquín.

—Alice.

—De verdad, gracias. Ha sido...

—¿Excepcional? ¿Inolvidable?

Vuelvo a tener esa sensación de nudo en el estómago. Y eso que debería sentirme aliviado. Lo dejamos como amigos, el Santo Grial del donjuán moderno, del tío que rehúye de las grandes declaraciones, pero ese tono burlón mío que quizá pueda engañar a Alice, no me engaña a mí mismo. Estoy triste.

No. Estoy agotado. Eso es.

Alice me sonrío y tengo que contenerme para no besarla.

—Sí, para mí, excepcional. Inolvidable, también.

La honestidad con la que me responde me llega al corazón. Admiro su coraje, el de reconocer que, durante esas pocas noches que estuvimos juntos entre Nueva York y Londres, pasó algo muy bonito.

Me inclino hacia ella y la beso en los labios. Cuando me incorporo, tiene los ojos cerrados y la boca levemente abierta. Me concedo una pequeña sonrisa ya nostálgica, que ella no ve, y tras rodear su rostro con mis manos, apoyo mi frente en la suya.

—No, Alice, soy yo quien tiene que darte las gracias.



# CAPÍTULO 20

## ALICE

—Creo que también deberíamos tomarnos libres los viernes en primavera.

—¿Qué? ¡No te oigo!

Brie está plantada frente a mí, con expresión seria. Estamos celebrando mi partida en las oficinas de *Show me* y la fiesta está en pleno apogeo.

Creía que iríamos a un bar a tomarnos una última copa todos juntos, pero Ethan y Brie han conspirado para darme una sorpresa. Ethan y yo teníamos una cita esta tarde con los propietarios de un teatro y el equipo ha aprovechado para decorar todo el espacio abierto y montar un bar en la cocina. Bueno, en realidad, solo han sacado las botellas que suelen estar escondidas. La decoración es azul, blanca y roja, como la bandera estadounidense y británica, y la mayoría de nuestros colaboradores se han puesto máscaras de los miembros de la familia real con una sobrerrepresentación de la duquesa de Cambridge, tanto entre los hombres como entre las mujeres. Por lo que veo, la fiebre real cruza océanos.

Tras encadenar los discursos y arrancar unas cuantas lágrimas, Brie, Ethan y Ryan, nuestro director de *marketing*, han inaugurado oficialmente las festividades, que consisten principalmente en beber mucho.

Pero que mucho.

Y eso desde luego explica en parte por qué me encuentro ahora en la cocina con Brie y por qué Brie me propone tener los viernes libres esta primavera. *Show me*, como muchas *start-ups* y cada vez más empresas, ofrece en verano todos los viernes libres, un número determinado de viernes que los empleados pueden tomarse libres entre julio y agosto o simplemente la posibilidad de irse de fin de semana antes.

Observo a Brie. No es su estilo pedir vacaciones. Ella es más bien del tipo «máquina de guerra», pero, después de haberse bebido un litro de cerveza, es bastante probable que esté empezando a desvariar.

—¿Qué pasa?

Noto que un par de ojos me miran fijamente. Ryan, nuestro director de *marketing*, Andrew, uno de nuestros becarios, Matthew, programador junto con Brie e, incluso, Kate Middleto... ¡Mierda, es Ethan quien lleva la máscara! Vale, no hace falta mucho para adivinar qué pasa.

—¿Queréis jugar al fútbol?

—Ella es muy buena —resopla Ryan, dando un golpe en la mesa con su vaso.

El alcohol le salpica la mano, pero no parece importarle mucho.

—¿Pero no jugáis al fútbol ya bastante?

Brie apoya los codos delante de ella y une las yemas de los dedos delante de su cara o, al menos, lo intenta antes de cruzarlos para no perder el equilibrio. La situación ya empieza a ser grave. Intento mantener la compostura y no partirme de la risa.

—Sí, pero varias empresas han creado una liga y empiezan a jugar los viernes por la tarde a partir de la semana que viene hasta julio. Es una especie de copa del mundo.

—Pero a escala neoyorquina —añade Ethan Middleton.

—Ah, vale, si es a escala neoyorquina... —me limito a comentar.

Los observo y todos están alerta. Además de directora técnica, soy responsable de recursos humanos, no tanto por mi género, femenino, sino más bien porque Ethan era demasiado permisivo. Además de mis habilidades técnicas, apporto mis habilidades organizativas a la masa cada vez mayor de colaboradores. El caos lo dejo solo para mi apartamento, pero ya no por mucho tiempo porque, con mi partida inminente a Londres, hemos contratado a alguien para que me sustituya. Ethan lo llamó Atila cuando salió de la entrevista. Por desgracia, su ocurrencia ha trascendido y ha sido repetida y aumentada. Ahora entiendo mejor su demanda. Esperan poder aprovechar mis últimos minutos en el cargo para no tener que hablar del tema con «Atila» la semana que viene. Por cierto, el mal llamado «Atila» se llama Eoin. Es irlandés y no es para nada un monstruo. Simplemente es más estricto donde Ethan es más flexible. Está claro que incluso Ethan lo ha olvidado, ya que, cuando por fin se quita la máscara, tiene la misma expresión de preocupación que sus camaradas. Ya no aguanta tanto el alcohol.

—Brie, tú te vienes conmigo a Londres, ¿a ti qué más te da?

—Me da tiempo a jugar los dos primeros partidos y, además, me debo a la causa.

Sonrío. Por suerte, Brie viene conmigo, porque los voy a echar de menos a todos. Incluso a su obsesión por el fútbol. Ryan y Andrew asienten enérgicamente con la cabeza.

—¿Cuándo empieza la competición?

—La semana que viene —responde Andrew sin dejar de mirarme.

Ah... y Eoin llega la semana que viene. Y yo me voy el domingo.

—¿Pero vais a jugar todos los viernes?

—Si ganamos, sí —responde Ryan.

—Hummm, vale, entonces serán tantos viernes libres como días no tendréis libres este invierno. ¿Os parece? Si no, no sería justo para quienes no juegan.

—Vale —me responden todos a la vez antes de salir de la cocina a toda velocidad por miedo a que cambie de opinión. Andrew casi se come una columna si no llega a ser por Brie, que lo sermonea sobre la importancia de no lesionarse antes de la fase eliminatoria. ¡Madre mía!

Niego con la cabeza sin dejar de sonreír e intento no dejarme llevar por la melancolía que precede a toda gran partida. Un poco de melancolía, mucho nerviosismo. Como cóctel, no está mal.

Escucho música en el espacio abierto, mientras otros juegan a intentar adivinar las comedias musicales a partir de fragmentos de canciones. Pego la oreja para escuchar a Ryan, que ha visto una sola comedia musical en su vida y porque lo obligaron, gritar:

—¡*Cats!* ¡Es *Cats!*

—No, Ryan, no.

Nuevo fragmento:

—¡¡*C... Cats!!!*

Esta vez, todo un coro de voces se eleva para pedirle que, por favor, deje de jugar.

Sí, también echaré de menos sus tonterías. Pero necesito un cambio. Llevada por la euforia de esta revolución vital, seguí probando cosas nuevas. Para empezar, volví a yoga. Y, a la tercera sesión, ya no sufría tanto al día siguiente. Espero poder ir por última vez mañana para confirmar mi condición de gran deportista y porque Brie me lo ha pedido expresamente. Me siguió un día y ver a Guillaume vestido para su clase de yoga la ha dejado trastornada.

Lo conocía de los partidos de fútbol, pero con la mezcla de calor, oscuridad y mallas ajustadas, ha descubierto a un hombre nuevo. Creo que incluso piensa que la cicatriz de su rodilla es sexi. Le ha dicho que solo fue un accidente de escúter, pero no deja de fantasear. Se viene a Londres en dos semanas, pero eso no impide que intente seducir al joven profesor. ¿Y Guillaume? Encantador, como siempre, pero no está interesado en ella. Ni siquiera el entusiasmo de Brie consigue erosionar esa educada indiferencia y esa actitud a ella la motiva aún más. Me ha vuelto a decir hace una media hora, justo antes de la copa de más que precedía a la anterior copa de más, que había soñado con su culo.

Decididamente, la ola de cambio de esta primavera viene bien cargada. Incluso he ido a tomarme algo con un hombre que he conocido a través de una aplicación cuyo principio elitista me resultaba un poco incómodo hasta que Diane me señaló que al menos tenía la ventaja de que, con mis estudios escritos negro sobre blanco, así como mi profesión bien clarita en mi perfil, me evitaría dar con tíos que se dieran a la fuga en cuando se dieran cuenta de que yo ganaba mucho más que ellos. Que dirijo una empresa. Por supuesto, no todos reaccionan así, pero la encarnizada competencia de Nueva York también es aplicable a las relaciones amorosas y eso es algo que he comprendido durante esa cita, tan grotesca como miserable. Tras varias preguntas cuyo objetivo se supone que era confirmar discretamente que tenía los estudios que decía tener y que de verdad era la Alice Cusack de *Show me*, empezó a ponerse en plan Don Draper en modo sexi paternalista y eso que esa vez yo no iba disfrazada de joven secretaria de los años cincuenta. De hecho, me había vuelto a poner el vestido que me compré en Londres, el que llevaba la primera noche que pasé con Joaquín.

Y ese es justo el problema.

Todos los tíos que veo, ya sea en una aplicación o por la calle, parecen insustanciales comparados con Joaquín.

Sigo pensando en él y esos pensamientos, en vez de atenuarse, cada vez son más intensos.

Hace ya un mes que ni lo veo ni hablo con él, desde que vino a buscar las cosas de su hermana y me dio las gracias. ¿Por qué?

Al principio, pensé que había alcanzado un estado de iluminación bastante impresionante. Digna, llena de gratitud, desapasionada. Era una especie de Buda moderno.

Sí...

Pero no, de hecho, no.

La realidad es que me despierto cada mañana envuelta en mis sábanas, sin aliento, y que pienso en él todo el día. Para nada desapasionada, sino más bien todo lo contrario. El más mínimo microacontecimiento me lo recuerda. Pienso en su arrogancia, su dulzura oculta, lo poco que habla de danza por no tener nada que demostrar. Me acuerdo de su naturalidad y no solo con su cuerpo, sino también con el éxito de los demás y del mío propio. Joaquín jamás me reprochó el tiempo que pasaba trabajando, mi ambición. Más bien justo lo contrario.

Sé que la distancia contribuye a convertirlo en un animal fantástico y a fantasear, pero de todas formas... Y lo peor es que Alba de vez en cuando me cuenta cómo le va.

Corrección.

De vez en cuando yo le pido que me cuente cómo le va.

Se fue de Nueva York a finales de febrero para pasar un tiempo con sus padres. Estará en Londres la semana que viene y hemos quedado para tomarnos algo juntas. No debería. De verdad que no debería.

Pero no puedo evitarlo.

¡*Fuck you*, Buda!

Al menos he conseguido decirle que no quiero saber nada de su hermano y lo ha comprendido y aceptado.

¡¡¡¿Por qué?!!!

Debería volver a casa para descansar un poco. Entre el alcohol y el estrés premudanza, soy capaz de plantarme delante de la puerta de Joaquín para suplicarle que me conceda una noche más.

Por suerte, mis últimos días están calculados al segundo para impedir ese tipo de derrape tan desafortunado. Mañana por la noche, ceno con Diane y Ethan y los dos han insistido en acompañarme al aeropuerto el domingo.

Estoy en mi despacho, donde pronto se quedará Ethan solo, cuando lo veo entrar con paso algo inestable. Ya no está acostumbrado a beber tanto.

—Deja la puerta abierta. Brie va a entrar. ¿Estás seguro de no querer cambiar la mesa ahora que me voy?

Ethan me observa, con aire ofuscado por mi sugerencia.

—¡Por supuesto que no! De todas formas, volverás y te he comprado la misma en Londres, para cuando vaya a verte.

—Lo sé, pero, de verdad, no me importaría nada que quisieras hacer cambios en el despacho de Nueva York. Es normal que *Show me* cambie.

—Sí, y eso está bien, pero no.

Ethan, al ver mi expresión de decepción, la confunde con melancolía. Se me acerca y apoya las manos en la mesa.

—¡Ya verás! ¡Te lo vas a pasar genial en Londres! Además, vas a arrasar entre los londinenses. Estás muy gu... ga... go...

Lo veo trabarse con las palabras. Sí, ha llegado el momento de irse a casa. Y por fin declara:

—Estás muy guapa con el nuevo peinado. A los ingleses les encantan los rizos. Lo sé.

Se ha convertido en el tema recurrente de Ethan desde el desastroso desayuno con Alba en el que irrumpió Joaquín. «Al y sus futuros pretendientes ingleses, lejos, muy lejos de Joaquín». Jamás nombra al bailarín, un detalle que seguramente debo agradecerle a Diane, pero jamás pierde la ocasión de recordarme cuánto voy a divertirme en Londres, lejos, muy lejos de los bailarines diabólicos. De uno, sobre todo.

Lo dejo hablar porque sé que lo hace con buena intención. Digamos lo que digamos Diane o yo sobre Joaquín, Ethan no cambiará de opinión. Peor para él. De todas formas, será mejor que deje de pensar en el bailarín. Él desde luego lo ha hecho.

Ethan está enumerándome los méritos del *gentleman* londinense tipo cuando Brie entra en el despacho.

—... educado, bien vestido, habla inglés sin acento...

—¿En serio, Ethan? ¡¿Y lo dices tú, que tienes una novia francesa?! —exclamo.

Frunce el ceño y continúa como si fuera yo la que lo hubiese entendido mal.

—Sin acento español.

—¿Ahora te has vuelto racista? —pregunta Brie antes de echarse a reír.

—No, solo tiene una idea fija —mascullo.

Brie, con el portátil bajo el brazo, me mira y, antes de dejar de reír, mira a Ethan. Frunce el ceño, inspira profundamente y suelta:

—¿Tanto te molesta que esté enamorada?

Se hace el silencio en el despacho mientras se escucha de fondo la música del juego de las comedias musicales.

Suenan a lo lejos las primeras notas de «Un mundo ideal», de *Aladdín*.

Perfecto.

Escucho a Ryan gritar «¡Caaaaaaats! ¡Te digo que es Caaaats!».

Me río para intentar relajar el ambiente y a Ethan le entra hipo por la sorpresa. Brie sigue en el umbral de la puerta y nos observa a los dos. Observa nuestras expresiones antes de entrecerrar los ojos.

—¡Ay, mierda! ¿No lo sabíais?

—¿Qué ha dicho? ¿Que estás enamorada de quién? —pregunta Ethan incorporándose.

Está entre Brie y yo, con las manos en jarras.

—Tonterías, dice tonterías —me apresuro a responder.

—¿Estabas enamorada de ese...?

—Está enamorada —corrige Brie antes de que la fulmine con la mirada.

Se encoge de hombros y le suelta a Ethan:

—Ya sé que no te gusta, pero...

—¿A qué te refieres? —la interrumpe Ethan.

Señala con el dedo la pared que hay a la izquierda de la mesa. Durante la fiesta, Ethan ha pegado una foto de Joaquín en una diana. Después de haber jugado lejos de mí con algunos colegas, se la ha traído al despacho para su uso personal, imagino.

Ethan al menos tiene la decencia de adoptar una expresión lastimera.

—Ya casi no se le ve la cara. Tendré que imprimir otra foto —dice con voz triste.

—¡Ethan! —exclamo.

Brie no deja que cambiemos de tema de conversación.

—Lo importante aquí es que está enamorada, ¿no?

—¡Pero yo no estoy enamorada de él! —me indigno.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué te lees todas las críticas de sus representaciones? —pregunta con un tono ingenuo que me da ganas de estranglarla.

—¿Ahora lees críticas de *ballet*? —se sorprende Ethan.

A juzgar por su expresión de horror y casi sobria, comprendo que mi interés sin precedentes por la danza está a punto de convencerlo de que lo que ha pasado entre Joaquín y yo ha sido algo más que una simple aventura.

¿Para mí? Sí. Pero no veo en qué ayudaría volver sobre el tema. He jugado, he ganado un poco, he perdido y me he convertido en una Alice más entera, más fuerte. No me arrepiento de nada.

Al percibir que el ambiente está cambiando, Brie da un paso atrás:

—¿Me voy?

—Sí, y cierra la puerta —le pide un Ethan mucho menos borracho.

Me giro hacia él, sorprendida. Me esperaba que me montara un numerito, no que pareciera tan... apenado. Me siento al borde de las lágrimas.

*¡No, no, no, no!*

—Al..., ¿es... es culpa mía? —dice.

Agito la cabeza de inmediato con la esperanza de que el movimiento detenga las lágrimas, pero siento que no puedo contenerme más. No dejo de repetirme que es el alcohol.

—No es nada. Es el estrés del viaje, el cansancio, el alcohol... —empiezo a enumerar mientras dos gotas brotan de mis lagrimales.

Me giro para ocultar mi rostro y abanicarme, sin efecto, a fin de limitar los daños.

Ethan se acerca a mí y apoya una mano en mi hombro. Le doy unos golpecitos.

—No quería que te hiciera daño...

—No me lo ha hecho. Es que yo he sido... estúpida.

—¿Por dejarte seducir? —pregunta.

Oh, no.

Me giro en mi silla para poder mirarlo. Ya qué importan unas lágrimas.

—¿Crees que soy idiota?

—Eh... ¿no?

—¿Piensas que yo no he tenido nada que ver?

—Pues...

—Yo lo he buscado tanto como él me ha buscado a mí, ¿lo entiendes? ¡Era feliz y ha hecho más por mí en un mes que Sven en cinco años!

Ese «feliz» hace que Ethan haga una mueca y su reacción espontánea me arranca una breve sonrisa. Cuando se da cuenta, aprovecha para lanzarse.

—¡Al, lo siento mucho, de verdad! Me he explicado mal. Reconozco que...

—¿Qué?

—Que mi experiencia con él ha marcado mucho mi interpretación de la situación.

Me muero de la risa, pero las lágrimas no dejan de brotar.

—¿Estás triste de verdad?

—No, solo estoy fingiendo para incomodarte. ¡¿Tú qué crees?!

—¿Qué puedo hacer?

Me sorbo los mocos y me encojo de hombros.

—Nada, se ha acabado. Es lo que hay.



—Pero si estás enam...

Veó que la palabra se le atraviesa en la garganta y acudo en su auxilio.

—No tienes que decirlo. Ahora ya no importa. Voy a dejar todo eso aquí en Nueva York, con la antigua Alice.

Ethan da un paso adelante y me abraza. En un primer momento, me tensó, pero luego me relajó y también lo abrazo y me dejó consolar.

—Puedes llorar más si quieres —me dice—. También puedes vomitar. He contratado un equipo de limpieza con ese suplemento para mañana por la mañana.

Niego con la cabeza.

—No, no hace falta. Y, además, eso no cambiaría nada.

—¿De qué?

—De la situación.

—¿Que es?

Suspiro.

—Que se ha acabado.

# CAPÍTULO 21

## JOAQUÍN

«Jaaaaaa... Has vuelto a fallar».

Diane me sonrío, baja la cabeza y pone las manos en jarras. Emite un suspiro de exasperación antes de incorporarse y tirarse de forma mecánica de la cola de caballo alta que lleva en este ensayo y que la hace parecer una niña.

Es el objetivo. Hoy ensayamos *Interplay*, una obra de Jerome Robbins compuesta en los años cuarenta sobre una música *jazz* de Morton Gould, tan estimulante como difícil. Es un *ballet* coral, sin un papel principal evidente. Cuatro bailarines y cuatro bailarinas se encuentran una noche de verano y se ponen a bailar en la calle. Empiezan los chicos, siguen las chicas. Es una danza dinámica con pasos clásicos entremezclados con chasquidos de dedos y un millón de gestos más corrientes y de *jazz* que hacen que el *ballet* adquiera un toque lúdico que casi hace que olvides la dificultad técnica. Las chicas llevan vestidos de verano y colas de caballo que las hacen parecer niñas y los chicos, camisetas de colores que rompen los códigos de la danza clásica.

Esta tarde, Diane y yo descomponemos el *pas de deux* por primera vez juntos y por primera vez para ella. Como me esperaba, se le da muy bien. La parte saltarina y original de la obra es perfecta para sus cualidades. Es una bailarina ágil, delicada pero potente y que sabe proyectar su energía. Con su pelo color caoba que refleja la luz de esta tarde de primavera y su maillot fucsia, ya está en el papel. El *pas de deux* que precede al final del *ballet* es un ejercicio de *portés* y de equilibrio. A pesar de ser la primera vez que Diane lo hace, no puede evitar maldecirse a sí misma por algún que otro error que comete.

—Venga, bebe un poco de agua y lo repetimos. Sabes de sobra que te acabará saliendo.

Gruñe, pero acepta mi propuesta y se acerca a su bolsa.

—Lo siento. Tiene que ser frustrante retomar la obra con una nueva bailarina.

Diane no me ve arquear las cejas. ¿Frustrante? Lo que estoy es aliviado. He bailado mucho *Interplay* con Jill, pero se ha cogido un largo descanso para tratarse una lesión. Al menos esa es la versión oficial. Imposible saber dónde se encuentra. Se niega a responder a mis mensajes. Yo dejé de insistirle hace diez días. Necesita esa soledad y, para ser sincero, me he vuelto a centrar en la danza y en mi familia con total naturalidad. Si me baso en lo que me soltó Jill en su casa, creo que, por lo menos, debo haber alcanzado el estado de «profundidad emocional de un joven adulto». Punto para mí. Después de todo, he pasado de la danza y las mujeres a la danza y la familia. Imagino que el grado de «adulto» está reservado para aquellos que consiguen conciliar danza, familia y relación monógama. Con Alice, ¿por qué no?

Ante ese pensamiento repentino, me atraganto con el agua que me estoy bebiendo y tengo que parar para toser, además de para soportar que Diane me golpee la espalda con fuerza.

—¿Mejor?

—A veces olvido que eres rusa —le suelto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que lo tuyo no es una mano de hierro en un guante de terciopelo, sino un martillo de acero en un guante de seda. Creo que me has roto una costilla —termino, mientras finjo que me sujeto la espalda.

Se ríe sin prestar atención a mis tonterías.

—Venga, volvamos, que hemos prometido ir a ver a Liv a última hora de la tarde.

Dejo la botella y me uno a Diane. Seguimos trabajando el *pas de deux*. No puedo resistirme a bromear durante un *porté* en el que tengo que deslizarla a mi alrededor. El movimiento crea una apariencia de ligereza, pero es físicamente muy difícil. Exige fuerza. Gruño como si la bailarina pesara una tonelada y ella se limita a fulminarme con la mirada cuando termina el movimiento. Le guiño un ojo y ella responde sacándome la lengua.

Tras otra hora desmenuzando el fragmento e identificando los puntos que hay que trabajar durante nuestros próximos ensayos, corro a ducharme a los vestuarios. Cuando salgo a la calle, una brisa cálida me recibe.

—¡Hummm, es genial que por fin se acabe el invierno!

Es Diane la que dice eso, con la nariz contra el viento, los ojos cerrados

y su pelo largo acariciado por el aire. Le ofrezco mi brazo con afectación y ella lo acepta con una pequeña reverencia.

—Señora, ¿aceptaría compartir su carroza conmigo?

—Será un placer, señor.

El coche que he pedido se detiene frente a nosotros y, tras abrirle la puerta a Diane, corro al otro lado para deslizarme en el asiento trasero junto a ella. Recuerdo la dirección al conductor. Durante mi primera visita, descubrí que Liv vive en el Upper East Side, en la 74, entre Lexington y la Tercera Avenida. Una dirección a la altura de las perlas que lleva su madre y que me hicieron suponer que no debía vivir demasiado lejos.

El hecho de que Diane me acompañe hoy podría parecer un milagro, pero el accidente ha cambiado a Liv. Cabría pensar que, durante la operación, también le han hecho un trasplante de personalidad. O una extirpación, todavía está por ver. Liv ni siquiera ha vuelto a ser la bailarina que conocí antes de la llegada de Diane: ambiciosa, valiente y decidida hasta casi la obsesión. Está como suspendida: tranquila, indiferente y simpática.

Demasiado simpática.

Pero cuando me sugirió que le preguntara a Diane si quería hacerle una visita, después de haber recibido una carta suya, le he tenido que pedir que me lo repitiera. Diane ha tenido la misma reacción, con sus grandes ojos dorados como platos cuando le he transmitido la invitación. Ya le he dicho a Diane que Liv iba a sorprenderla. No le he dicho en qué sentido, pero una parte de mí sabe que espera que Liv esté odiosa. Y, como a otra parte de mí le encanta que se muera de la intriga, no le he dicho más. Experimento un cierto placer sádico cuando la veo de los nervios.

¿La profundidad emocional de un adulto? Desde luego, hoy no.

Un portero nos recibe en la entrada del elegante edificio de Liv. Me reconoce y me saluda. Subimos al décimo piso en el ascensor y salimos a un pasillo con una moqueta gruesa y una iluminación tamizada. Muy «cine negro». Diane mira a su alrededor, con curiosidad pero en silencio.

—Ah, sí, es muy diferente del *loft* industrial del Village en el que vives con tu *hipster* imberbe.

—¿Y cómo sabes que es un *loft* industrial? —me pregunta recelosa.

—Solo hay que mirar a tu novio para saberlo, querida —me limito a responder.

Antes de que llame a la puerta, Diane me suelta:

—¡Déjalo ya! Estoy segura de que os llevaríais bien si os tomaseis la

molestia de charlar...

—Eso no va a pasar. Somos opuestos y no precisamente complementarios.

—¡Todo es posible! ¡Mira! ¡Quién habría dicho que Liv y yo...! —dice antes de callarse cuando la puerta se abre.

Una mujer de apenas un metro cincuenta se encuentra frente a nosotros con un impermeable por encima del uniforme de empleada doméstica, vestido negro y delantal blanco incluidos. Solo le falta la cofia y el plumero.

—*Hola, Rosa, ¿cómo está?*

—*Muy bien, señor Jouanteguy, gracias. ¿Ha venido a ver a la señorita Beaufort? ¡Qué buen amigo es, además de guapo!* —añade alargando la mano a mi mejilla y yo se la ofrezco para que pueda darme unos golpecitos.

Diane no dice nada y se limita a sonreír a la mujer que, mirándola, añade:

—*¿Y quién es? ¿Otra amiga bailarina? Vaya, tiene que comer más. ¡Está en los huesos!*

Ahogo una risa antes de presentarle a Diane, en inglés.

—Diane, Rosa es el ama de llaves de los padres de Liv. Rosa, sí, Diane es bailarina del Ballet de Nueva York.

—Encantada —responde Diane.

Rosa sigue observándola con cara de pena antes de suspirar y salir del apartamento.

—Que pasen una buena tarde con la señorita Beaufort.

—¿Cómo está hoy?

—Como ayer —responde con tono cansado antes de encogerse de hombros—, ¡está poseída!

Se aleja con estas últimas palabras y nos deja allí plantados delante de la puerta abierta.

—¿Qué ha dicho? —me pregunta Diane.

—¿Cuando hablábamos en español o ahora mismo?

—Las dos.

—Que estás muy delgada y que Liv está poseída, ¿por?

Diane no reacciona a la primera parte de la frase, pero la veo arquear las cejas con la segunda. Inspira profundamente y continúa:

—¡Parece conocerte y que incluso te aprecia!

—¡Qué le voy a hacer! Soy irresistible.

Diane me lanza una mirada de desaprobación. La agarro por los hombros

y la empujo al interior antes de cerrar la puerta con el pie. Me inclino hacia ella y le susurro al oído:

—¡Bienvenida a la guarida del diablo!

—¡Para ya, Joaquín! ¡No tiene ninguna gracia!

—Sí que la tiene, sí. ¿Tienes una cruz? ¿Una medalla quizá? Dime que sí, ¿estás bautizada?

A juzgar por la postura de Diane, adivino que se pregunta si no le habré tendido una trampa. ¿Liv, poseída? ¿Pero qué podría hacerle? ¿Lanzarle un crucifijo? Poco probable. Los Beaufort, a pesar de su apellido de origen francés, no son para nada católicos. Anglosajones protestantes desde sus perlas de familia hasta sus largas cabelleras rubio ceniza.

Guío a Diane al salón donde Liv pasa la mayor parte del día.

—¡Diane, Joaquín! ¡Qué alegría!

Diane se queda petrificada mientras yo me adelanto para apretar la mano que Liv me tiende. Me siento en el sofá que hay a su lado. Tiene la pierna apoyada en la mesa sobre una montaña de cojines para mantener la pierna elevada. Hay dos muletas sobre el reposabrazos del sofá.

—¿Diane? Ven aquí y siéntate en el sillón. ¿O prefieres ponerte donde Joaquín?

Diane apenas responde y la entiendo. Liv está impecable, como siempre, pero toda esa fachada «WASP» que aniquilan sus maillots y el sudor ha vuelto con fuerza. Tiene el pelo cortado en un *carré* largo rubio que destaca sus ojos verdes. Sigue estando un poco pálida por las horas que pasa encerrada en casa, pero lo ha disimulado con un poco de maquillaje. Lleva un vestido cruzado que le quedaría bien a su madre. De hecho, me pregunto si no será de su madre.

Pero es su expresión la que la hace irreconocible. Liv está neutra. No tiene la arrogancia de su madre, pero todo ese fuego que la caracteriza, tanto para bien como para mal, parece haber desaparecido bajo sus buenas maneras, ese barniz característico de cierta burguesía neoyorquina. Es como si los ángulos de su rostro se hubieran evaporado, pero, en vez de la dulzura que cabría esperar, hubiera aparecido una versión edulcorada de Liv. Una Liv atrapada bajo un lago helado, con el rostro deformado y pálido por el hielo.

Diane termina despertando y se sienta en el sillón más alejado. Fuera del alcance del crucifijo. O de las muletas.

—Rosa ha preparado limonada. ¿Queréis un vaso? También hay *whisky* y ginebra, creo, en el mueble, pero yo no puedo beber. Por culpa de los

medicamentos.

—Un vaso de limonada está bien —responde Diane.

Me levanto y sirvo tres vasos. Cuando todo el mundo la ha probado, deliciosa, por supuesto, Liv suelta el vaso y nos mira por turnos.

—Entonces, ¿qué estáis ensayando en estos momentos?

—*Interplay*, Diane interpreta ahora el papel de Jill.

—Muy bien. Es una buena obra para ti, Diane. ¡Muy dinámica! Si no estoy equivocada, jamás la has bailado, ¿no?

—Eh... No, no, tienes razón —balbucea Diane.

—¡Me gusta tanto Jerome Robbins! —exclama Liv, juntando las manos.

—¿Y a quién no le gusta? —añado.

Estoy acostumbrado a estas conversaciones un poco superficiales, pero algo me dice que, a fuerza de visitas, este nuevo caparazón de Liv acabará por resquebrajarse. Es demasiado reciente como para ser demasiado sólido. Se lo ha construido al volver de la operación para protegerse de una lástima que debe de ser más dolorosa que la propia lesión.

—Tendría que haber interpretado a la chica de amarillo, pero, bueno, habría sido difícil con mi pata de palo —exclama Liv antes de soltar una risa gutural que hiela a Diane.

¡Ay, la pobre! Seguro que ahora prefiere la versión agresiva de Liv. La comprendo. Al menos estaba más viva. Parece que estamos ante un robot. Nos habla casi con el tono de Siri. Inquietante.

Y, ya que estamos por hacernos cumplidos, creo que ha llegado el momento de soltar la bomba. Después de todo, no tardarán mucho en saberlo.

—Me voy al Royal Ballet la próxima temporada.

—¿Qué? —exclama Diane.

Liv no habla, pero arquea las cejas, sorprendida. Bien, todavía hay alguien debajo de la seda y las perlas.

—Sí, me hicieron una propuesta cuando estuvimos allí en febrero y acabamos de firmar el contrato.

—¿Pero te vas para siempre?

—Voy a seguir siendo artista invitado del Ballet de Nueva York, así que no os vais a deshacer de mí tan fácilmente. Audrey ya ha negociado que vuelva en otoño para una obra y luego para otra en primavera.

—Pero qué buena noticia, Joaquín —declara Liv con voz lejana.

—De hecho, sí. He pensado que ya había llegado el momento de volver a mis raíces. Después de todo, fue el Royal Ballet el que me dio la oportunidad

—digo.

—Jamás pensé que acabaría volviendo a Europa —añade Diane.

Me encojo de hombros, coloco el brazo en el respaldo y lo doblo para apoyar la cabeza en mi mano. Elevo la mirada al techo y le respondo:

—La visita de Alba ha hecho que me diera cuenta de que me había alejado un poco de mi familia. Ha llegado el momento de volver al redil. Si no lo hago ahora, ya será demasiado tarde y parecerá que me estoy jubilando. ¡Será toda una sorpresa en nuestro pequeño mundo!

Diane me sonrío:

—Bueno, quién lo habría dicho. El gran Joaquín Jouanteguy, noqueado por su hermanita pequeña.

Liv me observa y una sombra atraviesa sus ojos verdes:

—No puedes hacer nada ante una hermana pequeña decidida a salvarte de ti mismo, ¿verdad?

Le sonrío. Después de haber conocido a Victoria, estoy de acuerdo con Liv. Y la reflexión de Olivia me hace pensar que su hermana tampoco aprueba esta nueva versión edulcorada de la bailarina.

—Desde luego y, además, tampoco exageremos, que me voy a Londres, no a Bilbao. No es que me vaya a mudar a casa de mis padres.

—Mis padres me lo han propuesto —suelta Liv.

Diane no consigue ocultar un gesto de horror.

—No pasa nada, Diane. Yo puse la misma cara. Por eso ahora me envían a Rosa para que me espíe.

—Oh, está claro, sí. ¡Tu vida es muy difícil, Liv! —exclamo.

No responde y continúa:

—Por suerte, Rosa tiene mejores cosas que hacer que informar de todos mis movimientos, que prácticamente se limitan a ir del sofá a la cama — termina con tono sereno.

—¿Sabes ya cuándo empiezas la rehabilitación? —pregunta Diane.

—No.

—¿Los médicos no te lo han dicho? ¿Al menos una estimación?

—No se lo he preguntado.

—¿Por qué?

Liv no responde de inmediato y mira por la ventana. Entre dos edificios, se puede ver un poco de follaje que empieza a reverdecer. Diane me mira y agito la cabeza imperceptiblemente. Todavía no he abordado ese tema con Liv. Desde que volvió a casa, solo he ido a verla dos veces y hemos hablado



principalmente del tiempo que hacía, de los libros que debía leer y de nada serio, de nada que tuviera que ver con la danza. Con una rotura del tendón de Aquiles, debería poder quitarse la escayola pronto y empezar la rehabilitación de inmediato. Cuanto más espere, más difícil será.

—Todavía no sé si quiero seguir bailando.

—¿Si vas a...? —empiezo.

—Si quiere —me corrige Diane, que sí ha escuchado bien lo que decía Liv.

—¿Sabes? Conozco un fisioterapeuta muy bueno aquí —le digo.

—Yo también, en París, pero podría venir a verte cuando pase por Nueva York.

Liv nos mira. La capa de hielo que la asfixia y la protege es hermética. Nos sonrío educadamente, con la boca apretada y continúa:

—No merece la pena. Si quiero cambiar, tiene que ser ahora. Todavía puedo volver a la universidad... Mis padres estarían encantados. Mi hermano me presentaría a un colega banquero. Sí, eso sería... lo ideal.

Acaricia con gesto ausente su collar de perlas y tengo que contenerme para no arrancárselo y sacudirla.

Tras semejante declaración, Liv nos dice que está cansada. Nos pide que cerremos la puerta al salir y vuelve a mirar por la ventana, ya ausente.

De vuelta en el rellano y luego en el ascensor, ni Diane ni yo hablamos. Una vez fuera, por fin ella decide hablar.

—¿Poseída? Lo que quieres decir es que es un cascarón vacío.

—¿Flipante, no?

—Totalmente. ¿Crees que lo hará? ¿No irá a rehabilitación? ¿Dejará de bailar?

La incredulidad que desprenden las palabras de Diane me hace sonreír.

—No lo sé. Seguramente todavía esté en estado de *shock*. No me ha contado lo que le dijeron los médicos después de la operación. Aparte de nombrar «su pata de palo», evita el tema. Si solo es una rotura del tendón de Aquiles, debería ser bastante simple.

Diane se cruza de brazos y parece no estar de acuerdo conmigo.

—De todas formas, no es normal. No puede dejarlo. ¡Qué desperdicio!

—No podría estar más de acuerdo contigo.

—Deberíamos hacer algo. Estoy segura —murmura.

Reconozco esa expresión, la expresión que ponen quienes quieren hacer lo mejor para los demás aunque ellos no quieran. No estoy seguro de que eso

funcione con alguien como Liv.

—Diane, deja que ella decida.

La bailarina eleva sus ojos inocentes hacia mí.

—No sé de qué hablas. Bueno, ¿y cuándo te vas a Londres? ¿Es allí donde te vas los próximos días?

—No, me voy a ver a mi hermana, bueno, a mi familia. Me iré a Londres para siempre este verano, creo.

—Ah... este verano.

Pronuncia las palabras como si tuvieran un sentido secreto que yo desconozco.

—¿Tan importante es la fecha en la que me voy? ¿Quieres pasar las vacaciones allí conmigo?

Diane me lanza una mirada desde abajo acompañada de una sonrisita traviesa. Frunzo el ceño. ¿Qué me irá a soltar ahora?

—¿Tienes amigos en Londres?

—Bastantes, no estaré solo. ¿Eso te preocupa?

—Solo me preguntaba si habría sitio para alguien más.

—¿Para quién? ¿Piensas decirle a Ethan que te vienes conmigo a Londres, por fin conquistada por mi innegable *sex-appeal*?

—¡Para ya, Joaquín! Yo no.

—Entonces, ¿quién se viene a Londres conmigo?

—Ella ya está allí. De hecho, aterrizó ayer.

Observo a Diane, que se muerde el labio inferior antes de esbozar una sonrisa de satisfacción que me da ganas de retorcerle el cuello.

—Creía que ya lo sabías.

Guardo silencio, pero Diane está lanzada.

—¿Le digo yo a Alice que vais a vivir en la misma ciudad o se lo dices tú?

Voy a estrangularla. La fulmino con la mirada, conteniendo mal mi exasperación. Mi esperanza. La sonrisa de Diane se hace más grande cuando, con tono seco, le digo:

—Yo me encargo.

# CAPÍTULO 22

## ALICE

Lo bueno que tiene mudarse de Nueva York a Londres es que, en materia de alojamiento, no te sorprendes ni agradable ni desagradablemente. Caros, viejos, mal reformados, mal aislados, los apartamentos londinenses ofrecen la misma relación calidad-precio que los neoyorquinos. Dicho de otra forma, la calidad, horrible y el alquiler, prohibitivo.

A pesar de ser medio inglesa —o al menos eso dice mi pasaporte—, como bien han demostrado mis peripecias con los Laurel y Hardy de la inmobiliaria para encontrar nuestras nuevas oficinas, no tengo un olfato infalible para el alojamiento. Mientras busco un apartamento decente, he alquilado un Airbnb para la primera semana con opción de prolongarlo dos semanas más. Llegué ayer por la noche y, entre la lluvia fina que cae sobre la ciudad y mi cerebro al ralentí, tengo la impresión de moverme en una neblina tanto física como mental. Nada de una nueva vida que va sobre ruedas. Todo me deprime.

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah.

Mi bostezo, más bien un mugido, resuena en la habitación. Me estiro, ruedo en la cama y echo un vistazo al teléfono. Son casi las once ya y tengo una cita a las doce y media cerca de Chancery Lane, entre Covent Garden y la City. Mi alojamiento «auxiliar» se encuentra en Russell Square, bastante cerca del British Museum y a solo veinte minutos a pie del lugar de la cita, lo que me deja algo de tiempo para despertarme sin prisas. Me resisto un poco a abrir los ojos y me levanto para prepararme un té. El propietario ha dejado amablemente unas galletas a disposición de sus huéspedes, pero, cuando abro el paquete, algunas ya están rotas y las que quedan, blandas.

Bienvenida a Londres, Alice.

Venga, solo son miniproblemas que olvidaré pronto en cuanto me instale y *Show me* ya haya arrancado. Mientras tanto, no me dejaré arrastrar y, tras beberme el té, me doy una ducha bien merecida. Ayer, agotada por el vuelo, el estrés y la falta de sueño de los últimos días, caí rendida después de haber conseguido la proeza de cepillarme los dientes y lavarme la cara. Esta mañana soy más ambiciosa. Saco todos mis enseres de aseo, me doy una ducha en una bañera con cortinas de plástico que se me pegan a las piernas por la electricidad estática y giro los grifos con la esperanza de no quemarme.

Tras unos segundos, ya no tengo por qué inquietarme. No hay riesgo de que me queme. ¿Pero acaso pasará de «templada-caliente»? Como la paciencia no es mi fuerte, opto por una ducha vivificante y utilizo todo el arsenal cosmético a mi alcance para despertarme. Después de terminar de frotarme el cuerpo con un cepillo que se supone que aporta belleza eterna y una piel lisa, me envuelvo en una toalla esponjosa y vuelvo a la habitación para sacar la ropa de la maleta y escoger qué ponerme. Me he traído lo mínimo para aguantar las tres primeras semanas, el tiempo suficiente como para encontrar un primer alojamiento. Un baúl más imponente me seguirá más tarde. Esta situación me ha obligado a renunciar a buena parte de mi guardarropa. Ya no amontoño enaguas y cuellos almidonados, pero tampoco es que me haya pasado a los vaqueros y las camisetas. Estoy intentando encontrar el equilibrio entre vestidos con algo de estilo y ropa interior que no parezca que se la he robado a mi tatarabuela.

Puede sonar extraño, pero me he deshecho de mi cómoda de carísima lencería. Por una parte, salvo por algunas honrosas excepciones, esa ropa interior estaba destinada a ser llevada sin nada encima y, en mi día a día, necesito un mínimo de cobertura. *Show me*, vale, pero sin llegar a la lencería. Por otra parte, se correspondía con una versión fantasiosa de mi persona, una Alice imaginaria que estaba muy alejada de mí, Al, en modo Hitchcock, que es como me vestía cada mañana. He conservado algunos conjuntos más decorosos, como el sujetador que me puse la primera noche con Joaquín, por nostalgia. Sí, simplemente nostalgia, nada más. Las braguitas tuvieron un fin glorioso esa misma noche, pero me he comprado otras iguales. No sé si ponerme el conjunto hoy. Es uno de los pocos que no me hacen sentir un pollo listo para asar ni tiene tanto frufú como para formar pliegues extraños bajo el vestido. Lo extiendo en la cama y acaricio el tul y el satén cuando oigo que la copa derecha cruje.

La presiono entre el pulgar y el índice. No lo he soñado, hay algo dentro.

Giro el sujetador. Hay un bolsillito en cada copa donde se puede meter una almohadilla para rellenar un poco. Yo suelo dejarlas. ¿Acaso habrán puesto ahí el tique en el tinte? Empiezo a fruncir el ceño antes de quedarme helada, cuando, al sacar la almohadilla, cae un papel doblado sobre mis muslos.

No me he puesto el sujetador desde Londres y mandé la ropa a la tintorería al volver a Nueva York. Está claro que sacaron el papel antes de proceder a la limpieza y luego lo han vuelto a meter donde estaba, como hacen cuando olvido una carta o un objeto pequeño en un bolsillo, que luego acabo encontrando en mi ropa limpia. Es una de las cualidades de mi tintorería, que casa bien con la especialista del caos organizado que soy. No revisé demasiado la bolsa de la ropa cuando la recibí y me limité a echar lo que me interesaba en la cómoda y luego en la maleta. Hoy es la primera vez que lo toco de verdad.

No soy estúpida. Sé que no es el tique de la tintorería. Todo este titubeo no hace más que retrasar el momento de abrir el papel. Y solo conozco una persona a la que le gusta deslizar mensajes en lugares sorprendentes, en mis botas, en mi programa del *ballet*. Todas esas cosas que me recuerdan, de una forma u otra, a esa persona.

Abro el papel con delicadeza y reconozco la letra. Levemente ladeada a la derecha, refinada. Está lejos de ser esos palitos y grafitis ilegibles que la mayor parte de personas que conozco llaman escritura, yo incluida. Es el trazo de un hombre que desea ser comprendido y que hace las cosas como es debido. Elegante y ágil, como él. Ahora que lo pienso, esta debe de ser la primera nota que Joaquín me dejó. La única que no conseguí encontrar. Temblorosa, suspiro para poder controlarme antes de cerrar el puño que no contiene el papel.

*Alice,  
mujer maravillosa.  
Tu corazón  
sobre mi cuerpo,  
mi corazón  
en tu mano.  
Ahora, mañana y...*

No hay nadie cerca que pueda escuchar mi suspiro antes de rodar por la cama imitando a un bebé llorando. ¡Es que no se puede ser más guapo ni más

sexi y además escribir estas notas sin parecer ridículo! ¡La vida es injusta! Sé que Joaquín juega con las palabras como jugó conmigo y yo con él, pero estas historias de corazón y cuerpos... me trastornan. Todavía.

Bueno, es mejor haber tenido una bella historia de pasión, aunque haya durado tan solo unos días, que haberla dejado pasar. A fuerza de repetírmelo, todo esto se acabará convirtiendo en un bonito recuerdo que sacaré del armario de vez en cuando para recordarme que es posible.

Qué depresión...

No me queda otra. Tengo que calmarme porque solo voy a ver a Alba dentro de... menos de tres cuartos de hora. Si llego con el labio tembloroso por culpa de su hermano, el desayuno será un desastre. Me visto a toda prisa, me maquillo un poco para compensar el cielo gris con un bonito color frambuesa en los labios y, paraguas en mano, me lanzo al asalto de Londres.

Con su porche de entrada y sus columnas, el edificio frente al que he quedado con Alba parece imponente. Se encuentra en una callejuela y, cuando el tiempo acompaña, imagino que los ladrillos beis adquirirán un tono dorado bajo los rayos del sol. «Sol» es el elemento clave de esta frase. En este momento, el edificio es gris. Elevo la mirada al cielo y, al hacerlo, recolecto unas cuantas gotas. Sí, la llovizna todavía no ha parado. No hace tanto frío, pero, con la humedad, tengo la impresión de volver a estar en invierno y, entre escalofríos, me cierro el cuello del impermeable. Si tenemos en cuenta a las personas que me he cruzado, sobre todo a las mujeres, debo de ser la única que tiene frío. Algunas iban con camiseta y falda, decididas a que este lunes de finales de marzo sea un lunes de primavera. Eso es lo que yo llamo poder mental. O delirio.

—¡¡Alice!! —exclama Alba al salir del edificio.

Como su hermano, me llama Alice y me da un salto el corazón al verla, pero no por mucho tiempo porque su sonrisa es contagiosa. Por fin un poco de sol.

—¡Alba! ¿Cómo estás?

Nos damos un abrazo y la invito a que se meta conmigo debajo del paraguas.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, en modo recién salida del avión —bromeo.

—¡Ay! Podríamos habernos visto mañana, ¿sabes?

—No, no pasa nada. Si no estuviera aquí, me habría quedado en el apartamento comiendo galletas blandas entre dos cabezadas. Así me adaptaré

antes.

—Pues sí. Si te expones a la luz del día, es más fácil.

—La luz del día... Todo un desafío si el tiempo sigue así.

Alba me sonrío y, tras agarrarse a mi brazo, me lleva por las calles de Londres. La sigo y, unos diez minutos después, estamos las dos instaladas en el restaurante *The Pig & Goose*.

—He pensado que un buen desayuno inglés sería lo ideal para darte la bienvenida.

—Pues sí y, visto el tiempo, de lo más reconfortante—replico.

Tras pedir, reprimo otro bostezo. El restaurante está seco, caliente... Hummm, buen sitio para continuar la noche.

—No me has dicho qué haces en Londres. ¿Has venido a visitar a unos amigos?

—No... Para mí, las vacaciones ya se han terminado. De hecho, hemos quedado frente a la sucursal inglesa de MSF.

—¿MSF? ¿Médicos Sin Fronteras?

—Sí, vuelvo al servicio.

—Oh... ¿Y estás contenta?

Si no lo entendí mal cuando Alba se quedó a dormir en mi casa, necesitaba algo de distancia y no parecía decidida a volver.

—Contenta... No sabría decirte, pero es lo que sé hacer y no puedo estar indefinidamente de vacaciones. Desde el punto de vista económico, ya empieza a ser complicado.

Asiento con la cabeza.

—¿Te vas pronto?

—En unas semanas y, mientras tanto, trabajaré un poco en las oficinas. Seguramente en París, pero hoy tenía que reunirme con un compañero que trabaja aquí en Londres, así que he matado dos pájaros de un tiro. Vuelvo a Bilbao el lunes que viene. Hasta Joaquín estará allí.

—¿Reunión familiar?

—¡Sí, la primera en mucho tiempo! —exclama, abriendo los ojos como si no pudiera creérselo.

—¿No estás segura de que todo salga bien?

—Digamos que no excluyo la posibilidad de que Joaquín nos dé plantón.

—Pero él jamás dejaría plantada a Ainhoa, ¿no?

Los ojos de Alba se abren todavía más antes de recuperar la compostura. Bebe un sorbo de agua y me mira desde abajo, con el ceño fruncido. Con esa

expresión, el parecido con su hermano es flagrante.

—Había olvidado que te había hablado de ella.

—Bueno, solo un poco.

—No, pero, cuando la has nombrado, tenía la cabeza en otra cosa. No era consciente de ello. Joaquín te ha hablado de Ainhoa y no habla de ella con nadie. Con nadie —repite con tono exagerado.

Guardo silencio.

—Pero...

—Con nadie. ¡Ni siquiera con su familia! Vale que ahora se está esforzando, pero... es un tema sensible.

Me devora la curiosidad y, al mismo tiempo, siento que no tengo derecho a saber más sobre la familia de Joaquín. ¿Alice en modo *stalker*? Mejor no, mejor intento no acabar como un trapo y dejo de soñar con el príncipe azul que jamás volverá.

Alba parece adivinar mi malestar y me dice:

—Creo que eres especial para él. Quizá por fin se haya enamorado.

—¡Oh, déjalo ya! ¡No está enamorado! ¡En absoluto!

—¿No estabais juntos?

—Sí, no, bueno, solo fue una aventura.

—¿Una aventura?

Ladea la cabeza antes de negar con ella.

—No. No ha sido una aventura. Estuviste en su casa.

—Era lo más práctico.

—Te ha hablado de Ainhoa...

—Dos minutos, ya está...

—Parecía molesto cuando dije que eras su novia y tú te echaste a re...

—¡A ver, es humano! Mi reacción no tuvo nada de halagadora...

—Pero tú estás enamorada...

—Sí, pero... —digo antes de parar bruscamente.

—¡Ajá! —exclama Alba con los ojos brillantes.

Suspiro. Nos interrumpen los camareros con los platos.

—Come en vez de decir tonterías y de hacer que yo las diga —digo antes de concentrarme en mi pasta.

Alba obedece, pero siento que hace un esfuerzo inconmensurable para contenerse. Tras unos minutos, elevo la mirada al techo y me doy por vencida. Y no desaprovecha la ocasión.

—Pero estabais enamorados. Eso es una buena noticia, ¿no?



—No es ninguna buena noticia. Yo estoy en Londres y él en Nueva York. Y, de todas formas, él no está enamorado de mí.

—Yo creo que sí —me espeta.

—Alba... Entiendo que quieras que tu hermano sea más abierto, que se enamore, que sea feliz, pero yo no soy esa mujer.

—Sí. Además, Joaquín va a mudarse a Londres.

Parpadeo.

—¿De qué estás hablando?

—Ha firmado con el Royal Ballet y vuelve a Londres para la temporada de otoño.

Intento ocultar la decepción que la noticia me provoca.

—Razón de más. Ni siquiera me lo ha dicho. Si quisiera verme, me lo habría contado.

—¿Pero él sabe que vivirás en Londres? Vamos, ¿que ya vives aquí? Porque yo no le he dicho nada. Y firmó la semana pasada con el Royal Ballet, yo acabo de enterarme.

Parece tan orgullosa de haber sido capaz de mantener el secreto que, muy a mi pesar, le sonrío.

—Es compañero de Diane, la novia de mi socio. Seguro que Diane se lo habrá dicho.

—¿Y crees que ella habla del trabajo de su novio cuando está en la compañía? —me pregunta Alba con falsa ingenuidad.

Rechino los dientes.

—No lo sé. No creo.

—Entonces, resumiendo, estás enamorada de mi hermano, que se va a mudar a Londres y que, probablemente, también esté enamorado de ti. Tú crees que él sabe que vives en Londres por obra y gracia de la telepatía y que no se ha puesto en contacto contigo porque no quiere verte y no porque no sabe que estás en Londres o porque cree que no quieres verlo. ¿Quizá? No te lanzaste sobre él cuando fue a buscar mis cosas a tu casa, ¿verdad? Todavía estaba peinado cuando volvió, así que ¡deduzco que no!

—Me pones de los nervios, Alba.

—Lo sé, pero, por más nerviosa que te ponga, ¿no crees que puede que tenga algo de razón?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

Alba se limpia la comisura de los labios metódicamente con una

servilleta y la deja en la mesa antes de alisarla con las dos manos. Se me queda mirando y esa parte un poco imprevisible suya se transforma en una intensa concentración en mí.

—Joaquín tiene muchas cosas que aclarar con nosotros, su familia. Si por casualidad se enterara de que estás en Londres, yo creo que esperaría a solucionar todo eso antes de venir a verte. Por si no te has dado cuenta, a él no le gusta mezclar sus mundos. ¿Pero a ti qué te retiene? ¿Aparte del orgullo y el miedo?

Permanezco impasible. ¿Orgullo y miedo? ¡Zas, en toda la boca! Me siento un poco ridícula frente a Alba, sí ella es la más joven de las dos, pero parece la más madura en el terreno sentimental. Al ver mi reacción, suaviza un poco la mirada.

—Alice. Sé que da miedo. Y Joaquín no es para nada fácil, pero creo que tú tampoco y, cuando los dos estáis juntos, saltan chispas... Basta con que esperes a que Joaquín venga... Vendrá, sí, seguro, pero no inmediatamente. Le toca a él mover ficha. ¿Pero de verdad quieres esperar? No te estoy pidiendo que te tires delante de él desnuda...

—Alba, es tu hermano. Esta conversación empieza a ser extremadamente incómoda.

Pone fin a mi interrupción con un golpe de mano y continúa:

—No hay nada de malo en pedir. En estar presente. Ve a sacudirlo, eso será lo mejor que le haya pasado. Y quizá a ti también.

Dudo. Todo lo que Alba acaba de decir se ajusta a la persona en la que me he convertido en estos últimos meses. A esa que quiero ser. Ya no me escondo detrás de mi pantalla, de mis fajas de abuela ni de un diminutivo voluntariamente neutro. Ahora vivo con ello y soy Alice. Y no soy Al. Caí en los brazos de Joaquín sin querer, pero ¿acaso quiero dejar el resto de los acontecimientos en manos del destino? ¿Esperar a que Joaquín se cruce conmigo al doblar una esquina de una ciudad cada vez más grande?

¿Y si se cruza con otra mujer que no se lo piense dos veces a la hora de tomar lo que quiere?

¿O, al menos, de pedirlo educadamente?

Salgo de mi ensoñación por el ruido que hace Alba al rebuscar en su bolso.

—¿Qué haces?

—Busco mi teléfono.

—¿Esperas una llamada?

—No, miro los vuelos.

—¿Todavía no has comprado el billete para volver a casa?

Alba me observa como si hablara en chino. Su sonrisa se agranda.

—No, busco uno para ti.

—¿Q... qué?

—¡Mis padres te van a adorar!

# CAPÍTULO 23

JOAQUÍN

Bilbao ha cambiado. Lo recordaba como un lugar oscuro, deprimente, encajonado entre cadenas montañosas de poca altura, típico del País Vasco español industrial y precario y que contrastaba con el País Vasco francés al que nos llevaba nuestro padre, con su litoral protegido, su patrimonio y sus turistas. No había turistas en Bilbao. ¿Para ver qué? ¿Las zonas industriales abandonadas? ¿El puerto que asfixiaba la ciudad? ¿Las sucias márgenes del río?

Solía aterrizar en el aeropuerto, ir directamente a ver a Ainhoa y volver a irme. Ni siquiera pasaba por la casa de mis padres. Ellos sabían que estaba allí por ella y nos dejaban solos para mantener nuestra conversación anual. Con ellos, no hablaba. ¿De qué?

Pero todo eso está a punto de cambiar.

Para empezar, me sorprende la ciudad que veo desde el taxi que me lleva al centro. Ya no tiene nada que ver con mis recuerdos de la adolescencia. En veinte años, Bilbao ha dado la espalda a su herencia industrial y se ha centrado en el turismo. El museo Guggenheim, la restauración de las fachadas y la rehabilitación de las zonas industriales han cambiado la cara de la ciudad. Bilbao brilla por fin, sin el peso de los sedimentos de su pasado industrial.

Era una ciudad en la que no se podía respirar, una ciudad que asfixiaba, al igual que el apartamento de mis padres, con su ambiente estancado. El mes de abril suele ser lluvioso, pero incluso los elementos han conspirado para mostrarme los lugares bajo la luz de un bonito día. El sol inunda las calles de la margen derecha, donde todavía se erige el barrio del siglo XIX. Mis padres viven en un pequeño apartamento cerca de la Euskaltzaindia, la Real Academia de la Lengua Vasca. Para mi padre, un obrero francés, vivir lejos

del centro era algo impensable. Tuvo la suerte de poder comprarlo antes de que Bilbao fuera inasequible para la clase media. Subo las escaleras oscuras, más parecidas a mis recuerdos que la ciudad luminosa que acabo de recorrer. Con tan solo un bolso de viaje en la mano, las cinco plantas no son nada, pero tengo que parar varias veces para recuperar el aliento, calmar mi respiración y calmarme yo.

Me quedo un instante frente a la puerta y me desabrocho el ligero abrigo de entretiem po que llevo. Me he vestido para la ocasión, como cada vez que vengo, pero me pregun to si no será demasiado para mis padres. De repente, me siento un extraño. Es en eso en lo que me he convertido después de diez años sin verlos.

Por fin me decido a llamar, pero solo me da tiempo a hacerlo una vez antes de que mi madre abra la puerta.

—¡Joaquín! ¡Hijo mío! —grita.

Se me acerca y me inclino para que pueda besarme. Mi pequeña madre solo llega al metro sesenta, así que le saco dos cabezas. Se agarra a mi cuello y la levanto, lo que hace que se eche a reír y se ilumine su cara y, por un instante, me retrotraigo a hace treinta años. Ainhoa y yo estuvimos solos diez años hasta que nació Marta, solos para recibir toda la atención de nuestra madre. Mientras que nuestro padre trabajaba en la fábrica, ella trabajaba de asistenta, así que nos dejaba con la vecina, pero tampoco por ello dejábamos de ser felices. Las cosas eran así. La vecina, una mujer amable y un poco sorda, nos daba caramelos que se nos pegaban a los dientes y nos quitaban el apetito. Mamá tenía la altura y la silueta de una mujer joven, iba de un lado para otro, con su falda revoloteando en torno a sus piernas hasta esos finos tobillos que no habían pasado desapercibidos para nuestro padre, según él mismo nos contaba. Eso y sus ojos negros bordeados por largas pestañas con las que ella jugaba a su antojo. Tanto que consiguió que se viniera a España en una época en la que el país no era precisamente un destino turístico. Al dejar Francia para acabar en tierras ibéricas diez años antes de la muerte de Franco y del fin de la dictadura, mi padre había hecho el camino inverso.

—¿Cómo estás, mamá? —le pregun to tras dejarla en el suelo.

Se apresura a correr por el pasillo y me arrastra con ella.

—Bien, como siempre. Tu padre está viendo la tele. ¡Estás guapo, pero pareces un oso!

Me acaricio la barba, no me he afeitado esta semana, y avanzo detrás de mi madre. Mi padre está en el salón, sentado en el sofá de cuero que ya estaba

allí hace veinte años. Frunzo el ceño. ¡Les he enviado dinero con regularidad! ¿Pero qué diablos han hecho con él? Invertir en decoración parece que no. Cualquiera diría que se ha parado el tiempo. Reprimo un escalofrío.

Entro en el salón y en la tele hay un canal francés. Mi padre siguió a su amor hasta España, pero siempre ha sido categórico: sus hijos hablarían francés. Televisión francesa, libros franceses y liceo francés, aunque tuvieran que dejarse la piel tanto él como mi madre para que sus hijos pudieran ir. No percibe mi llegada al instante, lo que me permite observarlo durante unos segundos. La tele está demasiado fuerte, aunque eso era algo que ya pasaba antes porque mi padre se dañó el oído en un accidente ocurrido en la fábrica. El hecho de que las cosas hayan cambiado tan poco a su alrededor hace que la evolución de mi padre resulte todavía más asombrosa. Su envejecimiento. Sigue sentándose erguido como si temiera que, en un momento de relajación, el sofá fuera a comérselo. Tenemos el mismo perfil: frente prominente, cejas espesas, nariz recta y mentón firme, pero todo su pelo ya es blanco. Arrugas marcadas cruzan sus mejillas y veo manchas en su rostro. Nunca ha sido de los que se protegen del sol. Nunca se ha cuidado, simple y llanamente.

Me aclaro la garganta y, con voz fuerte para que me oiga, le digo:

—¿Papá?

Se gira hacia mí en silencio y arquea las cejas, que todavía se ven negras a pesar de unas cuantas canas. Mi padre nunca ha sido de hablar mucho.

Me tiende la mano y lo ayudo a levantarse. Siempre me ha parecido más grande de lo que es en realidad. Su leve sordera lo obligaba a hablar más fuerte y eso aumentaba esta impresión. Él no hablaba, tronaba. Los ojos que me miran son iguales que los míos. Me lo han dicho muchas veces. Ojos azul claro, casi transparentes. Me observa insistentemente con una pizca de incredulidad que desaparece de inmediato al imponerse su calma habitual. Me mira como si estuviera viendo una aparición. Toso al sentir que la emoción me oprime la garganta. Abrazo a mi padre un instante. No le gusta mucho la efusividad. A mí tampoco. Pero llegado el momento de soltarnos, me mantiene un segundo más cerca de él y, cuando por fin nos alejamos el uno del otro, sus ojos brillan.

—Has venido.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder con palabras por miedo a que mi voz tiemble.

Mi madre vuelve en ese momento y empieza a poner aperitivos en la mesa.

—Por supuesto que ha venido.

—¿Dónde están las chicas?

—Marta llegará más tarde, viene de San Juan de Luz. Uhaina y Alba han ido a ver a unos amigos. Llegaron ayer. Tu habitación está preparada, por supuesto. Te quedarás en la de Iñaki, bueno, la tuya, pero... ya sabes, se quedó con ella cuando se hizo mayor. Ahora está de viaje. ¿Sabías que juega a la pelota? Y Uhaina... ¡oh! ¡Por poco no viene, pero le dije que no era opcional! ¡Me va a volver loca!

Balbucea, incapaz de mirarme ni de estarse quieta. Poso una mano sobre su hombro. Se la ve frágil, con huesos que parecen de pájaro bajo su fina piel. Baja la mirada y luego me observa desde abajo, con expresión de culpa.

Le sonrío.

Mi madre no me deja tiempo para hablar.

—Es el cumpleaños de Ainhoa. ¿Irás a verla después del aperitivo? ¿Del desayuno quizá? Suelen ir por la tarde, por eso te lo pregunto.

—¿Me espías?

Tranquila por mi tono travieso, continúa:

—Os veo, sí, en fin, te veo, pero no quiero molestar. Sé que es especial para ti. Suelo pasar justo antes de que acaben las visitas.

Mi padre nos mira con los ojos entrecerrados. Me giro hacia él y digo con tono claro:

—Estamos hablando de Ainhoa.

—¡Ah, Ainhoa bailaba muy bien! ¿Y tú? ¿Sigues bailando en Nueva York?

—Sabes bien que sí —interviene mi madre.

—No pasa nada, mamá, no tenéis que saber todo lo que hago al minuto.

—¿Al minuto? ¡Después de todo lo que me habéis hecho pasar tu hermana y tú para poder bailar, sí, claro que sí! —exclama con tono de falsa indignación.

Al comprender que la tranquilizo aportando normalidad a la situación, me meto en el papel de hijo travieso y retomo la conversación donde la habíamos dejado hace unos años. Incluso en nuestras charlas telefónicas, rara vez hablamos de danza y nos centramos más bien en lo básico, en lo cotidiano.

—¡Venga ya! ¡Te encantaba acompañarnos!

—Puf —resopla mientras trae las bebidas.

—¡Mamá, esto no es un aperitivo, sino un festín!

Mi padre nos mira y nos suelta de repente:

—Menudo acento tiene, ¿no?

—¡Venga ya, Pierre!

Sin perder el aplomo, insiste:

—Tiene un acento curioso en español. Habla francés, hijo mío.

Obedezco y él asiente con la cabeza, con expresión sombría.

—Hablas demasiado en inglés. ¿Y eso para qué te sirve? ¡Hay que hablar español, francés y vasco, hombre!

Me quedo con la boca abierta. Mi padre no me había hablado tanto desde la víspera de mi marcha a Londres. De manera tangencial, me había recordado que no debía perder ni mi francés ni mi español. Intento ocultar la media sonrisa que me provoca su comentario y el recuerdo que me trae, pero mi madre se da cuenta y lo interpreta de otra forma.

—Deja de molestarlo, Pierre. Tiene que hablar inglés, vive en Estados Unidos.

—No por mucho tiempo —digo.

Mi madre no dice nada, pero veo cómo la esperanza ilumina su mirada.

—No vuelvo a Bilbao, mamá.

—Ah...

—Sería complicado bailar aquí, ya sabes.

—Pero podrías dar clase, ¿no? Ser profesor. Era eso lo que querías hacer antes de que Ainhoa enfermara.

¡Bum, bombas fuera! Incluso mi padre, cuya sordera a veces me pregunto si es selectiva, se tensa de manera imperceptible.

Yo inspiro profundamente. Se acabaron los secretos de familia, los tabúes que lo esclerosan todo. Alba me ha hecho hablar largo y tendido sobre lo que pasó. Soy capaz. Me siento en el sillón que hay junto al sofá. Mis padres me siguen y se sientan en el sofá. Yo los observo. Sentados a mi lado, con las rodillas y las manos apretadas como si me dispusiera a anunciarles una mala noticia. Ella, pequeña y viva, con ojos grandes y brillantes como los de Ainhoa y Alba excepto por el color. Él, grande y encorvado, su pelo blanco parece una llama que hace palidecer aún más sus ojos.

—Es cierto, yo quería ser profesor.

—¿Te acuerdas del concurso?

—Sí que me acuerdo, sí. Ainhoa me convenció para que también me presentara.

¿Yo? Me gustaba bailar, pero, por aquel entonces, no soñaba con la fama. Tenía dieciséis años y sobre todo ganas de bailar *pas de deux* con la mejor



amiga de mi hermana, una chica rubia que tenía un *en dehors* mediocre, pero un par de pechos muy por encima de la media para una bailarina.

Tenía dieciséis años, casi diecisiete, y mientras Ainhoa se dedicaba en cuerpo y alma a la danza, yo me preocupaba más por el placer. Tenía facilidad, buena morfología y un sentido de la disciplina inculcado por mis padres que encajaba bien en el universo exigente de la danza, pero sí, bailaba ante todo por placer.

—El Grand Prix de Lausanne —enuncia mi madre como si fuera un término sagrado.

—Exactamente, mamá.

El Grand Prix de Lausanne es un concurso de jóvenes bailarines de entre quince y dieciocho años. Se reparten varios premios en la final, pero el que le interesaba a Ainhoa era una beca de un año en el Royal Ballet, la puerta de entrada a la carrera de bailarina. Habíamos preparado nuestras variaciones juntos. Yo, el guerrero Solor, en *La bayadera* y, para la variación contemporánea, *La consagración de la primavera*. Ella, una variación de *Giselle* y *Nocturnes*. Por aquella época ya no vivíamos en España, estábamos internos en la escuela nacional superior de danza de Marsella.

Sé que mamá se siente culpable. Cree que si hubiéramos vivido en casa, ella habría advertido que algo no iba bien en Ainhoa, pero, en ese momento, tenía cuatro hijos entre tres y once años que acaparaban toda su atención. Los raros fines de semana que pasábamos en Bilbao, nos trataban como pachás. Y, además, Ainhoa no mostraba nada. No se encontraba bien, pero lo ocultaba. Yo debería haberme dado cuenta de que estaba cansada. De que se exigía demasiado y no se escuchaba nada. Era yo quien vivía con ella. Alquilamos dos habitaciones en la casa de una familia cuya hija, más joven que nosotros, también estaba en la escuela de danza. Ellos tampoco se dieron cuenta de nada. ¿Una bailarina que adelgaza? Es lo normal y, de todas formas, Ainhoa nunca dejó de comer.

Nadie se dio cuenta de nada. Nos fuimos a Lausana. Yo bailé mi variación clásica y ella también. Estuvo magnífica. Sé que el tiempo y la distancia tienden a embellecer los recuerdos. Con diecisiete años, Ainhoa no podía tener la maestría de una *étoile*, pero recuerdo verla bailar el pasaje de *Giselle* en el que la joven de corazón frágil se entera de que su amante la ha traicionado y le supone tal *shock* que muere. Esa mirada perdida, esa incredulidad. Y ese salto tan ligero antes de caer al suelo para no volver a levantarse jamás.

Vi esa misma incredulidad en Liv la noche en que se le rompió el tendón de Aquiles. Después de aquello, no pude dejarla sola.

Ese día, Ainhoa hizo una actuación increíble, pero ya no pudo bailar su variación de danza contemporánea. Ya no le quedaban fuerzas. Cuando quise acompañarla al hospital, me ordenó que bailara y ganara por ella. Entre risas, me dijo que ella ganaría el año siguiente.

Creo que hice un buen Solor desde el punto de vista técnico, pero lo di todo en *La consagración de la primavera*. Cuando se anunciaron los resultados, tuve la suerte de poder escoger y decidí irme a Londres. Después de todo, solo tendría que esperar un año para que Ainhoa se uniera a mí. Eso es lo que me había prometido.

En el hospital, le diagnosticaron una forma rara de leucemia. El hecho de que fuera una atleta jugaba a su favor. Sabía luchar. Quería luchar. Volví con ella a Bilbao porque mis padres querían que su hija estuviera cerca de ellos para poder cuidarla.

Tres meses. Toda una vida. Al principio, Ainhoa luchó para poder volver a bailar. Era su objetivo. Luego luchó para poder andar. Después, para vivir.

¿Pero vivir sin bailar se puede considerar vivir?

# CAPÍTULO 24

## ALICE

Tengo la impresión de estar en una contrarreloj. Hoy encadeno las visitas para encontrar un apartamento con una reunión a distancia con Nueva York, una pequeña fase de análisis de pruebas que parece concluyente y una carrera al aeropuerto para comprar un billete en el último minuto y embarcar en un avión con mi bolso de mano como único equipaje.

Son las cinco de la tarde y estoy en un avión que me lleva a Bilbao.

El aterrizaje está previsto para las 18:50. Alba me ha dado la dirección del apartamento de sus padres después de confirmarle desde el aeropuerto que sí, que finalmente iba, porque me he vuelto loca. Culpo al tiempo londinense y su lluvia incesante que, lenta pero segura, ha erosionado mis defensas.

Mi sentido de la lógica.

Mi sentido común, simplemente.

¿Y mis modales?

¡Dios mío, voy a ver a los padres de Joaquín cuando ni siquiera estamos juntos! Si estuviera en su lugar, alucinaría. ¿Los asustaré? ¿Llamarán a la policía?

Ya es un poco tarde para lamentarse. Cuando Alba empezó a teclear en su teléfono para encontrarme un vuelo, dudé, pero luego su entusiasmo empezó a actuar en silencio, penetrando mi alma por las fisuras creadas por toda esa lluvia londinense. Es una excusa patética. Como yo.

He tomado una decisión y ahora toca apechugar. Me declararé y luego me volveré a Londres. Nada de remordimientos. Solo la sensación de que mi estómago está a punto de darse la vuelta.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

Miro a la azafata y dudo. ¿Tan blanca estoy? Frunce el ceño. Sí.

Seguramente con un fondo verde muy favorecedor.

—Me vendría bien un poco de... alcohol.

La azafata arquea una ceja, poco convencida por mi elección. Sin más, le suelto:

—Es que voy a ver a mi ex en dos horas. Es genial. Es una sorpresa. Voy a declararme. No estoy segura de que sea recíproco. Su hermana cree que sí, pero llevaba diez años sin verlo. Me ha convencido.

Duda, pero tampoco parece sorprendida por mi repentino desahogo. Asiente con la cabeza y se aleja por el pasillo para volver un minuto más tarde con una botella de *whisky* en miniatura y un vaso de plástico en la mano.

—Tome, bébaselo de un trago.

Obedezco y echo la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que me trago el contenido de la botellita. El líquido se expande como una llama por mi garganta y empiezo a toser. La azafata apoya una mano en mi hombro para reconfortarme sin perder la sonrisa.

—¿Ya se siente mejor?

Me seco una lágrima y le respondo con voz sibilante:

—Sí, gracias.

—Buena suerte.

Su sonrisa está llena de complicidad, pero su tono no me tranquiliza. Sabe que voy a meter la pata. Lo siente.

¡Alice, cálmate!

El avión por fin aterriza y tengo la impresión de que mi estómago se ha quedado ahí arriba, pero el *whisky* despliega sus efectos y me siento más relajada. Quizá incluso un poco borracha. He comido poco esta semana y he dormido mal. Y este es el resultado.

Ya puedo ver los titulares de la prensa local:

*Turista americana borracha agradece a un bailarín de fama mundial.*

*Le echa la culpa a su hermana pequeña: «¡Ella me dijo que él me amaba!».*

Después de ir a los baños del aeropuerto a lavarme la cara con agua fría y, de camino, poner fin a ese tipo de tonterías, me subo en un taxi que me lleva al centro de Bilbao. No veo nada, con la mirada perdida en el vacío, repasando la lista de decisiones que me han traído hasta aquí hoy. Buenas o malas. No lo sé.

El taxista tiene que pronunciar mi nombre dos veces para que vuelva en mí y le pague por fin. Alba me ha dicho que ella no estará, pero que su madre

sabe que una amiga de Joaquín se pasará por casa. Después ha añadido:

Perdón x)

¿Qué quiere decir con eso de perdón?

Subo por unas escaleras oscuras con el corazón a punto de salirse por la boca. Los peldaños rechinan bajo mis pies. Llamo a la puerta e intento un vago «Hola» cuando el vivo retrato de Joaquín me abre la puerta. Un Joaquín con treinta o cuarenta años más y el rostro endurecido como si una estatua se hubiera puesto en movimiento. No tiene demasiadas arrugas, pero las pocas que tiene son como estrías profundas, grabadas en la piel. Dos ojos penetrantes me escrutan de pies a cabeza.

—¿Alice? —me pregunta con acento francés.

Se me había olvidado que el padre de Joaquín es de origen francés. Le sonrío, dispuesta a preguntarle si está Joaquín y si querría salir a jugar conmigo o al menos esa es la impresión que me da este hombre que tiene un aspecto aún más imponente que Joaquín cuando le entran los aires de grandeza. Monolítico, ese es el término exacto. Para mi sorpresa, su padre esboza de repente una fina sonrisa y levanta un dedo en la señal universal de «Espera un minuto». Desaparece en el pasillo oscuro.

No puedo resistirme a meter la cabeza un poco, curiosa por descubrir la casa donde se crio Joaquín. Donde ha crecido. Según Alba, una familia sencilla. Aunque no sea capaz de diferenciar lo que es típicamente español de lo que se considera una determinada clase social, veo que Joaquín no ha nacido con un sonajero de plata en la cuna. El apartamento no parece señorial y los tapetes de encaje no me parecen una decisión estética tomada en sentido irónico ni una elección decorativa categórica.

El padre de Joaquín todavía no ha vuelto. ¿Se habrá olvidado de mí? ¿De tal palo tal astilla? Ha sido culpa mía. Fui yo la que quiso jugar la baza de «Gracias por los servicios prestados» y que ahora tiene que decir: «En realidad, me gustaría un contrato de larga duración, sin preaviso y sin ninguna condición y, sí, en régimen de monopolio».

Si su padre vuelve algún día.

Oigo voces en español procedentes del fondo del pasillo y me pregunto quién más sabe de mi llegada. Su madre probablemente. Sube el volumen de las voces, una aguda, la otra grave; ¿habré desencadenado una pelea entre los padres de Joaquín? Bravo, Alice. Cuando empiezo a pensar que ha llegado el

momento de irme discretamente a esconderme en Londres, vuelve el padre de Joaquín. Lleva un trozo de papel en la mano y me lo da.

—G... gracias.

Lo abro y veo una dirección. Frunzo el ceño y lo miro. Me vuelve a sonreír y me dice en un inglés titubeante pero claro.

—Joaquín. Está ahí. El taxi está abajo. Para usted.

—¿Han llamado a un taxi para mí?

Entrecierra los ojos y vuelvo a repetir despacio lo que acabo de decir. Asiente con la cabeza y añade:

—Va a ver a Joaquín. Y a Ainhoa.

—¿Sí?

No estoy segura de nada. ¿De verdad quiere presentarme a su hermana? Ni siquiera sabe que estoy aquí, pero está claro que su padre sí que está al corriente. A Alba se le da muy bien meterse en la vida de los demás. Y convencerlos para que hagan cualquier cosa.

Me dispongo a bajar las escaleras sin estar segura todavía de si seré capaz de ir a ese punto de encuentro cuando el padre de Joaquín posa sus manos en mis hombros y me taladra con la mirada.

—Vaya a ver a Joaquín y a Ainhoa. Ahora.

Añade una pausa amenazante antes de fruncir el ceño como punto final a su orden. Asiento con la cabeza de inmediato. ¡Sí, mi comandante! Joaquín no solo tiene los ojos de su padre, sino también su seguridad. Empiezo a tener una visión diferente del bailarín.

Como prometido, un taxi me espera en la puerta del edificio. El taxista es un señor de unos cincuenta años que, cuando le entrego la dirección, arquea las cejas en el retrovisor. El taxi atraviesa la ría y continúa por carreteras sinuosas que suben en dirección al aeropuerto. ¿Es que el padre de Joaquín me habrá gastado una broma de mal gusto en plan «Vuelve a tu casa»? Pero el taxi no gira hacia el aeropuerto, sino que continúa por la colina hasta la dirección indicada. El taxista se para y se gira hacia mí.

—*Es aquí. Bilboko Hilerria.*

Efectivamente, eso es lo que pone el papel que me dio el padre de Joaquín. Guardo silencio mientras las piezas del puzle empiezan a encajar. Después de pedir al taxista que me espere, bajo del coche y me dirijo a las puertas. Según la placa, cierra a las siete. Ya son las ocho. Me pregunto por qué me habrán enviado aquí cuando los padres de Joaquín deben conocer de sobra el horario de cierre. Miro a mi alrededor y veo a un señor mayor que

parece guardar la entrada.

—Buenas tardes... ¿Puedo entrar? —pregunto, articulando las palabras de forma exagerada.

Me mira y me responde con un aluvión de palabras en español que a duras penas consigo comprender. Arriesgando el todo por el todo, me lanzo:

—Vengo a ver a Joaquín y Ainhoa Jouanteguy. ¿Alto, pelo oscuro y ojos azules?

Señalo el tamaño de Joaquín al guardián atónito y, sin nada ya que perder, hago un giro completo imitando a un bailarín.

—¿Joaquín está aquí?

El guardián me observa, petrificado. La puerta está entreabierta a sus espaldas. Doy un paso a un lado.

—¡Solo media hora! Lo prometo.

Le enseño mi reloj con la esperanza de que lo entienda. Asiente con la cabeza como si hubiera renunciado a encontrar sentido a todo ese galimatías que sale de mi boca. Antes de que entre por la puerta, me entrega un plano y señala un punto.

—Ainhoa Jouanteguy.

Tomo el plano agradecida y me apresuro a entrar. Lo mismo ni siquiera era el guardián y en diez minutos me veré perseguida por perros enfurecidos. Bajo mi impermeable, llevo un vestido camisero de tejido de cambray azul claro y un par de botas negras, las mismas que llevaba la primera noche que pasé con Joaquín. Cuando me las he puesto esta mañana, me he dicho que son mi amuleto de la suerte, pero de repente me siento incómoda, pero, así, al menos los perros no me morderán las pantorrillas. Irán directamente a por mis muslos. Me meto las manos en los bolsillos del impermeable para protegerme de los perros guardianes imaginarios y entro en el sendero que lleva al punto que me indicó el supuesto guardián.

El sol ya se está poniendo. Un viento ligero ha hecho que bajen las temperaturas. Reduzco el paso un instante, cautivada por la belleza del lugar: la hierba verde, los senderos perfectamente delimitados y esas esculturas que dirigen su mirada al cielo. Al girar en un camino, descubro la silueta de Joaquín, delimitada por el oro rosa del cielo.

Está de perfil y, a esta distancia, su pelo parece tan oscuro como su ropa, de negro del abrigo a los zapatos. Con el rostro inclinado, la barba se funde con el cuello levantado de su abrigo, que le hace parecer más pálido de lo que es en realidad. Parece absorto en una conversación muda, más allá del

tiempo.

Ante él, una piedra blanca. Su simplicidad contrasta con los mausoleos y eso la hace todavía más visible una vez la localizas.

Ainhoa.

Siento que me invade una bocanada de ternura, pero todavía no sé si debería avanzar o no. En ese momento, Joaquín gira la cara hacia mí.

Vale, ya está, es ahora cuando llama a la poli porque me he colado en un cementerio al anochecer para espiarlo delante de la tumba de su hermana.

O no.

Esboza una gran sonrisa justo en el centro de su barba negra que me atrae con tanta fuerza como el anzuelo del pescador que brilla bajo aguas oscuras. Avanzo, como hipnotizada, hasta encontrarme frente a él. Está despeinado, se ha dejado crecer demasiado la barba, tiene algo de ojeras y la luz tenue que brilla en sus ojos es frágil.

No es el bailarín deslumbrante, el príncipe con mallas blancas.

Tampoco es el seductor irresistible que vuelve locas a las neoyorquinas.

Es mucho más.

Solo Joaquín.

No dice nada, pero me abre los brazos cuando me acerco. Me lanzo en ellos y los vuelve a cerrar sobre mí, ocultando su rostro en mi pelo. Lo siento respirar profundamente antes de suspirar, de repente tranquilo. Murmura mi nombre, como una oración. Una vez, dos veces, tres veces. Cada repetición lo hace más precioso. Se frota la mejilla contra mi pelo y aprieto todavía más mis brazos en torno a su cuello.

Cuando nos separamos, él tiene los ojos secos, pero yo siento que una lágrima rueda por mi mejilla.

Posa su mano en mi rostro y me seca la lágrima con el pulgar y el índice, como fascinado por su aparición. Suspiro. Él me sonrío y por fin me habla:

—¿Ahora te dedicas a allanar cementerios?



# CAPÍTULO 25

## JOAQUÍN

El rostro de Alice se descompone por mi broma.

—Perdón, yo... Ha sido tu padre el que me ha enviado aquí, y Alba. Bueno, y yo también. Me he enviado a mí misma. ¡Vamos, que yo quería venir!

La dejo hablar, apreciando el placer inesperado de su presencia en este lugar. Cuando oí pasos, pensé que sería el guardián, Txabi. Lo conocí el día del entierro de mi hermana y, una vez al año, me deja visitar a Ainhoa a última hora de la tarde, cuando los visitantes habituales ya se han ido del cementerio. Esperaba ver su cara de viejo vasco gruñón y, en su lugar, me encuentro con Alice. Con sus rizos agitados por el viento y sus gafas.

Las horribles gafas de siempre.

Jamás me había alegrado tanto de verlas.

Es como si mi mente la hubiera materializado en el momento en que le hablaba de ella a Ainhoa.

La necesitaba y ha venido.

La beso para poner fin a sus incomprensibles explicaciones. Sorprendida, se resiste un segundo antes de dejarse ir. Cuando la suelto, sin aliento, me dice:

—Joaquín... estamos en un cementerio.

—Perfecto. Así nos aseguramos de no molestar a nadie.

Alice se contiene, pero veo cómo se dilatan sus fosas nasales, entre incredulidad y ganas de reír.

—¿Quieres que te presente a mi hermana?

Da un paso atrás y su mirada se dirige instintivamente a la lápida de Ainhoa. Le paso un brazo por los hombros y la beso en la sien antes de girarla hacia la tumba.

—No tengas miedo, que no muerde.

—¡Joaquín!

—No, de verdad, te lo aseguro. Tenía mal carácter. En vida, no lo habría descartado.

—No me sorprende siendo tú su hermano.

Le dedico una sonrisa de admiración. Me gusta que me plante cara. También me gusta que haya utilizado el presente. Ainhoa sigue siendo mi hermana. Siempre lo será. A Alice todavía le brillan los ojos y tengo ganas de volver a besarla, una y otra vez, pero tiene razón, a pesar de mis bromas algo lúgubres, no es el lugar más adecuado. Me he acostumbrado a contarle todo y, a la vez, a decir cualquier cosa a mi hermana en una tentativa perdida de antemano de querer compartir con ella mi vida. Mi vida, que es un poco la suya.

—¿Murió... a los diecisiete años?

Miro la lápida donde solo aparece el nombre y el apellido de mi hermana y, en efecto, la edad a la que murió. Tiene diecisiete años para siempre. Fui yo quien les pidió a mis padres que no pusieran fechas. Así se mantiene el suspense. Imposible imaginarla con más edad. Yo sigo envejeciendo, pero ella, ella dejó de hacerlo una tarde de julio cuando el sol iluminaba su cama. Y, hasta hace poco, una parte de mí se había quedado con ella. Un Joaquín de diecisiete años que no conseguía soltar su mano.

Mi madre quiso traérsela a casa cuando el hospital reconoció que ya no podían hacer nada. Ainhoa no dijo nada. No hablaba, ya encerrada en sí misma, negándose a comunicarse, como si fuésemos responsables de lo que le estaba pasando. Su cuerpo ya le había abandonado, pero su espíritu seguía allí. La cólera se había apoderado de ella, una cólera dirigida contra nosotros. Contra mis padres y contra mí. Sobre todo contra mí.

Había sido ella quien me animó a bailar lo mejor que pudiera. Desde su cama del hospital, mientras se sometía a examen tras examen, todavía fue capaz de aplaudir cuando le anuncié que me iba al Royal Ballet, pero su entusiasmo fue menguando a medida que el diagnóstico se fue concretando y que los tratamientos iban fracasando, hasta que empezó a observarme como observa una bestia curiosa y luego furiosa. El dolor y la impotencia la habían despojado de su energía y de su entusiasmo, nuestro vínculo se convirtió en una prisión para ella y mi presencia en un espejo distorsionante que le recordaba aquello que ella consideraba una injusticia. La había traicionado. ¿Yo al Royal Ballet? ¡Si ni siquiera quería ser *étoile*! ¡Solo un mediocre

profesor! ¡Ridículo!

Sonrío a Alice.

—Diecisiete años y tres meses. Hoy es su cumpleaños.

Alice parpadea antes de entrecerrar los ojos.

—¿Y entonces tu cumpleaños fue ayer?

—Pues sí. ¿Cómo sabes que...? —empiezo antes de adivinar la respuesta: ¡Alba!

Alice me sonríe avergonzada. Deslizo mis dedos por su mentón antes de darle un beso rápido en los labios.

—Tampoco es un secreto de estado. ¿Has venido a hacerme un regalo? ¿Quizá tú? Ahora que los dos vivimos en Londres...

Me escruta con la mirada y veo en su expresión que se está preparando para decirme algo importante.

—He venido a decirte que estoy enamorada de ti, quizá algo obsesionada también, pero no sabía que la dirección que me había dado tu padre era la de un cementerio. Si lo hubiera sabido, eh... habría esperado.

Mi boca se curva en una media sonrisa que me cuesta contener. Entonces debería darle las gracias a mi padre. Conociendo a mi madre, la discusión no ha debido de ser fácil. Ella es muy protectora conmigo y con Ainhoa. Quizá, a mi parecer, incluso demasiado.

Alice se sonroja, pero continúa con su declaración:

—Creo que deberíamos volver a intentarlo, pero sin escondernos. De nadie.

La beso antes de que siga hablando.

—¿De nadie? Ya has conocido a Alba y a mi padre, pero ¿estás preparada para enfrentarte al resto de la familia? Les he prometido que volvería después de pasar por el cementerio.

Alice echa los hombros hacia atrás.

—Vale.

La aprieto contra mí y le susurro al oído:

—Yo también te quiero. Quizá demasiado. Y tengo muy mal carácter.

Siento que su mejilla se apoya en la mía y veo que esboza una sonrisa muda que yo interpreto como la confirmación de que mis defectos no son un problema.

Salimos del cementerio cogidos de la mano. Un taxi nos espera fuera.

—¡Los dioses están con nosotros! —exclamo.

Alice empuja la gravilla con la punta de su bota.

—Es el taxi que me ha traído. Le dije que me esperara media hora por si mi declaración no tenía el efecto esperado.

—¿Y pensabas huir sin ni siquiera luchar un poco?

—Bueno, sí, pero no he necesitado luchar... Te has tirado a mis brazos.

Aparta un poco el rostro, pero no lo suficientemente deprisa como para ocultar su sonrisa de satisfacción. Le planto un beso en la sien. Me resulta divertido que haya podido pensar que la rechazaría, pero también me tranquiliza extrañamente su incertidumbre, que se corresponde con la mía.

Llegamos al apartamento justo a la hora de la cena. Según el horario español, hacia las nueve. Es Uhaina quien abre la puerta. Estoy en *shock*. No la veo desde hace... diez años. Fácilmente. Me escruta detenidamente y luego hace lo mismo con Alice, que le tiende la mano y se presenta, en inglés:

—Hola, soy Alice.

Una sonrisa diabólica se dibuja en la cara de mi hermana y, sin tomarse el tiempo de saludar a Alice, se gira y suelta con un tono deliciosamente escandalizado:

—¡Mamá! ¡«Supertestosterona» se ha traído a una norteamericana!

—¡Oh, Dios mío! —exclama mi madre desde el fondo del apartamento.

Alice no necesita hablar español para comprender el mensaje. Me mira con ojos asustados. Le sonrío y tengo que contenerme para no estrangular a mi hermana.

Bienvenida a la casa de los Jouanteguy.

—Alice, te presento a Uhaina quien, contrariamente a lo que pudieras pensar, se ha ido de Bilbao para ver mundo.

Mi hermana posa una mano ofendida sobre su corazón.

—¿Te acuerdas de mi nombre? ¡Qué honor!

Bueno, al menos ha hecho el esfuerzo de hablar en inglés. En cuanto al sarcasmo, es merecido... Se aparta para dejarnos pasar. Coloco a Alice delante de mí y apoyo mis manos en sus hombros. Está muy tensa. Yo también lo estaría. Mientras avanzamos por el pasillo, inclina la cabeza hacia mí:

—Podrías decirles que soy medio inglesa, si es que eso ayuda.

Arqueo una ceja, sorprendido por la noticia.

—¿Inglesa?

—Mi madre. Mi pasaporte es inglés.

Dudo:

—No, mejor no.

Al ver su expresión, me cuesta no echarme a reír. Tendría que dejar de

darle miedo.

Llegamos al salón donde está toda mi familia, excepto Iñaki. Alba salta de su silla para correr a besar en las dos mejillas a Alice, que le corresponde con una sonrisa llena de gratitud. Guiño un ojo a mi hermana, con la que cuento para ayudar a relajar el ambiente.

Mi padre se gira y nos saluda con la mano. Mi madre está petrificada, con un plato en la mano. Uhaina está junto a la ventana y nos observa con una ceja arqueada en señal de desafío. Espero un poco y veo a Marta salir de la cocina con otro plato en la mano.

—Os presento a Alice. Alice, Uhaina es la rubia alta sin modales que pone mala cara y hace surf, Marta es la doble de mi madre con treinta años de diferencia y una excelente... panadera y ya conoces a Alba. Solo falta Iñaki, mi hermano pequeño, que está en México, probablemente vendiendo droga.

Mis presentaciones son recibidas con un silencio de estupefacción que se ve interrumpido por una cacofonía repentina en español:

—¿Que pongo mala cara? ¿Ya empiezas otra vez, hijo pródigo? ¿Quieres que me ponga a bailar para darte la bienvenida? ¡Y te informo de que Iñaki juega a la pelota! —exclama Uhaina.

—¿Qué ha dicho? —pregunta mi madre.

—¡Ha dicho que ha venido para tocarnos las narices!

—¡No hables así a tu hermano!

—Uhaina... —sermonea Marta.

—¡Venga ya, parad! Alice es la novia de Joaquín —interviene Alba antes de repetir lo mismo en inglés para Alice.

—¡No me habías dicho que era norteamericana! —lanza mi madre.

—¡Pero mamá, la ha conocido en los Estados Unidos! ¿Qué te esperabas? ¡Tus nietos hablarán en español de todos modos!

Mi padre, mudo hasta entonces, se levanta y le tiende la mano a Alice.

—Encantado.

Necesita un segundo para estrecharle la mano, pero, cuando ella lo hace, el reconocimiento se refleja en su cara. Ahora que la promesa de nietos hispanohablantes le ha hecho cambiar de actitud, mi madre suelta el plato y se apresura a darle dos besos sonoros en las mejillas. Alice está un poco noqueada por el cambio de actitud de mi madre, que la sujeta por los hombros con ambas manos y la mira de arriba abajo antes de soltarle:

—¡Está bien, come!

—¡Mamá!

—¿Qué ha dicho?

—Que eres muy guapa —respondo.

En ese momento, Uhaina suelta con un tono falsamente halagador:

—¡Que estás gorda!

Alice se queda con la boca abierta, pero se recompone y le dice a mi hermana:

—Si tienes cuentas pendientes con tu hermano, dirígete a él directamente.

Uhaina aprieta la boca antes de girarse para resoplar con gran estruendo.

—¿Cuántos años tiene? ¿Veintiséis?

Marta, silenciosa como mi padre, se acerca a Alice y también la besa. Se gira hacia Uhaina:

—Ven a saludar a nuestra invitada.

Uhaina refunfuña, pero también besa a Alice, no sin antes fundirme con la mirada. Arqueo una ceja en su dirección, indicándole así que no estoy impresionado por su mal humor. Siempre ha sido dura, más erizo que gatito.

Tras algunos gruñidos más, toda la familia se instala en la mesa y empieza a comer. Mi madre y Marta, que no hablan mucho inglés, charlan entre ellas y Uhaina interviene de vez en cuando. Alba se ocupa de hablar con Alice y mi padre me sorprende haciéndole preguntas a través de Alba, que se encarga de traducir a medida que va hablando.

Durante la comida, se gira hacia mí y arquea imperceptiblemente las cejas. Está claro que Alice ha hecho una gran conquista. Incluso llega a explicarle cómo funciona su aplicación y mi padre, que habla poco, asiente con la cabeza con un interés que hasta entonces solo le había visto mostrar por los partidos de pelota vasca a los que le gusta ir.

No es algo que me moleste. Ni a mi padre ni a mi madre le gustaba realmente la danza clásica. Era la pasión de Ainhoa y mía. Además, sorprende la mirada de Alice en dirección a la vieja cómoda que hay detrás de la mesa donde se amontonan marcos con todos nosotros, tanto de niños como de adolescentes. En primer plano, hay una foto de Ainhoa y mía. Debemos de tener unos catorce años como mucho y, a juzgar por el fondo, una lona colgada con mucho gusto en degradado azul, posamos en un estudio de fotografía. Detrás de nosotros hay una planta, colocada ahí de forma incongruente. Los dos vestimos como bailarines. Ainhoa en *arabesque* y yo, detrás de ella, la sujeto por la cintura, mirando al objetivo con todo el entusiasmo que se puede esperar de todo adolescente que sabe que semejante foto le perseguirá en su edad adulta.

Uhaina sigue la mirada de Alice y exclama:

—¡Ah, estás mirando a los niños mimados! Ya por aquella época a Joaquín le gustaba ponerse pantalones demasiado estrechos. Espero que no tengáis previsto tener hijos en un futuro próximo.

Mi madre no comprende todo lo que acaba de decir su hija, pero sí que entiende que no ha sido algo agradable al ver cómo frunzo el ceño y la expresión de Alba.

En cuanto a Alice, no se deja amedrentar.

—La verdad es que estaba mirando a Ainhoa. En cuanto a Joaquín, no me preocupo por él, sus mallas no afectan a su rendimiento. Ni en el escenario ni fuera de él.

Alba se echa a reír e incluso a Uhaina se le dibuja una sonrisa antes de apretar tanto los labios que se le ponen blancos. Mi madre parece más tranquila al ver sus reacciones y me dirige una sonrisa insegura que yo le devuelvo. Bajo la mesa, aprieto la mano de Alice.

El apartamento siempre ha sido pequeño para una familia tan numerosa como la nuestra, pero, de niño, jamás me lo pareció. Además del salón, del comedor y de la cocina, hay un pequeño cuarto de baño y tres dormitorios para un hogar con seis hijos. Seguramente resultara pequeño, pero, una vez más, no es así como lo recuerdo. Compartí habitación con Ainhoa hasta el principio de la adolescencia, cuando nos fuimos de casa para irnos a la escuela de danza en Francia. Quizá sea por eso. Iñaki heredó nuestro dormitorio y las chicas, Marta, Uhaina y Alba, dormían juntas en la habitación de al lado.

Como solo se han quedado en Bilbao mis padres y él, ahora las habitaciones parecen vacías, como paralizadas en el tiempo.

En las paredes de la habitación de Iñaki, que es la que se nos ha asignado, hay algunos pósters de pelota vasca. Reconozco su nombre. Alice también. Se acerca a la pared más alejada de la cama y finge estar concentrada:

—¿Así que tu hermano es deportista de verdad? No vende droga en México.

Niego con la cabeza. Tiene los brazos cruzados y veo sus hombros tensos. A mi querida Alice le disgusta dormir en casa de mis padres.

No me sorprende. No pienso dejarla dormir demasiado. Al menos de momento.

Me acerco a ella despacio, con cuidado de no hacer ruido al andar sobre la moqueta de los años ochenta. Una vez detrás de ella, la rodeo con mis

brazos y la beso en la nuca. Tiembla antes de girarse y aferrarse a mi cuello.

—¿Estás seguro de que a tus padres no les importa que duerma aquí?

—Me da a mí que ya están curados de espanto.

Su rostro se oscurece y me apresuro a corregir la impresión que mi frase haya podido dar.

—Con Iñaki y las chicas... sobre todo Uhaina. Tú eres la primera mujer que les presento, tampoco es que me hayas dejado mucha más opción.

Me concentro para poner mi mejor cara de mártir y cierro los ojos con un suspiro. Alice desliza sus manos por mis hombros antes de hacer como que me agita.

—¡No tiene ninguna gracia, Joaquín! ¡Molesta!

—Un poco de gracia sí que tiene. Quizá también sea un poco inquietante, pero molesto no —murmuro mientras me inclino para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Suspira, pero sigue resistiéndose.

—¡Tus hermanas están al lado!

—Marta ha vuelto a Francia porque trabaja mañana. Uhaina y Alba han quedado con amigos y volverán tarde. Y, antes de que sigas, mi padre está sordo y mi madre se quedará en la cocina hasta que vuelvan las chicas. Ya te habré cansado para entonces.

Se sonroja antes de soltar una ligera risa, sin aliento. Su voz se ha vuelto algo más ronca por el deseo, las emociones y el cansancio de la jornada.

—Es imposible decirte que no.

—Toda resistencia es inútil —murmuro con mi mejor voz de lobo feroz.

Con estas palabras, deslizo mis manos por su pelo y la beso. Suavemente, me tomo mi tiempo para reaprender el sabor de Alice, sus suspiros, su perfume. Cuando por fin se relaja por mis atenciones, la empujo a la cama. Choca con el borde y cae hacia atrás. La agarro por la cintura y la coloco en el centro de la cama. Se quita las gafas y me las da antes de parpadear. Las dejo en la mesita de noche y entonces me deslizo sobre ella, con los antebrazos doblados para mantener mi cuerpo todavía a unos centímetros del suyo. Suelta un suspiro de frustración.

—Nunca te lo he preguntado. ¿Me ves sin las gafas?

Arquea una ceja y se sonroja todavía más.

—Sí, sí.

La veo apartar la mirada cuando ruedo a su lado y me siento para volver a cogerlas. Las abro, miro a través de los cristales y luego me giro hacia



Alice. A pesar de taparse la cara con las manos, la veo sonreír.

—¿No están graduadas?

Niega con la cabeza. Me inclino hacia ella, todavía de lado, con mi mano sujetando mi rostro. Levanta la cara y, con expresión de culpabilidad, me mira.

—Me acostumbé a ponérmelas con... mi ropa de antes.

—Ya veo, ya. Una máscara para salir a escena.

Eleva la mirada al techo antes de bajarla bruscamente cuando empiezo a desabrocharle el vestido. No me dejo distraer por el tejido.

—¿Todavía necesitas ponértelas? ¿Te tranquilizan?

Suspira. Descubro su sujetador, el encaje negro que lo adorna, antes de empezar a besar su escote. Alice está un poco desconcertada por lo que está pasando, pero consigue responderme:

—Quizá. ¿No te gustan?

Sonrío sobre su piel. Dudo.

—Hummm. Me gusta cuando te las quitas. Solo para mí.

No le doy tiempo para que continúe la conversación y me aplico en demostrarle cuantísimo la he echado de menos. Empiezo despacio, deteniéndome entre sus muslos, siguiendo el recorrido de su columna, disfrutando de cada pequeño temblor, suspiro, palabra sin aliento que nos dedicamos.

Alice llega al orgasmo con mi mano en su boca y yo tengo que enterrar mi cara en su cuello para no gritar cuando llega el mío. Agotados, nos acurrucamos el uno junto al otro. Le acaricio la espalda y solo necesita unos minutos para quedarse dormida.

Tiro de la colcha para taparnos y asegurarme de que no pasa frío esta noche y yo también cierro los ojos.

No me quedo dormido.

Pienso en Ainhoa. Mi madre la instaló en el salón para que pudiera ver la calle, el cielo y la gente. El médico nos había dicho que no tardaría mucho en «irse», término impropio y ridículo, como si simplemente hubiera decidido emprender un viaje. ¿Irse adónde? ¿E irse por qué? Aunque se había vuelto intratable, la idea de que me dejara para mí era inconcebible. Ainhoa formaba parte de mí, como yo de ella.

Mis padres se turnaban a su lado día y noche. Más mi madre, todo sea dicho, que la mimaba con la mirada con la esperanza de que su presencia retrasara lo inevitable unas horas. Los pequeños, Uhaina, Alba e Iñaki, que por aquella época tenían siete, cinco y cuatro años, estaban en casa de nuestra

abuela porque sus gritos irritaban a la enferma. Solo Marta estaba allí. Con once años, no era más que una niña seria de grandes ojos negros. Sigue igual y, aunque sus ojos me hayan seguido esta noche, se ha guardado de decir lo que realmente pensaba. Discreta a más no poder, como ya lo era en aquella época. Aquel día se había hecho daño al caerse, como les suele pasar a los niños, y mi madre tuvo que llevarla al médico para que le dieran puntos, no sin antes repetirme una y otra vez que debía cuidar de mi hermana en su ausencia. Mi padre estaba en la fábrica. Trabajaba a destajo, quizá para no tener que quedarse en el apartamento, cada vez más oscuro y agobiante. La enfermedad de Ainhoa parecía haber absorbido cuanto había de bonito y luminoso en nuestra familia: la alegría, las risas de nuestro hermano y nuestras hermanas, e incluso nuestra madre, antes un auténtico rayo de luz, parecía flaquear al mismo tiempo que mi hermana.

Solo estaba yo en el apartamento aquella tarde. Estaba en el salón, a unos metros de Ainhoa, más por deber que por amor fraternal. Ainhoa no soportaba mi presencia y, tras un mes fulminándome con la mirada, la ira había dado paso al dolor, en mí también. Era el mes de julio y hacía mucho calor en la casa, pero Ainhoa, envuelta en mantas, no lo sentía.

Me acuerdo de su voz. Un hilo de voz a punto de apagarse.

—Joaquín...

Al principio no la oí. Cuando por fin lo hice, me levanté con torpeza, sin saber muy bien cómo comportarme con ella, preparado para pasar un mal rato.

—¿Tienes sed?

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, agarré como por reflejo la botella de agua que mi madre tenía siempre preparada junto a la cama de la enferma. Ainhoa posó su mano en mi muñeca. Era la primera vez que me tocaba en diez meses, creo, y este simple contacto me hizo un nudo en la garganta, casi tiro el agua. La miré y ella me sonrió. A duras penas era una sonrisa, pero una sonrisa al fin y al cabo. Yo también esboqué una mueca porque los músculos de mis mejillas no quisieron obedecer de inmediato, como entumecidos por la inactividad de las últimas semanas. La suya se hizo más grande y, por un instante, creí ver en su mirada una chispa traviesa, esa chispa de la Ainhoa llena de pasión a la que le gustaba burlarse de su hermano. Que me ayudaba a estar en guardia. Que me había obligado a ir a clase de danza antes de que yo mismo me enamorara de ese universo. El nuestro.

Exhaló despacio un suspiro de pájaro casi inaudible, sin que las mantas

se movieran a penas de lo frágil que se encontraba. Solté el agua, tomé su mano entre las mías y me senté en el borde de la cama. El sol de julio inundaba la estancia, borrando las sombras que tenía bajo los ojos y los huecos de sus mejillas. También me reconfortaba a mí. Por un instante, frente a mí, volvió a estar Ainhoa, mi hermana, no la enferma que prefería odiarme para aferrarse a la menor esperanza. Yo también prefería que me detestara, eso significaba que todavía seguía aquí. Di un suspiro de alegría al pensar que todo podía cambiar todavía. Como en los *ballets* en los que las jóvenes reaparecían en forma de espíritus del bosque. Quería desesperadamente cerrar los ojos para conservar esa imagen, como una reverberación producida por la luz del verano, una alucinación que no podía durar. Mantuve los ojos abiertos, las lágrimas me nublaban la vista. Aquellos pocos segundos me parecieron una eternidad antes de que Ainhoa, con su mano ya distendida en las mías, me susurrara: «No tengas miedo».

# CAPÍTULO 26

## ALICE

—Creo que me voy a morir.

Me abanico sin entusiasmo con la mano antes de sentir una brisa artificial que me refresca. Emito un suspiro que se parece peligrosamente a un estertor de placer. Me dan igual los modales.

—¿Qué modales? —me pregunta una voz que parece divertirse.

Ups, he hablado en voz alta. Abro un ojo bajo mis gafas de sol. Joaquín está sentado frente a mí en la terraza del restaurante. Lleva una camiseta blanca ajustada que realza su piel ya bronceada por el sol de julio. Se cortó el pelo ayer y los mechones morenos a duras penas le rozan la frente. Casi rapado, parece más joven. La temporada del Ballet de Nueva York termina en unos días y baila todo el tiempo, lo que explica su afeitado. Estiro una mano lánguida hacia su cara; hace demasiado calor como para ser dinámica. Se inclina para facilitarme la tarea y acaricio su mentón con las yemas de los dedos antes de seguir el contorno de su boca hasta que entreabre los labios para atrapar mi índice entre sus dientes. Siento la punta de su lengua contra mis dedos y la temperatura, ya de por sí alta, aumenta todavía unos cuantos grados más.

El camarero llega en ese momento con dos vasos de agua con hielo.

—¡Ah, agua fría! ¡Ya estoy harta del agua de Londres!

—Es un vaso de hielo. Nada de agua. Te vas a tener que acostumbrar, ya sabes...

Joaquín arquea las cejas y, aunque no alcanzo a ver sus ojos azules tras sus gafas de sol, sé que su mirada es tierna y divertida. Intento esconder mi sonrisa concentrándome en mi pajita, pero termino pareciendo un hámster orgulloso de sí mismo.

Dentro de nada hará tres meses y medio que Joaquín y yo estamos oficialmente juntos. Ha puesto en su papel de novio la misma intensidad que pone en los papeles que interpreta en el *ballet* en el que es *étoile*. Por el momento, alternamos entre Londres y Nueva York. Consigo volver cada dos o tres semanas y delego más trabajo en Brie, que no para de pedir más.

En quince días, Joaquín se irá unas semanas con su familia a Bilbao, una novedad que le asusta un poco. Empiezo a conocerlo. Bajo esa fachada de hombre al que nada afecta, se pregunta qué puede pasar. Hay que reconocer que los dos días que pasé con él en Bilbao fueron moviditos. En parte fue así porque sus padres parecen creer que todavía tiene diecisiete años.

—¿Cuándo te vas?

—Lo sabes muy bien. Tengo el vuelo el 31 y me quedo quince días con mi familia. Quizá terminen siendo menos.

Se vuelve a inclinar sobre la mesita y me besa de forma espontánea. Cuando se vuelve a sentar, deslizo mis gafas para admirar el juego de músculos de sus antebrazos bajo su piel dorada. Joaquín me arranca una media sonrisa antes de suspirar:

—Me siento un auténtico hombre objeto.

—No te hagas la víctima, que soy yo quien invita —respondo con un tono voluntariamente burlón.

—En ese caso...

Se cruza de brazos, lo que me da un buen plano de sus bíceps. ¡Ah, la vida es bella! Y no solo porque Joaquín es una estatua viviente, aunque es cierto que eso contribuye bastante, sino porque tras la figura trabajada del atleta, esa cara de rompecorazones y esa voz fogosa con un acento que ahora sé que es francés y no español, se oculta un hombre complejo, apasionante y, sobre todo, amable.

Revelación. Joaquín Jouanteguy es amable. Amable conmigo, amable con su familia. Bueno, con casi toda su familia.

—¿Uhaina también estará en Bilbao?

—No, gracias a Dios. Se ha vuelto a ir a Hawái o a Australia. Quién sabe. Ahora que he vuelto a Europa, seguro que busca el destino más alejado posible.

Se encoge de hombros, poco afectado por la falta de afecto que hay entre su hermana y él.

—¿No has intentado hablar con ella?

—No, ¿para qué? Insiste en llamarme «supertestosterona». Y eso solo

cuando me dirige la palabra. No estamos obligados a querer a toda nuestra familia, ¿sabes, amor mío?

Posa su mano en la mía y yo la giro para que nuestros dedos se entrelacen. Ahhhh. Mis neuronas pierden la conexión unos segundos. Cuando la información vuelve a circular, insisto en el tema. Vale, reconozco que lo de Uhaina es complicado. La buena mujer odia a su hermano y seguramente al planeta entero, esa es la impresión que me da.

—¿Y Marta?

—Sí, probablemente vaya a verla a San Juan de Luz. Quizá.

Bueno, Marta era la más discreta de todo el lote, pero también es la hermana con la que menos años se lleva Joaquín y, al contrario que Uhaina no parece reacia a hablar.

—¿Alba?

—Ya se ha ido de misión.

—¿Iñaki?

—¿Quién?

Estoy a punto de echarle la bronca cuando me doy cuenta de que se está quedando conmigo. Le aprieto un poco la mano antes de decirle:

—¡Joaquín... tú mismo has dicho que volvías a Europa para pasar más tiempo con tu familia!

—No es culpa mía si la mitad vive en el extranjero o no tiene ganas de verme.

—¿Pero al menos Marta? ¿Y vas a ver a tus padres? ¡No me digas que te vas a pasar dos semanas enteras a solas con tu hermana en el cementerio!

Ainhoa se ha convertido en un tema recurrente en nuestras conversaciones. Incluso Joaquín ha empezado a bromear sobre ella y sus reuniones anuales en el cementerio. A pesar de todo, sé que hay una parte de verdad en mi broma. Joaquín es totalmente capaz de ir todos los días a la tumba de su hermana durante dos semanas y olvidarse de los vivos que se encuentran a unos kilómetros o incluso de sus padres.

Todavía queda mucho por hacer en casa de los Jouanteguy.

Me dispongo a lanzar un nuevo ataque para recordarle que tiene la suerte de tener una familia simpática, Uhaina incluida, sí, y que podría hacer un esfuerzo cuando veo a Diane que me hace señas a unos metros, a las espaldas de Joaquín.

—¡Ya están aquí!

Joaquín no se gira de inmediato, pero cuando Diane, Ethan y Guillaume

se acercan, se levanta y besa a Diane en la mejilla, le da la mano a Guillaume y, por fin, saluda a Ethan.

Con educación.

El apretón de manos quizá dura unos segundos más de lo necesario y las gafas de sol que llevan los dos no ocultan el ceño fruncido de uno y la boca apretada del otro, pero al menos son civilizados.

Joaquín se aparta para hacer sitio a Guillaume, Ethan se instala a mi lado y Diane a su lado, al otro lado de la mesa.

—Creía que vivías cerca, Ethan —suelta Joaquín.

—Y así es —responde Diane.

—¿El despertador no ha sonado? ¿Te has cansado de tanto teclear en tu ordenador?

Vale, todavía no son los mejores amigos del mundo. Joaquín me ve sacudir la cabeza y lo deja estar.

—He leído tu reseña sobre *Chantilly* en *Show me*.

*Chantilly* es la obra que baila Joaquín en este momento. Una fantasía edulcorada como su propio nombre indica.

—Gracias —responde Ethan.

—Todavía no te he dado mi opinión...

Elevo la mirada al cielo. Yo también he leído la crítica y, aunque Ethan hace un esfuerzo por conocer a Joaquín, hay momentos en los que... derrapa. Diane le lanza a Ethan una mirada cargada de sobreentendidos.

—¿Qué has hecho, Ethan?

—¿Yo? ¡Nada!

—Tu novio ha comparado el café que yo interpreto... con su amargor. Un poco pasivo-agresivo, ¿no?

Ethan se pasa una mano por la nuca antes de lanzar una mirada a Diane por encima de sus gafas, que ha deslizado hasta el borde de su nariz. Con su media sonrisa y sus hoyuelos, te desarma y puedo ver que a la bailarina le cuesta resistirse. Toso para atraer la atención. Ethan intenta hacer lo mismo conmigo, pero más de veinte años de amistad me han inmunizado. Al ver que no cosechará el mismo éxito con su amiga, termina suspirando:

—Vale, pero reconoce que estuviste un poco seco ayer. Más expreso que largo.

—Es el estilo europeo: intenso y concentrado. Creí que lo apreciarías.

Se hace un silencio en la conversación hasta que Ethan reacciona, ya incapaz de contenerse.

—¡Deja de hablar de Diane!

—¿Y quién te ha dicho que estoy hablando de Diane? De verdad que estás obsesionado...

Joaquín chasquea la lengua, orgulloso de sí mismo, pero es Guillaume el que le cierra el pico a los dos gallitos.

—Toda esta tensión homo-erótica me ha dado hambre. ¿Y a vosotras?

Llama al camarero para pedir, mientras Joaquín y Ethan se lanzan a un duelo de miradas detrás de sus gafas.

—Guillaume no se equivoca. A veces tengo la impresión de que hay más pasión entre Joaquín y tú que entre nosotros dos —añade Diane.

Ethan se sobresalta antes de mirarla con la boca abierta. Joaquín, mucho más cómodo con este tipo de bromas, se limita a sonreír con todos los dientes a Ethan y Diane.

—Si lo que quieres es una visita privada al camerino, Ethan, solo tienes que decirlo. Todo es posible, ya sabes.

El camarero llega en ese momento e interrumpe nuestra conversación. Pedimos. Es el mismo lugar del que nos echaron hace unos meses, cuando Alba vino a pasar la noche a mi casa. Ha sido Guillaume quien ha conseguido que nos vuelvan a aceptar, pero nuestra presencia aquí es una prueba.

El teléfono de Joaquín vibra sobre la mesa de hierro forjado.

—Es Liv —dice con aire ausente antes de volver a dejar el teléfono.

—¿Cómo está? —pregunta Diane.

—Buf... Ha empezado la rehabilitación, pero no va bien. Creo que se va de vacaciones a Francia con su hermana.

—¿Va a dejar la rehabilitación? —entona la bailarina.

—No lo sé. Todavía va con muletas. Ya debería haber empezado a andar, incluso a correr. No hay ninguna posibilidad de que vuelva en septiembre para la temporada.

—¿Has dicho que se va a Francia?

La pregunta de Diane no parece anodina. El camarero, con nuestro *brunch*, vuelve a interrumpir a Joaquín. Mientras tanto, veo a Diane dar un codazo a Guillaume, que arquea las cejas antes de fruncir el ceño porque parece no comprender adónde quiere llegar. Ella le vuelve a empujar y ahora sí que parece adivinar las intenciones de la bailarina.

—Sí —responde por fin Joaquín.

—¿Y sabes adónde?

—No... París y la Costa Azul, imagino.



—Guillaume, podrías darle el número de...

—Mi cuñada es fisioterapeuta y osteópata... y tiene muchos pacientes bailarines —añade este.

Joaquín asiente con la cabeza.

—Por qué no. Le preguntaré si busca alguno. Una segunda opinión no le vendrá mal y puede que esté de mejor humor para entonces.

Nuestro *brunch* termina sin más incidentes entre Joaquín y Ethan y a eso ha ayudado mucho que ambos tengan la boca llena. Guillaume y Diane hablan de sus vacaciones, el primero con su familia y la segunda con Ethan, que se van a descubrir la Costa Oeste.

Nos separamos a primera hora de la tarde con la promesa de volvernos a ver después de las vacaciones o en Londres para el lanzamiento de *Show me* a principios de septiembre. Joaquín pasa la mano por mis hombros y decidimos volver a pie a mi apartamento, para dormir la siesta y disfrutar de nuestras últimas horas juntos antes de volver a Londres mañana. Con mi brazo rodeando su cintura, caminamos despacio por las calles de Nueva York.

Hace demasiado calor para algo más que un paseo lánguido. Siento que una gota de sudor recorre mi espalda. Y luego mi trasero. Genial. Unos niños corren y gritan, seguramente en busca de una buena boca de incendios abierta para refrescar el asfalto cuando los días son demasiado cálidos. Joaquín se interpone para evitar que me tiren, antes de cogerme de la mano y llevarme a la sombra. Nuestra piel resbala un poco por el sudor. Observo su perfil discretamente, pero me sorprende y se baja las gafas para guiñarme un ojo.

No intento ocultar el enorme placer que me provoca su atención y su simple compañía. Cierro los ojos un instante; el calor pesa sobre mí como un abrigo y me ancla al suelo. Siento la mano de Joaquín tirando de mí suavemente y, cuando abro los ojos, está delante de mí, a suficiente distancia como para besarme. Me aferro a su cuello, sin preocuparme por el calor, ni por nuestra piel pegajosa ni por los niños que gritan.

Solo escucho nuestra felicidad.

# AGRADECIMIENTOS

*Attitude* es una serie de pasiones. Las mías son, ante todo, la danza, el espectáculo, la cultura, las *start-ups*, Nueva York y París, y las pasiones de los personajes. Jamás habría visto la luz sin una ciudad llena de personas buenas e inspiradoras. Ya estaban allí para el primer libro de *Attitude: Diane*, pero otras se han ido añadiendo. Me gustaría agradecerse desde aquí.

Marie, Eléonore y Claire, cada una a su manera, han contribuido a hacer surgir y alimentar mi pasión por la danza clásica, por el robo de discos para niños (pero no de niños) y por Les Fatals Picards (ninguna relación, hijo único).

Myriam, una vez más, ha sido mi beta-lectora de competición y jamás se enfadó conmigo durante mis reiterados: «¿Te has leído los capítulos? ¿Cuándo te los vas a poder leer? ¿Crees que te los habrás leído de aquí a mañana?».

Léa, por estar siempre dispuesta a leer cuanto escribo y por enviar *blind tests* a piano de canciones Disney.

Sophie, por su experiencia como fisioterapeuta y sus sugerencias.

Gracias a Clément y Emilyne, cuyo entusiasmo y cuya capacidad de reacción me convencieron de que harían justicia a *Attitude*. Emilyne, gracias por no palidecer cuando te mostré mis cuadros de Pinterest para las portadas, para cada personaje... cada escena. ☺

Gracias a Carole y Ophélie por su revisión paciente, precisa y minuciosa. Las dos me permitieron aportar el toque final a esta historia.

Louise, que no solo sabe escoger el regalo perfecto, sino también el documental que va bien o el *podcast* que necesitas para documentar una de tus escenas. ¿Telepatía?

Pierre-Antoine, por el trabajo sobre la aplicación y los atajos adecuados.

La pandilla de Nueva York: Thao, mi experta en Nueva York, mi

norteamericana favorita, gracias por tomarte el tiempo de mirar mis mapas de Manhattan, jugar a ser agente inmobiliario conmigo y estar dispuesta a ver todas las comedias musicales, *ballets* y espectáculos; Faustine, por los secretos de programador y las casas encantadas; Grant, por tus buenos consejos, y Jim por sacarme de Manhattan.

Gracias a todos los bailarines que me han hecho y todavía me hacen soñar: Marcelo Gomes, Roberto Bolle, Darcey Bussell, Mathilde Froustey, Ghislaine Thesmar, Myriam Ould-Braham, Gillian Murphy, Julie Kent, Aurélie Dupont, Nicolas Le Riche, Sylvie Guillem, François Alu, Lauren Lovette y ¡tantos otros!

Por último, gracias a ti, lector. Espero que disfrutes tanto al descubrir *Attitude* como yo lo he hecho escribiéndola. Si te ha gustado la historia de *Joaquín*, seguramente te gustará la de *Diane* (anterior) y la de *Liv* (posterior). Una pista: hablan de danza. ☺